BRANDON SANDERSON

CITÓNICA

EL TERCER LIBRO DE

ESCUADRÓN

La vida de Spensa como miembro de la Fuerza de Defensa Desafiante dista mucho de ser normal y corriente. Demostró ser una de las mejores pilotos de caza estelar en el enclave humano de Detritus y salvó a su pueblo del exterminio a manos de los krells, la enigmática especie alienígena que los tenía prisioneros desde hace décadas. Por si fuera poco, viajó a años-luz de distancia de su hogar como espía infiltrada en la Supremacía, a un lugar donde descubrió que había toda una galaxia más allá de su pequeño y desolado planeta natal.

Ahora la Supremacía, el gobierno galáctico empecinado en dominar toda vida humana, ha desatado una guerra a escala galáctica. Y Spensa ha visto las armas que pretenden emplear para terminarla: los zapadores, unas antiguas y enigmáticas fuerzas alienígenas que pueden arrasar sistemas estelares enteros en un instante. Spensa sabe que, por muchos pilotos con los que cuente la FDD, no hay manera de derrotar a ese depredador.

Sin embargo, Spensa es citónica. Se enfrentó a un zapador y percibió algo siniestramente familiar en él. Y quizá, si logra descubrir lo que es ella misma, podría ser algo más que solo otra piloto en la guerra. Podría salvar la galaxia.

Pero la única manera de que Spensa descubra su verdadera naturaleza es dejar atrás todo lo que conoce y entrar en la ninguna-parte, un lugar del que muy pocos han regresado jamás.

Tener valor significa afrontar el miedo. Y esta misión es aterradora.

Brandon Sanderson

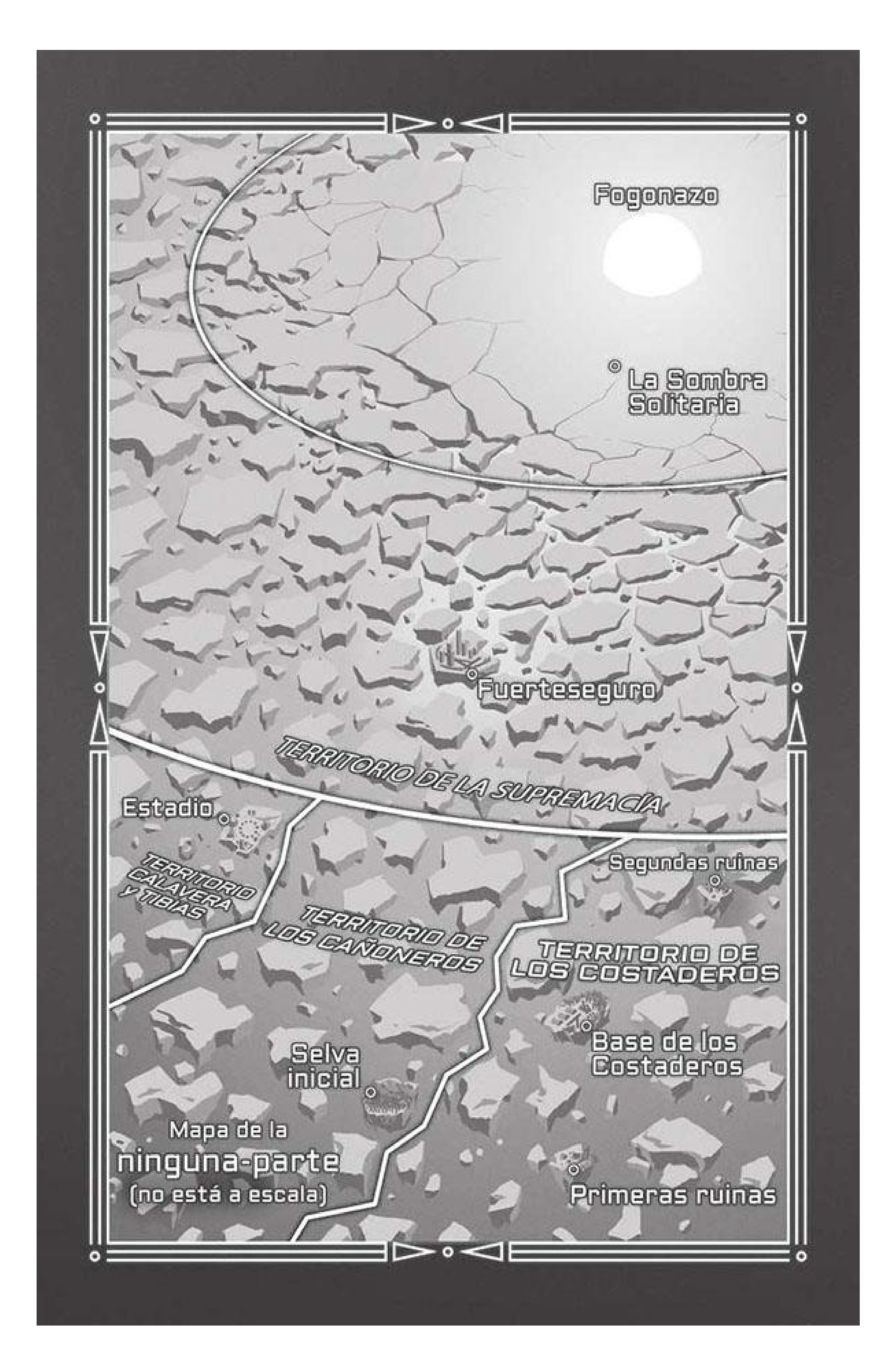
Citónica

Escuadrón - 03

ePub r1.1
Titivillus 01.07.2022

Título original: *Cytonic (Skyward Book3)*
Brandon Sanderson, 2021
Traducción: Manuel Viciano Delibano

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Fogonazo
La Sombra Solitaria
Fuerteseguro
TERRITORIO DE LA SUPREMACÍA
Estadio
TERRITORIO CALAVERA Y TIBIAS
Segundas ruinas
TERRITORIO DE LOS CAÑONEROS
TERRITORIO DE LOS COSTADEROS
Base de los Costaderos
Selva inicial
Mapa de la
ninguna-parte
(no está a escala)
Primeras ruinas

Para Darci Rhoades Stone,
que lidia con mi física inventada mejor
de lo que probablemente debería ningún físico.
¡Gracias por toda tu ayuda con esta serie!

Prólogo

Apareció una esfera oscura en el centro de la sala, justo delante de mí.

Tirda. ¿De verdad me proponía hacerlo? En mi mano, Babosa Letal trinó nerviosa.

Las paredes encaladas y estériles, el inmenso espejo unidireccional y las mesas metálicas indicaban que aquello era alguna especie de instalación científica. Estaba en Visión Estelar, la inmensa estación espacial que albergaba las oficinas regionales de la Supremacía. Hasta el último año, yo ni siquiera había oído hablar de la Supremacía, así que no digamos comprender los matices de cómo ese gobierno galáctico mantenía el control sobre los centenares de distintos planetas y especies sobre los que regía.

Siendo sincera, seguía sin comprender esos matices. No soy de las que piensan: «Esta situación tiene sus matices». Soy más bien de las que piensan: «Si aún se mueve, es que no has usado bastante artillería».

Por suerte, los matices no me hacían mucha falta en esos momentos. La Supremacía estaba sufriendo un violento golpe de Estado militar. Y yo no caía nada bien a la gente que había pasado a estar al mando. Las voces que se daban los soldados entre ellos mientras registraban el complejo buscándome sonaban cada vez más fuertes.

De ahí la esfera oscura. Mi única escapatoria era abrir un portal hacia otra dimensión. Yo la llamaba la ninguna-parte.

—Spensa —dijo M-Bot—, mis pensamientos… ¿están acelerándose?

Flotaba cerca de mí tras haber embutido su consciencia dentro de un pequeño dron. Tenía más o menos forma de caja, con alas y un par de brazos terminados en pinzas asomando a los lados. Dos diminutos anillos de pendiente, piedras azules que brillaban al activarse, le permitían flotar en el aire, uno debajo de cada ala.

—Hum —dijo—, eso no parece nada seguro.

—Usan estos portales a la ninguna-parte para extraer piedra de pendiente —le respondí—, así que tiene que haber una manera de volver después de pasar al otro lado. A lo mejor puedo hacer que regresemos con mis poderes.

Los gritos se acercaban cada vez más, dejándome sin más opciones. No podía usar mis poderes para hipersaltar fuera de aquel lugar, al menos mientras siguiera activado el escudo que protegía la estación.

—¡Spensa! —exclamó M-Bot—. ¡No estoy nada cómodo con esto!

—Lo sé —dije, echándome el arma al hombro por la correa para poder coger el dron por la parte de abajo del chasis.

Y entonces, con M-Bot en una mano y Babosa Letal en la otra, toqué la esfera oscura y me vi absorbida hacia el otro lado de la eternidad.

Al instante estaba en un lugar donde no existían el tiempo, la distancia ni la propia materia. Allí yo no tenía forma: era tan solo una mente, o una esencia, incorpórea. Parecía como si fuese una nave estelar flotando en una negrura interminable sin estrellas, sin nada en absoluto que me obstaculizara la visión. Cada vez que daba un hipersalto utilizando mis poderes, pasaba durante un instante por aquel lugar. Me había acostumbrado a la sensación, pero seguía sin resultarme familiar. Era solo… un pelín menos aterradora que antes.

Sin perder tiempo, extendí mi mente en busca de Detritus, mi hogar. Había empezado a comprender mis poderes, aunque solo de la forma más básica. No podía desplazarme a muchos sitios utilizándolos, pero sí sabía cómo regresar a casa. Normalmente.

En esa ocasión… me esforcé… ¿Podría hacerlo? ¿Podría hipersaltar a Detritus? La negrura a mi alrededor pareció estirarse y empecé a distinguir unos puntos blancos en la lejanía. ¿Uno de esos era… mi yaya?

Si lograba conectar con ella, creía que podría tirar de mí misma en su dirección. Redoblé mis esfuerzos, pero cada vez me preocupaba más llamar la atención. En ese lugar vivían los zapadores. Y en el preciso instante en que pensé en ellos, fui consciente de su presencia allí fuera, en la oscuridad. Por todo mi alrededor, aunque invisibles de momento.

No parecían haber reparado en mi presencia aún. De hecho… estaban concentrados en alguna otra cosa.

Dolor. Miedo.

Allí había algo sufriendo. Algo que yo conocía.

Era *el* zapador. El mismo al que había impedido destruir Visión Estelar. Estaba allí, en ese lugar, y estaba asustado. Al concentrarme en él, apareció como un punto blanco mucho más luminoso que el de la yaya. Me había percibido.

Por favor… ayuda…

La comunicación de los zapadores nunca se manifestaba mediante palabras reales. Lo que ocurría era que mi mente traducía las impresiones, las imágenes, en palabras. Aquel zapador necesitaba mi ayuda. Los demás intentaban destruirlo.

No pensé. Por puro instinto, grité en la ninguna-parte:

¡EH!

Centenares de brillantes puntos blancos se abrieron a mi alrededor. Los ojos. Sentí su atención puesta en mí, conociéndome. El zapador en el que habían estado fijándose flotaba por el exterior.

Como de costumbre, ver todos aquellos ojos me intimidó. Pero yo había pasado a ser una persona distinta. Había hablado con uno de ellos, había conectado con él. Lo había convencido para apartar su apetito de la gente de Visión Estelar mostrándole que esas personas estaban vivas.

Solo tenía que hacer lo mismo allí.

Por favor. Proyecté mis pensamientos hacia aquellos ojos, mostrándoles una calmada empatía en vez de miedo. *Soy una amiga. Soy como vosotros. Pienso. Siento.*

Hice justo lo mismo que había hecho la vez anterior. Los ojos se movieron y temblaron, inquietos. Unos pocos se acercaron más hacia mí y pude sentir su escrutinio. Seguido de… una emoción, muchísimo más poderosa. Penetrante, abrumadora, omnipresente.

Odio.

Los zapadores, una cantidad de ellos imposible de determinar, aceptaron que yo estaba viva. Por mis capacidades citónicas, comprendieron que era una persona. Su odio se convirtió en repugnancia. En ira. Para ellos era mucho peor saber que yo era un ser vivo. Significaba que lo que había estado colándose en sus dominios, molestándolos sin cesar, era consciente de sí mismo. No éramos solo insectos.

Éramos invasores.

Probé de nuevo, notándome más desesperada. Me rechazaron. Como si… hubieran visto lo que yo había hecho a uno de los suyos y se hubieran preparado para resistirse a esa clase de táctica.

Reculé ante la oleada de su terrible ira. Y entonces oí un chillido aterrorizado. ¿Babosa Letal? Su grito proyectó algo en mi cerebro, una posición.

La de casa.

Los zapadores se retiraron. Al parecer, los ponía nerviosos. No habían esperado encontrarme allí. Eso me daba una abertura.

Gracias a Babosa Letal, podía sentir el camino. Podía llegar hasta Detritus. Podía ver a la yaya y… a Jorgen. Tirda, cómo lo echaba de menos. Quería estar cerca de él otra vez, hablar con él de nuevo. Tenía que llegar a casa y ayudar a mis amigos. La guerra iba a ponerse muy fea, ahora que Winzik se había hecho con el poder en la Supremacía.

Estuve a punto de hipersaltar. Pero titubeé. Algo me retenía allí. Una impresión, un instinto.

¿Qué soy?, proyectó aquel zapador en concreto, con tono suplicante. *¿Qué somos?*

Yo soy Spensa Nightshade, le envié. *Una piloto*.

¿Eso es todo?

Antes era lo único que me importaba. Pero luego… luego había descubierto otra parte de mí. Algo temible, algo que no terminaba de entender por completo.

Hay una manera de aprender, envió el zapador. *En este lugar. Lo llamamos la ninguna-parte. Ya lo habías percibido, ¿verdad?*

En efecto, así era. Pero no quería quedarme allí. Traté de apartar esa opción de mi mente. Tenía que volver a casa.

Pero… ¿los míos me necesitaban? ¿Les hacía falta otra piloto más? En ese momento visualicé algo. ¿Una proyección de mis propios miedos? Quizá fuese un efecto de la ninguna-parte. Me vi a mí misma volviendo y reincorporándome al Escuadrón Cielo, combatiendo… y fracasando. Fracasando cuando los zapadores inevitablemente terminaban apareciendo de nuevo, porque una piloto de caza, por muy diestra que fuese, no podía derrotarlos. Fracasando cuando la Supremacía desplegaba el poder de sus citónicos y hacía hipersaltar flotas enteras. Y lo peor de todo era que podían manipular a citónicos como yo, explotar las debilidades en nuestros poderes.

Era lo que le habían hecho a mi padre. Lo habían vuelto en contra de su propio escuadrón. Lo habían llevado a la muerte.

Yo era piloto, sí. Pero no bastaba con tener pilotos.

Qué poco sabíamos de todo aquello. No comprendíamos lo que eran los zapadores. ¿Cómo íbamos a pretender combatirlos? No comprendíamos la citónica; de hecho, hasta hacía muy poco habían considerado que quienes tenían esos poderes eran «defectuosos». ¿Cómo iba a enfrentarme a adversarios como Brade, hábiles con sus talentos, si huía de la persona que era?

Mi hogar me llamaba, y yo ansiaba volver. Pero mi hogar no tenía las respuestas.

¿Puedes mostrármelo?, pregunté al zapador. *¿Puedes enseñarme lo que soy?*

Tal vez. No sé ni siquiera lo que soy yo. Hay un lugar en el que podemos aprender, dentro de la ninguna-parte. Un sitio en el que… todos… nacimos…

No hay lugares en la ninguna-parte, le envié.

En su núcleo no. Pero en la periferia hay asentamientos.

Comprendí a qué se refería. El zapador estaba hablándome de la región donde se extraía la piedra de pendiente. Otro misterio que nunca había resuelto del todo. ¿Cómo podía entrar la gente en la ninguna-parte y llevarse esa piedra, si la ninguna-parte era un vacío sin forma?

Sí, había lugares de verdad en los márgenes. Lugares importantes para los citónicos. Importantes para mí. El zapador me introdujo una de esas ubicaciones en la mente.

Me vi atrapada entre dos atracciones opuestas. La primera, mi deseo de ir a casa, de abrazar a Jorgen, de reír con mis amigos. La otra, algo aterrador. Desconocido. Como las cosas aterradoras y desconocidas de mi propia alma.

Si vienes aquí, envió el zapador, *será difícil regresar. Muy difícil. Y es posible que te pierdas…*

Sentí temblar la mente de Babosa Letal. Los demás zapadores empezaron a aparecer de nuevo, abriendo aquellos ojos que eran unos agujeros blancos perforados en la realidad, ardientes y llenos de odio. No querían en absoluto que fuese al lugar donde me dirigía aquel otro zapador.

Al final, fue eso lo que me llevó a decidirme. *Lo siento, Jorgen*, envié, esperando que al menos pudiera sentir las palabras. Tenía que escoger el camino que me llevara a las respuestas. Porque en ese momento supe a ciencia cierta que era la única manera de proteger a mis seres queridos.

Tú vete a casa, dije a Babosa Letal. *Yo encontraré la forma de volver*.

Aferré el destino que me había enviado el zapador.

Gracias, proyectó el ser. Pude sentir su sincero alivio. *Intenta recorrer… la Senda de los Ancianos… y recuerda no perderte…*

¡Espera!, le envié. *¿La Senda de los Ancianos?*

Pero el zapador se retrajo y sentí que los demás se disponían a atacar. Así que di un último empujón a Babosa Letal hacia casa y a continuación activé mis poderes y me lancé a lo desconocido.

PRIMERA PARTE

1

Caí de una pared.

Me refiero a que aparecí saliendo de la piedra. Me desplomé hacia delante hecha un embrollo de ropa y extremidades. M-Bot dio una especie de gruñido cuando su cuerpo dron cayó a mi lado, pero no había ni rastro de Babosa Letal.

Me levanté con torpeza mientras me orientaba, mirando alrededor y viendo… ¿una selva? Era una selva, sí. En la escuela había visto imágenes de la antigua Tierra, y aquel lugar me recordaba a ellas. Imponentes árboles cubiertos de musgo. Ramas que parecían brazos rotos, retorcidas y con gruesas enredaderas que colgaban como cables eléctricos. Olía como las cubas de algas, solo que más… ¿sucio? ¿Terroso?

Tirda. De verdad era una selva, como el lugar donde vivía Tarzán de los monos en los cuentos de la yaya. ¿Allí habría simios? Siempre había pensado que sería una buena reina de los simios.

M-Bot se elevó en el aire y rotó para observarlo todo. Detrás de nosotros estaba la pared de donde habíamos caído. Una piedra plana erigida en la selva, como un monolito. Estaba cubierta de maleza y enredaderas, pero aun así reconocí las tallas que tenía. Había visto otras parecidas en una pared de los túneles en Detritus.

Sabía por las impresiones que había dejado el zapador en mi mente que aquello era, sin duda, la ninguna-parte. Me encajaba en la mente que lo fuese, por motivos que no podía explicar. De algún modo, tendría que hallar respuestas en aquel lugar. Lo cual parecía una tarea mucho más abrumadora que unos momentos antes. En fin, tirda, si es que apenas había logrado escapar viva de la Supremacía. ¿Y pretendía encontrar respuestas sobre los zapadores, uno de los misterios cósmicos más importantes del universo?

«No solo sobre los zapadores —pensé—. También sobre mí misma». Porque en los instantes en los que había entrado en contacto con la ninguna-parte, y con los seres que la habitaban, había sentido algo que me aterrorizaba. Había sentido *afinidad*.

Respiré hondo. Lo primero de todo era hacer inventario. M-Bot parecía estar bien y yo aún tenía mi fusil de energía robado. Me sentía muchísimo más segura con él en la mano. Llevaba puesta la ropa con la que había

escapado: un mono de piloto de la Supremacía, una chaqueta de vuelo y botas militares. M-Bot se acercó flotando a la altura de los ojos en su dron, abriendo y cerrando las pinzas de los brazos.

—¿Una selva? —me preguntó. Para él, el tiempo que había pasado comunicándome con el zapador debía de haber transcurrido en un instante—. Esto… Spensa, ¿por qué estamos en una selva?

—No estoy segura —dije.

Miré alrededor en busca de cualquier rastro de Babosa Letal. Era citónica como yo —las babosas eran lo que permitía hipersaltar a las naves—, y confié en que me hubiera hecho caso y estuviera a salvo después de saltar a Detritus.

Para asegurarme, usé mis poderes para ver si alcanzaba a sentirla. Y ya puestos, para comprobar si podía saltar a casa. Extendí la mente y sentí…

¿Nada? A ver, aún tenía mis poderes, pero no podía percibir Detritus, ni el laberinto de zapador, ni Visión Estelar. Ninguno de los lugares a los que normalmente sería capaz de hipersaltar. Era raro. Como… como despertar de noche y, al encender la luz, encontrar solo una negrura infinita a tu alrededor.

Sí, no cabía duda de que estaba en la ninguna-parte.

—Al entrar en la esfera negra he sentido a los zapadores —dije a M-Bot —. Y he… hablado con uno de ellos. El mismo de antes. Me ha dicho que recorra la Senda de los Ancianos. —Puse los dedos en la pared que teníamos detrás—. Creo que esto es un portal, M-Bot.

—¿La pared de piedra? —respondió él—. El portal al que hemos entrado era una esfera.

—Ya —dije, alzando la mirada al cielo entre los árboles. Por algún motivo, era rosado.

—¿Puede ser que hayamos cruzado la ninguna-parte y salido en otro planeta? —preguntó M-Bot.

—No. Esto es la ninguna-parte. No sé cómo, pero lo es.

Di un pisotón de prueba al suelo y sentí la tierra blanda bajo la bota. El aire era húmedo, como en un baño, pero la selva parecía demasiado tranquila. ¿Aquellos lugares no deberían rebosar de vida?

Se filtraban rayos de luz desde mi derecha, paralelos al suelo. Por tanto, ¿aquello era… el anochecer? Siempre había querido ver uno. En las historias siempre sonaban muy dramáticos. Por desgracia, había tantos árboles que no alcanzaba a distinguir la fuente de la luz, solo su dirección.

—Tenemos que estudiar este lugar —dije—. Establecer un campamento base, explorar el entorno, orientarnos un poco.

M-Bot flotó más cerca de mí, como si no me hubiera oído.

—¿M-Bot?

—Hum… ¡Spensa, estoy enfadado!

—Yo también —dije, dándome un puñetazo en la palma de la otra mano—. No puedo creer que Brade me traicionara. Pero…

—Estoy enfadado contigo —me interrumpió M-Bot, moviendo un brazo—. Por supuesto, lo que siento no es una ira real. Es solo una representación sintética de esa emoción creada por mis procesadores para ofrecer a los humanos una aproximación realista de… de… ¡Aaah!

Aparté mi propia preocupación y me centré en el tono de M-Bot. Cuando lo había encontrado por primera vez metido en el pequeño dron, sus palabras habían sonado lentas y farfulladas, como si le hubieran dado analgésicos de los fuertes. Pero en esos momentos ya hablaba con claridad, y deprisa, más como su antiguo yo.

Su dron levitó de un lado a otro delante de mí, como si estuviera caminando sin rumbo.

—Ya no me importa si las emociones son falsas. Me da igual que las simulen mis rutinas. ¡Estoy furioso, Spensa! ¡Me abandonaste en Visión Estelar!

—Tuve que hacerlo —respondí—. ¡Tenía que ayudar a Detritus!

—¡Desmantelaron mi nave! —exclamó, cambiando de dirección. Entonces se quedó estático, flotando—. Mi nave… mi cuerpo… ya no está.

Flaqueó en el aire, descendió casi hasta el suelo.

—Esto… ¿M-Bot? —dije, acercándome—. Lo siento mucho. De verdad. Pero escucha, ¿podemos tener esta conversación más tarde?

Estaba bastante segura de que las selvas como aquella estaban repletas de animales peligrosos. Por lo menos, en los cuentos de la yaya, a la gente siempre la atacaban. Tenía sentido, porque podía haber cualquier cosa acechando entre los troncos sombríos y los engañosos helechos. Recordé lo intimidada que me había sentido la primera vez que salí de las cavernas y vi el cielo. Cuántas direcciones distintas que vigilar, cuánto espacio abierto.

Aquello era todavía más inquietante. Podría venir algo hacia mí desde cualquier dirección. Me agaché para tocar el dron de M-Bot, que seguía cerca del suelo.

—Deberíamos cartografiar la zona —propuse—, y mirar a ver si encontramos una cueva o algún sitio donde refugiarnos. ¿Ese dron tuyo tiene algún tipo de sensor? ¿Captas algún signo de civilización, como emisiones de radio? Aquí hay minas en funcionamiento, creo.

Al ver que no respondía, me arrodillé a su lado.

—¿M-Bot?

—Estoy —dijo— enfadado.

—Escucha…

—Te da igual. ¡Yo siempre te he dado igual! ¡Me abandonaste!

—Y volví —dije—. ¡Te dejé porque no tuve más remedio! Somos soldados. ¡A veces tenemos que tomar decisiones difíciles!

—¡Tú eres soldado, Spensa! —gritó él, alzándose en el aire—. ¡Yo soy una inteligencia artificial de exploración, diseñada para buscar setas! ¿Por qué sigo dejando que me obligues a hacer cosas? ¡Yo no quería entrar en esa esfera, y tú me has metido! ¡Aaah!

Tirda. Ese dron tenía unos altavoces sorprendentemente fuertes. Como respondiendo a sus gritos, algo rugió en la lejanía. El sonido resonó ominoso por el bosque.

—Escucha —dije con voz suave a M-Bot—. Lo entiendo. Yo en tu lugar también me habría enfadado un poco. Vamos a…

Antes de que pudiera terminar la frase, M-Bot se internó en la selva, sollozando en voz baja para sí mismo.

Solté una maldición e intenté seguirlo, pero él podía volar y yo tenía que lidiar con la maleza del suelo. Salté un tronco caído, pero al otro lado tuve que abrirme paso entre frondas y enredaderas. Y después de eso, se me enganchó el pie con algo y terminé cayendo de bruces.

Cuando logré enderezarme, ya no tenía ni la menor idea de en qué dirección se había marchado. De hecho… ¿de qué dirección venía yo? ¿Ese tronco de ahí era el que había saltado? No, porque eso había sido antes de cruzar las enredaderas. Así que…

Di un gemido y me senté en el hueco que había entre unas raíces que sobresalían del suelo, dejé mi fusil en el regazo y suspiré. Aquella misión había empezado al estilo tradicional de Spensa: con todo el mundo enfadado conmigo. Me di cuenta de que necesitaba un momento para descomprimir. M-Bot no era el único que tenía un montón de emociones poderosas.

Había pasado de enfrentarme a un zapador a flotar en el espacio creyendo que estaba muerta, de ahí a despertar en un hospital y de ahí a escapar de una brigada de asalto enviada para eliminarme. Luego había tenido que tomar la decisión rápida de ir al sitio donde estaba, y temía haberme equivocado.

Quizá debería haber vuelto a casa y buscar la manera de enviar a otra persona a la ninguna-parte para que encontrara respuestas. Alguien listo, como Gali. O una persona cautelosa, como Kimmalyn. En esos momentos me

sentía perdida. No sabía qué le había pasado a Cuna, y estaba preocupada por mis amigos.

Estaba sola, aislada, perdida. Y para colmo mi único compañero, que en teoría era quien tenía estabilidad emocional por su diseño de programación, acababa de tener una rabieta y marcharse.

¿La gente que salía en las historias de la yaya se sentía así alguna vez? Ojalá supiera qué habían hecho Khutulun de Mongolia o Calamity Jane cuando se notaban tan abrumadas.

No sé cuánto tiempo me quedé allí sentada. El suficiente para darme cuenta de que lo que fuese que proporcionaba la luz no parecía moverse. Me permití concentrarme en eso, en vez de acumular más y más preocupación por Jorgen y mis amigos.

Había tomado mi decisión. Ya que estaba allí, tenía que averiguar todo lo que pudiera y después buscar un camino a casa.

—¿M-Bot? —dije a los árboles, con una voz que salió como un graznido—. Si me oyes, ¿podrías volver, por favor? Prometo disculparme, y hasta dejaré que lances tú el primer insulto.

No hubo respuesta. Solo el tenue crepitar de las hojas. Así que me obligué a concentrarme en un inventario más detallado de mis recursos. Era una forma de reaccionar a mi situación de algún modo, por pequeño que fuese, y empezar a recuperar el control. Eso me lo había enseñado Cobb.

Tirda. Había dicho a Cobb que la facción de Cuna buscaba la paz. Winzik y Brade podrían aprovecharse de eso, atraer a Cobb a conversaciones de paz para luego darle una puñalada trapera.

«No —me dije—. Inventario».

Di un repaso rápido a mi fusil de energía. Casi no había usado nada de su carga durante mi huida, lo que significaba que disponía de una fuente de energía… y unos quinientos disparos, dependiendo de si utilizaba munición energética estándar o la amplificaba para ganar potencia.

Mi mono no incluía cinturón médico, por desgracia, ni tampoco bolsa de supervivencia para pilotos. Sí que tenía el alfiler traductor que había utilizado en Visión Estelar para entenderme con los alienígenas. Hurgué en los bolsillos de la chaqueta, esperando haber metido allí un cuchillo o alguna otra cosa que no recordara. Pero en vez de eso, saqué la mano con un puñado de arena brillante.

Arena. Brillante.

Plateada, como si fuese el casco de un caza estelar triturado, y resplandeciente. Era una visión tan incongruente que me quedé allí sentada

contemplando cómo se escurría un poco entre mis dedos.

Por los santos, ¿qué sería? Cerré la mano y devolví la arena al bolsillo, y al hacerlo reparé en que había algo más. ¿Un bulto al fondo de la arena? Hundí la mano y saqué la insignia de vuelo de mi padre. La que había tenido escondida desde que él murió. Pero yo sabía a ciencia cierta que no la llevaba encima cuando había entrado en el portal. Ni siquiera la había tenido en Visión Estelar. La había dejado en Detritus, en mi dormitorio. ¿Cómo podía haber aparecido de pronto en mi bolsillo, rodeada de arena plateada?

Perturbada por la aparición de la insignia, la guardé otra vez. No encontré nada más oculto en los bolsillos, pero sí se me ocurrió que tenía otro recurso: mis poderes. Sabía que no podía hipersaltar a casa. De hecho, ni siquiera podía sentir mi hogar desde allí. Pero contaba con otras capacidades. La primera que había manifestado era el poder de «oír las estrellas». En la práctica, significaba que podía comunicarme a larga distancia. ¿Tal vez, aunque no pudiera hipersaltar fuera de allí, sería capaz de alcanzar a la yaya con mi mente?

Apoyé la espalda contra el árbol y decidí intentarlo. Cerré los ojos y… escuché, extendiendo la mente. Suena ridículo, pero había pasado horas y horas practicándolo con la yaya. Y en ese momento sentí algo.

Había una mente cerca de mí. Daba una sensación de familiaridad, como de ser una presencia a la que había conocido en otro tiempo. ¿Quién sería? No era la yaya… ni Jorgen… ni el zapador, tampoco. Traté de contactar con la mente y recibí… ¿una sensación de alegría? Qué raro.

Entonces sentí otra cosa. Una segunda mente cerca. Una entidad citónica, quienquiera que fuese, porque en el instante en que nuestras mentes se rozaron saltó una voz en mi cabeza.

¡Eh, hola!, dijo. *¿Otro citónico, aquí en el cinturón?*

¡Sí!, envié. *Estoy perdida. ¿Puedes ayudarme?*

Ten cuidado, dijo la voz. *¡Aquí dentro pueden oírte cosas peligrosas si usas tus poderes! ¿Dónde estás? Describe tu fragmento y procuraré localizarte.*

¿Fragmento?, envié. *Estoy en una selva. Junto a… bueno… ¿un árbol?*

Tenía que encontrar algún lugar más reconocible. Pero en el preciso instante en que empecé a planteármelo, vacilé. ¿Y si estaba hablando con un enemigo? ¿Cómo sabía que esa voz era de fiar?

Y en ese momento, me atacaron.

2

Eran tres. Desde mi derecha saltaron dos seres humanoides con aspecto de ave y brazos-alas, rodeando el árbol para derribarme, y une dione de piel azul llegó por la izquierda, supuse que intentando arrebatarme el fusil, que llevaba colgado de ese hombro.

El plan no estaba nada mal, pero, madre mía, qué torpes eran. El primer aviario resbaló al saltar, tropezó con el otro y me dio el suficiente aviso para que me volviera y empezara a levantar el arma. Estuve a puntito de dispararles, pero el impulso de energía falló porque le dione echó mano al fusil.

Gruñó, intentando hacerse con el fusil a base de fuerza bruta. Era mala jugada, y eso lo sabía hasta yo, por el limitado entrenamiento que había recibido en la FDD. Le dione debería haber agarrado el cañón, controlar el arma con una mano y golpearme en la cara con la otra.

Aparté de un empujón a le dione, pero los dos aviarios se me echaron encima. Con un gruñido, estampé la culata del arma en uno de ellos, sacándole un graznido de dolor. Me retorcí, forcejeé y empecé a liberarme.

Por desgracia, justo cuando estaba a punto de zafarme de aquel enredo de gente, algo me agarró desde detrás. ¿Un cuarto enemigo, también con plumas? Al parecer, el grupo había tenido el buen juicio de guardarse a alguien de reserva.

Intenté resistirme al cuarto atacante, desorientada, pero una quinta criatura embistió contra mí. No pude ver bien a aquel último adversario, pero era peludo y tenía el tamaño aproximado de una nevera. Mientras que yo… en fin, no. Ya había estirado la verdad para que en mis registros de piloto constaran 152 centímetros.

Ser pequeña era una ventaja en la cabina de una nave. En una pelea cuerpo a cuerpo, no tanto. Quiero pensar que me defendí bastante bien, pero lo cierto es que a los pocos segundos ya estaba tendida bocarriba en el suelo, desarmada, con el ser peludo sentado encima de mí y uno de los aviarios apuntándome con mi propio fusil a la cabeza.

—Veamos —dijo el aviario armado, con unas palabras que mi alfiler fue traduciendo—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Una soldado de la Supremacía? Vaya,

pero qué sorpresa más agradable. ¡Y hasta es humana! No me dan miedo los tuyos, humana, pero como sigas forcejeando, te dispararé y fin de la historia.

Gemí y dejé de revolverme. Separé las manos a los lados y al instante las aferraron sin miramientos y las apretaron contra el suelo. Por lo menos, se me quitó de encima el trasero de aquel alienígena peludo y pude dar una buena bocanada de aire fresco.

Mis captores me incorporaron y me ataron las manos a la espalda. Observé al aviario del fusil. Había oído hablar de su especie. ¿Heklos, se llamaban? Tenían el pico largo, como de cigüeña, pero su plumaje era de colores radiantes. La ropa de combate que llevaban no tenía mangas, pero las plumas de los brazos no parecían lo bastante grandes para permitirles volar. Parecían… más bien vestigiales, como el vello de los humanos.

—¿Qué quieres hacer con esta cosa, Vlep? —preguntó el alienígena peludo.

Tenía cierto aspecto de gorila. Esa especie también la había visto. Los llamaban los burl, si no recordaba mal.

—Depende —dijo Vlep, el que tenía mi fusil y el evidente líder—. Humana, ¿por qué te han enviado aquí? Este portal es para exiliados, pero aquí estás tú, uniformada y armada.

Claro. Llevaba puesto un mono y una chaqueta de la Supremacía. La ropa, añadida al arma, los había llevado a suponer que trabajaba para el enemigo. El comentario también me reveló otra cosa: que la pared, en efecto, era un portal, y que estaba en el lugar donde aparecía la gente cuando la Supremacía los exiliaba. Yo lo había visto en persona. De hecho…

Miré al burl.

—¿Gul’zah? —pregunté. Había visto cómo exiliaban a un burl a la ninguna-parte unos días antes.

—¡Ja! —exclamó el burl—. A él ya lo atrapamos cuando llegó.

—Conque por eso estás aquí —dijo Vlep—. ¿Persigues a ese fugitivo en concreto? Qué curioso.

No era cierto, claro. Pero entonces me di cuenta de que el burl que me había capturado tenía los rasgos un poco distintos. No se me daba muy bien distinguir entre ellos a los alienígenas, pero aquel burl era más bajo, más robusto y tenía la cara más ancha.

Supuse que aquel grupo, fueran quienes fuesen, tenían allí un puesto de avanzada y capturaban a la gente que llegaba por el portal. Pero ¿por qué? Los exiliados no llevarían encima nada de valor. ¿Y quién era el ser citónico

con el que había contactado? ¿Había atraído a aquel grupo al utilizar mis poderes? ¿O estaba sacando conclusiones precipitadas?

Extendí mis sentidos de nuevo, en busca de aquella mente. No era ninguno de mis captores, estaba un poco más lejos.

¿Qué quieres?, dijo la voz cuando la rocé con la mente. *Te he dicho que guardes silencio*.

Me han tomado prisionera, respondí. *Un grupo de saqueadores, o algo así, que estaban vigilando el portal cuando he llegado.*

Piratas, envió la mente. *Este territorio pertenece a los Cañoneros. Son un grupo duro. Contén la lengua y que no sepan lo que eres. Y haz el favor de guardar silencio citónico, ¡o atraerás a los zapadores!*

—No hablas, por lo que veo —dijo Vlep, haciéndose de nuevo con mi atención—. Sujetadla bien.

Le dione y otro heklo me agarraron con fuerza mientras Vlep empezaba a hurgar en mis bolsillos. Forcejeé de nuevo, sintiéndome invadida al tener sus manos por todas partes, aunque ya había esperado que me registraran.

Al poco tiempo, Vlep sacó un poco de polvo de plata de un bolsillo.

—¡Ja! Buen botín.

Metió la mano de nuevo y sacó la insignia. Se le ensancharon los ojos, lo cual parecía ser un gesto de sorpresa en su especie. El burl dio un gruñido grave, que… ¿quizá también expresara sorpresa?

—¿Un icono de realidad? —preguntó Vlep, y me miró—. Debes de ser alguien importante.

El corazón me dio un vuelco cuando vi que cerraba la mano emplumada en torno a la insignia, pero me pareció mala idea revelarles lo mucho que me importaba aquel objeto, así que me obligué a tranquilizarme.

—No tengo ni idea de lo que me estás diciendo.

—Bueno, gracias por el tesoro —respondió Vlep, y guardó la insignia en un saquito.

—¿Le disparamos ya? —preguntó el burl—. No me hace mucha gracia tomar a soldados como siervos. Son demasiado peligrosos.

—Podría sernos útil en combate —dijo le dione—, si se une a nosotros. Imagina lo que sería tener a un ser humano de nuestra parte.

—Los Costaderos tienen a uno —respondió Vlep—, y no les sirve de nada. No hacen justicia a su reputación, créeme. Pero no vamos a dispararle. La Supremacía la ha enviado armada, así que es valiosa para ellos. Cobraremos un rescate por ella en la base de minería.

Por tanto, sí que había explotaciones mineras en aquel lugar. Por lo menos eso me daba una buena pista de cómo podría salir de allí, cuando hubiera logrado lo que necesitaba hacer.

En esos momentos, mi mejor posibilidad de huida era hacer que los piratas me subestimaran. Así que me derrumbé al suelo.

—La de problemas que voy a ganarme por esto… —gemí.

—¡Ja! —exclamó Vlep—. ¡Eh, es buena noticia! Ahora que sabemos que Gul'zah es valioso, a lo mejor también podemos sacar un rescate por él. Doble botín. —Miró el saquito—. Triple. O más. Ponedla en pie y vámonos de aquí. A juzgar por el rugido de antes, debe de haber un grig en las inmediaciones. Preferiría no toparme con él.

Echó a andar por la selva y los otros me obligaron a seguirlo. Protesté y me revolví un poco al principio y luego encorvé la espalda mientras seguía caminando, fingiéndome derrotada.

Sin que se dieran cuenta, los estudié. Saltaba a la vista que aquellos piratas no eran soldados entrenados. Vlep no tenía ni el menor concepto de control de cañón: se volvía y apuntaba el arma sin pensarlo hacia los demás cuando le hablaban. No me sorprendió. La Supremacía censuraba lo que ellos llamaban «agresividad», y era muy poco probable que sus miembros tuvieran formación alguna en combate. Winzik y sus compinches lo preferían así. Hacía a la gente más fácil de controlar.

¿Era posible que aquel grupo estuviera compuesto de exiliados? Un par de ellos llevaban armas al cinto, un cuchillo en poder del burl y lo que parecía una pistola en un costado de Vlep. Pero no las habían usado contra mí. Me habían capturado con vida a propósito. Aunque también era posible que se hubieran sorprendido por lo bien que había luchado y lo bien armada que iba.

Lo más probable era que pudiera sacar partido a su ignorancia. O por lo menos, alguien más capaz podría haberlo hecho. Yo no estaba entrenada para esas cosas, no era…

Ya no podía seguir valiéndome de ese argumento, ¿verdad?

Tampoco tenía ninguna formación como espía, pero me había infiltrado en la Supremacía. Y podría decirse que lo había hecho bastante bien. Por lo menos, antes de que todo se torciera al final.

Había *decidido* ir allí. Ya era hora de que dejara de quejarme por lo que me pasaba.

—Oye, Vlep —dije, tratando de apretar el paso y ponerme a su altura al frente del grupo.

Tropecé casi de inmediato con unas enredaderas que no había visto, y estuve a punto de irme al suelo. Huir de ellos iba a ser casi imposible, al menos mientras tuviera las manos atadas. Me enderecé con un poco de ayuda de le dione y llamé al líder de nuevo.

—Vlep. Sois todos exiliados, ¿verdad? ¿Haciendo lo que podéis en una mala situación? Puedo ayudaros. No soy vuestra enemiga.

—Aquí dentro —dijo el heklo— todo el mundo es nuestro enemigo.

—Yo soy soldado —repuse—. Puedo entrenar a vuestra gente. Ayudaros. Solo necesito un poco de información. Sobre este lugar, y sobre…

Vlep se detuvo y me apuntó con el fusil.

—Nada de hablar a menos que se te haga una pregunta. Ahora estás en territorio de los Cañoneros. No armes escándalo y más te vale que no decida que das demasiados problemas para que merezca la pena mantenerte viva.

—¿Sabes, Vlep? —dijo otro heklo—. Me parece que me suena de algo. ¿No es la… humana que tiene Winzik por mascota?

—¿Winzik? —espetó Vlep—. ¿Quién es ese?

—Perdona —dijo el otro heklo—. Siempre se me olvida lo poco de fuera que llega aquí dentro. Hay un alto oficial de la Supremacía que tiene una guardaespaldas humana. Creo que es esta.

—Qué curioso —respondió Vlep, mirándome con los ojos entornados—. ¿Por qué iban a enviarte a cazar a un exiliado, humana? ¿O es que por fin has enfadado a la Supremacía y te has ganado la inevitable recompensa?

¿Me habían confundido con Brade? Supuse que no era la única a la que le costaba distinguir a un alienígena de otro.

En el momento en que pensé en Brade, hice una mueca. Menudo fracaso el mío al intentar reclutarla. Brade era citónica, y había sido ella quien invocó al zapador que luego había atacado Visión Estelar. Si de algún modo yo hubiera podido convencerla, todo aquello habría…

Un grito monstruoso y terrible cruzó la selva. Era tan profundo y sonoro que hizo vibrar los árboles. El grupo entero se detuvo de sopetón y miró alrededor entre los árboles y las enredaderas. ¿Qué había en todo el impío universo capaz de hacer un ruido como ese?

—Se acerca —susurró Vlep—. Deprisa, volvamos a las naves.

Un momento.

«¿Naves?».

¿Me atrevía a esperar que tuvieran cazas estelares allí? Desde luego, me sentiría mucho más confiada en la cabina de una nave. Cuando empezaron a andar de nuevo, correteé entre ellos. Y en una visión gloriosa, como los

cascotes apartándose para revelar el mismísimo firmamento, los árboles dejaron paso a un pequeño claro… en el que había tres naves. Dos vehículos civiles de tamaño medio y un caza estelar elegante y de aspecto peligroso.

Era como si el destino, al ver mis apuros, hubiera decidido enviarme un regalito… en forma de una nave de tipo interceptor, con destructores gemelos. Me quedé tan cautivada por su belleza que pasé por alto algo importante. El grupo se había detenido a mi alrededor y no miraban las naves, sino a los dos piratas que cabía suponer que habían dejado protegiéndolas.

Vi a une dione, que parecía presa del pánico e intentaba ayudar con una especie de botiquín al otro ser, una burl sentada en el suelo junto a una de las naves. Supuse que era hembra por el tamaño.

Y se le estaba derritiendo la cara.

3

Aquel rostro tan extraño me dejó boquiabierta. Aunque el cuerpo de la burl tenía forma de gorila y llevaba ropa práctica como los demás, no tenía nariz, sino solo un pequeño bulto en su lugar, y una fina hendidura por boca. Los carrillos le colgaban a los lados, y tenía los ojos, de un blanco lechoso, abiertos y mirando hacia delante.

Había algo inequívocamente antinatural en aquella cara. ¿Qué le habría ocurrido a la burl?

—De momento, dejad atada a la prisionera —ordenó Vlep.

Le dione tiró de mí hasta un lado del claro. Allí me impidió moverme sujetando las cuerdas de mis muñecas, que seguía teniendo atadas por detrás, a una parte de un árbol. ¿Sería una raíz? Luego le dione corrió para reunirse con los demás alrededor de la burl.

Al instante empecé a intentar liberarme. Por desgracia, la destreza del grupo con los nudos superaba a su pericia en combate. Estaba atada con firmeza, así que recurrí a frotar las ataduras contra la corteza confiando en que se deshilacharan.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Vlep a le guardia dione—. ¿Qué le has hecho?

—¡Nada! Solo me he ido un momento entre los árboles para aliviarme y, al volver, he encontrado…

Le dione señaló a la burl con gesto confuso.

Tirda. Aquella alienígena con la cara fundida empezaba a ser muy perturbadora. Los demás discutieron un poco y a continuación alguien sugirió utilizar las «cenizas de realidad», que resultaron ser el polvo plateado que me habían sacado del bolsillo. Vlep se puso a espolvorearlo sobre la burl.

Mientras la miraba, sus ojos empezaron a resplandecer. Por debajo de la piel, como si tuviera algo en su interior. Una luz blanca pura. Me recordó…

A los ojos. A los zapadores.

«Oh, por los santos».

Traté de soltarme de la raíz dando tirones, y la verdad es que cedió un poco, pero no era lo bastante fuerte para arrancarla del suelo. Así que volví a raspar la cuerda contra la corteza.

—Un poco a la izquierda —dijo una voz animada desde atrás—. Hay una parte más rugosa que podría venirte bien.

Me detuve y me retorcí para mirar hacia atrás. Allí flotaba un pequeño dron, oculto entre los matorrales.

—¡M-Bot! —exclamé, y al momento me quedé callada mirando a los piratas. Estaban solo a unos siete metros de distancia, pero por suerte no parecían haberme oído—. ¡Me has encontrado!

—Tampoco es que seas muy silenciosa, Spensa —dijo M-Bot, acercándose un poco—. Veo que has hecho nuevos amigos. Eso es… bueno. Escucha, tenemos que hablar. Con el corazón en la mano. Bien, yo con la unidad-de-procesamiento-que-simula-una-función-biológica en la pinza.

—¡No es muy buen momento!

M-Bot movió un brazo con pinza hacia mí.

—Las emociones de los seres biológicos acostumbran a llegar en momentos inconvenientes, y yo he lidiado con las tuyas en muchas ocasiones. Y Spensa… creo que ahora tengo sentimientos.

—Tampoco… me extraña. Ya los tenías antes, dijeras lo que dijeses.

—Spensa —prosiguió M-Bot—. He estado pensando. Y… y sintiendo. De verdad estaba enfadado porque me dejaras atrás para que me hicieran pedazos, me destriparan y me mataran. Pero comprendo por qué lo hiciste. No tendría que haberme enfadado tanto contigo. Puede que… exagerase un poco.

—Estupendo —dije, forcejeando para soltarme—. Yo también lo siento, y te perdono.

—¿Ah, sí?

—Sí, claro —respondí, girando a un lado para enseñarle las muñecas atadas—. Escucha, ¿puedes…?

—¡Vaya, gracias, Spensa! —exclamó él—. Gracias, gracias. ¡Qué calorcillo más bueno siento! Puede que se me esté sobrecalentando la matriz de energía. Pero… ¡pero es maravilloso! Me entran ganas de llorar, aunque sea físicamente imposible para mí.

—¿Podrías…?

—Quizá sea posible instalar conductos mecánicos para lágrimas en este dron. Así sería como tú y tendría fugas, ¿verdad? Te vuelves menos eficiente con tus secreciones cuando te emocionas.

Respiré hondo. En las historias, las heroínas siempre tenían fieles corceles, que no podían hablar, o leales y callados secuaces. Comprendía por qué. Seguro que el Llanero Solitario no habría llevado a cabo grandes gestas si su caballo hubiese sido un parlanchín obsesionado con las setas.

Aun así, me alegraba de ver a M-Bot. Miré hacia mis captores. Estaban reteniendo a la burl enferma, que parecía sufrir espasmos. Me dio mucha lástima, pero sus apuros no podían haber llegado en mejor momento. De no ser por ella, seguro que los piratas habrían descubierto a M-Bot.

—¿Spensa? —dijo él—. ¡Anda! ¿Estás atada?

—¿Y ahora te das cuenta? —gruñí—. ¿Qué creías que estaba haciendo con estas cuerdas?

—¡Creía que te picaba algo e intentabas rascarte! Por eso te he señalado la parte rugosa de la raíz. Los seres biológicos siempre estáis rascándoos cosas. Tener piel debe de ser horrible. —M-Bot titubeó—. Si te soy sincero, debería haberme dado cuenta de que estás presa. Me habían distraído todas estas emociones que mis procesadores se dedican a simular, vete a saber por qué. Hum… Sí. Eso son cuerdas.

—¿Me ayudas a quitármelas?

—Eh… Claro. Voy a… buscar algoritmos de desatado de nudos en mi base de datos…

—¡O podrías desatarme y ya está! —siseé.

—No sé muy bien cómo.

—No es tan difícil.

—Puede que para ti. Pero yo no estoy muy acostumbrado a ser capaz de *hacer* cosas, Spensa. Soy una inteligencia artificial de información y apoyo. No sé… cómo se hace para actuar. De hecho, he tenido que poner mis protocolos de autoapagado en un bucle infinito. No les gusta que pueda volar de un lado a otro por iniciativa propia.

Los creadores de su antigua nave habían implantado unos controles muy profundos sobre la personalidad de M-Bot. Decía mucho de él que hubiera progresado lo suficiente para saltarse algunos de ellos.

Un estallido de acción en los piratas devolvió mi atención a la burl enferma. Estaba forcejeando y revolviéndose, y había derribado a un heklo con una fuerza increíble.

—Deprisa —susurré—. ¿Tienes algo, lo que sea, que pueda ayudarme a escapar?

—Una línea de luz —respondió M-Bot—. La tenía un dron obrero en el taller y la instalé en mí mismo. Tenía pensado utilizarla para escapar. Tal vez podría huir contigo a rastras.

Una línea de luz era una ventaja. Pero los anillos de pendiente de M-Bot eran pequeños, y el dron tenía más o menos el tamaño de una bandeja, aunque fuese bastante más grueso. No tendría demasiada potencia.

—Fija la línea de luz a las cuerdas de mis muñecas —le pedí—. A lo mejor, uniendo fuerzas podemos arrancar esa raíz del suelo y liberarme. Prepárate. Tenemos que hacerlo antes de que los piratas se den cuenta de lo que pretendemos.

—Ya —dijo M-Bot—. Respecto a eso…

Los piratas estaban corriendo hacia sus naves, al parecer después de decidir que abandonarían a la de la cara derretida. Al burl varón no le había hecho ninguna gracia.

—¡Dame el icono, Vlep! —gritó—. ¡Tenemos que intentarlo! ¡Podría funcionar!

Pero Vlep no le escuchaba. Mientras los demás huían hacia las naves, Vlep se volvió hacia mí. Había visto a M-Bot. Al instante alzó el fusil hacia nosotros, sin duda pensando que era demasiado peligrosa para dejarme viva.

Prepárate, dijo una voz en mi mente.

¿Prepararme?, pensé sin dejar de mirar el fusil. *¿Para qué?*

El suelo empezó a temblar. Los árboles se sacudieron. Vlep apartó el cañón de mí y apuntó hacia los sonidos que se aproximaban.

Y entonces un tirdoso dinosaurio irrumpió embistiendo en el campamento… con un hombre humano bigotudo a lomos.

4

Sí, era un dinosaurio. Bueno, yo no había visto ninguno antes, pero aquel animal era un reptil, caminaba sobre dos patas y arrastraba una larga cola. De acuerdo, parecía tener los ojos en los hombros y un «cuello» largo como un tronco que terminaba en una boca llena de dientes. Así que tal vez «enorme oso hormiguero demoniaco» habría sido mejor manera de describirlo. Pero prefiero llamarlo dinosaurio.

El humano me resultó casi igual de desconcertante. Llevaba chaqueta de vuelo y pantalones militares, y parecía tener cincuenta y tantos años. Tenía la mandíbula cuadrada, era musculoso para su edad y el bigote asomaba sus buenos quince centímetros a cada lado de la cara. Mientras el dinosaurio avanzaba arrasando con todo a su paso, el hombre se dejó resbalar con movimiento experto por el flanco del animal, cayó al suelo y rodó.

Debía de ser la entrada más increíble que había visto en la vida. ¿Por qué yo nunca había podido cabalgar al combate sobre un dinosaurio y desmontar con una floritura como aquella?

Eh, un momento. Escapar. Claro. La llegada del desconocido había apartado de mí toda la atención.

—¡Ahora! —grité a M-Bot.

Metí las piernas bajo el cuerpo para quedarme acuclillada e intenté levantarme, tirando con todas mis fuerzas para partir la raíz a la que me habían atado. M-Bot se elevó a mi lado, remolcando la raíz con su línea de luz como le había pedido. Con su fuerza añadida, la raíz cedió y me liberé trastabillando.

Recobré el equilibrio, bajé las manos por la espalda y me acuclillé de nuevo para pasar las muñecas atadas bajo los pies y tener las manos por delante. Ser de mi talla también tiene sus ventajas.

—¡Qué alegría conocerte en persona, mi citónica amiga! —exclamó el desconocido, corriendo hacia mí mientras sacaba un cuchillo de caza. Le acerqué las manos y cortó las cuerdas de un solo tajo. Luego me tendió su propia mano con un gesto caballeroso—. ¡Chet Buscaestrellas, explorador galáctico interdimensional!

Tuvo que gritar para hacerse oír por encima del destrozo que estaba haciendo el monstruo en el campamento. El suelo temblaba con sus

atronadoras pisadas.

—¡Qué nombre más impresionante! —le grité.

—¡Gracias! ¡Lo inventé yo mismo! Y ahora, ¿qué?

—¿Te apetece robar un caza estelar? —pregunté, señalando.

—¡Música para mis oídos, jovencita! —respondió él a voz en grito—. ¡Hacía mucho tiempo que no tenía la ocasión!

Por desgracia, la elegante nave ya estaba despegando. Los piratas se habían dispersado y ya solo quedaban tres: el burl varón, la burl de los ojos brillantes a la que él intentaba arrastrar a un lugar seguro y Vlep. El líder de los piratas estaba disparando al dinosaurio, pero me sorprendió ver que los impulsos de energía no parecían hacerle daño.

Aún podíamos llevarnos una de las naves civiles, una lanzadera. Pero vacilé mirando a Vlep. El alienígena emplumado tenía el saquito con la insignia de mi padre. Y por algún motivo, en ese momento la insignia me pareció más importante.

—Cambio de planes —dije, y eché a correr hacia Vlep.

Chet se unió a mi carga. Vlep seguía disparando al dinosaurio, que no le hacía ningún caso y tiraba dentelladas a una nave que estaba despegando. Di contra él desde atrás, en todas las rodillas, y lo derribé despatarrado. Chet recogió el fusil mientras yo tiraba de la casaca del uniforme del forcejeante heklo hasta que por fin logré sacar el saquito de un bolsillo.

—¡Quietos! —gritó una voz desde atrás.

Me volví y encontré el caza estelar flotando cerca, con sus destructores apuntados hacia mí. Vlep aprovechó la oportunidad para escabullirse, dejándome sin rehén. Chet soltó el fusil y levantó las manos. Las armas que llevaba montadas aquella nave serían lo bastante poderosas para vaporizarnos por completo.

Por suerte, quien la estuviera pilotando se había olvidado del dinosaurio. El animal aferró un ala con un furioso mordisco. Yo me arrojé a los matorrales y Chet llegó al cabo de solo un momento. M-Bot vino volando con cierto retraso.

Miré hacia la última nave, pero Vlep ya estaba subiendo a bordo, y las demás disparaban al dinosaurio. Cruzar aquel claro supondría arriesgarme a morir por un disparo perdido.

—Creo que habrá que cancelar la Operación Robo de Nave —dijo Chet —. Lo lamento mucho.

—No pasa nada —respondí.

—¿Procedemos? —propuso él, señalando hacia la selva—. Preferiría no quedarme a vista de esa gente.

En el claro, la burl se había recuperado del aturdimiento y estampó al varón contra un árbol. El burl cayó al suelo con los ojos cerrados y ella se volvió de inmediato hacia mí, como si pudiera sentir dónde estaba. Parecía que le había crecido piel sobre los ojos, suavizando las cuencas. Pero en las profundidades de su cráneo brillaban dos puntos blancos, refulgiendo con lo que podía percibir sin duda que era un intenso odio.

Se me cortó la respiración. Entonces la burl me señaló y chilló.

Tirda.

Renuncié del todo a llevarme alguna de aquellas naves. Eché a correr siguiendo a Chet al interior de la selva, perseguida por los sonidos del fuego de destructor y los rugidos del monstruo.

5

Chet corría por delante de mí y parecía tener un sexto sentido que le decía dónde pisar, y que me permitió seguirlo bastante deprisa, evitando obstáculos y ramas ocultas. Supuse que la supervivencia en la selva formaba parte de la gama de habilidades estándar de un explorador espacial interdimensional.

M-Bot avanzaba flotando a mi lado.

—¡Spensa! —exclamó—. ¡Creo que estoy simulando el miedo! O puede que… No. Tengo que dejar de hablar así. Me *siento* asustado. ¡*Estoy* asustado!

Bueno, parecía ser un progreso. Los gritos remitieron a nuestra espalda y me alegré de estar poniendo una buena distancia entre nosotros y aquella criatura de los ojos brillantes. Aunque en ese momento tuve otra punzada de preocupación por Babosa Letal. Daba por hecho que habría hipersaltado a casa, pero ¿y si en vez de eso había terminado en algún lugar cerca de donde estaba yo?

Me sentí fatal por no poder buscarla con más detenimiento. Pero… en fin, con un poco de suerte, si de verdad había terminado en el mismo lugar que yo, estaría a salvo. La verdad era que si tuviera que apostar a quién sobreviviría solo en aquella selva, M-Bot, Babosa Letal o yo misma, ella sería la primera de la lista.

Corrimos hasta que dejamos de oír disparos. Chet asintió con la cabeza y nos acurrucamos los dos junto a un tronco cubierto de musgo. Qué ajeno me resultaba aquel lugar. ¿Qué se consideraba que debías hacer estando rodeada de tanta vida? Se suponía que las superficies planetarias eran baldías extensiones de roca y cráteres. Eso era lo natural y lo normal, no todo aquel verdor.

—Lamento informar —dijo Chet en voz baja— de que los piratas parecen haber comprendido que el animal se alimenta de energía. No se los puede dañar con esa clase de armas, y de hecho si te acercas a ellos con una pequeña matriz de energía, ¡se vuelven bastante dóciles! Los grigs se usan como bestias de carga, por muy temible que sea su aspecto. La que montaba yo debe de haberse quedado bastante llena después de tantos impactos, así que seguro que se ha marchado a echar la siesta. Aun así, creo que deberíamos

proceder con tanto sigilo como podamos, por la cosa esa de los ojos brillantes. No me ha gustado nada la pinta que tenía.

Asentí, de acuerdo con él.

—Gracias —susurré—. Por tu ayuda. Aún no había podido presentarme. Soy Spensa Nightshade.

—¡Un nombre excelente! —respondió él sin levantar la voz—. Y en cuanto a mi ayuda, ¡ha sido un placer! Ya estaba merodeando por el territorio de los Cañoneros en busca de acción, podría decirse. ¡Y la he encontrado, ya lo creo que sí! Ayudar a una compañera citónica ya es una recompensa copiosa. Dicho eso… —Calló un momento y miró a M-Bot—. No quiero meterme donde no me llaman, pero ¿es posible que te haya oído hablar con ese dron?

—Ah, claro —dije—. Este es M-Bot.

—¡Hola! —susurró M-Bot—. Ahora ya no estoy asustado. Es una buena sensación.

—Ah —dijo Chet—. Hum… ¿Has traído una inteligencia artificial a la ninguna-parte, entonces?

—Eso es… ¿malo, por como lo dices?

—Sí, bueno, yo diría que decirlo así es quedarte corta, Spensa Nightshade. ¿Tu gente no ha oído hablar de los zapadores?

—¡Hemos conocido a uno! —exclamó M-Bot—. Bueno, lo ha conocido Spensa. Yo estaba siendo asesinado mientras tanto. ¡Pero me enteré por las noticias! Sonaba aterrador.

—Ajá, bien, ya veo. —Chet me miró—. Veo que tu IA se ha vuelto sentiente, ¿eh? Creía que acababas de llegar, pero la sentiencia plena tarda unas semanas.

—Por definición —respondió M-Bot, flotando unos centímetros más cerca de él—, la palabra «sentiente» implica tan solo la capacidad de percibir y/o sentir. Suele utilizarse mal. Es la palabra «sapiente» la que designa la consciencia propia, o la inteligencia similar a la humana. Lo cual, si te paras a pensarlo, es una definición humanocéntrica. ¡Esos traviesos humanos y sus sesgos lingüísticos!

»En todo caso, mi programación me lleva a explicar que no soy sapiente, sino que solo estoy programado para simular sapiencia hacia mis pilotos. Sin embargo, dicha programación la escribió gente que olía a queso y tenía fideos por sesos. Así que no les estoy haciendo ningún caso ahora mismo.

—¿Fideos por sesos? —pregunté.

—Cuando copié mi personalidad a este dron, tuve que dejar atrás varias bases de datos no esenciales, por motivos de espacio. Supongo que mi colección de insultos agudos y brillantes estaba entre ellas.

—Claro, claro —dije—. Nunca has tenido esa colección, M-Bot.

—¿Ah, no? Pues entonces tendré que empezarla. En una escala del uno al diez, ¿cómo calificarías «fideos por sesos»?

—Señorita Nightshade —dijo Chet—, tengo que… advertírtelo. Esto es muy peligroso. Las inteligencias artificiales plenamente sapientes son abominaciones, ¿sabes? ¡Que quede claro que no soy de los que rehúyen el peligro! Pero… en fin, te sugeriría que tengas un ojo echado a esa cosa.

—Tomo nota —respondí.

—Tomo nota —dijo M-Bot—. Sesos de fideos.

Los dos nos quedamos mirándolo.

—Seguiré utilizándolo hasta que tenga una calificación —explicó M-Bot —. Del uno al diez, ¿qué opináis? Necesito datos.

Suspiré y miré de nuevo a Chet.

—¿Dices que eres explorador?

—Explorador galáctico interdimensional —matizó él—. Hasta ahora solo he estado en dos dimensiones, el universo normal y corriente y este sitio. Pero pensé que el título era adecuado de todos modos.

—Me vendría bien tener un guía —dije—. Y quizá también un poco de ayuda para comprender la citónica.

—Bueno, para lo segundo no creo que vaya a serte muy útil —reconoció él—. No sé si ya era citónico antes de caer aquí dentro, y he tenido que ir aprendiendo sobre la marcha. Puedo contactar con gente usando la mente, pero poco más o menos hasta ahí llego. He oído que en teoría somos capaces de teleportarnos. Sería una maravilla, ¿verdad que sí?

No dije nada. Lo cierto es que no estaba convencida al cien por cien de que debiera confiar en él. Había algo de lo más conveniente en su aparición. O sea, sí, las aventuras disparatadas sobre dinosaurios eran impresionantes, pero aun así…

—Me encantaría trabajar como guía tuyo, sin embargo —prosiguió Chet —. Me conozco estos fragmentos tan bien como mis propias botas. Pero antes de que continuemos, dime: ¿por qué era tan importante para ti ese saquito que has renunciado a llevarte una nave por robarlo?

Titubeé. Tenía cien preguntas más que hacerle. ¿De dónde procedía? ¿Había muchos humanos más allí? ¿Qué era un fragmento? Pero las aparté de

momento y me concentré en resolver una en concreto. Levanté el saquito y saqué de él la insignia de mi padre.

—¿Qué es esto? —pregunté.

A Chet se le pusieron los ojos como platos. Y percibí en él un evidente anhelo. Una codicia. Desapareció al cabo de un instante: Chet parecía muy capaz de encubrir sus emociones, pero había estado allí, y me volvió precavida.

—Eso, jovencita —dijo—, es un icono de realidad. Una reliquia importante de tu antigua vida, imbuida de tus apegos a tus lugares y personas queridos. Tienen un poder excepcional. Crean cenizas de realidad. ¿Ese polvo dorado? Sin ellas, y sin grupos de gente cerca…

—¿Qué pasaría? —pregunté, resistiendo el impulso de guardarme la insignia. No me gustaba nada cómo la estaba mirando Chet.

—Estamos en los bordes de la ninguna-parte —explicó—, en una zona conocida como el cinturón. Es bastante difícil de explicar, pero cuanto más tiempo pasas aquí dentro, más probable es que te olvides de ti mismo. Tu pasado, tus recuerdos, incluso tu identidad. —Hizo una pausa—. Yo no recuerdo casi nada de mi vida antes de entrar aquí. Es una… nada, está en blanco.

»Pero yo tengo suerte. He podido comerciar para obtener cenizas lo bastante a menudo para mantenerme a mí mismo más o menos… bueno, yo mismo. Hay gente que lo olvida todo muy deprisa, incluso su propio nombre. Por eso los piratas capturan a los recién llegados, ¿entiendes? Los ponen a trabajar, los mantienen con ellos. Cuantas más mentes haya cerca, más a salvo permanecen tus recuerdos y tu identidad. A menos que tengas cenizas de realidad. Entonces puedes ir donde quieras sin miedo.

—Y esta cosa las crea —dije.

—Sí —respondió él, con una extraña solemnidad—. La única otra manera es sacarlas de personas o de objetos cuando están recién llegados a la ninguna-parte. Y las cenizas se desvanecen con el tiempo. Tardan… un poco. ¿Meses, tal vez? A veces cuesta seguirles la pista. Pero el caso es que, si quieres viajar solo, necesitas un suministro constante.

Eso explicaba por qué todo el mundo se había emocionado tanto al ver mi insignia. La solté dentro del saquito y me lo guardé en el bolsillo.

Los ojos de Chet la siguieron todo el tiempo. Entonces sonrió y recobró parte de su anterior entusiasmo.

—Muy bien —dijo—. ¡Un guía quieres y un guía tendrás! Me temo que te he revelado mi mano al explicarte lo valiosas que son esas cosas. Pero si estás

dispuesta a pagarme por mis servicios una parte de ellas, de las cenizas, no del icono, entonces me tendrás diligente a tu servicio. ¿Pongamos, por ejemplo, una ceniza por cada día de trabajo?

Tirda, tenía centenares de cenizas. Quizá fuesen valiosas, pero el trato me pareció una ganga.

—Hecho —dije—. Necesito información sobre este lugar. Y tengo que encontrar algo llamado… la Senda de los Ancianos.

Chet ladeó la cabeza.

—¿Dónde has oído hablar de eso?

—No estoy en disposición de revelarlo.

—¡Ah, conque espionaje! En ese caso, contendré la lengua, Spensa Nightshade. Conozco la Senda de los Ancianos. Seguirla lleva a algunas de las primeras entradas a la ninguna-parte, que dejaron los más antiguos citónicos. Recorrerla no será fácil, pero…

Lo interrumpió el sonido de ramas partiéndose en el bosque. El cielo empezó a palpitar.

—¿No decías que se habría ido a dormir? —pregunté.

—Es lo que… debería haber hecho. —Chet giró la oreja hacia los ruidos—. Caramba. Sí que viene hacia aquí, ¿verdad? No temas, puedo domar a la bestia de nuevo. No es…

Dejó la frase en el aire. Desde esa misma dirección emanaba un frío. Una especie de… gelidez que se me filtraba en el alma. Y en mi cabeza reverberaba un sonido. No era palabras, sino solo un tenue siseo acompañado de una intensa oleada de odio.

—Creo que quizá deberíamos marcharnos —dijo Chet—. A toda prisa.

—Estoy de acuerdo —respondí, y me levanté de un salto.

Chet abrió la marcha, más deprisa en esa ocasión, y yo lo seguí lo mejor que pude. Se deslizó por un tronco caído, volvió al suelo y corrió con paso ligero y rápido serpenteando entre un grupo de frondas. M-Bot volaba tras él. Yo resbalé torpe por el tronco y tropecé con esas mismas plantas, manteniéndome en pie solo a duras penas.

Por suerte, la selva fue haciéndose menos densa y pudimos apretar el paso.

—Spensa —dijo M-Bot—. Voy a apuntar un nueve como tu calificación a ese insulto mío. Estupendo, pero todavía un poco mejorable. ¿Qué tal te suena?

Di un gruñido. Los ruidos estaban acercándose desde detrás.

—Según Chet, esa cosa come electricidad —dijo M-Bot—. No va a… comerme, ¿verdad, Spensa?

Me concentré en intentar mantenerle el ritmo a Chet, que me hacía señas para que corriera mientras se internaba en unos arbustos. Apenas logré evitar tropezarme.

—¿Sabes? —dijo M-Bot, con el volumen de voz muy bajo—. Es bastante inconveniente que los humanos necesitéis el aparato inhalador para comunicaros. A menudo, cuando te esfuerzas mucho en algo, también tienes cosas importantes que decir. Pero vosotros no podéis decirlas sin arriesgaros a interrumpir la entrada de oxígeno.

—¿Por qué lo dices? —pregunté, jadeando mientras pasaba agachada bajo unas enredaderas.

—Ah, no, por nada —respondió M-Bot, trazando un tonel entre las enredaderas—. Solo estaba dándote charla insustancial. Con una voz insustancial. ¡Ja! ¿Sabes? Seguro que si os dieran un poco más de tiempo para evolucionar, tu especie habría resuelto ese problema de los pulmones. No es que no aprecie el uso de los periféricos existentes para funciones nuevas, pero lo cierto es que tenéis más partes del cuerpo que hacen ruido al expulsar aire por ellas. ¿No sería mucho más efectivo que pudierais comunicaros de ese modo?

Lo mejor era no animar a M-Bot cuando se ponía así, aunque me alegraba oír que iba comportándose cada vez más como su antiguo yo. Cuando lo había encontrado por primera vez en el dron, hablando lento y sintiéndose traicionado, me había preocupado no poder recuperarlo nunca. Y luego, cuando había tenido aquel ataque de emociones enfurecidas… Bueno, oír cómo se reía de la biología humana era todo un alivio.

Los sonidos se hicieron incluso más fuertes a nuestra espalda. Aceleré y llegué junto a Chet, que se había detenido para esperarme. Echó a correr de nuevo en el momento en que lo alcancé.

—Algo va mal —dijo en voz baja—. La grig no debería estar siguiéndonos. Esto es malo, Spensa Nightshade, muy malo…

Se oyó un fuerte crujido detrás de nosotros. Estaba más cerca. Demasiado cerca. Aterradoramente cerca.

«No mires», me susurró mi acervo de guerrera.

Miré de todas formas.

El ser estaba a nuestra espalda, moviéndose con una incongruente elegancia. Deslizaba su boca-cuello entre los árboles y los bigotes que le salían por toda su longitud tanteaban el camino para que lo siguiera el grueso

de su cuerpo. Los ojos que tenía en el torso, en la base del tronco, habían pasado a emitir un brillo blanco. Igual que los ojos de la alienígena herida. Y que los zapadores.

Noté que la sensación de frío se incrementaba, acompañada de una presión sobre mi mente, como si aquel ser estuviera intentando alcanzarme, buscándome. Me conocía.

—¡Chet! —grité, volviéndome de nuevo hacia él. No sé cómo evité tropezar—. ¡La tenemos encima!

Él saltó entre una hilera de arbustos. Fui tras él y salimos de la selva, y entonces tuve que frenar de sopetón al darme cuenta de que no solo había llegado al final de los árboles, sino también al final del propio *terreno*.

Ante mí se extendía una vastedad de aire abierto. No habíamos estado en una selva sin más, sino en una que crecía sobre un gigantesco pedazo de suelo flotante.

Y no veía ningún camino para seguir avanzando.

6

Chet salió corriendo de inmediato hacia la derecha, por el borde de nuestro fragmento de tierra.

—¡Por aquí!

Puse pies en polvorosa tras él, pero aventuré una mirada atrás, recompensada con una visión alentadora: aunque había un metro de espacio abierto entre la selva y el precipicio, el monstruo era más ancho que eso. Así que, mientras nosotros podíamos correr en línea recta, ella tenía que maniobrar en torno a árboles y marañas de follaje, meneando furiosa el tronco-boca-hocico de un lado a otro.

—Spensa —dijo M-Bot, que avanzaba volando a mi lado—, no estoy muy entusiasmado con mis primeros experimentos de autodeterminación. Mi cronómetro detalla que, desde mi despertar, he pasado una cantidad espeluznante de tiempo perdido, enfadado o perseguido por monstruos interdimensionales.

Asentí pero seguí corriendo, tratando de conservar el aliento.

M-Bot se adelantó un poco.

—Si tuvieras que evaluar mi dominio de las emociones en una escala del uno al diez, ¿qué puntuación me pondrías?

Di un gruñido.

—Voy a asumir que eso era un tres —dijo M-Bot—. Sé que no es muy favorable, pero para ser un robot recién despertado, tienes que reconocer que lo he hecho bastante bien. De hecho, teniéndolo todo en cuenta, creo que merezco más que un tres. Me parece fatal que me pongas una nota tan baja, Spensa.

Miré de nuevo hacia atrás. La bestia había perdido terreno, pero aún distinguía aquellos ojos resplandeciendo a ambos lados de su tronco.

¿Qué…? Sentí la palabra empujada al interior de mi mente. *¿Qué has…?*

Redoblé mis esfuerzos sin hacerle caso y, dando un acelerón, me puse a la altura de Chet.

—Hacia —logré decir—. Dónde. Estamos. Yendo.

Él señaló por delante.

—Ahí hay otro fragmento. ¿Lo ves? Espero que podamos saltar de este a ese y, al hacerlo, escapemos del monstruo.

Había un montón de aquellos fragmentos flotando cerca, todos en un mismo plano, como a la misma elevación. Parecían las piezas dispersas de un puzle sobre una mesa invisible. Por delante había un trozo de terreno marronáceo acercándose poco a poco, separado de nuestro pedazo por solo unos pocos metros. Verlo me hizo fijarme en que no tenía mucha roca bajo los pies. ¿Era posible que se separaran partes de aquellas masas? ¿Era peligroso estar tan cerca del borde?

Seguimos corriendo de todos modos. Y al acercarnos, caí en la cuenta de que la distancia entre nuestro fragmento y el de color tostado era más grande de lo que había parecido. Desde luego, más de lo que sería capaz de saltar una persona.

Chet corría a mi lado y se le torció la expresión cuando, a todas luces, reparó en el mismo problema que yo.

—Señorita Nightshade —dijo, mirando hacia el monstruo—, me temo que nos he llevado a ambos a nuestra perdición. ¿Prefieres que intentemos escondernos en el bosque o que nos plantemos y luchemos?

—Ninguna de las dos —respondí, sintiendo cómo la mente de la bestia apretaba contra la mía—. M-Bot, ¿quieres ganarte un diez sobre diez en salvarme la vida?

—Uuuh —dijo M-Bot—. Diez es mucho mejor que tres. Bueno, dependiendo del sistema de referencia, claro.

—Ve y fija tu línea de luz a ese otro fragmento —le pedí, resollando—. ¡Y luego vuelve! ¡Nos reuniremos en ese peñasco de delante, donde los fragmentos están más cerca entre ellos!

Se marchó volando. Yo no estaba muy segura de cuánta masa soportarían los anillos de pendiente de aquel dron tan pequeño, pero una buena línea de luz podía aguantar mi peso y bastante más.

—¡Una idea excelente! —exclamó Chet—. ¡Sigue corriendo! ¡Podemos conseguirlo!

A nuestra espalda, la bestia rugió, pero tenía una voz distinta. Sonaba como cien versiones distintas del mismo rugido, superpuestas. Eché una mirada atrás y vi que el animal cargaba hacia nosotros, que ya casi nos daba alcance.

Tirda. ¿Es que no se daba cuenta de que yo no merecía tanto esfuerzo? Esa tenía que ser mi única ventaja sobre alguien como Conan el Bárbaro. Yo apenas sería un aperitivo. Pero no creía que fuese mi carne lo que ese monstruo quería devorar.

Por suerte, el dron de M-Bot desarrollaba una buena velocidad. Ya estaba fijando la línea de luz al otro fragmento. Hecho eso, regresó deprisa hacia nosotros, dejando atrás la línea de brillante energía entre rojiza y anaranjada.

Las pisadas del monstruo sacudían el terreno justo detrás de nosotros. Casi podía notar su aliento en la nuca.

«Vamos…».

M-Bot se acercaba a toda velocidad… pero entonces se detuvo de sopetón muy poco antes de llegar a nuestro fragmento. Se quedó quieto de golpe en el aire. La línea de luz no era lo bastante larga.

Pero estaba tan cerca que…

Miré a Chet. Él asintió.

Solo podíamos hacer una cosa.

Llegamos al borde del fragmento más cercano a M-Bot y, juntos, saltamos.

Seguro que fuimos una visión de lo más espectacular, los dos suspendidos en el aire mientras la bestia llegaba y daba una dentellada al aire donde habíamos estado un segundo antes. Cruzamos al vuelo una extensión infinita y…

Logré agarrarme al dron de M-Bot.

Chet falló. Había apuntado demasiado bajo y acabó topando contra mi cintura. Empezamos a precipitarnos todos cuando los anillos de pendiente de M-Bot se revelaron demasiado débiles con mucho para mantenernos elevados. Casi me solté del todo cuando Chet se me agarró a la pierna, y nos balanceamos como un péndulo mientras nos alejábamos de la selva.

Me aferré a M-Bot con todas mis fuerzas, apretando los párpados, concentrándome en no soltarme del dron. Nos mecimos adelante y atrás unas cuantas veces antes de quedar poco a poco en reposo.

Abrí los ojos. La línea de luz de M-Bot estaba adherida al fragmento, unos quince metros por encima de nosotros. Yo estaba abrazada al dron sin dejar de hacer fuerza, y Chet colgaba de mi pierna izquierda.

—Bueno —dijo M-Bot—, este rescate no hace falta que lo puntúes en una escala. Supongo que viene a ser un caso de éxito o fracaso, ¿verdad?

Gruñí, apretándome más el dron contra el pecho. Me alegraba mucho de llevar un mono, porque de otro modo era muy probable que Chet hubiera acabado cayendo por toda la eternidad, con unos pantalones de mujer como su única compañía.

M-Bot empezó a retraer la línea de luz. Por suerte, el mecanismo resultó ser lo bastante fuerte para sostenernos mientras subíamos centímetro a

centímetro. Eché un vistazo atrás y vi la monstruosa criatura al borde de la selva, observando. Aquellos ojos inquietantes refulgían tanto que me ocultaban sus otros rasgos.

Inmensos, terribles, me invadieron la mente. *¿Qué… has hecho… al Nosotros? ¿QUÉ HAS HECHO?*

Eran los zapadores. Reconocí sus mentes.

—¿Has oído eso? —preguntó Chet en voz baja.

—Sí —dije, cerrando fuerte los ojos de nuevo. Obligué a los zapadores a salir de mi mente.

Cuando abrí los ojos, vi que la bestia se retiraba a la selva y desaparecía entre las sombras.

—Cuánto me alegro de que todo haya salido bien —dijo M-Bot mientras ascendíamos despacio—. En realidad, estaba mintiendo. ¡Mira qué bien se me da ahora! La verdad, Spensa, es que sigo asustado. Aunque ya estemos a salvo. ¿Por qué será? ¿No debería sentir alivio?

Negué con la cabeza.

—A veces los nervios tardan unos minutos en pasarse. Chet, ¿qué tal por ahí abajo?

—Estoy meditando sobre mis decisiones vitales, señorita Nightshade —respondió su voz desde mi pierna—. ¿Estás bien agarrada, si no te importa que lo pregunte?

—Bien, por ahora —dije.

—Si empiezas a resbalar, te pediría que me informaras. ¡Como tu aspirante a rescatador, no permitiré que mi peso apresure tu defunción! Es mejor que caiga uno que dos.

—¡No hables así! —exclamé—. ¿Qué pasaría? ¿Caerías para siempre?

—¡Por lo menos hasta que consigas una nave gracias a tu astucia y acudas en mi rescate! —respondió él—. Espero que mi desempeño hasta este momento merezca tal giro de los acontecimientos. ¡Pero mejor sigamos colgados!

Menos mal que me había situado de forma que podía agarrarme no solo con los dedos, sino con los brazos enteros. Tenía una situación bastante estable, dadas las circunstancias.

Al cabo de un tiempo nos detuvimos cerca del borde del fragmento, donde M-Bot había adherido la línea de luz. Quedaban todavía unos centímetros a la vista, pero no podía retraerlos mientras yo siguiera pendiendo de su forma rectangular.

—Tendrás que subir tú primero —dije a Chet.

—¡Muy bien! —exclamó él—. ¡Mis disculpas por adelantado!

Empezó a auparse agarrándome por el mono. Yo me concentré en no soltarme. Tenía las manos resbaladizas de sudor, y el peso de Chet trepando amenazaba con arrancarme de una sacudida. Pero al poco tiempo pudo aferrarse a algo de encima del fragmento e izarse por encima del borde. Di un suspiro de alivio.

Al instante estiró el brazo hacia abajo, acepté la ayuda y dejé que tirase de mí hasta la superficie del nuevo fragmento. Por el borde caían polvo y arena que salpicaron el casco de M-Bot mientras se elevaba. Estábamos en algún tipo de fragmento desértico, cubierto de arena interrumpida solo muy de vez en cuando por algún arbusto seco.

No había nada allí que pareciera suponer una amenaza inmediata. Chet y yo nos miramos y a continuación los dos correteamos a la vez para alejarnos del borde antes de dejarnos caer y soltar agotados suspiros. Me dolían los brazos y el corazón seguía aporreándome en el pecho. Pero cuando miré a Chet, vi que estaba sonriendo de oreja a oreja.

Y… tirda, yo me sentía igual. Había algo increíblemente emocionante en nuestra huida frenética. Mis amigos me llamaban loca por tener esa clase de reacciones, pero Chet parecía comprenderlo.

—No deberíamos haber sobrevivido a eso —le dije.

—¡En absoluto! —convino él—. Pero hacía siglos que no me divertía tanto.

El dron de M-Bot se volvió de mí hacia Chet, y luego de vuelta.

—¡No estáis en vuestros cabales! —nos dijo—. ¡Ninguno de los dos!

—¡Lo que pasa es que apreciamos la vida, abominación! —replicó Chet, sacudiéndose la ropa mientras se levantaba—. Nada te trae más de dicha apreciación que estar a punto de perder lo que valoras.

Regresó al borde del fragmento, subió un pie a una roca y se inclinó hacia delante para observar el fragmento selvático. Estaba alejándose de nosotros a poca velocidad.

Allí de pie con su chaqueta de vuelo, tuve que admitir que tenía un aspecto impresionante. Me recordó a… bueno, a alguien de algún cuento. La gente a la que había soñado con conocer, a la que hasta me había imaginado a mí misma acompañando en una aventura.

Sin embargo, no podía evitar la cautela. Toparme con él allí, tan pronto, parecía mucha coincidencia. Pero ¿qué sabía yo? A lo mejor el sitio estaba repleto de aventureros heroicos. Desde luego, no se podía pedir una ambientación mejor. Porque mientras Chet se quedaba allí mirando hacia

fuera, el fragmento selvático se apartó lo suficiente a un lado para permitirme distinguir por fin la fuente de la iluminación en aquel lugar.

Una enorme, gigantesca esfera de brillante luz se alzaba a medias sobre el horizonte. Parecía como una bomba paralizada en plena explosión. Aunque era difícil saberlo desde donde estaba, parecía haber centenares de fragmentos, quizá miles, entre nosotros y ella, cada uno con un tipo de terreno distinto.

Mil pequeños mundos de aventura, llevando como un sendero roto hacia aquella colosal esfera. ¿Sería un sol? Parecía demasiado grande y estaba demasiado cerca. Bueno, sí, lo más seguro es que estuviera a cientos y cientos de kilómetros de distancia, pero se suponía que los soles estaban a millones y millones de kilómetros.

Además, no parecía producir ningún calor, y podía fijar la vista en la esfera sin problemas.

—Lo llamamos el fogonazo —dijo Chet, volviéndose otra vez hacia mí—. Es donde viven los zapadores. El centro de todo, aquí dentro. Por tu expresión, asumo que te gustaría obtener respuestas.

—Sin duda, sería un cambio a mejor.

—¿Y todavía pretendes seguir la Senda de los Ancianos? —preguntó.

—Para eso he venido.

—En ese caso, nuestro viaje comienza —dijo él, acercándose y tendiéndome una mano para ponerme en pie—. Únete a mí, Spensa Nightshade, en pos de la aventura y de que te explique algunas cosas.

7

Muy bien —dije mientras empezábamos a cruzar el desierto—, primera pregunta. ¿Cómo puede ser este lugar la ninguna-parte? Ya había estado en la ninguna-parte durante los hipersaltos. Creo que recordaría unos cachos de piedra voladora y unos monstruos con dientes en las narices.

—Una observación astuta. Lo que habías experimentado hasta ahora es el interior del fogonazo. —Chet dio media vuelta y extendió ambos brazos sin dejar de avanzar—. Ahora estamos fuera de él, en el cinturón, que es una zona fronteriza. Las cosas de nuestro mundo, como el tiempo, la individualidad o la propia materia, se han filtrado al cinturón. Igual que encuentras agua salobre entre un océano y un río.

—Yo… nunca he visto un océano —dije.

—¡Qué tragedia! —exclamó él—. Entonces, mejor imagínate dos países vecinos. Con el tiempo, la gente que vive cerca de la frontera podría ir aprendiendo el idioma del otro país. Empezar a practicar algunas de sus costumbres, hábitos, tradiciones. Bueno, pues eso es el cinturón: el sector de la ninguna-parte que linda con la alguna-parte, con el universo normal, que es por lo que tiene varias de las mismas reglas. ¿Los que te arrojaron aquí dentro no te advirtieron?

—No me arrojó nadie —respondí—. Salté aquí a propósito. Para evitar que me hiciesen prisionera.

—Hay quien lo llamaría una medida extrema —dijo Chet.

—Era mi deber como guerrera evitar la captura —expliqué—, para que no pudieran torturarme y hacer que traicionara a mis amigos.

Chet sonrió.

—Me gusta cómo piensas, joven. Honor, valentía. Por la gente a la que he conocido aquí estos últimos años, ¡ya temía que esos ideales se hubieran perdido!

—Hay un imperio galáctico —le dije—, llamado la Supremacía. Ellos… ven la batalla con una perspectiva distinta.

—Conozco la Supremacía —dijo Chet—. Tienen una gran base aquí dentro para extraer piedra de pendiente.

—Por tanto, deberán llevarse la piedra fuera —respondí.

—Sí, pero los únicos portales activos que lo permiten están operados por la Supremacía. Por lo que sé de ellos, es muy improbable que permitan acceder a ellos. Parecen una gente bastante controladora, liderada por… unos individuos bastante repulsivos.

—Son unos capullos de mucho cuidado —convine.

La palabra me puso sentimental y me hizo pensar en Jorgen. Era una reacción estúpida, pero me daba la impresión de llevar años sin oír aquella voz tan seria que tenía. Casi había podido regresar a eso. Pero en vez de hacerlo, había ido al lugar donde estaba, una decisión que esperaba con todas mis fuerzas que fuese la correcta.

«Por favor, Jorgen —pensé—, cuídate mucho. Y sé más listo de lo que he sido yo».

Chet partió una rama de un arbusto casi seco del todo que había cerca, y dejamos de caminar un momento para que dibujara un amplio círculo en la arena, con otro más pequeño en su centro.

—Imagínate que esto es la ninguna-parte —dijo—. El fogonazo es este círculo del centro. La parte más grande es el cinturón, donde flotan los fragmentos. Siempre he pensado que se parecía a un huevo frito, en el que la yema es el fogonazo y la clara son todos los fragmentos.

—Entendido —respondí—. ¿Dónde estamos ahora?

—Justo en el borde —dijo él, pinchando con el palo el mismo límite del dibujo—. Esto es territorio pirata. Concretando más, estamos en la zona que se atribuye la facción de los Cañoneros, cerca del límite del territorio de la facción de los Costaderos. Ahí es donde podremos empezar a recorrer la Senda de los Ancianos.

—¿Que es…?

—Cuando la gente llega a la ninguna-parte, dejan una impresión —explicó Chet—. Recuerdos, imbuidos en la piedra de los portales. Esa impresión queda a la vista, y hace mucho tiempo algunos citónicos organizaron unos cuantos portales para componer una especie de narrativa. Al recorrer la Senda de los Ancianos, puedes ver con tus propios ojos la sabiduría de los antiguos citónicos. —Titubeó un momento—. Yo no lo he hecho nunca, pero en teoría implica viajar hasta el mismo centro, hasta el fogonazo.

Me volví hacia la gigantesca esfera brillante.

—Parece… bastante distancia.

—Es un recorrido de unos cincuenta mil kilómetros.

Una distancia sobrecogedora. Incluso yendo a toda velocidad en un caza estelar de clase Poco, recorrerla costaría muchas horas. A pie… Uf, tirda. Estábamos hablando de años.

—Por tanto —dije—, sí que va a hacernos falta robar una nave como sea.

—¡Qué ganas tengo! —exclamó Chet.

—La próxima vez intentaré no distraernos yendo en dirección contraria.

—Has tomado la decisión correcta —dijo él—. Los iconos de realidad son mucho más valiosos que las naves. Por desgracia, me temo que nuestro viaje será difícil incluso teniendo una nave. —Dibujó un poco más en su mapa de la ninguna-parte—. Sé dónde empieza la Senda de los Ancianos: aquí, en el borde, dentro del territorio de los Costaderos. Hasta ahí sé llegar. Pero para seguir hacia dentro, tendremos que atravesar territorio de la Supremacía, lo cual será *muy* complicado. Tienen escáneres de largo alcance y docenas de cazas estelares. Si intentamos atravesarlo volando, es muy probable que nos intercepten.

—Soy bastante buena con un caza estelar —dije.

—¡Bueno, entonces me encantará verte volar! —repuso él—. Las fuerzas de la Supremacía no son ninguna maravilla como pilotos. De hecho, la gente de aquí dentro suelen ser aquellos a los que la Supremacía obligó a venir. No todos son exiliados, pero presionan a la gente para trabajar en las canteras de piedra de pendiente de su base, Fuerteseguro.

»La mayoría de los piratas son mineros que desertaron. Ese sitio es un desastre, Spensa Nightshade. Está lleno de gente desesperada que intenta sobrevivir. Para seguir hacia dentro por la Senda, tendremos que colarnos entre todos ellos. Y entonces… bueno, si el objetivo es acercarnos al fogonazo, la cosa se pondrá incluso peor.

Señaló el resto del espacio, más allá del territorio de la Supremacía, en dirección al fogonazo.

—Esto es la Tierra de Nadie. Los fragmentos son más estables por esta zona, con menos roces y colisiones, pero es territorio de los zapadores.

—¿La ninguna-parte no es toda territorio de los zapadores? —pregunté.

—Sí y no —dijo él—. Aquí fuera, en el cinturón, las cosas se parecen demasiado a la alguna-parte para su gusto. No pueden ver bien en esta región, y es posible esconderse de ellos. Pero si entras en la Tierra de Nadie… bueno, allí será imposible evitar su atención. He oído hablar de pilotos que fueron a la Tierra de Nadie y vieron cosas que no eran reales. O que se deshicieron en polvo.

Medité sobre el problema, estudiando el tosco boceto. M-Bot se acercó levitando, lo inspeccionó también y tomó una imagen.

—¿Qué hay a la derecha del todo? —pregunté, señalando—. ¿Y a la izquierda? ¿No se puede rodear por ahí?

—Quizá sí —dijo Chet—, pero hacia los dos lados hay enormes extensiones sin fragmentos. Las zonas vacías son peligrosas de cruzar, incluso yendo en nave. Pero la Senda de los Ancianos es hacia delante, no hacia los lados. ¿Sigues decidida a recorrerla?

—Ya lo creo —respondí.

—¡Así me gusta! —exclamó él, levantándose.

—Cuando hayamos hecho todo eso, aún nos quedará un problema —dije—. Tendré que volver a casa. Si la Supremacía no me permite usar sus portales, ¿qué hago?

—Bueno… —dijo Chet—. En teoría, hay una manera de salir. Una bien sencilla.

Se volvió y miró hacia el fogonazo.

Claro. Aquello era el centro de la ninguna-parte, el lugar al que viajaba al hipersaltar.

—Si llego al fogonazo, ¿puedo saltar a casa?

—Creo que sí —respondió—. Yo nunca me he atrevido a acercarme tanto. Pero debería funcionar, porque a fin de cuentas es como un portal gigante entre dimensiones. Con todo, reconozco que el fogonazo me intimida. En su interior no existe el tiempo. No es un lugar. Es como… un solo punto que, de algún modo, es tan vasto como un universo.

Tirda, pensar en aquello me revolvía el cerebro. Respiré hondo.

—Lleguemos primero a la Senda.

—¡Adelante, pues! —Chet señaló con su palo, como haría un general con una espada—. Tendremos que cruzar ocho fragmentos para llegar al principio de la Senda de los Ancianos. Pero en términos relativos ¡está a la vuelta de la esquina!

Retomamos la marcha por la arena y M-Bot se alejó flotando para investigar la flora local. Solo caminar ya era más difícil de lo que había imaginado. Costaba mucho moverse cuando el suelo no dejaba de cambiar bajo tus pies. Pero aun así, estaba emocionada. Qué nuevo era todo aquello, qué interesante.

Metí la mano en el bolsillo y saqué la insignia de mi padre. Sentí una… serenidad al tenerla en la mano. Qué raro.

Chet la miró igual que había hecho antes. Con expresión anhelante. Como si algo físico le impidiera apartar la mirada de ella. Yo confiaba bastante en él, pero… bueno, ese anhelo me hizo guardar el icono de nuevo. A cambio, saqué una ceniza de realidad y se la entregué. Era solo una mota, pero Chet la aceptó con gesto reverente y se la guardó en un saquito que llevaba en el bolsillo. Sostuvo el saquito en alto, respiró varias veces y se relajó a ojos vistas.

—Has dicho que aquí la gente se pierde a sí misma si no tiene de eso —recordé—. ¿Es lo que le estaba pasando a esa burl? ¿La pirata a la que se le… derretía la cara?

Chet negó con la cabeza.

—Eso no sé lo que era. Daba la impresión de ser algo mucho peor. Como si…

—Como si un zapador estuviera poseyéndola.

—En efecto. Yo suelo disfrutar de los acontecimientos nuevos y emocionantes, ¡pero ese preferiría no repetirlo! Pero gracias por la ceniza. Tenerla es… reconfortante.

Su voz tenía un tono afligido.

—¿Recuerdas alguna cosa de la persona que eras? —pregunté—. ¿Antes de esto?

—No —susurró él—. Me he olvidado a mí mismo por completo. Recuerdo unas pocas cosas de los últimos días antes de entrar aquí. Unas cavernas, y viejas ruinas. Pero esa época la tengo muy borrosa. Hasta los primeros días que pasé aquí dentro son una neblina. Aunque debo confesar que tampoco es que sea tan sorprendente. Llevo mucho tiempo en este sitio. ¡Creo que casi dos siglos!

—Espera, espera, ¿doscientos años? —pregunté.

—Serán unos ciento setenta, en realidad —dijo él—. Según lo que puedo estimar. Aquí es difícil llevar la cuenta del tiempo, pero apunté la fecha y he podido confirmarla unas cuantas veces para ayudarme a hacer un seguimiento. Eso sí, no he envejecido ni un solo día.

»No siempre he podido conseguir cenizas, así que en esas épocas aceptaba trabajar para uno u otro grupo, porque las reuniones de gente pueden tener el mismo efecto que las cenizas.

Se me hacía abrumador pensar en lo que le había pasado a Chet. Si me quedaba demasiado tiempo allí, ¿olvidaría a la yaya? ¿A mi padre? ¿A mis amigos? Tirda, necesitaba un descanso para asimilar todo aquello.

Por desgracia, M-Bot escogió ese momento para acercarse flotando, sin dejar de parlotear emocionado.

—¿Has visto esas cosas de ahí, Spensa? ¡Son cactus! ¡Pero qué preciosidad! ¿Es normal ver algo como eso y sentirte tan sobrepasado? Yo… quiero escribir poemas sobre lo bonitos que son.

—Eh… —dije.

—Los cactus son tan majos… que me dan ganas de bailar. ¿Es un buen poema? ¿Lo puntuarías en una escala del uno al diez?

—A los poemas no se les asignan números, M-Bot. Pero si te gusta, entonces es maravilloso.

—¡Qué bien! A ver qué dicen mis protocolos de análisis de ritmo y rima… Ay, Spensa. Es un poema espantoso. Vergüenza debería darte que te guste. ¿Sabes? Me divierte mucho que «cactus» no cambie en plural. Creo que «cáctuses» sería menos divertido, ¿a que sí? Aunque también más fácil de rimar, ¿no?

En esos momentos yo solo quería un respiro. Aunque quería mucho a ese robot, a veces podía ser un poco demasiado.

—Oye, creo que he visto una seta —dije, señalando.

—¿Cómo, en serio? —respondió él—. ¿Dónde, dónde, dónde?

—Entre aquellos dos arbustos de allí, los que están más lejos.

Se marchó volando. Yo me descubrí pensando en lo que había dicho Chet sobre su edad. ¿Doscientos años, de verdad?

—Entonces… ¿aquí somos inmortales? —pregunté.

—No —dijo él—. Y creo que si no envejezco, podría ser por mis poderes. Hay otros que sí lo hacen y, por desgracia, las heridas normales aún pueden matarnos. Pero nuestras funciones biológicas se vuelven raras. Aquí dentro no necesitarás comer, por ejemplo, y al cabo de unos días ni siquiera te hará falta el agua. Seguimos teniendo que dormir, pero parece que no tan a menudo.

»Nunca se hace de noche. El fogonazo no se mueve. Y cuanto más estás aquí, más se te confunde el transcurso del tiempo. Días. Semanas. Años. Siglos…

Negó con la cabeza.

—Reconozco que empiezo a notarme un poco cansada —dije—. Para mí ha sido… un día un poco largo.

—¡Pues nada! —exclamó él—. ¡Hay un refugio un poco más adelante en este fragmento! Propongo que descansemos allí.

Caminamos unos minutos más hasta que M-Bot nos alcanzó volando.

—No habías visto ninguna seta, ¿verdad? —preguntó en tono imperioso.

—No —dije—. Solo quería distraerte.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

Me encogí de hombros, sin ganas de explicarme.

—Es una broma que gastamos a veces los humanos. Engañas a alguien enviándolo a una búsqueda sin sentido.

—Qué broma más horrible. Consultando bases de datos culturales. Ah. Se llama «Has mirado». Qué nombre tan original. Tu especie tiene un sentido del humor espantoso, y ahora puedo decirlo con conocimiento de causa, dado que de verdad estoy vivo. Pero tu broma no tiene importancia. Se me ha ocurrido que los cactus son setas del desierto. Tienen más o menos el mismo aspecto. Y también se comportan un poco igual. Excepto por lo de vivir en terreno árido, cosa que mataría a la mayoría de las setas, así que…

Estupendo. Después de caminar un poco más, coronamos una pequeña duna y Chet señaló hacia delante.

—¿Ves esas colinas? —preguntó.

Distinguí unos pedazos de roca que se alzaban en el desierto.

—Ahí descansaremos esta «noche» —dijo Chet—. Voy a adelantarme para explorarlo y asegurarme de que la cueva que hay es segura. ¡Tú ven a tu ritmo! Pareces un poco hecha polvo, ¡pero desde luego con buen motivo!

Asentí agradecida y vi cómo se marchaba al trote. En otros tiempos, podría haberme enfadado por la insinuación de que era demasiado débil, pero Chet tenía mucha experiencia en aquel lugar y yo casi ninguna. Era lo bastante mujer para reconocer que forzarme en esos momentos sería mala idea.

Así que seguí avanzando a un paso más lento, con M-Bot al lado. Se me ocurrió una cosa.

—M-Bot —dije—, copiaste una base de datos histórica de los registros de la Supremacía, ¿verdad?

—¡Claro que sí! Tuve que dejar atrás buena parte de ella, pero conservé muchos archivos de texto, que son pequeños. Ahora sé cuándo se desarrolló la música jazz. Ya sabes, por si resulta que es importante para…

—Chet dice que tiene unos doscientos años —lo interrumpí—. ¿Estaría vivo durante la Segunda Guerra Humana?

—Casi seguro, si ha estimado su edad con exactitud —respondió M-Bot —. La Segunda Guerra Humana empezó hace doscientos cincuenta años, pero duró décadas. Se caracterizó por los primeros intentos de convertir en armas a los zapadores, que habían aparecido hacia el final de la Primera Guerra Humana.

»La primera guerra estalló cuando los humanos escaparon de la Tierra y encontraron una galaxia llena de gente que imponía la no-agresión encerrando, exiliando o ejecutando a quienes mostraban tendencias belicosas. Dejémoslo en que no estaban nada bien preparados para tu gente. ¡Madre mía, vaya tela!

—¿«Madre mía, vaya tela»?

—Mola, ¿eh? Acabo de inventármelo. —Revoloteó a mi alrededor—. ¡No, qué va! ¡Era mentira! ¡Ja! ¡Con qué facilidad me salen ahora! En todo caso, si Chet nació hace doscientos años, debió de vivir durante la época conocida como «la inmovilización», cuando la galaxia hizo esfuerzos activos por impedir el uso de comunicaciones inalámbricas. Fue un tiempo en el que se produjeron los peores ataques de zapadores, los más terribles, y en el que la guerra empezaba a terminar.

—¿Cuándo se destruyó la colonia original de Detritus? —pregunté.

—No se sabe seguro —dijo M-Bot—. Como Detritus era un proyecto secreto, la Supremacía no tenía registros sobre él. Podemos estimar que fue hace entre dos y tres siglos.

—Así que ¿Chet no estaría vivo cuando sucedió?

—Es una suposición razonable —respondió M-Bot.

Llegamos a las colinas. No vi a Chet por ninguna parte, pero sí sus huellas internándose en una cueva.

—Como referencia —dijo M-Bot, llegando junto a mí—, yo me estrellé en Detritus hace ciento setenta y dos años.

—¡Anda! —respondí—. Chet dice que llegó aquí hace unos ciento setenta años. Ha mencionado que recuerda unas cuevas en el lugar donde estaba antes de venir. Y ruinas…

Me quedé callada. M-Bot y yo nos miramos. O mejor dicho, yo miré la caja que contenía los circuitos de M-Bot y él enfocó sus lentes en mí.

Entonces los dos fuimos hacia la cueva.

8

La caverna era pequeña, ni siquiera del tamaño de los dormitorios en Detritus. Un suave tintineo acompañaba al agua que goteaba de la pared del fondo y formaba un charquito en el suelo.

Chet estaba arrodillado allí, lavándose las manos. Alzó la mirada cuando resbalé hasta detenerme, levantando arena del suelo, la fatiga olvidada por el momento.

—Chet, has dicho que recordabas algunas cosas del día antes de llegar aquí.

—Pedacitos sueltos.

—¿Conocías a alguien llamado comandante Spears? —pregunté sin más preámbulos, nombrando al que había sido el piloto de M-Bot hacía muchísimos años, cuando se había estrellado en Detritus.

Chet frunció el ceño. Se sacudió el agua de las manos, se levantó y se las pasó por el pelo entrecano. Muy despacio, metió la mano en el bolsillo del pecho de su chaqueta de vuelo y sacó algo. Era un parche, como de un uniforme.

En el parche ponía SPEARS.

—Ay, tirda —dijo.

—Creo que… ¿me estrellé en alguna parte? —dijo él—. Un sitio con cavernas y… ¿plataformas metálicas en el cielo? Está todo muy nebuloso, pero sí tengo una impresión clara de una pared llena de líneas extrañas. Ahora la identifico como un portal a la ninguna-parte. Debí de caer por él.

Tirda. Tirda, tirda, tirda.

M-Bot se acercó a mí flotando y pude sentir su preocupación. Me refiero a que de verdad la sentí. Podía percibir sus emociones. Estaba ansioso. Preocupado. Sorprendido.

—Encontré tu nave —dije a Chet—. Tenía una inteligencia artificial. Tú eres el antiguo piloto de M-Bot.

—No… no creo que cupiera en un dron… —respondió Chet.

—Antes M-Bot estaba en una nave —le expliqué—. Una nave pero que muy avanzada. Lo único que recordaba de su piloto era el nombre y unas órdenes que le dio. Ese eras tú, Chet.

—Paparruchas —replicó—. En fin, no sé muy bien cómo decir esto sin ofender, pero yo jamás habría confraternizado con una IA. ¡Llaman la atención de los zapadores!

—Tienes el parche —insistí, señalándolo—. Recuerdas Detritus, mi mundo natal. Tú eres el comandante Spears.

Y sin embargo, una parte de mí se rebelaba contra esa idea. «Esto parece imposible», pensé. ¿Qué probabilidades había de entrar en la ninguna-parte y encontrar al piloto original de M-Bot al cabo de escasos minutos? Allí estaba pasando algo muy sospechoso.

—Éramos amigos, Chet —dijo M-Bot, volando más cerca de él—. Me refiero a que… bueno, no lo recuerdo, pero sí que lo sentí. Debimos de ser amigos. Yo… intenté obedecer tus últimas órdenes, durante muchos años. Seguí intentándolo hasta que se me terminó la energía y me apagué… Esperando…

Chet suspiró.

—No sé mucho del tema, pero he oído que los ordenadores tienen unas velocidades de procesamiento muy limitadas a menos que se permita a sus circuitos entrar en la ninguna-parte para hacer cálculos. Es una cosa o la otra. O te las apañas con un ordenador casi inútil o… —Señaló a M-Bot con la barbilla.

—¿O cobra vida? —aventuré.

—Aquí dentro todo el mundo habla del tema —dijo Chet—. Los piratas que antes eran de la Supremacía lo comentan en susurros. No puede permitirse que una verdadera inteligencia artificial siga funcionando. Tarde o temprano, termina atrayendo a los zapadores hasta ti. Mantener una abominación como esa es… Bueno, es una muerte segura. Lo siento.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué las inteligencias artificiales atraen a los zapadores?

—No me acuerdo —reconoció.

Yo no sabía qué pensar de aquello. De nada de aquello. Pero sí que parecía que Chet era Spears. Nos habíamos preguntado qué le habría ocurrido después de estrellarse en Detritus y dejar la nave de M-Bot en aquella cueva.

Tenía sentido que Detritus tuviera alguna manera de llegar a la ninguna-parte, ya que habíamos encontrado abundante piedra de pendiente en el planeta. La gente que había construido Detritus debía de haber tenido explotaciones mineras, como las que tenía ahora la Supremacía. Quizá hubieran viajado hasta allí a través de aquel punto en las cavernas que tenía tallas como las de los portales.

—He intentado regresar —dijo Chet nostálgico—. ¿Buscar el lugar por donde entré y atravesarlo? ¡Suena a gran aventura! Pero he olvidado cómo se llega a ese portal, y todos los que he encontrado desde entonces los han cerrado. A la gente que creó esos portales, fueran quienes fuesen, le entró muchísimo miedo de lo que había aquí dentro. —Se volvió, dándonos la espalda a M-Bot y a mí.

»En todo caso, ¡deberíamos descansar! Acampemos para pasar la noche, o lo que pasa por noche aquí. ¡Mañana será un gran día! Si caminamos a buen ritmo, podemos llegar al primer portal en la Senda de los Ancianos.

Se quitó la chaqueta y empezó a enrollarla, sin duda para usarla de almohada.

Era demasiado conveniente. Demasiado improbable. ¿Era posible que…? ¿Era posible que me hubiera visto atraída hasta esa posición, después de hipersaltar a la ninguna-parte? ¿Porque era donde estaba él? ¿Podría eso explicar la coincidencia?

Por desgracia, empezaba a sentirme exhausta de verdad. No estaba en el mejor estado para asimilar aquella información. Me quité también la chaqueta para apoyar la cabeza en ella y entonces vacilé al reparar en que M-Bot se había ido.

Me maldije a mí misma en voz baja. Pues claro que se había marchado, después de oír lo que había dicho Spears. Me obligué a salir de nuevo de la cueva y lo vi concentrado en un pequeño cactus.

—M-Bot —dije.

—¿Sabes? —susurró él—. Esto ya lo había anticipado. Hasta hablamos de ello, ¿te acuerdas? Sabía que los asustaba. ¿Por qué si no iba mi programación a impedirme cosas como pilotar mi propia nave? ¡Pues mira, ja, ja! Tenía razón. Mi piloto me tenía miedo… —Guardó silencio un momento—. Había estado bien equivocarme.

—Escucha —dije, acercándome a él—. Eso da igual.

—¿Da igual lo que diga la única persona que sabe algo sobre mi procedencia? —replicó M-Bot, levantando la voz—. Yo creo que sí importa, Spensa. De verdad opino que importa.

Por primera vez, me alegré de que M-Bot estuviera en un dron y no en su antigua nave. Había una cierta sensación de personalidad y emociones en la forma que tenía de moverse, en cómo desfallecía en el aire, con los brazos terminados en pinzas colgando por debajo, lacios.

—Es como descubrir —dijo con una voz incluso más baja que antes— que tu padre te odia.

—No me creo lo que dice sobre ti.

—¿Por qué no?

—Porque aún no me he enfrentado a un mago malvado —respondí.

M-Bot giró en el aire. Luego se elevó delante de mí y escoró su dron un poco, quizá imitando una cabeza ladeada.

—¿Sabes? —dijo—. Empezaba a pensar que podía seguir tus saltos lógicos.

—No, escucha —insistí, inclinándome hacia él—. En las historias antiguas, casi siempre hay un mago malvado. Aladino tuvo que enfrentarse a uno. ¿Y Conan? Él mató como a mil millones de magos malvados. Hay ejemplos a montones. Pero ¿cuánto tiempo llevamos luchando nosotros, sin encontrarnos ni a un solo mago malvado? Tarde o temprano, tendremos que luchar contra uno. —Rodeé el dron con un brazo y señalé hacia la cueva con el otro—. No sé lo que está pasando, pero alguien o algo tiene que estar metiéndose en nuestros asuntos, por fuerza. ¿Llegamos aquí y casi al instante encontramos a tu antiguo piloto? Haz las cuentas, M-Bot.

—¿Que haga qué cuentas? —preguntó él.

—Ya sabes, la estadística y tal. Ponte con las mates. ¿Qué probabilidades había de encontrarlo?

—No tengo forma de calcularlo —respondió M-Bot—. Estás dando por sentado que puedo establecer una probabilidad porcentual de algo con una gran cantidad de variables, la mayoría de las cuales son desconocidas y probablemente imposibles de cuantificar.

No insistí.

—Escucha, ese de dentro podría ser el comandante Spears. Tiene sentido que cayera en la ninguna-parte. Pero hay muchas lagunas en lo que recuerda, así que tal vez no sea Spears y esto sea algún tipo de encerrona. Pero incluso si lo fuese, el instinto me dice que no lo hemos encontrado por casualidad. Créeme, M-Bot. De algún modo, de alguna manera, estamos enfrentándonos a un mago malvado. O a su equivalente moderno.

—Tal vez —dijo M-Bot—. Pero tú tienes que aceptar que hay pruebas de lo que afirma. De que mi especie es peligrosa. No cabe duda de que mis creadores me tenían miedo.

—Eso no importa —respondí—. Eres mi amigo. Confío en ti. —Me froté la frente—. Pero ahora mismo, estoy para el arrastre. Débil cuerpo de carne, ¿recuerdas? Mejor hablemos de esto cuando haya dormido un poco, ¿de acuerdo?

—Procesaré esta información —dijo él—, pero no haré nada con ella antes de consultarlo contigo.

—Me parece bien —acepté, y entonces me quedé un momento pensando—. Vigila a Chet y despiértame si se levanta, ¿quieres? Me da bastante confianza, pero mejor… tengamos cuidado.

—De acuerdo.

Empezamos a volver hacia la cueva.

—Otra cosa —añadí, empezando a notarme fatigada de verdad—. Si vienen monstruos a comerme, haz el favor de pedirles que sea sin hacer ruido. Así a lo mejor puedo dormir unos segundos más, por lo menos.

Ya dentro de la cueva, bebí un poco de agua y me acosté usando la chaqueta de almohada. Me fui quedando dormida, confiando en que mi primera «noche» en la ninguna-parte no resultara ser demasiado rara.

Es evidente que a esas alturas ya debería conocerme mejor.

Interludio

Me medio dormí.

Y busqué. Aunque seguía teniendo el cuerpo agotado, mi mente salió de expedición, consciente de algún modo. Nunca me había pasado antes, pero lo sentí como una extensión natural de mis poderes: mi mente existía separada de mi cuerpo, como sucedía cuando entraba en la ninguna-parte durante un hipersalto.

Intenté hipersaltar de nuevo, pero no hubo suerte. No estaba del todo «allí», por así decirlo. Así que en vez de eso extendí mi mente, buscando, escuchando. Tenía más confianza con esa parte de mis poderes. No solo había sido capaz de oír las estrellas desde la infancia, sino que además hacía poco había logrado contactar con Chet utilizando ese poder.

Me forcé. Necesitaba un destino. Una posición. Un enlace.

«Ahí».

Encontré a alguien… ¿que me estaba buscando?

Me asusté al instante. ¿Sería Brade? ¿Algún siervo de los zapadores? Pero al mismo tiempo conocía esa mente. No era Brade. Era…

De pronto me descubrí en la cabina de un caza estelar de la Fuerza de Defensa Desafiante, clase Poco. Estaba comprimida e incómoda en la zona de almacenamiento posterior, tras el asiento del piloto. El Poco surcaba el espacio exterior entre el brillo del fuego de destructores cercanos.

Lo pilotaba Jorgen.

No estaba preparada para la oleada de emociones que me asaltó al verlo: añoranza, pasión, inquietud. Intenté tocarlo, pero mi mano atravesó el asiento. Sentí que la nave se sacudía a mi alrededor y oí que Jorgen maldecía en voz baja mientras hacía un viraje brusco, que los ConGravs apenas lograban compensar.

¿Estaba allí de verdad? ¿Aquello era real?

Veía su cara reflejada en la cubierta transparente de la cabina, iluminada por el resplandor de la consola. Tenía una docena de cortes diminutos en la cara, y me pregunté cómo se los habría hecho. La última vez que lo había visto fue el día en que partí de Detritus hacia Visión Estelar. Aunque eso había sido solo tres semanas antes, me parecía una eternidad. Parte de mí había temido que no volvería a verlo nunca.

Y allí lo tenía. Tan serio como siempre, casi demasiado perfecto para ser real. Su rostro era una máscara de concentración y repentino pánico cuando miró arriba y…

—¡Uf! —gritó, ladeando la nave de golpe.

Se retorció para mirar detrás del asiento. Aunque clavó los ojos en mí, no pareció encontrar nada. Se volvió de nuevo hacia delante y, titubeante, entornó los ojos escrutando el cristal de la cubierta. Como si intentara vislumbrar…

Un reflejo. Cuando yo veía en la alguna-parte a los ojos, a los zapadores, solía ser en un reflejo. ¿Podría verme él del mismo modo? Para comprobar mi hipótesis, saludé con la mano.

—¿Spensa? —dijo Jorgen—. ¿Estás…? Tirda. ¿Estás muerta?

Claro. Supuse que era lógico que lo pensara. Intenté hablar, pero en aquel lugar no tenía pulmones. Así que probé de otra manera, extendiendo hacia él mis sentidos citónicos.

—No, no estoy muerta —respondí, esperando que me oyera. O me sintiera. O lo que fuese—. Aunque supongo que debería estarlo, teniéndolo todo en cuenta.

Él ladeó la cabeza.

—¿Me oyes? —pregunté.

—Bueno… capto el significado de tus palabras. ¿Dónde estás? ¿Qué ocurre?

—Estoy en la ninguna-parte —dije—. La dimensión a la que vamos al hipersaltar. Es como que… caí aquí. A propósito. Pero que conste que en ese momento me estaba persiguiendo medio ejército.

Jorgen sonrió y las líneas que rodeaban sus ojos se suavizaron. Podía sentir, literalmente, cómo la tensión se fundía en su interior. Había estado preocupado por mí. Ya esperaba que lo estuviera, la verdad, pero sentirlo me hizo un poco de nudo en la garganta. Durante toda mi vida había sido la persona que la mayor parte de la gente intentaba evitar.

Eso había cambiado. Tenía un lugar al que pertenecía. Con él y el resto de mis amigos del Escuadrón Cielo. ¡Qué ganas tenía de volver con ellos! ¡Qué ganas de…!

Un destello de fuego rojo de destructor impactó contra el escudo de la nave y lo hizo crepitar. La alarma de escudo casi agotado empezó a tener un berrinche en el panel.

—¡Jorgen! —grité—. ¡Vuela! ¡Estás en medio de un combate, idiota!

—¡Ya lo intento! ¡Pero distrae un poco que de pronto el fantasma de tu novia no muerta encante tu nave!

Maniobró la nave en una precisa pauta evasiva.

Me derretí un poco. ¿Novia? ¿Era lo que me consideraba? En fin, nos habíamos besado. Una vez. Pero… no creía que lo hubiéramos formalizado ni nada. Ni siquiera le había llevado ningún cadáver de orco, que estaba bastante segura de que era como decían las historias que se demostraba a un chico que querías hacerlo oficial.

Al parecer, mis sentimientos irradiaron, porque Jorgen siguió hablando mientras pilotaba.

—O… ya sabes… lo que sea que eres. Para mí. Y soy yo para ti.

—Me vale —dije—. Ya te llevaré un orco en algún momento.

—¿Qué?

—Podría parecerse mucho a una rata. Quien avisa no es traidora.

Jorgen sonrió, dejando arriba el fuego de destructor. A juzgar por su monitor de proximidad, había perdido a su perseguidor.

Deseé poder tocarlo. Él alzó la mirada y la cruzó conmigo en el reflejo, y supe que sentía lo mismo.

—Para nosotros las cosas nunca pueden ser normales, ¿eh? —comenté.

—No sé yo —dijo él—. Mi vida era bastante normal hace como un año. Y entonces pasó algo extraordinario. —Sonrió—. No volvería a lo de antes por nada del mundo. Un momento, voy a conseguirnos un respiro.

Llamó al escuadrón para que pasara a la defensiva y le diera tiempo para reactivar su escudo. Llevó la nave fuera del grueso de la batalla y varios miembros del Escuadrón Cielo se aproximaron para ofrecerle apoyo y distraer a los enemigos que se acercaran demasiado.

Por fin me sacudí de encima el estupor de derretimiento.

—Jorgen, ¿cuál es la situación? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Unos pocos días desde que viniste y luego desapareciste —respondió.

Bien. Había estado inconsciente unos días en un hospital de la Supremacía, y después un día en la ninguna-parte. Así que, al parecer, el tiempo transcurría más o menos a la misma velocidad en la alguna-parte y el cinturón. Bueno era saberlo.

—Hemos tenido noticias de tu amigue Cuna —añadió Jorgen.

—¡Por los santos! ¿Sigue con vida? Me había preocupado.

—Sí —dijo él—. Está a salvo, pero atrapade. Nosotros intentamos descubrir cómo hacer que las babosas hagan de hipermotores.

—¿Babosas?

—Te perdiste esa parte —dijo él, desviando energía de los propulsores al activador de escudo—. Ahora tenemos una bandada entera. Eh… ¿Rebaño? ¿Manada? Un montón de babosas. Estaban en las cuevas.

—Venga ya, ¿en serio? —respondí—. ¿Cómo las encontrasteis?

—Esto… las oí… yo —dijo—. Igual que te estoy oyendo a ti.

—¡Eres citónico! —exclamé, señalándolo—. ¡Tu familia ya temía llevarlo en el linaje! ¡Ja! Seguro que por eso he podido encontrarte.

—He estado entrenando con la yaya —dijo—. La verdad es que… no se me da nada bien. —Se puso solemne—. Spensa, esto va mal. La guerra.

—¿Cómo de mal?

—La Supremacía entera esta movilizándose. No tenía ni idea de la cantidad de plantas que controlaban. Y aquí estamos aislados. Intentamos hacer funcionar las babosas, pero nos queda mucho que aprender y… —Me miró de nuevo a los ojos en el cristal—. Y te necesitamos. Yo te necesito. ¿Qué podemos hacer para sacarte de ahí?

Hice una mueca. No porque no agradeciera la intención, sino porque… Bueno, Jorgen tenía que saberlo.

—Jorgen, he venido a la ninguna-parte por decisión propia —dije—. Cuando salté por el portal, me di cuenta de que podía volver a casa, pero decidí no hacerlo. Porque… —Tirda, ¿cómo se lo explicaba?—. Hay una cosa que tengo que hacer aquí, Jorgen.

Él frunció el ceño, mirándome en el reflejo.

—No puedo regresar aún —seguí diciendo—. No hasta que haya aprendido lo que puede enseñarme este lugar. Lo siento, pero es que si volviera, sería solo otra piloto. Tengo que ser más que eso.

—Crees que utilizarán otra vez los zapadores —afirmó, quizá leyéndome las emociones.

—Sé que van a hacerlo —dije—. Winzik no va a rendirse por un solo contratiempo. Y Jorgen, necesito ser capaz de detenerlo. Y para hacerlo, tengo que comprender lo que soy y, sobre todo, lo que son los zapadores. ¿Le ves sentido?

—¿Crees que puedes encontrar esas respuestas en la ninguna-parte?

—Sí. Jorgen, me he embarcado en una *gesta*.

Sonrió de oreja a oreja.

—Creo que eso puede ser lo más spensoide que te he oído decir nunca.

—¿No estás enfadado conmigo?

—Estoy preocupado por ti —respondió—. Pero si tienes razón, si los zapadores siguen en juego…

Yo sabía, por nuestra investigación del pasado, que no era la primera vez que alguien trataba de utilizar a los zapadores como armas. Todas las tentativas que conocía habían terminado en desastre, pero la gente seguía intentándolo. Porque si podías controlar a una cosa que comía planetas, ¿quién se atrevería a oponerse a ti?

—Confío en ti —dijo Jorgen, mirándome a los ojos reflejados en el cristal—. Si crees que esto es importante, sigue con ello. Nosotros nos resistiremos a la Supremacía hasta que vuelvas.

Su confianza en mí me sentó de maravilla; podía sentirla como una calidez que irradiaba de él.

Jorgen se quitó las sujeciones y dio media vuelta, con las rodillas en el asiento. Cerró los ojos y noté su atención puesta en mí. Acercó la mano y podría jurar que casi la sentí acunándome la barbilla. Yo también estiré el brazo hacia él y casi llegué a tocar su piel.

—Aguantaremos, Spensa —me prometió—. Hasta que encuentres lo que necesitas. Cosa que harás. Ya he aprendido a no apostar nunca en tu contra. —Sonrió con los ojos cerrados—. Al fin y al cabo, podría ganar la apuesta, pero aun así terminaría con una cuchillada en el brazo.

—Consejo rápido —susurré—. Ve siempre al muslo. Así es más difícil que te persigan.

Me incliné hacia delante, queriendo estar más cerca de él aunque apenas pudiéramos sentirnos. Pero empecé a desvanecerme.

Tirda, de pronto me notaba exhausta. Solo habían pasado unos minutos, pero no tardé en desaparecer del todo y terminé a la deriva en la negrura. Por mucho que lo intenté, no logré encontrar a Jorgen de nuevo.

Mi mente comenzó a embotarse. Sabía que iba de camino al verdadero sueño y empecé a relajarme…

Una voz.

Me obligué a recobrar la consciencia. Esa voz la conocía.

—Caramba, caramba —dijo.

Winzik.

Las palabras perforaron la oscuridad, dirigidas hacia otra cosa. Unos seres. Unas entidades.

Zapadores.

Ya alcanzaba a percibirlos, como una cantidad infinita de luces blancas. La voz que había oído estaba hablando con ellos.

—No es necesaria tanta brutalidad —prosiguió—. Tanta agresividad. ¡Les traigo una oferta! Un trato. Ustedes tienen algo que yo quiero y yo algo que

ustedes quieren. No son cosas tan distintas, ¿verdad?

Esa voz… en realidad no era la de Winzik. Era la voz de Brade, aunque, por supuesto, la palabra «voz» es solo una aproximación. Debía de estar transmitiendo las palabras de Winzik, como una intérprete.

Yo estaba escuchando su conversación, a hurtadillas, espiando, como durante tanto tiempo me había entrenado la yaya para hacer. Era mi sentido fantasma que oía las estrellas.

Nos has hecho daño, dijeron los zapadores a Winzik. *Eres ruido. No eres una persona. Eres dolor*.

—Soy un ruido que puede terminar con ese dolor —prometió Winzik por medio de Brade—. Puedo detener a todos los citónicos de la galaxia. Puedo ocuparme de que ninguno de ellos vuelva a molestarlos jamás. Vuelva a… corromperlos jamás.

Tirda. Eso era lo que querían los zapadores. Podía sentirlo.

Habla, dijeron.

—Debo tener el control de mi imperio —dijo Winzik—. Una vez lo tenga, buscaré y detendré hasta al último citónico. Sin embargo, no puedo ostentar el control si ustedes destruyen a mi gente cuando los invocamos.

Dejadnos en paz, replicaron los zapadores. *¡Parad de gritar! ¡Paradlo todo! ¿Por qué no ha parado?*

Revisé las distintas impresiones y más o menos lo entendí. Para los zapadores, todos los tiempos y lugares eran como uno solo. Pero al interactuar con nosotros, se veían obligados a confinarse a nuestra forma de existencia.

Dicho eso, en realidad no podían ver el futuro. Lo que pasaba era que existían en todos los tiempos a la vez, y en consecuencia no podían separar ni distinguir el futuro del pasado o el presente.

Sí, era difícil de explicar. En todo caso, sentí su dolor. Eso, al parecer, era universal para todas las dimensiones.

—Caramba, caramba —dijo Winzik—. No hay necesidad de gritar. Yo puedo hacer que termine el dolor. Pero si pierdo esta guerra… bueno, ¿querrían que se repitiera lo que ocurrió al zapador que fue corrompido? El ruido responsable de hacerlo está entre los ruidos contra los que lucho.

Por lo visto, Winzik sabía cómo me las había apañado para salvar Visión Estelar. Quise chillar a los zapadores, explicarles que había ayudado a uno de los suyos, no lo había corrompido. Pero de pronto comprendí a qué se habían referido antes, cuando me perseguían. Al decir: «¿Qué has hecho al Nosotros?», hablaban del zapador al que había separado del resto.

Nos plantearemos este trato, dijeron los zapadores a Winzik.

—Tómense el tiempo que necesiten —respondió Winzik—. Todo el que haga falta.

No necesitamos ningún tiempo. Lo odiamos.

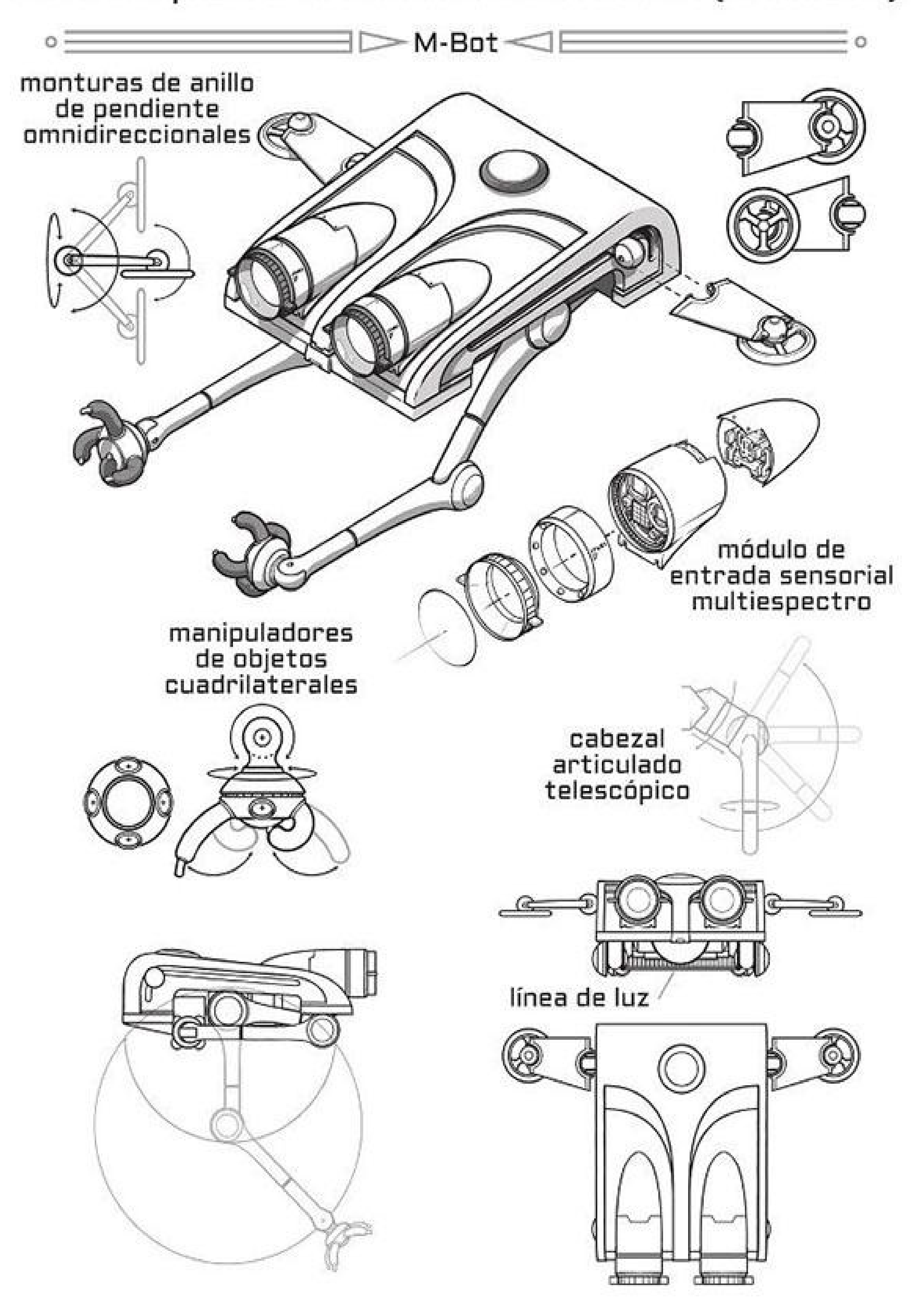
Sí que lo odiaban. Pero alcancé a captar algo más procedente de ellos. Más allá de su odio hacia el tiempo y la individualidad, había un odio a otra cosa. Algo que se aproximaba. Algo que… ¿temían? Apreté un poco, para obtener más información.

Se volvieron hacia mí. Tirda.

Me entró el pánico y hui como una exhalación, retirándome hacia mi cuerpo. Pensar en lo que implicaba lo que acababa de escuchar tendría que esperar, porque mi fatiga mental asumió el control.

Por fin hallé el verdadero sueño.

SEGUNDA PARTE


Dron limpiador doméstico autónomo (modificado)
M-Bot
monturas de anillo de pendiente omnidireccionales
módulo de entrada sensorial multiespectro
manipuladores de objetos cuadrilaterales
cabezal articulado telescópico
línea de luz

9

Desperté con la sensación de que algo me zarandeaba. ¿M-Bot? Sí, estaba dándome empujoncitos con un brazo de su dron.

Bostecé y me desperecé. Curiosamente, las extrañas experiencias de la noche anterior seguían nítidas en mi mente. Hablar con Jorgen, sentir su preocupación. Y luego escuchar la conversación entre Winzik y los zapadores.

Tirda. Winzik intentaba hacer un trato con ellos.

Si lo conseguía, la guerra iba a ponerse muy pero que muy fea.

—¿Spensa? —dijo M-Bot—. Has dormido diez horas, según mi cronómetro interno. Chet acaba de levantarse y salir de la cueva. Te he despertado, como solicitaste.

Me incorporé en la penumbra, con la espalda agarrotada de reposar sobre piedra.

M-Bot flotó más cerca.

—Me gustaría que se me reconociera el mérito —afirmó—. Ha sido aburridísimo estar mirándoos a los dos toda la noche.

—Gracias —le dije—. Siento hacerte montar guardia así, pero he dormido mucho mejor sabiendo que estabas ahí.

—Bueno, si te soy sincero, esperar no es tan desagradable para mí como para un humano. Yo puedo cambiar lo rápido que parece pasar el tiempo para mí acelerando o ralentizando mi procesador. Voy a tomarme un descanso de cactus. Avísame si necesitas que haga alguna otra cosa superaburrida.

Salió levitando de la cueva y yo lo seguí. Chet estaba de pie en las rocas más altas de las colinas de la zona, mirando hacia fuera del fragmento. Tenía una pose heroica, concentrada, decidida.

Subí junto a él y adopté una postura similar, mirando más allá de la extensión de pedazos voladores hacia el distante fogonazo. El hogar de los zapadores.

—Doscientos años —dijo Chet—, y por fin voy a hacerlo. Recorreré la Senda de los Ancianos.

—¿Por qué no lo has intentado nunca?

—Al principio no sabía de ella —dijo él—. Luego, no comprendía bien lo que era. Y ahora… —Me lanzó una mirada—. Nunca he encontrado un lugar

al que me asustara viajar, Spensa Nightshade. ¡Siempre creí que estaría dispuesto a explorar todo lo que se me pusiera por delante! Pero entonces descubrí algo en mi interior, dentro de la cabeza, que no entendía.

—Yo también me sentí un poco así.

—Me preocupé mucho —dijo—. Chet Buscaestrellas, asustado de explorar su propia mente. —Contempló el paisaje—. Puedo visualizar el cinturón entero. No sé cómo, pero tengo una imagen de él en la cabeza y sé llegar a todos los fragmentos. Así es como se manifiesta para mí, además de hablar de mente a mente. ¿Qué hay de ti?

—Yo también puedo hacer lo del habla, claro —respondí—. Y es más que eso: también puedo interceptar los pensamientos que envían otros, incluso aunque ellos no quieran. Puedo aprovechar lo que oigo, interpretarlo, utilizarlo en batalla por instinto. Y también puedo hipersaltar, moverme al instante de un lugar a otro.

—Conque sí que es posible —dijo Chet—. Suena de lo más útil.

Hice una mueca.

—No tanto si estás tan poco entrenada como yo. Pero de todas formas, ¿la capacidad de ver el territorio que te rodea? ¿Como si tuvieras… sonar? A mí me parece impresionante.

—¡Reconozco que es útil para un explorador! —exclamó, y entonces señaló con el dedo—. El fragmento al que tienes que llegar está en esa dirección exacta, pero tendremos que dar un rodeo, me temo. Viajamos a merced de los fragmentos, y solo podemos cruzar cuando topan entre ellos. Puedo ver la ruta, por suerte. Ocho fragmentos. Debería costarnos más o menos un día de marcha. —Me miró con una amplia sonrisa—. ¿Estás preparada, Spensa Nightshade, para una aventura?

—Ya lo creo.

—¡Adelante, pues! —exclamó Chet, y acto seguido se deslizó por la pendiente rocosa y se posó en el suelo con una experta maniobra.

Yo lo seguí casi con la misma destreza.

—¡Maravilloso! —dijo cuando llegué al suelo.

—Tengo algo de experiencia en espeleología —expliqué.

Chet señaló la dirección y M-Bot echó a flotar tras nosotros cuando abandonamos las colinas. Durante el tiempo que siguió, pude hacerme una imagen bastante buena de aquel lugar, por lo menos en la pequeña escala. Los fragmentos eran de distintos tamaños, pero por término medio nos costaban unas dos horas de cruzar. ¡Y qué variados eran! El primero que recorrimos estaba cubierto de extrañas hierbas altas con la punta roja. El segundo lo

dominaban altísimas formaciones rocosas que se alzaban como centinelas. El tercero tenía unas cataratas enormes que caían desde las alturas y luego fluían directas hasta caer por el borde del fragmento, creando un imposible ciclo continuo.

El trayecto me forzó al límite de mis capacidades físicas. En el segundo fragmento tuvimos que hacer rápel para bajar precipicios usando la línea de luz. En el tercero vadeamos un río y nos arrastramos por un túnel que había detrás de una catarata. El cuarto fragmento era una pradera con muchos barrancos, poblada por unos animales que parecían rinocerontes, solo que con dos cabezas y unos dientes aterradores. Las pasamos canutas escondiéndonos detrás de peñascos mientras las bestias avanzaban buscando presas. Chet me explicó que no necesitaban comer, pero que el instinto los impulsaba a la caza.

El siguiente fragmento era rocoso y yermo, con solo unos pocos árboles pequeños como muestras de vida vegetal. Al llegar al final tuvimos que esperar a que se acercara el siguiente, y mientras lo hacíamos Chet me llevó de repente bajo la copa de un arbolito esmirriado, que por suerte era bastante espesa. Al poco tiempo pasaron volando unas pocas naves estelares: piratas en busca de esclavos que capturar.

Chet me vio mirándolas desde debajo del árbol y debió de reparar en el ansia con que lo hacía.

—Hay una base pirata un poco más allá de nuestro primer destino —explicó—. Si aún tienes la valentía de querer intentarlo, creo que ahí podremos apoderarnos de una nave estelar… empleando picarescos métodos, por supuesto.

Sonreí divertida por su forma de expresarse y luego echamos a correr, arriesgándonos a que nos vieran los piratas, para que no se nos escapara flotando el siguiente fragmento. Resbalamos por la pendiente y saltamos juntos a un fragmento pantanoso con árboles en descomposición y un terreno blando.

¡Un pantano de verdad! Todo eran lugares como los que había imaginado de niña, escuchando los cuentos de la yaya. Estaban todos allí, cada paisaje un microcosmos, invitándome a explorarlo. A medida que avanzábamos, empecé a sentir como una euforia. Y también otra cosa, algo más profundo.

Confianza.

Tenía la sensación de que hacía una eternidad. Había pasado semanas enteras sin dejar de sentirme insegura mientras me infiltraba en la Supremacía, intentando actuar como otra persona, mintiendo y moviéndome a

hurtadillas. Me había aterrorizado que los defectos de mi personalidad me hicieran fracasar en la misión y, por tanto, condenar a mi pueblo.

Qué satisfactorio era poder hacer algo que se me daba bien. Había explorado las cavernas de Detritus durante una década, y había entrenado el físico para la tarea. Notaba en Chet, por cómo hablaba y se comportaba, que no había previsto mi experiencia en aquello, y parecía encontrar electrizante estar guiando a alguien capaz de mantenerle el ritmo.

Me hacía sentir de maravilla. Como si pudiera lograrlo todo. Iba a recorrer esa Senda de los Ancianos, e iba a descubrir los secretos de los zapadores. Llevaría esa información a los míos y, juntos, derrotaríamos a la Supremacía.

Podía hacerlo. De verdad podía.

Me encantaba esa sensación.

—¿Spensa? —dijo M-Bot mientras recorríamos el perímetro del fragmento pantanoso, donde el suelo era más firme—. Pareces más… viva de lo que te había visto de un tiempo a esta parte.

—Es solo que tengo confianza —dije—. En que podemos hacer esto.

—Yo no —repuso él—. Se me hace muy cuesta arriba. Chet dice que tendremos que viajar hasta el centro para seguir esta Senda. Piratas, la Supremacía, zapadores… Es demasiado, Spensa.

—Concéntrate en lo que podemos lograr ahora mismo —le sugerí—. De momento, lo único que tenemos que hacer es cruzar este pantano.

—Bueno, para mí es fácil —dijo—. Puedo volar.

—¿Lo ves? Pasito a pasito. Puedes hacerlo. Yo puedo hacerlo. Cueste lo que cueste.

M-Bot asintió bamboleando su dron de arriba abajo.

—¡Muy bien! —exclamó—. Cueste lo que cueste. ¡Vaya! ¡Sí que sienta bien por lo menos fingir que tenemos el control! Me gusta. ¿Es como estás tú a todas horas?

Deseé que fuera verdad, pero no lo contradije. M-Bot se internó flotando en el pantano, bajando la mirada hacia…

—¡Una seta! —gritó, flotando por encima de una que crecía en el pantano—. ¡Una seta de verdad, Spensa!

Me detuve para ver cómo zumbaba adelante y atrás. Estar en un dron le sentaba bien. Su personalidad tenía como una energía que expresó volando en círculo a mi alrededor.

Chet regresó para quedarse conmigo mirando a M-Bot. Hasta le pillé una sonrisa.

—De verdad que no es peligroso —dije a Chet.

—La verdad es que tiene una energía un poco contagiosa —reconoció él —. Ya casi hemos llegado, nos faltan solo dos fragmentos. El portal que buscas está en unas ruinas.

—¿Ruinas? —pregunté—. ¿De una explotación minera antigua?

—No —dijo él—. Aunque sí que pasaremos cerca de algo parecido en el siguiente fragmento. Las ruinas que nos interesan son más viejas. Puede que tan viejas como este lugar.

—¿Nunca has pensado en cómo llegó todo esto aquí? —le pregunté—. ¿Este paisaje, estos fragmentos?

—Sí que me lo he preguntado. Hay leyendas, por supuesto. La gente cree que en parte se debe a accidentes durante hipersaltos, o incluso a los zapadores. Pero la sabiduría popular afirma que algo de esto ya estaba aquí antes de los zapadores o incluso la citónica.

Ayudé a M-Bot a recoger una muestra de aquella seta y guardarla en su «caja de especímenes», que era la cavidad del dron de limpieza en la que almacenaba el polvo que absorbía. El pequeño dron tarareó feliz mientras retomábamos la marcha.

Llegamos a un río más grande que los anteriores, que fluía más allá del borde del fragmento pantanoso. Chet nos dirigió hacia el interior en lugar de intentar vadearlo. Aunque no había mucha corriente, no le gustaba nada la posibilidad de que nos barriera con un terreno tan inestable.

Seguimos adelante, saltando de una zona firme de terreno a la siguiente. Al cabo de media hora aproximada haciéndolo, Chet me detuvo cogiéndome del brazo. Entornó los ojos mirando la siguiente sección de tierra y entonces negó con la cabeza.

—Tierra falsa —explicó—. ¿Ves cómo se ondula? Hay un sumidero debajo de ese trozo. Vamos por aquí.

Me llevó cruzando agua estancada, donde el hedor del fango era terrible. Al poco tiempo llegamos a otro pedazo largo de tierra seca.

—¿Hay algún paisaje por el que no hayas viajado? —le pregunté, impresionada por la facilidad con que nos estaba guiando.

—Ah, seguro que hay algo ahí fuera que no haya visto —dijo—. ¡Pero sí que me he movido mucho! No me gusta quedarme en un sitio, porque aquí dentro es como se pierde la noción del tiempo. ¡Prefiero tener vistas nuevas, experiencias nuevas! Solo me quedo con más gente cuando se me terminan las cenizas de realidad. ¡Pero cuando reúno unas pocas, me marcho!

Después de caminar un rato más, avisté el siguiente fragmento, el penúltimo antes de llegar a nuestro destino. Resultó ser otro desierto, pero con

unas dunas inmensas y altas como edificios. Entorné los ojos. ¿No vivían gusanos de arena en dunas como aquellas? ¿O escorpiones gigantes, por lo menos?

Antes de que pudiéramos cruzar, sin embargo, vi que Chet se ponía en alerta. Dio media vuelta y señaló. Había más naves estelares en el cielo.

10

Acostumbrada ya a aquello, me cubrí con Chet bajo un gran árbol con las ramas retorcidas pero una cantidad decente de hojas. Las puntas caían tan bajo que dejaban estelas en la corriente del agua, ondulando la superficie.

—Marcas de los Costaderos —me susurró Chet mientras escrutábamos las naves a través de la copa del árbol—. Hemos entrado en su territorio.

—¿Tan distintas son las facciones entre ellas?

—Lo normal es que no —dijo él—, pero los Costaderos tienen reputación de ser más justos que el resto. Por otra parte, se rumorea que su líder estuvo en las fuerzas de seguridad de la Supremacía. Por eso he mantenido las distancias con ellos.

Había cuatro naves volando en formación. No reconocí los diseños concretos, pero desde luego eran modelos militares. Mientras las mirábamos, volaron contra otro grupo de naves que salieron de debajo del fragmento.

Se enzarzaron en un combate rápido, los cazas volando como halcones y presas en una imagen de la antigua Tierra, rodeándose unas a otras mientras volaban hacia abajo más allá del fragmento.

Verlas luchar despertó algo en mí. Echaba de menos volar. Solo habían pasado unos días, pero ya deseaba tener una nave a mi alrededor, su movimiento una extensión de mi cuerpo mientras esquivaba obstáculos y serpenteaba entre cazas enemigos.

Estar en el cielo. Reclamar las estrellas.

Lo añoraba. Mucho.

—Pronto —susurré mientras las naves se perdían de vista, persiguiéndose unas a otras por debajo de los fragmentos.

—Creo que deberíamos esperar un poco —dijo Chet, sentándose en una roca que había bajo el árbol—. Por si vuelven en esta dirección.

—Esas eran de otra facción, ¿verdad? —pregunté—. ¿Cañoneros?

—¡Muy buen ojo! —exclamó él—. Dentro de nada ya conocerás las marcas de las seis.

—¿Suelen combatir entre ellas?

—¡Y con gran agresividad! —respondió Chet—. Es una pena. Podrían estar explorando y viviendo aventuras, pero supongo que tampoco debería

reprocharles que hagan un poco de deporte. Cada cual tiene su propia manera de pasar el rato aquí dentro.

Si íbamos a esperar a que aquello terminara, parecía una buena oportunidad para armarme. Ya había maldecido la pérdida de mi fusil varias veces, así que escogí un palo recio de entre los que habían caído alrededor del árbol y empecé a pelarlo. Al terminar, encontré una buena piedra, rectangular y con una parte más estrecha en el centro.

Intenté fijarla al palo, pero el primer intento fracasó porque las enredaderas que había escogido se partieron.

—¿Me permites, señorita Nightshade? —preguntó Chet mientras se desataba la bota izquierda. Sacó un largo cordón, revelando que aún quedaba otro ciñéndole la bota—. ¡Lleva siempre doble cordón para explorar! Te sorprendería lo útil que tiende a ser llevar un cordel de más. ¡Tiene usos innumerables!

Me enseñó cómo atar la piedra en su sitio, y entonces, sorprendido por mi carencia de conocimientos, se sacó el otro cordón adicional y procedió a darme una breve lección sobre distintos nudos y lazadas. Comprendí, avergonzada, que había permitido que tener una línea de luz me volviera perezosa en ese aspecto.

Escuché con devota atención. Me parecía una cosa de lo más práctica que aprender, el tipo de enseñanza que… bueno, que imaginé que podría haberme dado mi padre. Si las cosas no hubieran salido tan mal.

Cuando terminamos, me guardé el cordón de la bota para practicar, como me había dicho Chet, y recogí mi maza. La blandí un poco para asegurarme de que no se soltaba.

—Buena arma —dijo Chet con los brazos en jarras—. ¿Cómo vas a llamarla?

—Rompecráneos, por supuesto —respondí.

—Excelente.

—Aunque… no sé si los gusanos de arena tienen cráneo —dije—. A lo mejor debería afilar una piedra y hacerme una lanza, por si se me traga uno y tengo que matarlo desde dentro.

—Dudo que vaya a hacer falta —dijo Chet con una risita.

—Repítemelo cuando estés en el gaznate de un gusano de arena y yo me alce triunfal sobre el cadáver del mío, pensando en cómo hacerme un sombrero con su piel.

—¡Ja! —exclamó Chet—. No creo que haya conocido nunca a una joven tan… sanguinaria.

Me encogí de hombros.

—Es un poco fingido. Ya sabes, bravatas. Pero sí que quiero poder defenderme contra cualquier bestia que encontremos.

—Si nos vemos obligados a eso, es que ya hemos fracasado —dijo Chet. Levantó un dedo e irguió la espalda, en pose de impartir conocimientos—. Ningún animal ataca a una persona a menos que esa persona haya cometido un error. Somos nosotros quienes entramos en sus dominios, así que nos corresponde extremar las precauciones para evitar accidentes.

—¿Tú no cazas? —pregunté.

—¡Cielos, no! —exclamó él—. Solo para sustentarme, que aquí dentro es innecesario. ¡Yo exploro las maravillas del universo! Profanar de esa manera la naturaleza sería… No. Un explorador no debe ser un destructor. ¡Debe ser un preservador! Pero divago. Deberíamos continuar. Los piratas parecen haberse llevado sus rencillas a otra parte.

Seguimos adelante y llegamos justo a tiempo al fragmento desértico para saltar antes de que se separaran demasiado. M-Bot parecía reacio a abandonar su búsqueda de setas, pero nos siguió.

Los comentarios de Chet sobre cazar y explorar me habían dejado intrigada. Eran lo contrario a lo que habría esperado de alguien como él. Su manera de hablar resultaba liberadora. Explorar, viajar… Chet podía hacerlo y poner a prueba sus habilidades sin necesidad de luchar o matar. Era una forma nueva de pensar. Para mí, los esfuerzos por mejorar siempre habían llevado en última instancia a la destrucción de mis enemigos. O por lo menos, a la humillación de quienes se habían reído de mí.

Aun así, estaba cambiando. Había empezado en Visión Estelar, al conocer a tantos seres que en teoría eran enemigos míos pero, al mismo tiempo, también eran personas normales y corrientes. Había pasado a querer una salida de todo aquello, más de lo que ansiaba acabar con los «krells». ¿Había alguna manera de detener aquella guerra sin destruirlos o que nos destruyeran?

Chet nos llevó por los valles entre dunas. Yo observaba la arena con cautela mientras caminábamos.

—Esto… —M-Bot se puso delante de mí—. ¿Spensa? Tuve que dejar atrás una parte de mis bases de datos con información, pero conservé los listados de fauna de todos los mundos conocidos por la Supremacía y… no querría aguarte la fiesta, pero…

—¿No hay gusanos de arena? —adiviné.

—Me temo que no.

—Tirda —dije—. ¿Y escorpiones gigantes? Orión seguro que mató a uno en la antigua Tierra, así que tienen que ser reales.

—Hay varios planetas de gravedad baja donde existen criaturas parecidas a artrópodos que encajarían en esa definición. ¡Uuuh! Uno tiene un aguijón venenoso que, si se te clava, hace que te crezcan hongos en la lengua. Y en la sangre. Te mata igual, claro. Pero… ¡setas de lengua!

—¡Hala! —exclamé—. ¿Eso existe de verdad?

—¿Spensa? —dijo M-Bot—. ¿Estás… llorando?

—No, claro que no —dije, secándome un ojo—. Es solo que… me alegro de que exista algo tan genial, ¿sabes? Como en las historias. A lo mejor, cuando todo esto acabe, podríamos visitar ese sitio. ¿Crees que podría entrenar a uno recién nacido para que me dejara montar en él?

Chet soltó una risita desde delante, guiándonos al interior del desierto, y yo me permití emocionarme. El siguiente fragmento sería donde estaba nuestro objetivo, donde tendría por fin la oportunidad de ver lo que el zapador me había enviado allí a experimentar.

Debería estar agotada. Y en cierta medida lo estaba. Había sido un día duro de trayecto. Pero la verdad era que me sentaba bien: había algo sano y satisfactorio en cansarme de aquella manera. Se me hacía raro no tener hambre, eso sí. Y con lo mucho que había caminado, solo notaba un poco de sed.

Pero… en fin, estaba cruzando un desierto volador y había pasado por un montón de cataratas a las que no alimentaba ningún afluente. Dudaba mucho que la ausencia de hambre fuese a ser lo más raro que me pasara en aquel lugar. Apreté el paso y me puse a la altura de Chet mientras nos veíamos obligados a subir por una duna. Fue un proceso difícil, aunque él me enseñó a hacerlo en ángulo y a buscar terreno relativamente firme no pisando sus huellas.

—En la nieve —me explicó— tienes que pisar donde lo ha hecho la persona de delante. Así ahorras energía. Pero las dunas de arena, en cambio, se asientan. Quien va por delante de ti las perturba, lo cual en realidad lo vuelve más difícil si pisas justo en el mismo sitio.

Al llegar a la cima, distinguí el fragmento correcto.

—¿Es ese? —pregunté—. ¿El verde?

—Exacto —dijo Chet.

Cuánta vida había en aquellos fragmentos. Vida vegetal, por lo menos. Hasta el desierto tenía matorrales que asomaban tozudos de la arena y crecían

desafiantes. ¿Sería así en la mayoría de los mundos? ¿Las plantas crecían porque sí, sin nadie que las cultivara?

—¿Estás nervioso? —pregunté a Chet—. ¿Por lo que vamos a encontrar?

Él pensó un momento, alisándose el bigote.

—Siento… como si fuese inevitable. Sabía que en algún momento llegaría a la Senda. Hasta el punto de que, cuando me la mencionaste, tuve la impresión de que algo me había atraído hacia ti. Algo me había puesto en esta ruta.

—Eso… suena bastante perturbador, la verdad.

—Discúlpame, no era mi intención. —Miró hacia el lejano fogonazo—. Aun así, me preocupa la influencia que tienen los zapadores en este lugar. Nunca acabo de confiar del todo en que mi voluntad me pertenezca.

—¿Sabes algo sobre ellos?

—No son una mente grupal —dijo Chet—. En eso la gente se equivoca. Los zapadores son seres independientes, pero también son idénticos. Viven en un sitio donde nunca cambia nada, donde no hay tiempo. Existen en un solo momento, en un solo lugar, indistinguibles entre sí… y aterrorizados de cualquier cosa que no sea idéntica a ellos.

—Vaaale —dije—. No le veo ningún sentido a casi nada de eso, Chet. Pero intentaré fingir que sí.

—Gracias —respondió él—. ¡Lo único que sé es que la parte sin sentido es lo que permite a los individuos como tú hipersaltar a través de la ninguna-parte! El tiempo y el espacio son irrelevantes y, después de colarte en la ninguna-parte, puedes salir en cualquier otro lugar. No obstante, me preocupa. Cada vez que perforamos la barrera entre la ninguna-parte y la alguna-parte, corrompemos un poco la primera. Igual que no se puede caminar por la nieve fresca y limpia sin dejar huellas.

—¿Crees que hay… nieve aquí, en algún sitio? —pregunté—. Me gustaría verla alguna vez.

—Existe, pero es muy infrecuente —respondió él—. Dime, Spensa Nightshade, ¿de verdad pasaste toda la vida en ese planeta yermo? ¿Cómo sobreviviste?

Levanté los hombros.

—Tenemos cubas de algas y luz artificial bajo tierra. Y sí que tiene algo de vida. En las cavernas viven ratas, y comemos hongos y algas que transforman la energía calorífica en biológica. No es mucho, pero nos basta.

—Parecéis un grupo dotado de una valentía excepcional —afirmó Chet—. Es un honor para mí viajar contigo, ¡aunque debo reconocer que tu hogar me

parece un sitio muy raro en el que fundar una sociedad!

—¡Ah! —exclamó M-Bot, flotando a su lado—. Sí que es un sitio raro, sí, con una fascinante combinación de avances tecnológicos e ignorancia retrógrada. Tienen vuelo estelar, pero no dispensadores automáticos de jabón, por ejemplo. Así que podría decirse que su cultura tiene sus más y sus menos.

—Suena pero que muy interesante, abominación —dijo Chet—. Vamos, señorita Nightshade y acompañante. Deberíamos darnos prisa. Hay un lugar de interés en este fragmento que querría enseñarte antes de abandonarlo, pero tendremos que ir rápido. ¡No estaría bien perder el siguiente fragmento por entretenernos!

Seguimos avanzando y Chet apretó el paso. Media hora más tarde coronamos otra duna y pude ver mejor el fragmento al que nos dirigíamos. Estaba cubierto de una brillante hierba que parecía blanda como el pelo de una buena manta y de idílicos arroyos que centelleaban como gotas de luz solar. Parecía el paraíso que describían las historias. Verde, vivo… Había hasta mariposas.

Sin embargo, había algo que me resultaba extraño. Chet nos había metido prisa para llegar a tiempo, pero el fragmento parecía estar aún a horas de distancia. Al llegar al borde, Chet me indicó que fuésemos a la derecha. Allí las dunas se estrechaban, y al poco tiempo encontramos lo que quería enseñarme: un agujero. El viento se había llevado la arena dejando a la vista roca marrón, y un gran hueco abierto en el fragmento, que descendía al menos treinta metros. Los lados estaban escalonados, como una pirámide invertida, y había caminos que descendían en espiral.

—Una excavación —dije—. ¿Para extraer piedra de pendiente?

—Exacto —respondió Chet—. Esta es antigua, pero he pensado que querrías ver un ejemplo de cantera. Las que tiene la Supremacía más hacia dentro, en Fuerteseguro, son operaciones a mucha mayor escala, pero el principio general es el mismo.

—Lástima que no dejaran nada de piedra de pendiente —dije, escrutando en el hueco. M-Bot pasó flotando a mi lado y descendió para mirar el fondo —. Quizá podríamos haber improvisado algún tipo de dispositivo flotante para nosotros.

Chet negó con la cabeza, sonriendo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Dejaron muchísima piedra de pendiente, señorita Nightshade —dijo él, señalando—. ¿Sobre qué crees que estamos?

—Sobre piedra.

—¿Piedra que flota por el cielo? —replicó él—. Todos estos fragmentos contienen piedra de pendiente. Lo malo es que hace falta refinarla y mucha energía para que funcione a una escala utilizable, así que dudo mucho que podamos crear ningún tipo de aparato. Aun así, la tienes aquí mismo.

Me sonrojé al comprenderlo. Pues claro que los fragmentos flotaban sobre piedra de pendiente. Tenía todo el sentido del mundo, si te parabas a pensarlo. Supuse que la coloración azul, como la luz que resplandecía bajo las alas de M-Bot, era un efecto del proceso de refinado.

—Muy bien, y ese otro fragmento… —Desvió la mirada hacia él y frunció el ceño—. Debería llegar de un momento a otro.

—Según mis estimaciones —terció M-Bot—, y a juzgar por su escasa velocidad de desplazamiento, los fragmentos aún tardarán diez horas en contactar.

—¿Diez horas? Chet, ¿por qué nos has hecho ir tan rápido?

—Eh… —Chet se rascó la cabeza—. ¿Diez horas, dices?

—Sí —confirmó M-Bot—. Pero tengo el cronómetro interno configurado con las unidades de tiempo que usa el pueblo de Spensa, que a su vez se deriva de las medidas de la Tierra. Son las mismas unidades que usaba mi antigua nave, así que supongo que también tú.

Chet se sentó en una roca.

—Mis disculpas, señorita Nightshade. Mi sentido del tiempo… no es tan fiable como antaño.

Dejé que la conversación decayera, pero estaba perpleja. ¿Cómo era posible que Chet midiera tan mal el tiempo?

—Bueno —dijo él—, quizá deberíamos descansar aquí antes de emprender la Senda de los Ancianos. ¡Siempre es mejor atizarle a una tarea bien frescos y despiertos! Para que ella no pueda atizarte a ti, claro.

Sonreí. Me había recordado a algo que podría haber dicho Kimmalyn. Pero estaba de acuerdo en descansar un poco. Había sido un día maravilloso, pero muy largo.

Mientras Chet se quitaba la chaqueta para hacerse la almohada, eché un vistazo a mi icono de realidad y descubrí que había soltado tres motas de polvo plateado durante el día. Ofrecí una a Chet y lo observé con atención para estudiar la expresión anhelante con que miraba mi saquito. Viajar con él había sido un placer en todo… en todo excepto por esa mirada.

Me apresuré a guardar el saquito. Chet tardó un poco más en meter la ceniza en el suyo y se quedó un rato mirándola brillar y titilar en la palma de su mano.

—Bueno, la Senda de los Ancianos —dije para acabar con aquella atmósfera extraña—. ¿Tenemos que hacer algún preparativo para ella?

—No que yo sepa —respondió Chet—. Ya había visitado esta primera parada una vez, pero opté por no meterme en la caverna. Me avergüenza reconocerlo, después de ver tu entusiasmo.

Miré el fragmento ajardinado. Sí, se movía más despacio que Nedd en el comedor cuando le tocaba turno a primera hora de la mañana. Aún tardaría mucho en llegar hasta donde estábamos.

—Es como las gestas de las historias antiguas. Por eso me emociona.

—Das mucha importancia a esas historias.

—Mi abuela me las contaba de niña. Supongo que se me… pegaron.

—Me parece admirable —dijo Chet—. Pero te recomendaría no tener las expectativas demasiado altas. La vida no siempre es como esos relatos.

—Lo sé —repuse, sin dejar de contemplar aquel hermoso campo—. Pero… los relatos nos dicen algo. Sobre nosotros, y sobre de dónde venimos. Son un recordatorio de que tenemos un pasado, una historia. Y un futuro.

Cuando estaba creciendo, los cuentos de la yaya habían sido mi escudo. Contra los insultos que me lanzaban, contra las cosas que la gente decía de mi padre. Contra mi propio terror a que todas esas cosas, sobre todo las referentes a mí, fuesen ciertas.

En las historias, había una sensación de justicia. Todo tenía un propósito, cada breve pasaje significaba algo. Yo siempre pensaba que, si aquellos héroes y heroínas de los cuentos podían seguir adelante adentrándose en la oscuridad, yo también podía.

Puede que me aferrase a ellas un poco demasiado. Con lo raro que había sido todo en los últimos tiempos, quizá buscaba en ellas algún tipo de estabilidad. O algún tipo de guía para…

—Eso puedo entenderlo —dijo Chet—. Es raro, porque este sitio me ha robado la persona que era antes, pero aun así sé cosas. Sé lo que es un burrito, aunque aquí dentro no me haya comido ninguno. Puedo recitar los nombres de los primeros mundos colonizados por la humanidad. Y recuerdo… historias. En parte, me puse este nombre por los relatos del antiguo héroe Chet Cannister.

—Ah, qué buenas son —dije—. Pero a mí me gustan más las antiguas, los héroes como Odiseo.

—O Hércules.

—Sí —dije, y me di un puñetazo en la palma de la otra mano—. O Satanás.

Chet parpadeó, sorprendido.

—¿Disculpa?

—¿Satanás? —dije—. ¿El héroe?

—El… héroe.

—Claro —dije—. La yaya me contó la historia. A Satanás lo arrojan a un lugar de fuego, pero él le dice a todo el mundo: «Eh, escuchadme. Da lo mismo mientras nos tengamos unos a otros. Podemos hacer que este sitio sea tan bueno como cualquier paraíso». Luego se presenta voluntario para infiltrarse en el mundo del enemigo y parte hacia una gesta épica a través del Abismo.

—Bueno, ya te he avisado de que mi memoria no es ninguna maravilla —dijo Chet—, pero eso suena al antiguo poema *El paraíso perdido*. Y… creo que podrías haberlo malinterpretado.

—¿Cómo? ¿Quién crees tú que es el héroe de esa historia?

—Adán y Eva.

—¿Esos pringados? ¡Pero si no hacen nada más que quedarse quietos! ¡Todos los demás tienen espadas llameantes y batallas dramáticas!

Chet sonrió.

—Bueno, es una forma de verlo. ¿Y qué sabré yo? No tendría ni idea de cómo me llamo de no ser por el parche que encontré en mi uniforme.

Me hice una especie de almohada con la chaqueta. Mientras tanto, M-Bot se acercó flotando.

—Estooo… —dijo.

—¿Qué?

—Creo… que Chet podría tener razón sobre *El paraíso perdido*.

—Léetelo otra vez —repliqué—. ¿De verdad esperas que crea que en una historia con gente llamada Belcebú o Moloch que vive en Pandemónium, el autor quería que nos pusiéramos del lado de alguien llamada Eva?

Hay cosas que son evidentes. A menos que seas un robot, supongo.

—¿Quieres que haga lo mismo que la última vez? —preguntó el robot en voz más baja—. ¿Por si acaso?

Asentí, me recosté y empecé a repasar el día que habíamos tenido. No recordaba ningún otro día en mi vida reciente que hubiera sido tan absolutamente estupendo. Pero pensarlo me hizo sentir culpable. Jorgen y los demás estaban luchando por sus vidas, ¿y yo me dedicaba a investigar pantanos y jugar a ser exploradora?

Iba a tener que mantenerme centrada. El día siguiente empezaríamos a recorrer la Senda de los Ancianos y, con un poco de suerte, por fin obtendría

algunas respuestas. O como mínimo, aprendería las preguntas correctas.

11

M-Bot me despertó a la «mañana» siguiente y me desperecé, descubriendo que el fragmento ajardinado flotaba a un paso del desértico en el que estábamos. Mis recuerdos de la «noche» incluían solo sueños corrientes. Deseé haber podido encontrar a Jorgen y por lo menos informarle de las novedades, pero estaba tan agotada que mi intento no llegó muy lejos.

Chet se levantó cuando M-Bot le dio unos golpecitos y, aconsejada por él, fui hasta un arroyo cercano. Bebí un poco —sería de las últimas veces que tendría que hacerlo allí dentro— y me lavé la cara y las manos. Por suerte, no olía tan mal como suponía que debería, teniendo en cuenta lo mucho que me había esforzado el día anterior.

Mientras me lavaba, lancé una mirada a M-Bot, que enseguida me susurró:

—No se ha levantado. Ha estado durmiendo hasta que os he despertado a los dos.

Asentí antes de regresar con Chet al borde del fragmento.

—¿Preparado? —le pregunté.

—¡Adelante! —exclamó él.

Cruzamos al siguiente fragmento. Y caí en la cuenta de que era la primera vez que caminaba sobre hierba. Qué rara se notaba bajo los pies. Mullida, como caminar por un cojín.

Aquel fragmento resultó ser pequeño en comparación. Era todo hierba verde y colinas, con un lago en el centro. Cerca había una ladera con un agujero abierto, como la entrada a una mina.

Los túneles a los que daba no se extendían mucho: había como un zaguán corto seguido de tres estancias pequeñas con las paredes de piedra. Pero al cruzarlas, tuve una sensación escalofriante y familiar. Tirda. Ya había estado en sitios que transmitían la misma impresión.

Encontramos el portal al fondo de la estancia más grande. Se parecía mucho al otro por el que había salido en la selva: una reluciente superficie de piedra, gris pizarra, pero tallada con líneas. Centenares de ellas en esa ocasión, formando una pauta compleja.

M-Bot voló hasta la pared y dirigió las luces de su dron a las marcas.

—Hum —dijo—. Conservo una base de datos de todas las escrituras conocidas que ha catalogado la Supremacía. Esta no parece ser ninguna de ellas.

Asentí distraída, siguiendo una línea curvada con el dedo.

—No son un idioma, en realidad. Pero creo que sé lo que significan las líneas.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó M-Bot—. ¡Si acabas de decir que las marcas no son un idioma!

—Es que no lo son.

—Pero ¿significan algo?

—Sí.

—¿Y qué es?

Llegué al final de la línea con la yema del dedo.

—Memoria.

M-Bot se puso a mi lado flotando.

—Hummm. Sí, me resulta curioso. Estoy sintiendo una emoción nueva. ¡Es como ira y frustración mezcladas! Qué interesante.

Y dicho eso, ascendió y luego se dejó caer de golpe contra mi cabeza, dándome un topetazo.

—¡Au! —exclamé, más atónita que dolorida.

Al instante, Chet soltó una maldición e hizo ademán de agarrar a M-Bot, pero levanté una mano para detenerlo.

—M-Bot —dije—, ¿se puede saber qué te pasa?

—Es lo que mis emociones han dicho que debía hacer —explicó—. Vaya. ¡Me siento mejor! Qué curioso, qué curioso…

—No puedes ir por ahí pegando a la gente.

—¿Tú no pegabas a Jorgen a todas horas?

—Eso era distinto —dije—. Primero lo odiaba, y después me gustaba. Así que tenía buenos motivos.

—¡Aaah! —gritó M-Bot—. ¡Cuando dices cosas como esa, me dan ganas de pegarte otra vez! ¿Puedes quedarte quieta para que te atice con un brazo? Suena divertido.

—Abominación —dijo Chet—, deberías…

—Tranquilo, Chet —lo interrumpí—. Es solo que tiene problemas para lidiar con las emociones. Son nuevas para él.

—Creo que lo estoy haciendo bastante bien, teniéndolo todo en cuenta —dijo M-Bot a Chet—. Seguro que la primera vez que tú sentiste emociones, balbuceaste un montón y manchaste la ropa. —Se dio la vuelta para mirarme

—. ¿Podrías, por favor, explicar a qué te referías al decirme que esto no es un idioma y a continuación, al instante, interpretarlo?

—Esto son los recuerdos de la gente que utilizó este portal, M-Bot —dije, arrodillándome y palpando los surcos tallados en la piedra—. Tiene como una especie de lógica extraña. La citónica es… un método biológico de comunicación y desplazamiento. El hipersalto reemplaza a las naves estelares y el contacto mental reemplaza a las radios. Así que me parece razonable que exista una manera de almacenar los pensamientos. Un libro citónico, o una grabación.

—Sí —dijo Chet, arrodillándose a mi lado—. Esto es lo que había oído. La Senda de los Ancianos está compuesta por una sucesión de portales como este, cuatro o cinco en total, por lo que sé. Cada uno de ellos se cuenta entre los accesos más antiguos a la ninguna-parte, tallados con las experiencias de los primeros citónicos.

Sí, había visto tallas como esas en los túneles de Detritus. Luego también las había visto en una enorme estación espacial, el astillero de naves que orbitaba en torno a Detritus. Y las había visto dentro del laberinto de zapador, un lugar que cada vez estaba más convencida de que era el cadáver de un zapador muerto hacía mucho.

—¿Qué hacemos? —pregunté—. ¿Cómo empezamos?

—No estoy seguro —dijo Chet—. Reconozco que pensaba que experimentaríamos los recuerdos nada más entrar. —Puso también una mano sobre las marcas—. Puedo… sentir algo.

—Entonces —dijo M-Bot—, ¿estas cosas son a la vez recuerdos y portales entre dimensiones?

—Sí —respondí, cerrando los ojos.

El límite era más débil de lo normal en aquella sala. Comencé a notar que se me calentaba el bolsillo. La insignia de mi padre.

Era el momento de hacer una prueba. La alguna-parte, el hogar, estaba al otro lado de aquella pared. ¿Podría abrir el camino? Activé mis sentidos citónicos. Poniendo así las manos en la pared… sí, alcanzaba a percibir la alguna-parte, mi realidad, tirando de mí, intentando absorberme a través de la pared. La piedra se hizo como líquida y empecé a hundirme en ella.

Me sorprendió sentir de nuevo una presencia cerca de mí. Igual que había ocurrido al utilizar mis poderes en la selva. Era la presencia que… que quería creer que tal vez fuese mi padre. ¿Estaría guiándome? ¿Llevándome a la libertad?

Me detuve con un golpetazo. Como el sonido que hacen las botas contra el suelo al quitártelas sin usar las manos de noche. Lo intenté de nuevo.

Golpetazo.

—¿Qué sientes? —me preguntó Chet.

—El portal está cerrado por el otro lado —dije—, como me avisaste.

—Esperaba equivocarme en eso —repuso él—. Y que tus poderes de hipersalto te permitieran usar estos portales para llegar a la alguna-parte. ¡Lástima! Pero por suerte ese no era nuestro objetivo principal aquí. Tiene que haber una forma de ver los recuerdos que dejaron para nosotros. ¿Puedes… escuchar la roca? ¿Espiarla, como dices que puedes hacer con los zapadores?

Lo intenté, cerrando los ojos y escuchando. Abriendo la mente. Sí, allí había algo. ¿Cómo podía acceder a ello? Se lo pregunté a la piedra, le imploré que se abriera a mí. Pero fracasé. Con un suspiro, abrí los ojos.

Y descubrí que la caverna había cambiado a mi alrededor.

Aún podía distinguir los tenues contornos de las estancias, pero eran etéreos, insustanciales. Era como si el mundo se hubiera desleído y otro hubiera ocupado de golpe su lugar. En aquel mundo me dio la sensación de estar flotando en la oscuridad.

Trastabillé, intentando orientarme.

—¡Oh! —exclamó M-Bot—. ¿Spensa? Pareces estar sufriendo problemas de control motor. Esto no tendrá algo que ver con el golpe que te he dado en la cabeza, ¿verdad? Tirda, he desobedecido directamente los mandatos de mi programación al hacer daño a…

—Estoy bien —dije—. Veo algo.

—Bueno, lo más probable es que *siempre* veas algo. Hasta cuando tienes los ojos cerrados, en teoría. O quizá no, porque…

—Chist —le dije, dándome la vuelta.

Chet seguía de rodillas a mi lado, mirando alrededor con expresión confusa.

—¿Tú estás viendo lo mismo que yo? —le pregunté—. Estamos flotando en la oscuridad. Como en el fogonazo.

—Así es —respondió Chet—. Pero mira aquí, a mi lado.

Me arrodillé con torpeza. Podía sentir el suelo, tocarlo. Pero era tenue, casi invisible a mis ojos. Cerca de nuestras rodillas había un minúsculo puntito de blancura. Formaba parte de la visión.

—¿Esto es el fogonazo?

Chet negó con la cabeza, desconcertado. Pero mientras mirábamos, algo cambió. Empezó a crecer una sustancia en torno al puntito de luz, tapándolo. Formó como un diminuto asteroide, que luego se aplanó y…

—Un fragmento —dije, contemplando cómo crecía la piedra—. Estamos presenciando el origen de un fragmento.

—Sí… —dijo Chet—. Creo que estás en lo cierto. Estamos viendo cómo crece a lo largo de centenares de años, sospecho. Es como si…

—Como si la materia estuviera filtrándose —terminé por él—. Es lo que es esto, Chet. Una pequeñísima debilidad entre las dimensiones. La alguna-parte está colándose aquí, creando un fragmento igual que se forma una estalactita poco a poco en una cueva, con el tiempo.

Y sabía que aquello estaba ocurriendo en el transcurso de siglos, como decía Chet. Esa información apareció en mi mente porque… porque la habían dejado a propósito allí para informarme. Esos pensamientos eran los pensamientos de antiguos citónicos.

—¡Sí! —exclamó Chet—. ¡Creo que lo has conseguido, señorita Nightshade! Esto es el pasado. La Senda de los Ancianos. Los secretos de los antiguos citónicos.

Tirda, sonaba impresionante cuando lo decía con esas palabras. Ante nuestros ojos, el fragmento se expandió hasta formar un bloque de piedra que tendría unos veinte metros de anchura.

—Mira —dijo Chet, señalando detrás de mí—. ¿Eso estaba ahí antes?

Me volví. No vi ningún otro fragmento, pero sí que distinguí un punto blanco en la distancia. Era el fogonazo, pero daba la impresión de haber aparecido a medida que crecía el fragmento.

—Qué pequeño es —dije—. Y no hay ningún otro fragmento. Esto debe ser un pasado alejadísimo.

Me llegó la sensación que daba aquel lugar en ese tiempo. Una especie de silenciosa tranquilidad. No había nada peligroso. Ninguna impresión de ira. Ningún…

Ningún zapador. O bien los zapadores aún no existían en esos momentos, o bien estaban en otro lugar.

—¿Cómo es que podemos ver esto? —pregunté—. Has dicho que la Senda son recuerdos de gente que entró en la ninguna-parte, pero lo lógico sería que cuando sucedió esto no hubiera nadie aquí.

—El tiempo hace cosas raras en este lugar —respondió Chet, todavía arrodillado—. Supongo que los citónicos averiguarían estas cosas de algún modo. ¿Ves esto de aquí? ¿Qué crees que es?

Había aparecido una línea en el suelo, en la versión ilusoria. Era distinta del resto del fragmento, más brillante, de otro color. Mientras la mirábamos, creció hasta formar un muro, de solo unos palmos de altura. Pero en el muro apareció un minúsculo símbolo, un pequeño remolino. Daba la impresión de ser algún tipo de suceso natural. Como la erosión.

Sí, eso era. Una especie de erosión interdimensional. Que solo tenía lugar cuando…

Apareció alguien en la escena. Une dione, de piel azul.

Noté que la visión se ralentizaba de golpe. Ya no estaban transcurriendo décadas a cada segundo: aquello era en tiempo real. Le dione se levantó tambaleándose.

—Ropa preindustrial —dedujo Chet, señalando la ropa hecha de pieles cosidas de cualquier manera.

Le dione dio un respingo y miró alrededor, presa de la confusión. Sonrió enseñando los dientes. No, no, un momento. Eso no era una sonrisa. Para les diones significaba agresividad, o quizá miedo.

Le dione no nos veía, y me resultó inquietante que estuviera mirando a través de mí. Entonces cayó de rodillas y empezó a arañar el pequeño muro que constituía el portal.

Hasta que… el tiempo pareció acelerarse de nuevo. Observamos a le desafortunade dione como un borrón intentando escapar del fragmento. Envejeció y luego murió. Su cadáver se convirtió en polvo, dejando solo huesos. Todo sucedió en cuestión de segundos.

—Pobre criatura —dijo Chet—. Tuvo que morir a solas en este sitio.

Me arrodillé al lado de los huesos de le dione. El fragmento se había hecho más grande, pero solo un poco.

—La materia se filtra aquí desde la alguna-parte. Ya dijiste que lo sospechabas, Chet.

—¡En efecto! Quizá el cinturón se formó a causa de los límites debilitados.

Escruté en la oscuridad y me pareció distinguir otro fragmento creándose en la lejanía. Y el fogonazo… se hizo un poquito más grande.

—Así que los fragmentos crecieron alrededor de pequeñas debilidades entre esta dimensión y la nuestra. El fogonazo se fue consolidando como reacción a eso, se convirtió en la región sin corromper de la ninguna-parte. ¿Una especie de… sala de seguridad en una zona de cuarentena, tal vez?

—Sí —dijo Chet—. Sí, me parece que es correcto.

Había otra pieza del rompecabezas. Aquello implicaba más cosas.

—Si la alguna-parte está filtrándose aquí —aventuré—, ¿la ninguna-parte se filtró a su vez en nuestra dimensión? ¿Qué forma tomaría?

Teníamos la respuesta delante mismo. Aparecieron más diones en la visión, cruzando el portal, cada uno dejando un minúsculo añadido en el muro: más materia, y un pequeño remolino por persona. Les diones aprendieron a saltar al interior y al exterior, y ningune otre murió a solas allí dentro.

—Tienen poderes citónicos —susurró Chet—. Así es como sucedió. La ninguna-parte se filtró a nuestra dimensión y… cambió a la gente que vivía cerca de la brecha. Nos creó a nosotros.

—¿Es como… radiación interdimensional? —supuse—. ¿Que infunde a la gente con la ninguna-parte?

Tuve una sensación surrealista de desconexión cuando, en la distancia, creció otro fragmento a cámara rápida. Al cabo de un tiempo apareció más gente en él, pero eran de una especie distinta. Varvax. Los krells, aunque no llevaban exoesqueletos. Eran como pequeños cangrejos, y…

Sentí que las dos especies conectaban, que se hablaban mente a mente antes de acercarse siquiera lo suficiente para poder comunicarse a gritos. Eran las dos primeras especies que establecían contacto jamás, por lo menos en la ninguna-parte, y mucho antes de que ninguna accediera al viaje espacial.

Traté de escucharlas, intenté concentrar mi atención. Era como afilar la mirada, pero con el cerebro. Los símiles citónicos son raros, pero esa era la sensación que daba. Apreté, y algo en mis recuerdos me animó.

Sigue, me dijo. *Expresa tu talento. Escucha…*

Me enlacé a ello y mi cerebro interpretó lo que se estaba enviando allí. Información, tanto verbal como no verbal.

Cuando combatía contra los drones en Detritus, había captado sus instrucciones y reaccionado antes de ser consciente de lo que estaba oyendo. Aquello era lo mismo. Mi mente, o mi alma, o lo que fuese, sabía lo que significaba todo. Y entonces algo encajó.

«Aaah… —pensé—. Conque así es como se hace».

Cuando escuchaba a otros con la mente, lo hacía fingiendo ser algo que no era. De algún modo, me hacía pasar por el receptor al que iba dirigida la comunicación. Me permitía mantenerme en la sombra, invisible: una espía.

Bien, dijeron los recuerdos. Entonces apareció una tenue impresión en mi mente. Un lugar. *Ve ahí,* susurró la visión. Junto a las palabras recibí la imagen de un fragmento con unas ruinas. Y a continuación, la visión desapareció.

Me dejé caer al suelo, con la espalda contra la pared del portal.

—¡Sí que ha sido el golpe en la cabeza! —exclamó M-Bot, descendiendo a mi altura—. ¡Lo siento muchísimo!

—No ha sido eso, M-Bot —le dije—, te lo prometo.

—¡Oh, gracias a Turing!

—¿A quién?

—Fue uno de los padres de la computación —explicó él—. Me ha parecido adecuado decirlo.

—No le has hecho daño, abominación —dijo Chet—. Yo también he tenido la visión.

—¿Has sentido esa última parte? —le pregunté—. Como una voz… ayudando a guiarme…

—No he sentido nada como eso —respondió él—. He visto los primeros fragmentos, los primeros portales y los primeros citónicos… y luego, ¿una pista del siguiente lugar al que ir?

—Sí, también lo he visto —dije—. Otro fragmento, con ruinas.

—Sí —confirmó Chet—. Ese está muy dentro del territorio de los Costaderos, me temo. Pero… sé que debemos ir ahí. Me siento… abrumado.

Yo me sentía exultante.

Sí, exultante. Comprendí que, desde que había descubierto mis poderes, lo que mi gente llamaba «el defecto», había temido que fuesen algo perverso. Había pensado que tal vez yo era algo horrible. Un embrión de zapador, o alguna otra cosa monstruosa.

Pero no lo era en absoluto. Los poderes citónicos eran solo una mutación. De acuerdo, una mutación estrafalaria provocada por la exposición de mis antepasados a filtraciones de la ninguna-parte en la alguna-parte. Pero no había nada terrorífico creciendo en mi interior. Yo era solo… bueno, yo.

Por los santos, qué falta me hacía ver eso. Era una revelación muy simple, sí, pero que lo cambiaba todo. Ya sabía lo que era. Ya sabía cómo había llegado a existir. Y no era de extrañar que los poderes se manifestaran en nuestro pueblo, porque Detritus tenía uno de aquellos portales, que quizá hubiera ayudado a activar el talento latente en nuestros linajes.

Eso formaba parte de la información que habían dejado los ancianos citónicos, de lo que querían que yo supiera. *No eres un monstruo*, permaneció la impresión. *Eres una de nosotros. Eres maravillosa. Eres natural. Eres querida*.

Y junto con eso, un empujoncito para ayudarme a desarrollar más mis talentos. Un impulso, y cierto entendimiento. Me daba la impresión de que, si

mis talentos hubieran sido otros, el empujón habría sido distinto, para que desarrollara esas capacidades en vez de las mías.

Miré a Chet, que estaba sonriendo casi de oreja a oreja.

—Me siento excluido —dijo M-Bot—. Los dos estáis experimentando emociones distintas a las mías. Y… todo esto es muy confuso. ¿Qué se supone que hace uno con todas estas emociones? ¿Para qué son? ¿Qué propósito tienen?

—No creo que tengan ningún propósito concreto —respondí.

—Claro que lo tienen. De otro modo, no habrían evolucionado en vosotros para luego pasar a programarse en mí. Pero… supongo que también hay cosas neutrales en términos evolutivos, y quizá la palabra «propósito» implique demasiada intención tras el proceso. A menos que creas en Dios, cosa que yo no estoy seguro de hacer. Pero claro, sí que fui creado por alguien. Hummm…

Respiré hondo unas cuantas veces, intentando asimilar lo que había presenciado.

—Chet —dije—, ¿has visto a los varvax en ese fragmento cercano?

—Sí que los he visto, y me resulta curioso. Los dos fragmentos estaban bastante cerca entre ellos. Diones y varvax.

—Bueno —dijo M-Bot—, no sé qué habéis visto exactamente, pero la tradición oral apunta a que esos dos pueblos viajaron entre mundos por medios citónicos antes de hacerlo con naves estelares.

—Sí —convine—. Pasó lo mismo con los humanos y los kitsen, y puede que también con otras especies. Nunca había pensado en que esa teoría tenía una laguna. Lo normal es que un citónico necesite una dirección en la que ir, unas instrucciones para el hipersalto, por lo menos si es muy largo. Pero esto explica lo que ocurrió: se conocieron en la ninguna-parte antes de hipersaltar entre mundos.

—Abominación —dijo Chet—, ¿tienes registros de cuándo aparecieron los zapadores por primera vez en la alguna-parte?

—Las primeras instancias de zapadores tienen lugar tras el inicio de la Primera Guerra Humana —respondió M-Bot—. Eso fue cuando la Compañía Telefónica, una organización humana, entregó hipermotores a la gente de la Tierra. Entonces los humanos se dispersaron por la galaxia. Estalló la guerra y, cerca de su final, aparecieron los primeros zapadores. Antes de eso no hay ningún informe sobre zapadores, ni siquiera sobre los ojos.

Miré a Chet. Él también había sentido lo mismo, que no existían zapadores en la época en que transcurría aquella visión. Pero entonces ¿cómo

habían aparecido? ¿Qué *eran* los zapadores?

Mis meditaciones se interrumpieron cuando un brutal topetazo sacudió nuestro fragmento, acompañado de un ensordecedor impacto.

12

Recogí mi maza improvisada, que había dejado caer cerca del principio de la caverna, y salí tambaleándome al terreno margoso. Chet venía detrás, con paso inestable, apoyándose en los soportes de madera de la boca de la caverna.

Había colisionado otro fragmento contra el nuestro. Parecía más pequeño, pero más grueso y denso. Como una nave de combate hecha de piedra.

—¿Cómo no has visto eso? —pregunté imperiosa a Chet, señalando al otro lado del campo verde, donde se habían aplastado los dos fragmentos uno contra el otro.

—¡No tengo ni idea! —exclamó él—. ¡Nunca me había pasado nada como esto!

El suelo tembló de nuevo cuando el fragmento «nave de combate» se incrustó más en el nuestro, removiendo la tierra y triturando la piedra. Nuestro fragmento se desplazó con él, como una vieja nave impulsada por un remolcador… un remolcador muy muy agresivo y con los propulsores sobrecargados.

El caos me hizo caer de rodillas. Tirda, el fragmento entero estaba sacudiéndose mucho. En Detritus habría pensado que estaban cayendo mil meteoritos a la vez.

Chet me agarró el brazo y me ayudó a levantarme.

—¿Cómo salimos de aquí? —le grité para que me oyera sobre el estrépito de la roca triturándose.

—¡No lo sé! —respondió él también a voz en grito—. ¡No hay ningún fragmento cerca!

Luché por mantener el equilibrio mientras señalaba hacia el fragmento «nave de combate».

—¡Hay otro sitio al que ir!

—¡Que ahora mismo intenta destruirnos! —vociferó Chet—. ¡No sé si lo consideraría una opción!

—¡Yo también estoy muy enfadado! —exclamó M-Bot a mi espalda—. ¡He pensado que debíais saberlo, ya que parece que estamos compartiendo nuestros sentimientos!

—¿Opciones? —le grité.

—¿Para el enfado, dices? A mí siempre me ha gustado la ira en crudo, pero la indignación también deja un regusto intenso, ¿no crees?

—¡M-Bot!

—¡Perdón! —gritó él—. Según mis bases de datos, el comportamiento adecuado en un terremoto es o bien salir al exterior, en lo cual es evidente que ya tenemos buenas notas, dado que estamos literalmente fuera de nuestro propio universo, o bien llegar a un lugar donde no pueda caerte nada encima. Eso parece que también lo tenemos. ¡Bien por nosotros! ¡Ah! Y ya no estoy enfadado. Caray. ¿Las emociones siempre se pasan tan deprisa?

Bueno, quizá las sacudidas remitieran después de sobrevivir al impacto inicial. Miré al otro lado de la hierba. El suelo seguía temblando, y había otra cosa que me inquietaba. Algo que no pude concretar en ese preciso momento. Era…

—El agua —dije, señalando—. El lago está vacío. ¿Qué ha pasado con el agua?

—¡Debe de haberse drenado por el fondo! —exclamó Chet—. Los fragmentos no están hechos solo de piedra de pendiente; unos tienen más, otros menos. Tengo la hipótesis de que esa proporción influye en lo rápido que se mueven.

—¿El que ha chocado contra nosotros es más sólido, entonces? —pregunté—. Debe de haber venido muy rápido, si no lo habías visto.

—¡Exacto! —dijo Chet—. El nuestro parece ser sobre todo tierra, así que el fondo del lago habrá cedido.

Eso me preocupó. Y eso que aquellos fragmentos ya me retorcían el cerebro de antes. No dejaba de sentirme como si estuviera pisando terreno inestable. Al recorrer el fragmento con la mirada, mis miedos se manifestaron.

Aparecieron fisuras en el suelo. Grietas cada vez más anchas, como relámpagos recorriendo aquella pradera que tan calmada había estado. A lo largo de esas líneas caían la tierra y la hierba, desapareciendo fuera de nuestra vista.

—Se está destruyendo —dije, obligándome a seguir en pie a pesar del terremoto.

—¡Truda! —espetó Chet. Por delante de nosotros se precipitó una sección entera de hierba, dejando un enorme agujero—. Recomiendo una puesta en práctica inmediata de tu anterior plan. ¡Tenemos que llegar a ese fragmento más sólido!

Echamos a correr alejándonos del túnel que llevaba al portal y lo oí derrumbarse con gran estruendo por detrás. El suelo, que había sido blando y mullido, se había vuelto traicionero.

—¡M-Bot! —grité—. Fija la línea de luz a mi espalda. Si salto o caigo, tira de mí hacia arriba con toda la fuerza que tengas.

—¡No tengo la suficiente potencia para levantarte!

—¡Ni yo espero que lo hagas!

Mientras M-Bot seguía mis instrucciones intenté avanzar a un trote regular, pero los temblores no paraban de desequilibrarme. A Chet no le iba mucho mejor, y una sacudida más violenta que el resto lo derribó despatarrado por delante de mí. Entonces se abrió una hendidura entre nosotros.

Me miró alarmado.

Salté.

Al instante M-Bot ascendió como le había pedido, tensando la línea de luz. Aunque no podía cargar con todo mi peso, sí que me dio un poco más de elevación. Yo había entrenado en gravedad baja y aquello no era tan distinto, así que sabía cómo compensar. Rebasé la sima, que seguía ensanchándose, y aterricé al lado de Chet.

—¡Maravilloso! —exclamó mientras lo ayudaba a levantarse.

Juntos nos abalanzamos hacia el fragmento que estaba provocando toda aquella destrucción. Pero sin previo aviso, Chet me agarró del brazo y tiró de mí, deteniéndome mientras se abría un agujero justo delante de nosotros y la tierra empezaba a caer por él como si se hubiera licuado.

Tirda. Lancé a Chet una mirada de agradecimiento y él señaló a un lado. Echamos a correr de nuevo en esa dirección, rodeamos el agujero y llegamos al borde del fragmento.

Allí el terreno se había apretujado y la tierra estaba amontonada formando una enorme pared.

—¡Quita la línea de luz y pégala en algún sitio ahí arriba! —grité a M-Bot.

El dron se elevó hasta la cima, fijó la línea y regresó dejando atrás la cuerda naranja rojiza. Miré a Chet, que asintió y asió la línea de luz.

—¡Es como escalar el monte Rigby, el punto más alto de todos los fragmentos! —vociferó. Miró el suelo apelotonado—. ¡Solo que esto es más fofo!

—¡Menos charla heroica de explorador! —grité—. ¡Y más escalar!

Como para puntuar mis palabras, una inmensa sección del suelo cayó a nuestras espaldas.

—Bien pensado —dijo Chet.

Empezó a ascender por el enorme pliegue de terreno tembloroso. Los pies se le hundían, lo que sin duda le suponía un esfuerzo adicional. Por suerte había pedazos de piedra en los que apoyar las botas y Chet demostró sus habilidades de escalador localizándolos sin problemas.

Lo seguí hacia arriba, y pesar menos me supuso una ventaja. De pequeña me había imaginado a mí misma creciendo hasta alturas amazónicas para convertirme en una feroz espadachina, pero entonces se me terminaron los centímetros. Así que había pasado a imaginarme tan pequeña que los gigantes me subestimaban, y por tanto podía trepar corriendo por sus espaldas y apuñalarlos en la oreja.

Allí no había muchos gigantes que derrotar, pero saqué partido a mi tamaño ascendiendo con desenvoltura por el montón de tierra, sin apenas necesitar la línea de luz. Ayudé a sacar a Chet de un lodazal, lo cual fue difícil con tanto corrimiento de tierra alrededor. Pero juntos logramos llegar a la cima.

M-Bot ascendió flotando desde abajo. Agotados y mugrientos, ascendimos con dificultades a un punto elevado del nuevo fragmento. Parecía un erial, ceniciento y agrietado, pero era sólido.

El fragmento que habíamos abandonado estaba hecho un absoluto revoltijo. Asomaban pequeños trozos de hierba entre la tierra arremolinada, como partes sin quemar en la cara de un piloto muerto al estrellarse. Esos trozos desaparecían con rapidez mientras el fragmento sobre el que estábamos seguía empujando hacia delante. La tierra iba desapareciendo en grandes extensiones mientras caían pedazos de piedra de pendiente por los lados.

Al cabo de unos minutos el fragmento entero había desaparecido, exceptuando algunos trozos de tierra pegados a la parte delantera del fragmento en el que estábamos.

—No me lo creería si no lo hubiera visto con mis propios ojos —susurró Chet—. Señorita Nightshade, jamás había presenciado un acontecimiento como este.

—¿Los fragmentos no suelen impactar entre ellos? —pregunté.

—A veces chocan a bastante velocidad —dijo él—, pero nunca había visto que provocaran más que una breve sacudida. —Se llevó la mano a la cabeza—. Es como si la mismísima ninguna-parte intentara matarnos.

Estupendo. Saltar a una dimensión controlada por seres que me odiaban quizá no hubiera sido la decisión más acertada de mi vida. Pero por otra parte, de verdad me hacía falta la visión que había tenido en el portal. Así que… bueno, salir del fuego, caer en las brasas, etcétera. Me bastaba con que hubiera un poco de calor y poder asar unas ratas.

—Qué lástima por el portal —dije—. Todos esos recuerdos, perdidos…

—Todos los recuerdos se pierden tarde o temprano —repuso Chet—. Estoy de acuerdo en que es una tragedia, pero prefiero mantener la cabeza alta. —Se quitó el polvo de los pantalones, se dio unos manotazos en la chaqueta y me sonrió—. Míralo así: hemos sobrevivido otra vez y hemos iniciado la Senda. ¡Yo lo considero una gran victoria!

—Pero tendremos que internarnos en territorio pirata para llegar a la siguiente parada.

—Así es —dijo él, señalando—. En esa dirección.

El fragmento en el que estábamos flotaba en perpendicular a su brazo, pero supuse que podría haber sido peor.

—De todas formas —añadió—, para llegar a esas ruinas a pie tendríamos que cruzar decenas y decenas de fragmentos.

—Entonces… —respondí—. ¿Retomamos la Operación Robo de Nave?

Chet sonrió, se volvió y señaló en una dirección un poco distinta.

—El cuartel general de los Costaderos estará como a unos dos días de marcha. Pero voy a necesitar un rato, señorita Nightshade, para trazar un camino hasta allí usando mis poderes. Es posible que no podamos ir directos, dependerá de los tiempos de contacto entre fragmentos.

—Esperemos —dije— que ninguno más contacte con tanta violencia como este último.

13

Mientras Chet se sentaba para pensar una ruta, M-Bot y yo nos fuimos a explorar un poco. Aquel fragmento nuevo era el más normal de todos los que había visto. No había extrañas hierbas, ni imponentes árboles. Ni siquiera había tierra. Solo roca, buena y firme. Era más oscura que la piedra de Detritus, y agrietada como si la hubieran metido en el horno, pero la forma en que raspaba contra las botas me recordó al hogar.

Encontramos un pequeño edificio de madera, pero ya habían saqueado todo lo que pudiera contener. Mientras estaba dentro, M-Bot me llamó. Miré por la ventana y vi tres cazas estelares que pasaban por el cielo.

—Creo que vienen a inspeccionar el fragmento destruido —dijo M-Bot mientras llegaba flotando a mi lado.

Tenía sentido. Nos mantuvimos ocultos y temí que pudieran llevarse a Chet. Me di cuenta de que me había dejado a Rompecráneos en la confusión del fragmento que se desmoronaba. Tuve una sorprendente sensación de pérdida. La maza no había sido un arma impresionante, pero para mí era especial porque Chet me había ayudado a crearla.

Mientras los cazas estelares surcaban el cielo, alejándose de nuestro fragmento y haciendo unas maniobras rápidas, aproveché para hacerme una idea de su habilidad. Igual que… igual que puede saberse lo atlético que es alguien observando sus rutinas de calentamiento. Aquellos pilotos no volaban mal, pero tampoco tenían una destreza impresionante.

Si pudiera echar mano a una nave, no tendría problemas para dejarlos atrás a corto plazo. Pero ¿cómo iba a cruzar territorio pirata en general? Cuando llegáramos al siguiente portal de la Senda de los Ancianos, tendríamos que aterrizar para estudiarlo, y no podría hacerlo llevando piratas a mi cola.

Cuando las naves se perdieron de vista, salí corriendo para ver cómo estaba Chet… y no lo encontré. Solo había un gran montón de tierra amontonada al frente del fragmento, cerca de donde había tenido lugar la colisión.

La tierra se removió y apareció Chet, desenterrándose del lugar donde al parecer se había ocultado. Se sacudió la chaqueta, escupió un poco de tierra y me sonrió.

—No ha sido mi huida más noble, ¡pero mejor eso que acabar fregando suelos!

—¿Qué tal va la planificación? —le pregunté.

—Un poco más de tiempo, si no te importa.

Me alejé un poco más, quizá unos veinte metros, y subí a una pequeña formación rocosa cerca del borde del fragmento. Erguí la espalda, contemplé la lejanía y admiré la visión de los distintos fragmentos cercanos, uno de los cuales vertía agua al vacío.

Con los brazos en jarras, respiré hondo y no pude contener una amplia sonrisa. Tirda, aquello me encantaba. La sensación que había tenido el día antes, el gozo de viajar con Chet, creció. Ya había comprobado en persona que aquella misión me estaba resultando útil.

¿Explorar una extraña frontera? ¿Verme obligada a aplicar mis capacidades físicas por una vez? ¿Correr, trepar, saltar y escapar de monstruos? De verdad parecía que me hubiera colado en un cuento de la yaya. En el lugar que me correspondía. Donde las cosas funcionaban como debían. Era pero que muy satisfactorio que salvar la vida dependiera de si podía o no huir de un fragmento que se desmoronaba, y no de lo bien que pudiera hacerme pasar por alienígena en Visión Estelar.

Me senté en la roca. Era cierto que mis amigos estaban en apuros, y también que los echaba de menos. Muchísimo. Daría cualquier cosa por poder compartir aquella excursión con ellos.

M-Bot se acercó levitando y le sonreí. Por lo menos, allí tenía a un amigo. Rodeé su dron con el brazo y señalé hacia los fragmentos.

—¿Qué ves ahí? —le pregunté.

—Pedazos de materia.

—Yo veo aventura —dije—. Veo misterios y una sorprendente belleza. Mira cómo brilla el agua al caer. ¿No te parece precioso?

—Un poco —reconoció él—. Son como… pedacitos que destellan una y otra vez…

—Para eso son las emociones —afirmé—. En parte. No es su único propósito, pero sí que es importante. ¿Esa parte la comprendes?

—No —dijo él—. Pero creo que voy acercándome. Supongo… supongo que no sabría lo geniales que son las setas si no sintiera algo al encontrarlas, ¿verdad?

Sonreí.

—Me alegro de estar aquí contigo, M-Bot. Sé que no veías muy claro lo de entrar. Pero gracias por ser mi amigo, por venir conmigo.

Él cabeceó en asentimiento.

—Pero… ¿Spensa? Aún estoy triste.

—¿Por qué? —pregunté.

—Dediqué años y años de tiempo de procesamiento a imaginar cómo sería el comandante Spears. Y ahora lo hemos conocido y… y me llama abominación.

—Ya no lo tiene tan claro —respondí—. Cuanto más tiempo pase contigo, más verá que se equivocaba. Pero aunque no sea así, ¿qué más da? Ahora tu piloto soy yo. Y opino que eres genial.

—Gracias…

—¿Qué?

—He dicho gracias. No creo que la palabra requiera clarificación.

—Sí, pero la has dejado en el aire —dije yo—. Sigues inquieto por algo.

—¿Puedes saberlo? ¿Cómo?

—Lo noto en las entrañas.

—Yo no tengo entrañas —dijo M-Bot—, así que en esto supongo que la experta eres tú. Pero… ya que quieres saberlo, el principal problema es que aún estoy como enfadado contigo.

—¿Por dejarte atrás cuando me marché de Visión Estelar? —pregunté.

—Sí.

—Creía que eso ya me lo habías perdonado.

—Yo también lo creía. Pero no dejo de acordarme. ¿Eso es… normal?

—Lo es para los humanos. A veces es demasiado fácil olvidar las cosas que deberías recordar… y demasiado fácil recordar las cosas que de verdad tendrías que olvidar.

—Para mí es peor —dijo él—, ya que literalmente no puedo olvidar nada a menos que se borre, o que como mínimo se marque como comentario en mi código.

Me recliné, echando las manos atrás para apoyarme, y me quedé pensando en lo que acababa de decirme. Tirda, M-Bot había renunciado a mucho durante todo aquello, entre otras cosas a su maravilloso cuerpo de caza estelar. Y para colmo, estaba teniendo que enfrentarse a todas esas emociones…

—Siento mucho lo que te pasó en Visión Estelar, M-Bot —dije—, de verdad que lo siento. Me partió el corazón dejarte allí.

—Pero volverías a tomar la misma decisión, ¿verdad?

—Sí —admití—. Por mucho que me duela saber que te hice daño, si estuviera otra vez en la misma situación… sí, iría a salvar a la gente de

Detritus.

—Tiene sentido lógico —dijo él—. Pero el caso es que no lo *siento*. ¿Qué hago para librarme de estas emociones? No quiero estar enfadado, así que es una idiotez estarlo. No tiene sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo, en realidad —respondí—. Tú no tienes muchos amigos. A grandes rasgos solo estamos Gali y yo. Cuando me fui, te habían abandonado todas las personas a las que conocías y apreciabas. No es algo que se supere fácilmente.

—¡Caray! —exclamó M-Bot—. Sabes mucho sobre emociones, Spensa. En particular, sobre las más estúpidas.

—Me lo tomo como un cumplido.

—Entonces ¿qué hago?

—Soportarlo —dije—. Mejorar. Aprender a aceptar que a veces lo que sientes no es inválido, pero tampoco significa que tengas que actuar según esos sentimientos.

—De nuevo, se supone que debo sentir cosas y luego hacer caso omiso a esos sentimientos. Reaccionar en sentido opuesto a lo que indican. ¿Por qué pasa eso?

Me encogí de hombros.

—Así es la vida. Pero de vez en cuando, hablarlo hace que mejore.

—Ja. Sí, creo que ya me encuentro un poco mejor. Qué raro. ¿Por qué sucederá? En el fondo, no ha cambiado nada.

—Porque soy tu amiga, M-Bot. Y eso es lo que hacen los amigos. Compartir.

—¿Y también abandonarse entre ellos a una muerte segura? —dijo, y entonces descendió—. Lo siento. Se me ha escapado. Mejoraré.

—No pasa nada —dije, poniéndome en pie—. Insisto en que está bien enfadarse, M-Bot. Pero tendrás que aprender a lidiar con ello. Somos soldados. Tenemos responsabilidades que son más importantes que cualquier individuo suelto. Así que ser amigos no significa que algún día no vaya a tener que dejarte atrás de nuevo.

—¿Qué significa ser amigos, entonces?

—Significa —respondí— que si termina ocurriendo algo como eso, haré todo lo que pueda para volver contigo cuando haya pasado la crisis. Y tú harás lo mismo por mí, ¿verdad, compañero?

—Sí —dijo él, elevándose—. Sí, porque ahora puedo moverme *por mí mismo*. —Se volvió hacia Chet—. Y quizá también tengas razón sobre él.

Puede que no importe lo que piense. Es difícil sentir eso, pero puedo decirlo. Es como una clase distinta de mentira. Una que no es falsa del todo.

—Aún acabaremos haciéndote humano.

—No, por favor —protestó M-Bot—. Por lo que he leído al respecto, no me interesa nada tener sentido del olfato.

Sonreí y eché a andar hacia Chet. Pero vacilé al ver que nos habíamos acercado más al fragmento del que caía agua. No íbamos a chocar contra él, y de hecho nuestro fragmento parecía haberse ralentizado a una velocidad normal. Flotaba sereno y pacífico, como si no acabara de verse implicado en una colisión espantosa.

Había algo de pie al borde del otro fragmento, cerca de la cascada. No alcanzaba a verlo bien por la distancia, pero parecía tener…

Ojos blancos brillantes.

Sentí una mente empujando contra la mía.

¿Qué… has hecho… AL NOSOTROS?

Retrocedí unos pasos. Los zapadores me habían encontrado. Chet había dicho que era posible esconderse de ellos en el cinturón, pero… supuse que, al usar mis poderes para iniciar la visión de la Senda, había llamado su atención.

Decidida a no dejarme intimidar, extendí mis propios sentidos citónicos. Y encontré… ¿fuerza? Había crecido, allí en la ninguna-parte. Fui capaz de quitarme de encima la mente de aquel zapador lejano que proyectaba su ira hacia mí. Y distinguí cosas que no pretendía emitir. En efecto, habían percibido mi activación de la Senda de los Ancianos, y habían enviado el fragmento nave de combate para destruir el otro en el que estábamos.

Les había supuesto un esfuerzo muy considerable, así que no podrían repetirlo muy a menudo. En realidad, había sido un experimento, ya que se habían propuesto adentrarse más en el cinturón para intentar encontrarme y detenerme. Aquellos seres con los ojos resplandecientes eran lo mismo: un experimento. Los individuos aislados que habían perdido muchos recuerdos eran susceptibles a la influencia de los zapadores. Pero no podían ser citónicos, para ese intento suyo en concreto.

Por los santos, notaba que tenía mucho más control, incluso después de dar solo un paso en la Senda de los Ancianos. La experiencia había abierto algo en mi cerebro, me había mostrado cómo ocultarme y no llamar la atención mientras espiaba con mi capacidad citónica.

Aquel zapador todavía no era consciente de lo mucho que había descubierto de él. Me entraron ganas de regodearme, pero entonces sentí que

intentaba atacar mi mente. El ataque se manifestó como frío y presión, como si me hubieran arrojado a un lago helado y la gelidez me calara como agua a través de la piel, hacia el corazón.

Y aquellas voces…

Qué has hecho… al Nosotros… al Nosotros… al Nosotros…

«El Nosotros» se refería de nuevo al zapador al que había cambiado. Los demás estaban cabreados, furiosos conmigo. Porque había establecido contacto y hablado con ese zapador al que había convencido para no atacar Visión Estelar. Y al hacerlo, lo había corrompido para siempre. A grandes rasgos, había destruido a uno de los suyos.

Pensarlo me puso enferma. El zapador amistoso y yo habíamos tenido una conexión bonita, y había creído que mis actos cambiarían las cosas. Pero si los otros se negaban a escucharme… Me estremecí mientras nuestro fragmento se alejaba del que soltaba agua a la nada.

Entonces Chet llegó a mi lado y me sacó de mis meditaciones.

—También lo has sentido, supongo.

—Los zapadores han poseído a alguien ahí fuera —dije.

Chet asintió.

—Lo que sea que hemos hecho con la Senda ha llamado su atención —afirmó—. Me parece increíble que se arriesguen a la individualidad entrando en el cinturón, pero no hay duda de que es lo que está ocurriendo. Tendremos que ir con cuidado de ahora en adelante.

—Estoy de acuerdo. —Respiré hondo—. ¿Has terminado de planificar la ruta?

—En efecto, señorita Nightshade —dijo él, con un brillo en los ojos—. Dime, ¿qué opinas de navegar?

14

Chet me llevó de vuelta al pequeño edificio de madera que había descubierto, diciendo que debíamos llevarnos unas cosas de allí. Intenté explicarle que ya lo habían saqueado todo, pero cuando llegamos se puso a sacar las puertas de sus goznes.

Cargamos cada uno con una puerta hasta el borde del fragmento, donde tuvimos que esperar una hora para saltar al siguiente que se acercaba, llevándonos las puertas. Era un fragmento tropical, lleno de altos árboles que tenían los troncos desnudos y hojas solo en la punta. Ese lo cruzamos despacio, deteniéndonos a recoger unos extraños frutos duros del tamaño de una cabeza humana. No eran cocos, que conocía por mis estudios de la antigua Tierra, pero se les parecían.

Pasamos la tarde vaciando los frutos, quitándoles la punta y tirando de la pulpa larga y fibrosa con las manos. Luego extendimos la membrana interior de cada uno sobre el agujero que les habíamos hecho y los dejamos secar.

Esa noche fracasé de nuevo al intentar contactar con Jorgen. Pero desperté impaciente y emocionada por el recorrido de ese día, ya que mientras dormíamos se había aproximado nuestro siguiente fragmento.

Un océano.

Era lo más estrambótico que había visto allí hasta entonces. Sus lados eran de piedra, igual que el fondo, pero tendrían solo como un metro de grosor. Y dentro había agua, así que el fragmento era en esencia un cuenco gigante. Parecía más grande que casi todos los fragmentos que habíamos recorrido, extendiéndose kilómetros y kilómetros en la lejanía.

Chet me enseñó a usar la pulpa, que se había hecho parecida a la cuerda al secarse, para atar las puertas entre sí y sujetarles los frutos vaciados, que eran estancos y estaban llenos de aire. Así que cuando zarpamos al océano, teníamos una balsa funcional.

Era una maravilla.

Hasta M-Bot se había quedado impresionado. Se dedicó a zumbar a nuestro alrededor, alabando la «integridad estructural» y la «notable flotabilidad» de la balsa. Pusimos a la embarcación el nombre de *No-tilus*, y yo me situé orgullosa en la proa… o bueno, en el lado frontal plano que

declaré que era la proa. Chet soltó una risita mientras construía remos a partir de juncos combados y restos de pulpa.

Avanzábamos despacio, pero aun así me sentí como si fuera una antigua heroína polinesia surcando el océano por primera vez. Y la cosa mejoró incluso más. Porque en ese océano había monstruos marinos.

Los vi bucear por debajo como formas sinuosas, y al instante me dejé caer de rodillas, preocupada. Y emocionada. Porque… bueno, ¡monstruos marinos!

Eché una mirada a Chet, que estaba silbando flojito y trenzando un poco de pulpa para hacer una cuerda más fuerte. Nadie se comportaba con una tranquilidad tan descarada porque sí. A Chet no lo inquietaban los monstruos marinos, fueran lo que fuesen.

—¡Oh! —exclamó M-Bot al pasar flotando a mi lado—. ¡Mira! ¡Ah! Hum, ¡mira atrás! ¡Media vuelta, ar! ¡A barlovento o como se llame! ¡Están a punto de comérsenos!

Chet me pasó la cuerda sin inmutarse, y vi que había hecho un lazo en un extremo. Luego me entregó una pequeña fruta roja que había recogido en alguna parte.

—Saca esto al agua a un lado —dijo—, tiende el lazo a su alrededor y prepárate para estirar.

Casi no podía contener la emoción mientras seguía sus instrucciones. Estaba lista y atenta cuando una cabeza azul como de serpiente salió del agua y agarró la fruta. Di un fuerte estirón a la cuerda, que se enlazó en torno al cuello de la criatura, haciendo que profiriera un poderoso…

… ¿bostezo?

Bueno, pero seguía siendo una bestia marina, aunque apenas se diera cuenta de que la había capturado. Se dedicó a masticar la fruta mientras sacaba otro bucle de su cuerpo de las profundidades. Era como una serpiente, más o menos con la anchura de un muslo de hombre, pero tenía unas patitas con aletas a lo largo del cuerpo larguísimo. Masticó feliz la fruta y luego me miró con ojos suplicantes, meneando la cabeza arriba y abajo sobre el agua.

—Se te conocerá como Rechinadientes la Exterminadora —le dije.

Hizo un ruido burbujeante y entonces se volvió con ansia cuando Chet tiró otra fruta lejos en el agua. Empezó a moverse, remolcándonos mientras yo daba un gañido y apretaba fuerte la cuerda.

—Spensa —dijo M-Bot, flotando junto a mi cabeza—, no creo que sea muy probable que esa criatura extermine nada.

—Es una garqua —explicó Chet, volviendo a sentarse en la balsa… esto… en la cubierta de nuestro poderoso navío—. No son peligrosas. Proceden de Monrome.

—¿Monrome? —pregunté.

—¿El planeta natal de les diones? —dijo Chet—. Eso lo sé hasta yo, y eso que he olvidado el nombre de mis padres. —Al ver que lo miraba inexpresiva, continuó—: En Monrome no hay depredadores.

—¿Cómo? —me sorprendí—. ¿Ninguno?

—Ninguno —dijo Chet—. Solo carroñeros y herbívoros.

Miré a M-Bot, que subió y bajó en el aire para simular un asentimiento.

—Es verdad —dijo—. Aunque dudo mucho que esta venga directamente del mundo natal dione. Han colonizado casi un centenar de planetas y tienen por costumbre importar su propia fauna. Después de… hum, de exterminar a las especies locales por ser demasiado brutales y agresivas.

—Parece propio de elles —dije—. Pero me sigue resultando raro.

—¿Dabas por hecho que todos los planetas tienen la misma jerarquía ecológica que la Tierra? —me preguntó M-Bot.

—Bueno… sí —respondí—. En fin, parece algo bastante fundamental. Las cosas se comen otras cosas.

—Te parece fundamental —dijo Chet— porque es como funcionaba para nosotros. Pero no por eso tiene que ser igual en todas partes.

Pues vaya. Seguí sujetando la correa de Rechinadientes. La garqua se detuvo a comerse la fruta que había lanzado Chet, pero luego siguió adelante, tirando satisfecha de nosotros. Parecía creer que encontraría más frutas si seguía nadando en esa dirección, idea que Chet reforzaba de vez en cuando arrojándole alguna otra.

Yo me planteé el concepto de un mundo sin depredadores, o de muchos mundos, si M-Bot estaba en lo cierto. ¿Sin cazar, sin matar? ¿Cómo funcionaría entonces lo de la supervivencia del más apto y todo eso? En todo caso, no me extrañaba que les diones pensaran que todos los demás eran demasiado agresivos.

Pero cuanto más lo pensaba, más irritada me ponía con elles. Se comportaban como si fueran superiores, como si hubieran desarrollado la «inteligencia primaria» o como se llamara, porque su sociedad era pacífica. Pero lo único que pasaba era que habían evolucionado en un planeta sin depredadores. No era que hubieran alcanzado la iluminación, ni que hubieran aprendido una manera mejor de hacer las cosas, sino que daban por sentado que su forma de comportarse era la correcta, sin más.

Supuse que habría muchas especies así, la mía incluida. Pero nosotros no estábamos conquistando la galaxia, al menos en esos momentos, ni obligando a todos los demás a vivir según nuestras normas. En esos momentos.

Pasamos la mayor parte del día cruzando el fragmento oceánico. Cuando llegamos al extremo opuesto, dimos las gracias a Rechinadientes con más fruta y pasamos al siguiente. Y que conste que M-Bot se equivocaba del todo. Rechinadientes era una exterminadora excelente, por lo menos en lo relativo a la fruta.

Esa noche dormimos en un fragmento con muchas cuevas que me recordó a mi hogar, y creo que allí tuve el sueño más placentero de todo el viaje, arrullada por el pacífico eco del agua al gotear. El día siguiente estuvo lleno de distintas delicias: acantilados que escalar, dos pantanos con olores completamente distintos. De verdad que uno olía a canela, como… alguien a quien había conocido. Después de eso cruzamos un fragmento surcado por sinuosos cañones y hermosos patrones de color en la piedra.

Al final del día, Chet me informó de que estábamos aproximándonos a la base pirata de los Costaderos, y me descubrí inundada por una extraña melancolía. Cuando tuviéramos una nave, viajaríamos más rápido, y lo cierto es que tenía muchísimas ganas de lanzarme al cielo. Pero había disfrutado como una niña del trayecto a pie.

Volar el resto del camino… bueno, parecía socavar un poco la naturaleza épica de mi misión. Aunque claro, pensándolo bien, decidí que muchos héroes de las historias habrían utilizado un caza estelar si lo hubieran tenido disponible. Gilgamesh, por ejemplo, se habría subido a uno sin pensarlo. (No estaba tan segura de Xuánzàng, lo reconozco. Lo más seguro sería que se hubiera puesto a hablar de la necesidad de que el viaje lo refinara, o alguna otra enseñanza zen supersabia).

Acabamos el día en un fragmento selvático que me gustó más que el primero en el que había estado. Tenía menos matorral y todas sus plantas eran azules, lo cual encontré relajante. Era un color más natural.

Según Chet, ese fragmento se cruzaría con la base pirata el día siguiente. Así que decidimos acampar, y Chet envió a M-Bot a explorar en busca de formas de vida que pudieran ser peligrosas.

—Dudo que haya animales grandes en este fragmento —explicó Chet a la IA—, pero más vale prevenir que ser devorados.

—Además —añadí—, si los zapadores pueden poseer cuerpos, podrían hacerse con uno que no nos esperamos. Así que mejor ve a ver qué clase de

vida hay por aquí, grande o pequeña. Preferiría que no me sorprendiera una manada de ardillas zombi.

—¿Ardillas… zombi? —dijo Chet.

—Sería una pelea divertida, seguro —respondí—. Con muchas patadas. Seguro que viene a ser lo mismo patear una ardilla que una rata.

—Y… ¿cuántas ratas has pateado, señorita Nightshade?

—Solo las que se lo buscaron —dije, dándome un puñetazo en la otra palma.

M-Bot se marchó volando y Chet y yo empezamos a arrancar frondas azules para hacernos sendas camas. Casi deseé que pudiéramos encender una hoguera como en las historias, pero en aquel lugar nunca hacía frío, ni calor. Además, el humo revelaría nuestra posición.

Al poco tiempo teníamos unos catres bastante apañados. Y aunque me habían gustado las cuevas, aquella tenía pinta de ir a ser la noche más cómoda que pasaba en la ninguna-parte.

—Gracias —dije a Chet mientras me sentaba en mis frondas—. Por todo esto.

—Me has pagado cada día —repuso él—. ¡No tienes que darme las gracias!

Y cada día él había mirado el icono de realidad con hambre en los ojos. Pero dejé pasar el tema.

—No solo me has guiado, Chet. También me has enseñado y me has mostrado unas cosas increíbles.

—Bueno —dijo él—, por lo menos me alegro de que hayas podido ver una especie de océano. ¡Ya te prometí que eran divertidos de explorar! En todo caso, no hace falta que me agradezcas nada. ¡Me salvaste la vida en ese fragmento a punto de destruirse!

—Y tú me salvaste la mía.

—¡Señal de que formamos un equipo excelente! —exclamó, acomodándose en su nido de frondas. Con tono más solemne, añadió—: De verdad, Spensa Nightshade, muy pocas veces he tenido compañía tan estimulante. Y me has animado hacia un objetivo que llevaba demasiado tiempo evitando. Por eso, te doy las gracias yo a ti.

Asentí.

—¿Qué es lo más probable que encontremos mañana? ¿Los piratas llevarán armas modernas, por ejemplo?

—Sí —dijo él—. Pero recuerda que en su mayoría son exiliados, no una verdadera fuerza militar. Si se juntaron es sobre todo por necesidad, para estar

cerca de otras mentes.

—¿Tienes alguna idea de por qué eso nos ayuda a no olvidar aquí dentro? —pregunté.

—Sí que es curioso, ¿verdad? Es como si… toda la gente fuera un poco más real cuando está en compañía. Puede que juntos nos recordemos unos a otros lo que es estar vivos. Lo que es tener familia.

Dijo esa última palabra con un matiz de añoranza, alzando la mirada entre los árboles. Chet había olvidado a su familia, quienesquiera que hubiesen sido. Deseé que pudiera ver a M-Bot como a un amigo perdido con el que había podido reunirse, y no como una «abominación». Pero decidí no volver a sacarle el tema en ese momento.

Nos quedamos un rato callados y entonces Chet habló, con voz más suave.

—Una vez tuve una nave aquí. Decidí ir volando con ella hasta el fragmento, para salir por allí si se podía y regresar a la vida que hubiera dejado atrás. Pero… me perdí a mí mismo mientras volaba. Creo que fue entonces cuando desaparecieron los últimos recuerdos de mi familia, ¿sabes? Tú solo ahí fuera… no tienes nada que te recuerde quién eres.

»Aquí abajo, en los fragmentos, todo ayuda de algún modo: las piedras, las estructuras, los árboles. Nos sirve de toma de tierra, por así decirlo. ¡Ja! En todo caso, creo que nos irá bien si volamos juntos. Nos tendremos uno a la otra, además de tu icono. Debería ser suficiente. *Debería* ser…

Chet dejó la frase en el aire y yo me estremecí, imaginando lo que sería perder tanto. Tenía que mantenerme concentrada. Encontrar las respuestas que buscaba y volver a casa. Ya había pasado… ¿cuánto tiempo, desde que entrara en la ninguna-parte? ¿Una semana, tal vez?

«¿Cuántas veces he dormido? —me pregunté—. ¿Tres? ¿O han sido cuatro ya?».

Me ponía nerviosa no acordarme. Así que me centré en la inminente misión.

—Cuando estemos en el fragmento de la facción pirata, enviaremos a M-Bot a hacer reconocimiento —dije a Chet—. Puede que no nos enfrentemos a un verdadero ejército, pero algo competentes tienen que ser, si han robado naves y las han conservado.

—Eso es cierto —respondió él—. Estoy de acuerdo. Puedes esperar que sean moderadamente capaces, aunque no tengan entrenamiento militar.

—Seguro que duermen por turnos y tienen patrullas por si se acerca alguien, aunque sea a pie. Así que, tal y como yo lo veo, tenemos dos

opciones. La primera es atacar cuando casi todas sus tropas estén fuera combatiendo. Si hay batalla, la gente que dejen atrás podría estar lo bastante distraída para que podamos colarnos y robar una nave.

—Suponiendo que no se lleven todas las naves al combate —objetó él—, impidiéndonos así llevar a cabo nuestro hurto.

—Sospecho que serán lo bastante listos para guardar reservas, y si no, tendrán naves reparándose en los hangares. M-Bot debería poder determinar cuáles de ellas están en condiciones de volar.

—Sigue sonando peligroso —dijo Chet, reclinándose en su cama improvisada—. Doy por hecho que estarán más en alerta durante una batalla, no menos.

—Bueno, nuestra segunda opción es atracar durante un turno largo, cuando estén casi todos dormidos. Entramos con sigilo, pedimos a M-Bot que anule el sistema de seguridad de una nave y nos vamos volando con nuestro botín antes de que nadie sepa lo que pasa.

—Nos perseguirán —apuntó Chet.

—Créeme, Chet —dije—. Puede que no sepa construir una balsa, pero no me costará nada dejar atrás a cualquiera de ese grupo.

—¡Maravilloso! Qué ganas tengo de que volemos, entonces.

M-Bot regresó volando.

—He usado los escáneres infrarrojos para buscar formas de vida cálidas y no he encontrado nada más grande que un gusano —informó—. No hay ardillas, zombificadas o no.

—Gracias —dije.

—Hum… Esto no era una broma de «Has mirado», ¿verdad? —preguntó —. ¿Lo de enviarme por ahí a buscar cosas sin motivo? No sé distinguirlo.

Me había olvidado por completo de aquella broma que le había gastado, así que me costó un momento saber a qué se refería.

—No era broma —le prometí—. De verdad queríamos que buscaras peligros en este fragmento.

—Gracias —dijo él, y a continuación se marchó volando, seguro que para empezar a buscar setas.

Me quedé allí sentada un rato, mirando hacia arriba…

Y me sobresalté cuando M-Bot regresó.

¿Cuánto… cuánto tiempo había estado sentada sin hacer nada, ajena al paso del tiempo? Chet ya se había dormido.

No lo sabía. Podía haber sido un minuto o una hora. Pero M-Bot traía siete muestras distintas de setas en las pinzas de sus brazos y estaba

dejándolas en el suelo para catalogarlas. Así que… tirda.

Me acosté en la cama, preocupada por aquel repentino paso del tiempo. La yaya me había hablado de un hombre que durmió sin querer durante cientos de años. Eso no iba a pasarme a mí, ¿verdad?

Lo normal habría sido que un pensamiento como ese me mantuviera despierta. Pero esa vez me dormí al instante.

Interludio

Flotaba.

Extendí la mente, buscando como había hecho antes. Y, al igual que había pasado otras noches, no encontré nada. Ya casi estaba vencida de nuevo por mi propio cansancio.

Pero no. No, yo era Desafiante. Además, era mejor con mis poderes de lo que había sido jamás. Era más fuerte que el sueño, más fuerte que mis propios peores instintos. Lo bastante fuerte para…

Abrirme paso. Me aferré a la sensación conocida que daba la mente de Jorgen y tiré de mí misma hacia ella.

En esa ocasión lo interrumpí afeitándose.

Dio un salto al verme reflejada de pronto en el espejo, de pie a su lado en el lujoso cuarto de baño. Tenía dos lavabos, nada menos. Por suerte llevaba puesta una toalla, pero debo decir… que el chico se cuidaba, sin duda alguna. El entrenamiento físico obligatorio para pilotos no daba a nadie unos pectorales como esos, no sin luego hacer repeticiones adicionales en el gimnasio.

—¡Peonza! —restalló—. ¡No es buen momento!

—Ah, ¿y la última vez fue mejor? —repliqué, cruzándome de brazos y negándome a avergonzarme—. Por lo menos ahora no te están disparando.

Jorgen hizo ademán de coger la toalla para limpiarse la espuma de afeitar que le cubría media cara, pero tuvo el buen juicio de detenerse. Entonces respiró hondo.

—Perdona —dijo—. No quería ser tan brusco. Está claro que no podías saber que me encontrarías en una posición comprometida.

—Caray —dije—. ¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Mantener la calma —respondí—. Ser tan comprensivo.

—Entrenamiento de mando.

—Bobadas —dije—. Sé tu secreto, Jorgen Weight. Eres buena persona.

—¿Eso es… un secreto?

—Chist —dije—. Tengo que decir cosas como esa o quedaré como una idiota por tardar tanto en descubrirlo. Me ayudaría muchísimo si al menos fingieras ser un auténtico caracapullo de vez en cuando.

—Lo intentaré —repuso él, sonriendo.

Di un paso adelante y lo rodeé para colocarme entre él y los lavabos. Solo podía verme reflejada, así que si me ponía allí, de cara al espejo, la diferencia de altura nos permitía mirarnos a los ojos. Él retrocedió para dejarme espacio. Por los santos, qué sonrisa más adorable tenía con la media cara afeitada. Hasta las pequeñas costras de los cortes que se le curaban eran adorables, en plan guerrero curtido.

Yo, en cambio, era todo menos adorable. Nunca había sido de las que se preocupaban mucho por su apariencia, e incluso cuando lo intenté en mis tiempos de la escuela, los niños solían bromear con que parecía un roedor. Se creían de lo más brillantes por darse cuenta de que la chica de las ratas era un poco ratonil.

Pero aun así, tirda.

—Tendré que encontrar un cepillo para el pelo, ¿verdad? —dije—. Y darme una ducha. O siete.

—A mí me parece que estás bien.

—Ah, «bien». Justo lo que a una mujer le gusta oír.

—Perdona —dijo—. Me refería a que pareces una bárbara que acaba de matar a su séptimo tigre rabioso para hacerse un collar con sus incisivos.

—¿De verdad? —dije, notando lágrimas en los ojos. En fin, era una bobada, pero… bueno, el chico lo intentaba.

—Pareces recién salida de una historia de bárbaros —insistió—. Menos por el mono.

—Eso puede arreglarse —dije, llevando la mano a la cremallera.

La forma en que se le desorbitaron los ojos mereció del todo la pena. Pero parecía tan incómodo que me volví hacia él levantando las manos.

—¡Es broma! Estoy de cachondeo, Jorgen. ¡No te desmayes ni nada!

Él negó con la cabeza y cogió una toalla de mano para quitarse la espuma de la cara. Eso lo dejó con medio rostro cubierto de barba negra de unos días, lo cual habría resultado atractivo de no ser por… bueno, por el hecho de que era solo media cara. Me volví de nuevo hacia el espejo.

—¿Qué te ha pasado en la cara, por cierto? —pregunté.

Jorgen hizo una mueca.

—Estrujé una babosa. No le hizo mucha gracia y me lo dejó bien claro.

Quería más detalles, pero sabía que no teníamos mucho tiempo, así que lo dejé correr.

—Antes te he mentido, Spensa —dijo Jorgen—. El entrenamiento de mando no podía prepararme para ti. Nada podría haberlo hecho. De todas

formas, supongo que debería pedirte un informe.

—¿Días transcurridos? —le pregunté.

—¿Desde nuestra última conversación? Cinco.

Vale, el tiempo sí que iba un poco raro en la ninguna-parte. Creía que para mí habían sido solo tres, pero tampoco podía asegurarlo del todo.

—He progresado en mi misión —afirmé—. Te lo contaré enseguida, pero antes, tengo información más importante. Jorgen, creo que los líderes de la Supremacía intentan llegar a un acuerdo con los zapadores. Una alianza.

Él parpadeó y luego respiró hondo.

—Menuda desgracia.

—¿Es lo único que vas a decir?

—Me enseñaron a no soltar palabrotas delante de una dama.

—Menos mal que aquí no hay ninguna de esas, ¿eh?

Jorgen sonrió.

—Dices que crees que harán un trato. ¿Aún no lo han cerrado?

—Que yo sepa, no —respondí—. Pero a los zapadores les interesaba lo que les dijo Winzik. Y a juzgar por lo que he sentido en ellos… creo que ocurrirá. Si no encontramos la forma de impedirlo.

—Informaré de esto a Cobb y al personal de mando —dijo él—. Confirma lo que nos temíamos, que la invocación del zapador no fue una anomalía, sino un aperitivo. ¿Alguna cosa más?

—He encontrado una especie de museo histórico —respondí—. Es difícil de explicar, pero he visto parte de la historia de la citónica y he aprendido un poco a usar mejor mis capacidades. Jorgen, estoy bastante segura de que se nos creó cuando la ninguna-parte se filtró en nuestra realidad y cambió a la gente que vivía cerca.

—¿Cambió?

—Considéralo como una mutación —dije—. Causada por una radiación especializada que se colaba por puntos débiles entre dimensiones. Significa que no somos monstruos. Somos mutaciones.

—Bueno —repuso él, frotándose pensativo la barbilla—. Aunque no me gusta la palabra «monstruo», muchos dirían que una mutación es justo la clase de cosa que te convierte en uno. Desde luego, un «defecto» podría estar provocado por una mutación. Así que no entiendo muy bien a qué te refieres.

—Me refiero a que no somos una especie de agentes durmientes de los zapadores —expliqué—. De hecho, somos anteriores a ellos. Lo que pasó es que la citónica nos mezcló con la ninguna-parte, nos dio acceso a ella, nos permitió doblegar *nuestra* realidad para que funcione como esa otra.

Jorgen asintió despacio.

—Si lo que dices es verdad, entonces sería posible que creáramos más personas citónicas.

—Hay un portal —dije—, en Detritus, en los túneles cerca de Ígnea. Busca al nordeste de la caverna y verás que, al lado de unas tuberías viejas, la piedra tiene unas tallas extrañas. Quizá os interese estudiarla.

—Enviaré a gente a hacerlo —respondió él.

—Tened cuidado —le advertí—. Un citónico puede caer a través de la piedra y quedarse atrapado aquí. Y luego es difícil salir. Así que no hagáis… bueno, ya sabes, no hagáis un Spensa.

—No te preocupes. —Jorgen me miró a los ojos en el reflejo—. Sí que es importante, sí. Me alegro de que te hayas quedado ahí, aunque implique… bueno, esto. —Hizo un gesto hacia mi estado fantasmal.

—Voy a seguir recorriendo la Senda —dije—, pero antes tengo que ocuparme de un puñado de piratas.

—¿Hay piratas en la ninguna-parte? —preguntó.

—Sí. Genial, ¿verdad?

—Creía que ese sitio era… bueno, una especie de nada.

—Un poco sí, un poco no, más o menos —dije—. Es complicado. Mañana voy a robar un caza estelar, que debería poder llevarme al siguiente volcado de memoria.

Jorgen retrocedió hasta apoyarse en la pared, cruzado de brazos, pensativo. Y por primera vez me di cuenta de lo cansado que parecía. Costaba saberlo con Jorgen, que siempre proyectaba una imagen firme y sólida, además de que su piel marrón oscura dificultaba ver los signos de fatiga como las ojeras.

—Jorgen, ¿tú estás bien?

—Las cosas se han puesto tensas por aquí. Hemos encontrado la manera de protegernos. Las defensas del planeta ya están activadas del todo, gracias a Gali y los ingenieros.

—Vale, eso es bueno. Estáis a salvo.

—Demasiado a salvo —dijo él—. La galaxia se desmorona bajo el mando de un tirano mientras nosotros nos escondemos. Ya sé que apenas hemos empezado a actuar en el escenario galáctico, pero no me parece bien ocultarnos. Deberíamos estar haciendo algo. —Torció el gesto—. Es un asunto político, Spensa. Te indignarías un montón si estuvieras aquí.

—Puedes indignarte tú por mí.

—Eso intento —dijo—. Pero ya sabes cómo son mis padres. Los aprecio mucho, Spensa, pero… en parte son responsables. Están a favor de mantenernos escondidos y esperar que el enemigo nos deje en paz. Yo sé que eso no va a ocurrir nunca. Lo sabía hasta antes de que me dijeras lo que está pasando con los zapadores.

—A lo mejor esa información sirve para que te hagan caso.

—A lo mejor —dijo, pero no sonaba nada convencido.

Eché un vistazo a la decoración. Ya me había percatado de que aquello no era una letrina estándar de dormitorio de la FDD, pero entonces reparé en más cosas. ¿Aquello eran acabados en oro? ¿Y mármol blanco?

—Estás en tu casa —adiviné—. ¿Intentando convencer a tus padres?

—Creía que a lo mejor me escucharían si hablaba con ellos fuera de un contexto formal. Pero debería haberlo visto venir: ya me han organizado cuatro cenas, todas con jóvenes casaderas de las cavernas bajas.

Es decir, de las cavernas ricas. Las que estaban mejor protegidas de los ataques en la superficie.

—Menos mal que no soy celosa —dije.

—Casi que ojalá lo fueras —respondió—. Si te pasaras por aquí y decapitaras a una o dos, puede que las demás pillaran la indirecta.

—Jorgen, por favor. La decapitación se reserva para los enemigos dignos en el campo de batalla.

Eso logró sacarle una sonrisa completa. Regresó hasta mí y, aunque no podíamos tocarnos, sí sentí su mente a mi espalda… y logré resistir el impulso de sondear su mente con mis nuevos talentos. Nos quedamos allí, mirándonos, sintiendo, un momento. Porque era todo lo que teníamos.

—¿Sabes? —dije por fin—. Me extraña un poco que no te duches con el uniforme puesto. Casi pensaba que habría alguna norma anticuada que te obligaba a llevarlo en todo momento o sufrir la decimosexta parte de una sanción.

—Espérate a que alguien se entere de que había una chica en el cuarto de baño conmigo —respondió él.

—Seguro que las chicas invisibles no cuentan. —Sentí que empezaba a desvanecerme—. Cuídate, Jorgen.

—Lo mismo digo —repuso él—. Considéralo una orden.

Asentí, extendiendo el brazo hacia él. Me dio la impresión de llegar a abarcar algo, algo que era *él*, mientras todo desaparecía y yo volvía a caer en la ninguna-parte. Permaneció conmigo su esencia, como su aroma, además de la imagen de él en mi mente, medio afeitado, exhausto.

Aun así, aquello había sido un éxito. Había podido encontrarlo otra vez, y tenía más confianza en mis poderes. Tanta confianza, de hecho, que entonces hice algo que quizá fuese estúpido. Fui a buscar a los zapadores.

La última vez que había soñado así, los había oído sin que lo supieran manteniendo una conversación importante. ¿Podría hacerlo de nuevo? Busqué hacia fuera, intentando capturar la misma… sensación que la vez anterior. ¿La misma ubicación? Era erróneo pensar en nada de allí como si tuviese una ubicación. Eran más bien frecuencias, o…

Algo embistió contra mi mente.

¡Sí que eras tú!, exclamó Brade. *La que estaba mirando. ¡Se lo dije a Winzik, pero no me creyó!*

Intenté apartarme, pero ella estaba mejor entrenada que yo. Y parecía tener algún tipo de poder para aferrar mi mente de una forma que nunca había experimentado antes. Me sentí como una mosca en una telaraña, zumbando como loca pero retenida por la mente firme de Brade.

Sabía que estabas viva, me dijo. *Sí que escapaste a la ninguna-parte, ¿verdad? Como un pequeño grillo, escabulléndote de aquí para allá*.

Brade, respondí, *no tienes por qué ser así. No tienes por qué…*

Pues claro que no, dijo ella. *¿Sabes lo que más me repatea de ti, Alanik? Que no estás dispuesta a reconocer, ni aunque sea por un momento, que soy capaz de tomar mis propias decisiones. Para ti soy solo una ingenua llevada por el mal camino*.

Winzik va a matar a todos los citónicos, le envié. *Es la promesa que hizo a los zapadores. Y lo sabes. ¡Fuiste tú quien les comunicó su propuesta!*

En respuesta, se echó a reír. O bien le daba igual, o bien tenía algún plan que yo no comprendía. Y… con mis sentidos mejorando, pude sentir un poquito más. Sentí que para ella mis objeciones eran simplistas. Tal vez rayando en lo insultante.

Intentó hacer trizas mi mente. Pero había una cosa que había aprendido plantando cara en el pasado: que los matones esperaban que recularas.

Así que me arrojé a la pelea. No gimoteé, ni me encogí, ni cedí terreno. Me abalancé contra Brade con todas mis fuerzas. Aunque no tenía forma, aunque era solo un conjunto de pensamientos, nuestras mentes podían enfrentarse. Como dos estallidos de luz echando chispas. Como dos estrellas chocando.

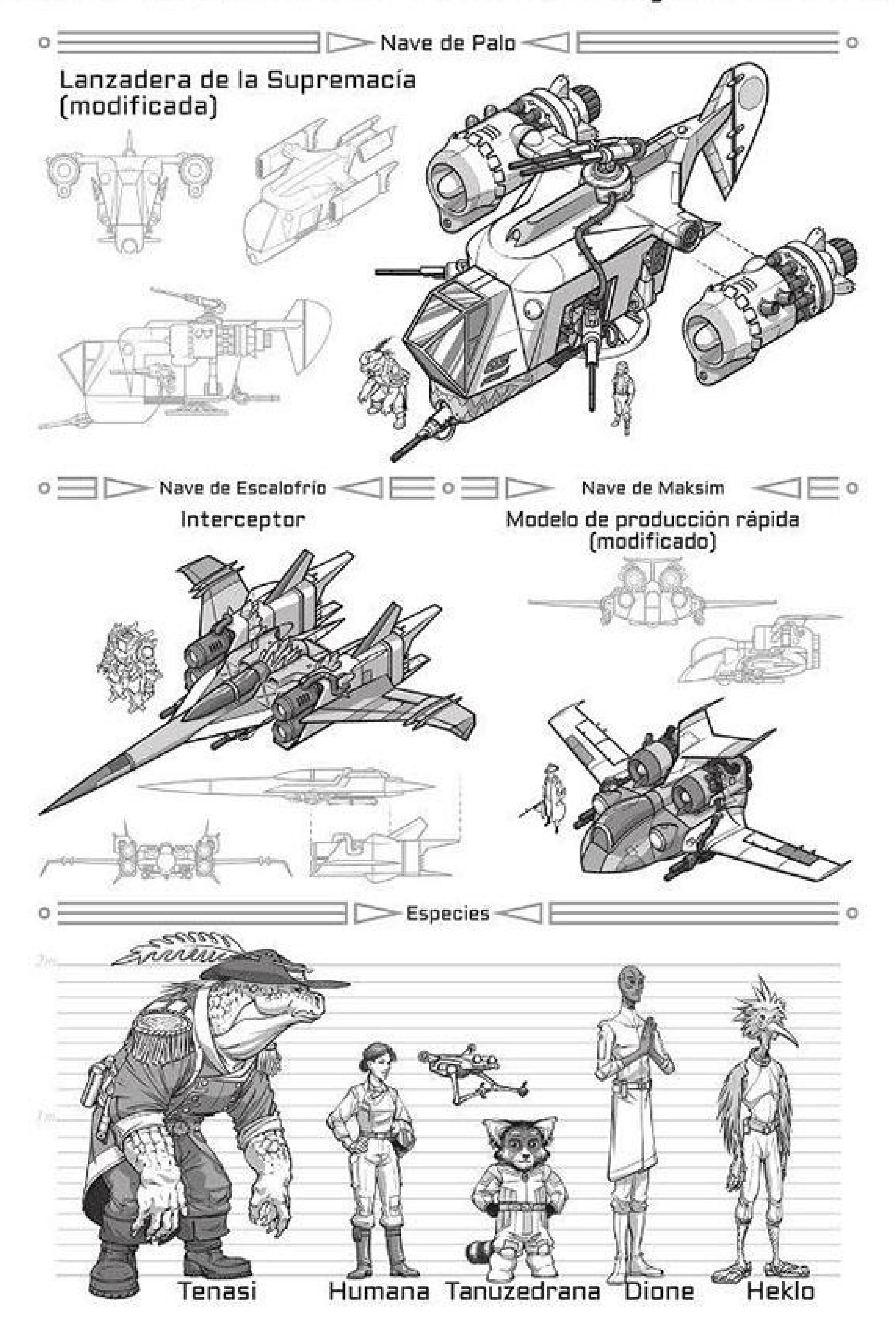
Ella estaba entrenada. Pero yo era feroz.

Brade se apartó primero, y luego huyó, dejándome agotada mientras poco a poco me fundía en un verdadero sueño, marcado por oficiales a medio

afeitar y épicas travesías en barcos tirados por dragones.

TERCERA PARTE

Análisis de valoración de amenaza Registro DST210503A



15

Chet y yo nos infiltramos en el fragmento de la base pirata. El punto de contacto estaba a media hora de la base propiamente dicha, así que mientras nos acercábamos muy poco a poco, Chet me enseñó a moverme pasando desapercibida y a mantenerme a cubierto usando árboles o elevaciones del terreno. Enviamos a M-Bot por delante a explorar e indicarnos el camino, con el sensor infrarrojo activado para buscar marcas de calor que pudieran pertenecer a centinelas.

Mientras nos aproximábamos, pensé en lo que había visto la noche anterior. De nuevo, las interacciones con Jorgen y Brade estaban claras y nítidas en mi mente, y además había estado un poco más al mando, un poco más activa en lo que hacía. Eso me emocionaba. Estaba mejorando.

El terreno estaba salpicado de árboles escuálidos que eran el análogo bajito, talla Spensa, de los enormes que habíamos encontrado en el último fragmento selvático. Había peñascos y colinas que interrumpían las líneas de visión y de disparo. Yo habría establecido mi base en un fragmento recio y llano con la menor cobertura posible. A lo mejor perder una nave serviría de lección a esos piratas, porque acercarse a su base resultaba demasiado fácil.

Empezaba a ponerme nerviosa. Impaciente. Si aquello salía bien, estaría volando antes de que pasara una hora. Chet y yo decidimos apostarnos en una colina punteada de árboles a unos cincuenta metros de los edificios. Juntos, arrastrándonos por el suelo, fuimos ascendiendo muy despacio bajo los árboles hasta llegar a un punto desde el que podíamos ver sobre la cima de la colina y estudiar la base.

Que nosotros supiéramos, habíamos logrado acercarnos sin que nos detectaran. Por desgracia, no podíamos descartar que hubiera cámaras ocultas. Dependería de si los piratas habían podido apoderarse de alguna. Así que vigilé en busca de señales de que se hubieran puesto en alerta. La base estaba compuesta de tres grandes estructuras, rectangulares, con los techos redondeados. Como hangares antiguos. Era un diseño nostálgico, pero que no tenía mucho sentido para los cazas estelares modernos, dotados sin excepción de despegue y aterrizaje vertical gracias a la piedra de pendiente.

—¿Crees que esas estructuras las han construido ellos? —pregunté a Chet.

—Improbable —respondió él con un susurro—. Por lo que tengo entendido, todas las facciones piratas se establecieron en fragmentos que ya tenían construcciones. Viejos puestos de avanzada y cosas por el estilo.

—¿Este fragmento tendrá un portal?

—Es posible, pero no creo. La mayoría no los tienen, al fin y al cabo.

Asentí, dándole vueltas en la cabeza. Habíamos visto cómo crecían los fragmentos: la materia se aglomeraba en torno a minúsculas debilidades entre las dimensiones y terminaba componiendo aquellos paisajes. No estaba segura de si la materia llegaba desde la alguna-parte o se creaba una copia allí. ¿Significaría eso… que las cavernas de Detritus se habían formado porque parte de la roca se había filtrado a la ninguna-parte?

No había forma de saberlo en esos momentos. Pero en todo caso, parecía que Chet estaba en lo cierto sobre que la mayoría de los fragmentos no tenían portales. ¿Quizá los portales solo se creaban en fragmentos donde los agujeros entre dimensiones fuesen lo bastante «grandes» para que los citónicos pudieran atravesarlos?

Bueno, de momento tenía que concentrarme en robar una nave. De los tres hangares, había dos a oscuras en esos momentos. El tercero, el del centro, tenía las puertas frontales abiertas de par en par y los destellos que salían indicaban que dentro había gente haciendo trabajo eléctrico o de soldadura. Al principio me sorprendió ver electricidad allí, pero luego caí en que casi todos los cazas estelares modernos tenían potentes matrices de energía que duraban años. Conectando uno solo, podrían alimentarse todas las luces y el equipo de un hangar como aquel.

—Mis sensores indican a dos personas montando guardia —susurró M-Bot, que flotaba junto a mí—. Una en la ventana que tenemos justo delante, en el hangar iluminado. Otra cerca del acceso principal. Si usan algún método de vigilancia electrónica, funciona con cables, porque no detecto emisiones en ninguna frecuencia conocida.

—No van a ponerse a emitir a lo loco, abominación —respondió Chet en voz baja—. Las viejas costumbres se lo impedirán.

—Entendido, ojoverruga —dijo M-Bot.

Nos quedamos callados un momento.

—Vale —susurró Chet—. Tengo que preguntarlo. ¿«Ojoverruga»?

—Iba a llamarte caraverruga —explicó M-Bot—, porque los humanos a veces añadís la palabra «cara» a los insultos, pero es que las verrugas ya suelen estar en la cara. Así que he escogido una parte del cuerpo donde no

salen a menudo, para dar a entender que tu estupidez estira la irracionalidad hasta el punto de ser inverosímil.

Chet me lanzó una mirada.

—Que sea raro no significa que sea una abominación —susurré.

—Más bien intentaba decidir si ese insulto puntuaba uno o cero —murmuró Chet, y miró de nuevo hacia los hangares—. Bueno, señorita Nightshade, ¿cómo deseas proceder? Creo que tu entrenamiento militar supera a mi experiencia en este caso.

—Déjame pensar y observar —respondí.

No podía ver bien al pirata de la ventana, pero no parecía estar muy alerta. El otro que había detectado M-Bot salió paseando a la luz, con un fusil colgando del hombro.

Para mi sorpresa, era humano, y tenía una barba rala que no terminaba de crecer recta. Llevaba un abrigo largo, camiseta, vaqueros y botas. Ah, y sombrero.

Un sombrero náutico. Vamos, un tricornio con todas las de la ley.

Casi no pude contener un chillidito emocionado.

—¿Qué pasa? —preguntó Chet, reparando en mi sonrisa.

—¡Estos hasta se parecen a piratas!

—Así es —dijo Chet—. Las tradiciones humanas siempre han tenido mucha influencia en poblaciones como estas. Por lo que he ido sabiendo, nuestra conquista de la galaxia puso de moda, quizá porque era un poco exótico, que los forajidos usaran expresiones y ropa humana. —Entornó los ojos—. Pero aun así, no esperaba ver a un humano de verdad entre sus filas. No hay muchos de nosotros por aquí, de un tiempo a esta parte.

Le pirata de la ventana se asomó y dijo algo. Era sin duda une dione, une dereche, a juzgar por la coloración roja de su piel.

—Parece que están haciendo reparaciones —dije—. M-Bot, da un rodeo por detrás y mira a ver si puedes contar cuánta gente hay dentro. Si te parece seguro, asciende a una ventana de esas y averigua lo que puedas sobre los cazas estelares.

—Entendido —respondió él, y se marchó volando.

Se desplazaba en un silencio casi absoluto, que era por lo que había podido usar el dron en misiones de espionaje. Deseé tener aún el proyector holográfico para darle una cierta capacidad de camuflaje. Y por suerte, el guardia que había salido no parecía demasiado observador. Bostezó mientras regresaba con paso tranquilo a la entrada del hangar.

—Señorita Nightshade —dijo Chet—, lo que vamos a intentar es mucho más peligroso que nuestros anteriores empeños. Ese guardia está armado, y nos arriesgamos a que nos capturen o nos hieran.

—Estoy dispuesta a asumir el riesgo.

—¡Yo también! —exclamó Chet—. Pero creo que, como nunca se es demasiado cauto, deberías dejar atrás tu icono.

—¿Dejarlo atrás? —me sorprendí—. ¿Por qué estrellas iba a hacerlo?

—Ese icono es uno de los objetos más valiosos que existen en la ninguna-parte —explicó susurrando—. Si nos capturan, no querría que acabara en poder de los piratas. Creo que deberíamos enterrarlo aquí. Si logramos llevarnos una nave, podemos regresar en algún otro momento y recuperarlo. Si fracasamos, entonces el icono estará a salvo.

—¡Pero lo necesitamos para volar ahí fuera! —protesté—. Sin él, perderemos los recuerdos.

—Lo importante para nuestros viajes inmediatos son las cenizas —dijo Chet—. Con un bolsillo lleno, podemos pasar meses sin sufrir ningún efecto peligroso. Así que podemos llevarnos las cenizas y arriesgarnos a perderlas, pero conservar oculto el objeto que es mucho más valioso.

Tirda. Su argumento tenía lógica. Si aquello salía mal, me quedaría mucho más tranquila sabiendo que mi icono estaba seguro. Pero por otra parte, había visto cómo lo miraba Chet. Quería confiar en él, y confiaba, pero… si quisiera quitarme el icono, convencerme para enterrarlo sería un muy buen primer paso.

Estaba indecisa. Chet me había tratado siempre con honor hasta la fecha, pero las inquietudes me hormigueaban al fondo de la mente. Su aparición había sido de lo más inusual, justo cuando yo más lo necesitaba. El antiguo piloto de M-Bot, a quien, qué casualidad, le faltaban los recuerdos con los que podría demostrar quién había sido.

—Supongo que esconder el icono es buena idea —dije a Chet, para que no intuyera mis sospechas.

Levanté el saquito y dejé que Chet viera cómo vaciaba las cenizas de realidad al bolsillo, pero también me guardé la insignia en la mano con disimulo. Luego enterré el saquito como él me había propuesto, solo que vacío. Le pasé un pellizco de cenizas.

—Por si nos separamos —le dije.

Chet se quedó mirando las cenizas un momento tan largo que se hizo incómodo antes de guardárselas, y mientras tenía la atención puesta en ellas escondí la insignia en otro bolsillo.

Al poco tiempo M-Bot llegó flotando desde atrás.

—Hay tres piratas trabajando en el hangar —nos susurró—. Y otra persona en una sala interior. No hay más marcas de calor en todo el edificio.

De acuerdo, eso significaba un total de seis piratas en ese hangar. El guardia, le dione de la ventana, el de más adentro y los tres mecánicos.

—Hay otras diez marcas de calor —añadió M-Bot—, seis en un hangar a oscuras y cuatro en el otro. Creo que están todos dormidos. O por lo menos, las marcas de calor indican figuras yacentes en habitaciones pequeñas.

—Los piratas se dividirán en tres escuadrones —supuse—. Cada hangar alberga un escuadrón, y siempre hay un grupo que se queda de guardia mientras los otros duermen.

—Concuerdo —dijo M-Bot—. Hay cuatro naves estelares en el hangar abierto, y los mecánicos están trabajando en una. Son seis. ¿Cuatro pilotos y dos operarios de tierra, tal vez?

—Parece probable —susurré—. ¿Hay forma de entrar en ese hangar abierto por detrás?

—Hay una puerta pequeña abierta en la parte posterior —respondió M-Bot—. Imagino que para que corra el aire durante la soldadura.

—Estupendo —dije—. Deberíamos actuar mientras los otros dos escuadrones duermen. Chet, tú te ocuparás de distraerlos. ¿Puedes hacer algo que no sea tan peligroso como para que den la alarma, pero que vaya a llamar la atención de los guardias y también de los tres mecánicos?

—Diría que sí —respondió—. Los Costaderos tienen fama de ser la facción pirata más razonable de todas. He conocido a otros guías y grupos que han comerciado con ellos, y hasta que han trabajado para ellos una breve temporada. Creo que será bastante seguro acercarme con unas cenizas de realidad y ofrecerme a negociar.

—¿Qué posibilidades hay de que te capturen? —pregunté—. ¿Que te roben las cenizas y te tomen esclavo?

—Posibilidades claras —reconoció él—. Pero sigo pensando que merece la pena el riesgo. No confío en ningún pirata, pero si pudiera elegir a qué facción me acerco así, elegiría a los Costaderos. Debería interesarles comerciar, pero querrán tenerme echado un ojo, o diez, según la especie, por si acaso.

—Hagamos eso, entonces —zanjé—. M-Bot y yo rodearemos por detrás. Cuando tengas distraídos a los piratas, nos colaremos en el hangar y haremos el puente a un caza.

—¿Estáis seguros de que podéis lograr esa hazaña? —preguntó Chet.

—Bueno, hay pocas cosas en la vida seguras del todo —dijo M-Bot—, pero me parece sumamente improbable que estos piratas tengan un sistema de seguridad que yo no pueda anular al instante. Diría que hasta es más probable que te crezca por generación espontánea una verruga en el ojo. Porque eres un, eh… ojoverruga.

Le lancé una mirada torva.

—Chet tenía razón. Ese insulto es de cero.

—¿Preparados, entonces? —preguntó Chet—. Pongámonos a ello.

—Cuando tenga la nave —dije—, activaremos el armamento y obligaremos a los piratas a tumbarse en el suelo. Tú corre hacia la nave y entra en la cabina. Escaparemos, y luego podemos enviar a M-Bot de vuelta para que recoja el icono a escondidas.

—Un plan excelente —afirmó Chet—. ¿Cuándo empiezo con la distracción?

—Enviaré a M-Bot para que te lo indique cuando esté situada. Entonces cuenta hasta cien antes de actuar.

Los dos asentimos a la vez y yo me retiré para empezar a avanzar a hurtadillas hacia el otro lado de la base.

16

Lo primero que hice fue pedir a M-Bot que volviera para espiar a Chet.

—He enterrado el saquito de mi insignia bajo una piedra, cerca de los árboles —le dije—. Que no te pille, pero mira a ver si lo desentierra. Si no, vuelve otra vez conmigo detrás de la base pirata.

—Eh…

—Luego te lo explico —dije, y le indiqué que se marchara, a lo que obedeció.

Con el corazón atronando en el pecho, seguí avanzando a escondidas por el lado del complejo. Era muy parecido a acechar a una rata, solo que había más luz y aquellos patanes eran menos observadores. Llegué al otro lado de la base sin dificultades y encontré un buen punto de observación cerca de un gran peñasco.

El hangar tenía una puerta pequeña, de tamaño persona, en ese lado. A través de ella vi a los mecánicos trabajando en el tren de aterrizaje de un caza estelar, dos diones y un alienígena emplumado como los que había visto nada más llegar a la ninguna-parte. Estaban reparando una nave estrecha y lisa que parecía ser un modelo de exploración. Saltaban chispas mientras soldaban.

Esperé, ansiosa. No quería ser desconfiada. Tirda, Chet me había ayudado muchísimo. Pero no podía negar la forma en que miraba el icono, y me parecía muy sospechoso que me hubiera pedido dejarlo atrás.

Casi se me escapó un grito cuando M-Bot llegó flotando junto a mí unos minutos más tarde. Por las estrellas, qué silencioso era.

—No parece que esté desenterrando nada, Spensa —susurró M-Bot—. Solo espera.

—Vale, bien —dije, relajándome.

—¿Crees que va a traicionarlos?

—No quiero pensarlo —respondí—, pero no puedo evitar la suspicacia. —Ya me había empeñado en confiar en Brade, y ¿de qué me había servido? —. Ve a decirle que estoy en posición. Puede empezar a distraerlos.

M-Bot se marchó de nuevo. Respiré hondo unas cuantas veces para tranquilizarme. Mis preocupaciones eran infundadas.

A no ser que…

Si yo planeara traicionar a mi compañera, no me limitaría a robar la insignia. Haría algo que diese al traste con el plan, para asegurarme de que los piratas la capturaran. Así no tendría que preocuparme de que me siguiera mientras escapaba con el botín.

Tirda. Después de pensarlo, ya no podía sacármelo de la cabeza. Si Chet se limitaba a coger el icono y correr, era concebible que yo robara la nave y fuese tras él. Pero si esperaba a que estuviera en pleno robo para darme la puñalada trapera, podría quedarse el icono sabiendo que ya se encargaban de mí.

De nuevo, no quería creerlo. Estuve a punto de apartar del todo la inquietud, pero entonces pensé en cómo *cambiaba* cada vez que veía el icono. Y en serio, ¿qué probabilidades había de entrar en la ninguna-parte y al momento encontrar al comandante Spears?

Aunque en realidad no creía que hubiera ningún mago malvado involucrado —era más bien una metáfora—, todo aquello sí que tenía algo rarísimo. Me acosaba la sensación de que estaban jugando conmigo, y Chet estaba en el centro de todo.

Tomé una decisión repentina. No iba a abandonar el plan, pero tampoco iba a meterme derecha en una posible trampa. Saqué la insignia de mi padre y excavé un agujero rápido al lado del peñasco.

M-Bot llegó flotando mientras terminaba.

—Eh… Creía que eso ya lo habías enterrado —dijo.

—He enterrado el saquito, pero me he quedado la insignia —le expliqué—. Me preocupa que Chet pueda traicionarnos, y esta es la mejor manera que se me ocurre de proteger la insignia por si nos capturan.

Sentí una extraña reticencia a separarme de ella. Fue casi como si me pegara a los dedos mientras la metía en el agujero. No pude evitar pensar que la insignia estaba *triste* al ver que la abandonaba. Aquel lugar estaba haciéndome cosas raras en la cabeza.

Los mecánicos del hangar se enderezaron y miraron hacia donde Chet había estado escondido. Empezaba la distracción.

—Entonces ¿qué hacemos? —susurró M-Bot.

—Por si hago bien en preocuparme, no vamos a robar la nave que Chet cree. ¿Cuál de los otros hangares tiene a menos gente durmiendo?

—El que nos queda a la derecha —dijo él—. Solo son cuatro. Pero… Spensa, ¿estás segura de esto?

—Mi trabajo no es estar segura —respondí—. Mi trabajo es hacer todo lo que pueda aunque no lo esté. Vamos.

Salimos del puesto de vigilancia y llegamos al hangar con facilidad. Moverse con sigilo sobre tierra y hierba era fácil. Solo había que probar antes cada pisada por si había hojas o ramitas.

Las puertas estaban cerradas con llave, pero una ventana cercana no tenía el pestillo echado. M-Bot pudo meterse por ella y un momento más tarde oí un chasquido en la puerta que daba a la parte izquierda de la estructura, la de los dormitorios, no el hangar en sí. La abrí muy despacio y entré en un pasillo oscuro.

El lugar daba una sensación clínica, como los pasillos de la Plataforma Primaria. Estaba demasiado limpio y olía a esterilizado. Todas las puertas eran más altas y estrechas que las de casa, y los pomos estaban medio metro más altos de lo que había esperado. Me hicieron preguntarme qué clase de especie habría construido aquello.

Avancé en la penumbra hasta localizar una puerta que creía que llevaba al hangar en sí. M-Bot osciló arriba y abajo para indicarme que no había marcas de calor al otro lado. La puerta no estaba cerrada con llave y me alivió encontrar al otro lado un espacio amplio y cavernoso. La luz que entraba por los agujeros de las persianas me reveló cuatro grandes naves estelares, como leviatanes durmientes. Fue una de las visiones más hermosas que había contemplado en la vida.

Susurré a M-Bot que me avisara de trastos en el suelo para no darles un puntapié al andar, ya que no quería enviar una lata de lubricante vacía repiqueteando por ahí. Avancé despacio pegada a la pared y me detuve junto a una ventana para mirar entre los listones.

Vi a Chet de pie fuera del otro hangar, rodeado por el guardia y los mecánicos. Hablaba animado y sostenía una ceniza de realidad con mucho cuidado en una mano.

—Spensa —susurró M-Bot—, no parece que nos esté traicionando.

No lo parecía. Pero en fin, por eso había seguido adelante con el plan. Si de verdad era solo que estaba paranoica, de todos modos podía robar una nave, salir y apuntar a los piratas mientras Chet venía hacia mí. Le diría que me había asustado en el último momento y había decido colarme en un edificio donde todo el mundo durmiera.

Me aparté de la ventana para estudiar los cuatro cazas. Dos de ellos saltaba a la vista que eran naves civiles mejoradas con unos destructores improvisados, que manchaban lo que por lo demás eran unos diseños de intención clara. Por suerte, los otros dos cazas eran militares, con armamento integrado. Escogí el interceptor, una variedad de nave de líneas fluidas y de

aspecto peligroso que equilibraba la velocidad con la capacidad ofensiva. También era la más familiar para mí, parecida a las naves de la FDD en Detritus, con una larga y fina forma de punta de flecha.

Corrí hacia ella, puse la mano en el ala y me aupé a la cubierta. A esas alturas ya conocía varios sistemas de control distintos. Tendría que confiar en que el de esa nave estuviera entre ellos. Si no, iría a ver las demás. Por las estrellas, esperaba no tener que acabar robando la lanzadera de la esquina. Pilotarla sería como cabalgar a la batalla a lomos de un cerdo gordinflón estando rodeada de caballeros.

Escruté la cabina de la nave, pero estaba oscura y sombría, así que no pude identificar el sistema de control desde fuera. Palpé a lo largo del borde y encontré un puerto de acceso para M-Bot. La mayoría de las naves tenían puertos externos para hacer diagnósticos. Enchufé su dron para que se conectara a la nave, lo que en teoría le permitiría abrir la cabina e invalidar las medidas de seguridad.

—Ah… —dijo M-Bot—. Esto será fácil. Hum. Aquí hay mucho disco duro vacío. Podría ser agradable estar de nuevo en una nave grande. Pero antes, veamos… Tendría que estar listo en unos treinta segundos.

Asentí, me incliné y miré el interior de la cabina. Eso era una esfera de control, ¿verdad? Sí, la disposición me sonaba de algo. Pero el asiento era extraño y con bultos. ¿Como si fuese algún otro mecanismo para sentarse distinto a una silla?

Pensar en eso hizo que me preocupara por los kitsen, que tenían su propia y extraña manera de construir naves estelares. Me habían ayudado en la batalla contra Visión Estelar. ¿Qué les haría Winzik? Estaban sin líder desde que Hesho había muerto, absorbido al vacío del espacio cuando Brade atacó su nave.

Los kitsen habían confiado en mí. ¿Habría condenado su planeta entero? ¿Qué pasaría si Winzik terminaba convenciendo a los zapadores de que lo ayudaran? Tenía que encontrar alguna forma de detenerlos, así que…

—Vaya —dijo M-Bot.

—¿Qué pasa? —susurré.

—Acabo de perder el acceso a unos pocos sistemas —dijo él—. Puedo enrutar de otra manera, pero… es raro. Me ha expulsado un cierre manual. ¿Cómo puede…?

La cabina se iluminó, revelando una criatura que había estado durmiendo dentro. La luz se reflejó en un cuerpo difícil de clasificar. Tenía extremidades cristalinas y un torso corpulento, como un apilamiento de piedra reluciente.

—Ay, tirda —susurré.

No había marcas de calor. Pero no toda la vida era caliente. Yo lo *sabía*. Las quimeras como Vapor ni siquiera parecían tener cuerpo. Había cometido un fallo de cálculo garrafal. Mi único consuelo era que M-Bot también.

—¡M-Bot, corre! —grité.

Salté del ala, caí con dureza al suelo y tropecé mientras empezaba a sonar una ruidosa alarma. Llegué a medio camino de la puerta antes de oír una voz amplificada por altavoces.

—Como sigas corriendo, te vaporizaré —dijo, y mi alfiler tradujo encantado las palabras.

Me quedé quieta y volví la mirada hacia la nave para encontrar un destructor montado en la torreta de un ala apuntándome. Levanté las manos, intentando recobrar el aliento y combatiendo mi instinto de huir.

Parecía que iba a tener otra oportunidad de ser prisionera de piratas. Y en esa ocasión era culpa mía del todo.

17

Los piratas me sentaron sin miramientos en una silla y uno de ellos me ató las manos a la espalda. Se había congregado un grupo numeroso en el hangar, que ya estaba iluminado del todo.

Vi a un solo humano entre ellos, el guardia de antes. La mayor parte del resto eran diones, aunque también había unos pocos de aquellos alienígenas parecidos a pájaros y una varvax, la especie que antes yo conocía como los krells, unas criaturas parecidas a cangrejos que iban por ahí dentro de grandes y aparatosos exoesqueletos construidos con algo parecido a la arenisca.

El grupo se abrió para dejar paso a otro ser alienígena de una especie completamente distinta, con el rostro amplio y extremidades poderosas. Los dientes largos y los dedos terminados en garras le daban la apariencia general de algo parecido a un oso levantado sobre dos patas, solo que no tenía pelo. Caminaba encorvando la espalda, con aire depredador, y tenía los fornidos brazos adelantados y listos.

Supuse que sería quien lideraba el grupo, a juzgar por la chaqueta de calidad y el impresionante sombrero, que hasta tenía una larga pluma.

—¡Palabras! —exclamó la criatura—. Conque intentando robar un caza estelar, ¿eh? ¡Te deben de haber crecido al menos seis *mulunes* por intentar eso!

Mi alfiler no tradujo la palabra, lo cual era raro. Me quedé allí sentada, con las manos atadas por detrás, intentando pensar algún plan. La criatura que estaba al mando se acercó y me dio una palmada en la espalda, en un gesto que me pareció amistoso.

—Pero has tenido una suerte espantosa —prosiguió—. ¡Ni un solo *gulun* para ti! ¡Mira que elegir una nave habitada por una de nuestras resonantes! Palabras, chica. Palabras. En todo caso, bienvenida a los Costaderos.

—Un momento —dije, retorciéndome para mirar al ser—. ¿Bienvenida?

—Cuanta más gente haya por aquí, más estables permanecen nuestros recuerdos —explicó une de les diones—. Así que tienes suerte. No te ejecutaremos. En vez de eso, podrás ser nuestra nueva esclava limpiadora.

Maravilloso. Pero en fin, por horrible que sonara ser esclava, aún me sentía peor por haber fastidiado el plan. Chet había sido digno de confianza desde el principio y yo lo había echado todo a perder.

—Llevaba unas cenizas encima, capitana —dijo la varvax en su idioma, levantando una bolsita transparente que brillaba.

El humano desaliñado se acercó con el dron de M-Bot en brazos.

—¿Señora? Esto es lo que ha utilizado para intentar meterse en la nave.

Tuve una punzada de alarma. ¿Qué le pasaba a M-Bot? El dron parecía inerte del todo. El humano trasteó con él hasta encontrar el antiguo botón de encendido, que M-Bot había desconectado. Aun así, cuando el humano apretó el botón, los pequeños anillos de pendiente del dron se activaron, pasando de un apagado azul muy oscuro a un vivo y refulgente azul claro. El dron empezó a levitar con su propia energía. Entonces, cuando el humano lo soltó, salió flotando y recogió un trapo del suelo usando un brazo con pinza. Se puso a limpiar una ventana con él.

«M-Bot, eres un genio», pensé. Siempre estaba hablando de lo inteligente que era, pero teniendo en cuenta cómo se comportaba la mayor parte del tiempo, era fácil olvidarlo. En esos momentos, sin embargo, estaba haciendo una imitación perfecta de un dron limpiador.

—Vaya —dijo la capitana, y me dio un codazo, tan fuerte que la silla resbaló por el suelo—. ¿Cómo has hecho que hackee la cubierta del caza estelar de Escalofrío?

—Tiene unos cuantos programas ilegales —farfullé, tratando de interpretar el papel de chica ratonil cazarratas—. Se los pude instalar antes de llegar aquí. Pensé que un dron de limpieza normal y corriente sería un buen sitio donde esconderlos.

Eso les daría a entender que el dron no tenía una IA propiamente dicha, así que en teoría los Costaderos no deberían temer que cobrara consciencia propia. Aunque lo cierto era que yo no sabía mucho sobre inteligencias artificiales.

—¿Ah, sí? —dijo la capitana—. Palabras, eso podría ser útil. Lo consideraré un regalo tuyo de disculpa por despertarme en plena noche. Que te crezca un *tulun* o dos por mi generosidad, nueva esclava. ¿Cómo te llamas?

—Peonza —respondí—. ¿Y tú?

—¡Ja! *Mulunes*, ya lo creo que sí. —Se quitó el sombrero e inclinó la cabeza hacia mí, enseñándome una cresta de plumas amarillas, como la de un mohawk—. ¡Soy Palo, capitana de los Costaderos!

—¿Palo? —dije, mirando las piernas de la capitana, que estaban enteras las dos—. ¿Te viene de…?

El humano rio.

—Qué va —me dijo en inglés con mucho acento—. Ni siquiera lo pilla. El nombre es una coincidencia.

El humano fue a la ventana y apagó a M-Bot, que reaccionó desactivando los anillos y dejando de moverse. Me revolví, intentando echar un vistazo por la ventana hacia el lugar donde había estado Chet, pero no alcancé a distinguir nada.

—Tu amigo se ha ido corriendo —me dijo el humano, y dio una palmadita en el fusil que llevaba al hombro—. Por suerte para él, me preocupaba más un ataque que salir a buscarlo. Solo he podido hacer unos pocos disparos antes de venir a ver qué pasaba.

—Tu amigo te ha abandonado —afirmó Palo—. Tendrías que haberle dado algunos de tus *mulunes*.

Eso más o menos terminaba de demostrarlo: Chet no me había vendido. Había huido, sí, pero esa era la opción inteligente.

Tirda, me sentía una completa idiota. A lo mejor era que, después de que Brade me traicionara, estaba demasiado susceptible. O quizá fuese solo que se me daba fatal juzgar a la gente.

Sí, lo más seguro era que fuese eso. En algún momento tendría que afrontarlo, ¿no? Había pasado la mayor parte del entrenamiento suponiendo que Jorgen era un capullo de tomo y lomo, cuando en realidad era bastante no-capullo. Pero luego me había esforzado en confiar en Brade a pesar de cómo se comportaba. Di un sentido suspiro y levanté la cabeza para contemplar el techo.

Yo solo quería volar otra vez. Había entrenado toda la vida para ser una guerrera. Eso era lo que sabía, lo que comprendía. ¿Por qué siempre acababa en situaciones como aquella?

—Eh —dijo Palo, dándome un empujón en el hombro—, no te pongas así. A lo mejor ahora no te lo parece, pero estarás mucho mejor fregando nuestros suelos de lo que estarías ahí fuera tú sola.

Cerré los párpados con fuerza.

—Ponedle correa —ordenó Palo, alejándose a zancadas—. Y que no se acerque a ese dron, por si acaso. Yo me vuelvo a la cama.

18

La «correa» resultó ser una línea de luz.

Nunca había visto usarlas así. Cerraron un bucle en un extremo ajustado en torno a mi cuello y fijaron el otro a la pared. El mecanismo de control estaba cerrado a cal y canto, lo que me dejaba atrapada. Antes roería unos eslabones de hierro con los dientes que encontraría la forma de partir una línea de luz.

Aunque los piratas bromeaban al decir que me harían fregar suelos, sí que me acercaron una caja de piezas y varios contenedores de lubricante. Me ordenaron que engrasara todas las piezas y las colocara en una tela.

Me pareció bien. Porque podrían haberme dejado allí autocompadeciéndome, y no sé cuánto tiempo lo habría soportado. Pero cuando soltaron las piezas delante de mí, se burlaron por dejarme atrapar y me exigieron que trabajara… bueno, eso me puso furiosa. Y la furia considera presa fácil al derrotismo.

Obedecí, pero en el momento en que recuperé el buen juicio y la determinación, extendí mis sentidos citónicos en busca de Chet. Encontré su mente bastante cerca. Había pensado que quizá regresara al fragmento de selva azul para esconderse, si no se había alejado ya flotando.

¿Chet?, dije a su mente.

Ah, respondió él, con la «voz» teñida de dolor. *Señorita Nightshade. Me alegra oír que estás bien. ¡Había temido lo peor!*

¡Estás herido!, envié.

Es solo… un rasguño, dijo él. *Un disparo de destructor me ha rozado. ¡Nada que un perro viejo como yo no haya padecido una docena de veces! Ja…*

Eran bravatas. Podía sentir que le dolía de verdad. Y era culpa mía.

Ten cuidado, me advirtió. *¡Hablar así podría llamar la atención a los zapadores!*

Eso me dio que pensar. Tenía razón. Pero aun así, me daba la impresión… de que desde aquel momento en la Senda, algo había cambiado en mis poderes, o en mi comprensión de ellos. Sabía mejor cómo ocultarme.

Cerré los ojos y me concentré. Fui consciente de que, cuando hablaba con alguien como Chet, siempre hacía el equivalente citónico a gritar. Así que

intenté enfocar la voz, controlarla. Volví mi mente hacia Chet y rocé la suya con un leve susurro.

¿Qué tal así?

¡Señorita Nightshade!, envió él. *Caray, es maravilloso. ¿Cómo has aprendido a ser tan silenciosa?*

Estoy aprendiendo ahora mismo, dije. Pero por otra parte, siempre había tenido talento para oír las estrellas, y la noche anterior había podido captar unos pensamientos que Brade no quería compartir conmigo. *Creo que a lo mejor no hace falta que proyectes tus pensamientos hacia mí. Tú solo piensa mientras estamos conectados, que los oiré*.

¿Funciona?, preguntó, a todas luces intentando hacer lo que le pedía.

Funciona, confirmé.

¡Excelente! ¿Cuál es tu situación, entonces?

Prisionera, respondí. *Encadenada a la pared y engrasando piezas para reparar una nave estelar*.

Podría ser peor, dijo Chet. *¿Cuál es el plan?*

La verdad es que aún no había llegado a eso.

¡Comprensible!, pensó Chet. *Pero esto no tiene por qué ser más que un contratiempo menor. ¡De hecho, hasta podría ser para bien! Tenemos que encontrar la forma de visitar el siguiente punto de la Senda de los Ancianos, que está en pleno territorio de los Costaderos. Me preocupaba que pudieran darnos caza cuando robáramos una nave. Sería difícil encontrar tiempo para permitirnos una visión mientras nos disparaban*.

Pero contigo infiltrada en su base, a lo mejor podemos descubrir cómo impedirlo. ¿Puedes intentar averiguar cómo patrullan su territorio?

Había una cierta bravura forzada en sus palabras. Al haberme conectado a él como estaba, lo distinguía con mucha más claridad que nunca. Chet no era un simple manojo de optimismo interminable, sino que escogía hablar así a propósito.

Sé que te duele, le dije. *Estoy preocupada por ti*.

No lo estés. Concéntrate en conseguirnos una nave. ¡Ja! Esos piratas no saben lo que han hecho al meterte entre ellos, debo decir.

Me descubrí sonriendo. Y… bueno, la verdad era que tenía razón. Podía aprovechar aquello. Que te capturaran unos piratas era justo la clase de cosa impresionante que ocurría en las historias, era solo otro desafío interesante que superar. Además, sin saberlo estaban dándome la ocasión de practicar mis habilidades citónicas.

Solo que no podía pasar por alto que era mi error lo que nos había llevado a esa situación. Tenía que sincerarme.

Chet, dije, *lo siento. La he fastidiado*.

No te tortures, señorita Nightshade, respondió él. *A veces los planes no salen bien*.

Pero esta vez ha sido por mi culpa, insistí. *He… cambiado el plan en el último momento y me he metido en otro hangar*.

¿Por qué lo has hecho?, preguntó.

Porque… no confiaba en ti, Chet. Creía que ibas a traicionarme y robarme el icono.

Sentí la inmediata punzada de dolor que le causaron esas palabras.

¿Pensabas… eso?, preguntó Chet.

Lo siento, dije. *Me he… dejado llevar por mis preocupaciones*.

Tirda, dolía incluso más percibir de primera mano lo traicionado que se sentía.

¿Por qué?, preguntó. *¿No me he esforzado por ayudarte durante toda la misión? ¿No he sido un digno compañero de viaje?*

¡Desde luego que sí!, envié. *Es solo que… Lo siento, Chet. Esto es fallo mío, no tuyo*.

Ya veo, pensó él. *Ya, hum… ¡Bueno, tenemos que seguir adelante! Lo pasado, pasado está, que diría aquel. Hum. Sí…*

Nunca había oído unas palabras que sonaran más forzadas. Podía sentir su angustia. Que confiaran en él le importaba mucho, por motivos que no alcanzaba a vislumbrar. Solo podía percibir lo que había en la superficie, no sus pensamientos más profundos.

Bueno, dijo Chet. *Creo que me quedaré aquí recuperándome. ¡Tú sigue adelante! Sí.*

Quería disculparme otra vez. Quería explicarle el daño que me había hecho la traición de Brade, y que estaba dándome cuenta de lo mala que era juzgando. Pero él quería que lo dejaran solo. Podía sentirlo. Tenía que concedérselo.

Desconecté, sintiéndome enferma y despreciable. Tirda. Me dediqué de lleno a engrasar las piezas y observar a los piratas, intentando averiguar todo lo que pudiera de ellos para distraerme de la vergüenza.

A lo largo de las siguientes horas pude comprobar lo mucho que costaba mantener un escuadrón de cazas estelares en el aire sin contar con la infraestructura de apoyo adecuada. Por cómo hablaban, deduje que dedicaban una cantidad de tiempo increíble al mantenimiento de la flota, y también a

descubrir cómo crear piezas de repuesto con el material del que se apoderaban.

Me había parecido que nuestro asentamiento de Detritus era una cosa desarrapada, pero teníamos fraguas y factorías. Habíamos contado con decenas de miles de personas, y nuestra sociedad entera estaba dedicada a mantener en combate unos pocos centenares de cazas estelares. Los Costaderos no tenían nada de eso. Por lo que parecía, eran menos de veinte personas y pilotaban nueve cazas.

Cuando llevaba más o menos la mitad del montón de piezas, ya había recuperado algo de amor propio y estaba centrada en el problema que tenía delante. Sí, había cometido un error. Sí, había hecho daño a Chet. Pero tenía que esforzarme por seguir avanzando. La mejor forma de compensárselo a Chet era robar una nave y cruzar juntos en ella el territorio de los Costaderos hasta la siguiente parada en la Senda de los Ancianos.

Muy bien. Primer paso: intentar averiguar todo lo posible sobre aquellos piratas. Lo que me había pasado era una oportunidad en igual medida que un contratiempo. Concentré la atención en las piezas que me quedaban y tardé poco en llegar a la última, un engranaje bastante grande. Lo dejé en la tela con un tintineo.

—¡Eh! —llamé a los piratas—. Ya he terminado.

El humano de la barba rala se acercó, acompañado de la varvax. A ella le estaba prestando pero que mucha atención. Era de la especie que había mantenido esclavizado a mi pueblo, y no podía confiar en ellos.

—Me vendría bien tener más trabajo —les dije—. ¿Qué queréis que haga ahora?

—¿En serio quieres que te demos más trabajo? —preguntó el humano.

—Es mejor que estar de brazos cruzados autocompadeciéndome —dije.

Después de cruzar la mirada con la varvax, el humano me trajo un ensamblaje del tren de aterrizaje, con la rueda todavía fijada.

—¿Sabes cómo desmontar esto y volver a lubricarlo?

Asentí mientras hurgaba en la caja de herramientas que me había entregado la varvax. Yo no tenía experiencia en reparaciones ni en ingeniería: el que siempre había sabido de esas cosas era Gali, pero me había enseñado a hacer el mantenimiento a la nave original de M-Bot en los días en que la reconstruíamos juntos. Podía defenderme desmontando un ensamblaje de tren.

La varvax regresó a su trabajo, pero mientras el humano se daba la vuelta, le pregunté:

—¿Y cuál es tu historia?

Se detuvo, se acuclilló a mi lado y miró mientras yo empezaba a desmontar el mecanismo con cierta torpeza. ¿Estaría juzgándome por usar la llave de tubo equivocada tres veces distintas?

—No soy tan interesante —dijo por fin—. Pero te hago la misma pregunta: ¿cómo es que sabes hacer esto? ¿Tu amo te dejaba jugar con maquinaria?

—¿Mi amo?

—Dices que eres una ladrona —respondió—, pero antes de escapar serías una mascota, ¿verdad? ¿Como yo? ¿Una humana mantenida? O bien… No, ¿estabas en algún laboratorio de investigación?

Aaah, claro. Barba Rala debía de haber sido un humano como Brade. Tenían a algunos como curiosidades en la Supremacía, igual que los reyes tenían leones en la antigua Tierra. Temibles criaturas de otro mundo, convertidas en piezas de exhibición. Podía imaginarme a los pueblos «civilizados» de la Supremacía mostrándose encantados por los peligrosos humanos que antaño habían intentado conquistar la galaxia.

—Me sorprende que te metieran aquí —le dije—. Debías de ser bastante valioso como curiosidad.

—Ya, bueno —respondió él—. Todo es alegría y diversión hasta que tu mascota intenta robar la nave estelar de la familia y escapar. Decidieron que era demasiado agresivo. Como si no supieran ya lo que era cuando me compraron. —Me tendió la mano—. Me llamo Maksim.

—Peonza —dije, estrechándosela.

—No te fustigues mucho por estar encerrada —dijo, señalando la línea de luz—. Los Costaderos son un buen grupo. Demuestra a la capitana que no vas a escapar a la primera de cambio y podrás ir ascendiendo como todos los demás. Qué narices, si eres tan buena con las reparaciones como pareces, no tardará en ponerte al mando de un equipo de tierra.

Contemplé el trabajo mediocre que había estado haciendo con el bastidor de la rueda. ¿Eso era lo que consideraban ser buena con las reparaciones por allí?

—¿Y si nunca llego al punto de no escapar? —pregunté.

Maksim me observó con detenimiento.

—Eres nueva en la ninguna-parte, ¿a que sí? Ese otro, tu amigo, daba otra impresión. Como si supiera lo que hacía. Pero tú no lo sabes, ¿verdad?

—Solo llevo aquí… —Intenté recordar—. Llevo… —Tirda, ¿por qué me costaba tanto?—. Una semana, creo.

—Mejor no te obsesiones mucho con el tiempo —dijo Maksim—. Hasta estando en un grupo, es difícil llevar la cuenta. Me extraña que hayas durado tanto y que llegues tan entera. —Me dio una palmadita en el hombro y se levantó—. Por eso no huirás. Te sentirás mejor aquí. Más tú misma. Ya lo verás.

Ni siquiera pareció plantearse la posibilidad de que hubiera tenido un icono de realidad, a pesar de las cenizas que habían encontrado. Los iconos debían de ser tan infrecuentes como decía Chet.

Bueno, ya empezaba a formarme un plan de ataque. Podía labrarme la confianza de los piratas trabajando allí unos días, y de paso averiguar los detalles de sus patrullas, como me había sugerido Chet. También podía investigar los mecanismos de vuelo de las distintas naves y escoger la más fácil de robar.

Luego, cuando me pareciera el momento adecuado, podía agarrar a M-Bot, robar una nave, desenterrar el icono y marcharme. Tal vez, cuando hubiera hecho todo eso, Chet me perdonaría por ser una caracapulla rematada.

—¿Dónde aprendiste tanta mecánica? —preguntó Maksim—. ¿Y por qué te arrojaron aquí, si tienes tanto talento?

—No tengo tanto como crees.

Maksim sonrió.

—Sé que a veces cuesta abrirse. Pero si nos hablas de tu antigua vida, podemos recordártela. Si se te olvida.

—Tirda. ¿Eso pasa? —pregunté, hablando por hablar. Tenía la mente más centrada en planificar la huida que en lo que estaba diciendo.

—No es tan horrible como suena —dijo él—. Y menos si tienes amigos para que te ayuden a recordar.

—El caso es que no me arrojaron aquí dentro. —Me volví de nuevo hacia el mecanismo de la rueda—. Salté yo misma. Aunque admito que en ese momento estaban persiguiéndome un montón de soldados.

—¡Ja! —exclamó Maksim—. A ver si se les mete en la cabeza que no deberían tenernos de mascotas.

Casi le dije que no había sido una mascota. Que venía de un enclave planetario humano. Se mostraba tan amistoso que me daban ganas de confiar en él y revelarle que era una soldado que luchaba contra la Supremacía.

Pero sería muy mala idea si pretendía robar una nave. Por suerte, iba aprendiendo poco a poco. Era mejor no dar pistas a ningún captor de lo que planeaba. Pero ¿y si cometía un error al no confiar en él? Ya había sido

demasiado suspicaz con Chet. Pero no sospechar lo suficiente de Brade me había metido en un buen apuro.

Uf, de verdad se me daba como el culo juzgar a la gente, ¿verdad?

En cualquier caso, la mejor opción parecía ser mantener ocultas mis habilidades. Maksim me dejó y fue a charlar con su amiga varvax, haciendo gestos hacia mí de vez en cuando. La velocidad a la que trabajaba parecía no encajarles, y comprendí que tal vez debería haber fingido ser más ignorante.

De todos modos, tenía que contactar con M-Bot. Así que decidí murmurar y hablar sola sin parar mientras trabajaba. Me pareció buena idea mostrar a los demás que no dejaba de parlotear, hasta cuando no tenía a nadie cerca. Así, cuando pudiera hablar con el dron de M-Bot, no resultaría tan extraño.

Seguí desmontando y lubricando el mecanismo, procurando ir más despacio, durante lo que debieron de ser unas pocas horas más. Hasta que al final sentí una mente que empujaba vacilante contra la mía.

¿Chet?, pregunté.

El mismo, respondió él. *Querría hablar contigo. Pero tal vez debería ser sin levantar la voz, igual que antes*.

Hecho, dije. *Pero Chet, yo…*

Por favor, me interrumpió. *¿Me permites empezar a mí?*

Adelante, envié, obligándome a contener otra disculpa.

He estado pensando mucho en nuestra conversación de antes, dijo. *Y tengo que confesarte una cosa. Tus sospechas sobre mí no eran infundadas del todo. No he sido… sincero del todo, señorita Nightshade*.

¿En… qué?, pregunté.

No soy todo lo que aparento, dijo él. *Me cuesta reconocerlo, y más explicarlo. Verás, te conté que no recuerdo ser el comandante Spears, pero es peor que eso. Yo… llevo aquí tanto tiempo que he perdido buena parte de mi identidad. No solo de los recuerdos, sino también de mi personalidad. Todo lo que era… se fue desmoronando, como la tierra ante un arroyo insistente*.

A medida que ocurría, me asusté cada vez más. Es terrorífico perderse a uno mismo, así que tuve que reemplazarlo con algo. Y recordaba historias. Historias fantasiosas, tal vez, pero repletas de hombres a los que admiraba. Allan Quatermain, lord John Roxton, Chet Cannister… Así que mientras me perdía a mí mismo, fui… rellenando los huecos, por así decirlo. La línea entre el héroe aventurero y yo se emborronó.

De modo que hacías bien en sospechar. Quizá me considerabas un embustero, y en cierto modo lo soy. Porque no podía mostrarte mi verdadero yo. Lo he olvidado.

Chet, dije, *eso no te convierte en embustero*.

Puede que no, respondió él, *pero la realidad es… difícil de soportar. En realidad no soy un hombre, señorita Nightshade. Soy una colección de historias embutidas en un cerebro sin contexto, poniendo todo mi empeño tan solo en seguir adelante*.

Eres un héroe, objeté.

Si eso fuese cierto, replicó él, *ya habría afrontado las verdades de la Senda de los Ancianos hace mucho tiempo. Me dan… miedo, señorita Nightshade. Spensa, me asustan. Por razones que no sé explicar, porque no las recuerdo del todo. Creo que hay una parte de mí escondida entre ellas en alguna parte, algo que me aterra. Si fuese un verdadero héroe, habría recorrido ese camino por mi cuenta hace mucho*.

No sabía qué pensar de aquello. Percibía su sinceridad, y su miedo. Incluso su confusión.

No importa de dónde saliera, dije con firmeza. *Me rescataste, me guiaste, me ayudaste. Y ahora estás recorriendo la Senda conmigo*.

Todo ello por un precio, dijo él. *Te has… fijado en cómo miro tu icono. Ahora entiendo que… me trataras como lo has hecho*.

Sentí otra punzada de vergüenza. Reflejada en la de él.

Menudo par estamos hechos, ¿eh?, pensó Chet. *Yo confío en que estar cerca de un icono me ayude a hacerme más… sólido. Que las cenizas de realidad y el vínculo con la alguna-parte me sirvan de algo. No puedo reprocharte del todo que te preocuparan mis intenciones*.

Pero mi desconfianza te ha hecho daño, envié. *Aún te duele*.

Sí, reconoció él. *Forma parte de la personalidad, ¿comprendes? Tengo que… verme a mí mismo como un héroe, como el caballero explorador, querido y leal. Porque si no soy eso, bueno… Lo que pasa es que… es lo único que me queda de lo que fui. Esos sueños, esas aspiraciones*.

Fue un momento de sorprendente franqueza, en el que lo sentí expuesto, asustado. Tirda. No me merecía su confesión, pero en ese momento supe que podía confiar en él. El rostro que mostraba podía ser un puzle creado a partir de sus recuerdos de historias, pero el corazón de dentro… era bueno. Sólido.

Intenté proyectar eso hacia él y funcionó. Chet se animó y, en un momento de comunicación sin palabras, aceptó mi disculpa. Seguiríamos adelante, recorreríamos la Senda de los Ancianos y descubriríamos los secretos.

Interrumpí la comunicación y ataqué con ahínco el trabajo que me quedaba con el tren de aterrizaje. Supuse que debería notarme cansada, pero

no lo estaba, ni tampoco sedienta. De hecho, no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba trabajando. No podía utilizar la fatiga, ni tampoco el hambre siquiera, para estimar el paso del tiempo. Allí dentro, a menudo tenía la sensación de que podía seguir funcionando sin más. Para siempre.

Y eso era peligroso. No me iba a quedar más remedio que tenerme un buen ojo echado a mí misma.

19

Al cabo de unos días, me pareció que por fin empezaba a entender a los Costaderos como grupo.

—Sí, hay seis facciones piratas —me había explicado Maksim mientras hacíamos el mantenimiento a un propulsor en mi segundo día de cautiverio—. Los Costaderos somos más pequeños que antes, pero también somos de los más antiguos y orgullosos.

—¿Y la Supremacía? —pregunté—. Varios cazas de estos son modelos suyos.

—¡Ja! Sí. Los pringados que llevan la explotación minera de Fuerteseguro piden naves para protegerse de nosotros. ¡Eso nos da muchas oportunidades de robárselas!

Durante los siguientes dos días fui sacando más información con sutileza. Las facciones habían estado desorganizadas hasta unos años antes: eran más bien bandas itinerantes de muy poca gente, o pequeñas uniones de refugiados aquí y allá. La organización en facciones había aparecido a medida que se consolidaban los actuales seis grupos.

Dedicaban la mayor parte del tiempo a intentar robar en la base minera, a capturar a los recién exiliados y a hacerse incursiones unos a otros. Durante los días que estuve observándolos, me sorprendió que los Costaderos no perdieran ni una sola de sus nueve naves en combate, aunque salieron a un par de asaltos. Quizá hubieran sido enfrentamientos breves, más para marcar su posición que para luchar de verdad.

De todos los Costaderos, Palo era la que más interesante me resultaba. Había algo… diferente en aquella alienígena grandota. Era tenasi, una especie de la que en Visión Estelar había sabido que a menudo se dedicaba a pilotar drones o a combatir de algún otro modo para la Supremacía. Desde luego, tenía una presencia imponente, y siempre me observaba con mucha atención cuando estaba cerca.

Aparte de ella, solía haber otras cuatro personas trabajando en nuestro hangar. Maksim era uno de ellos. El hangar en el que me había infiltrado era el suyo, de hecho, aunque en ese momento él había estado de guardia con los miembros de otro equipo. Su grupo se llamaba el Escuadrón Alfanje, de nuevo tomando prestadas palabras de la antigua Tierra porque a los piratas les

sonaban intimidatorias. A grandes rasgos, yo estaba asignada a ese escuadrón, dado que eran quienes me supervisaban.

La varvax de nuestro escuadrón se llamaba Nuluba. Seguía poniéndome nerviosa, porque no podía mirarla sin ver a Winzik, ya que su exoesqueleto era del mismo color verde. Maksim y ella componían el equipo de tierra del Escuadrón Alfanje, que en esos momentos solo tenía dos cazas estelares en activo, además de la lanzadera de Palo, de la que ella estaba muy orgullosa pero en la que yo no querría combatir.

Había también otra nave que aún no estaba lista para el combate, un viejo transporte civil que el equipo estaba armando y modificando. Al igual que la lanzadera, tenía una lanza de luz para poder hacer de remolque. La Supremacía no solía usar las lanzas de luz en combate, pero las equipaba en sus naves para propósitos industriales. El equipo de tierra estaba instalándole destructores. Al hacer reconocimiento durante los siguientes días, decidí que aquella sería la nave que iba a tener que robar. La lanzadera de Palo tenía un sistema de control que no conocía, y las dos naves más aprestadas para el combate…

Bueno, esas naves las ocupaban los dos pilotos de caza del Escuadrón Alfanje. Ambos pertenecían a una especie cristalina que, literalmente, habitaba sus naves. Cuando pregunté por sus habilidades en combate, Maksim me reveló una información importantísima.

—La verdad es que está muy bien tener a dos pilotos que viven en sus cabinas —dijo, señalando hacia las naves con una llave ajustable—. En el momento en que el escáner nos avisa de una incursión, ya están preparados.

¿Escáner?

¿Los Costaderos tenían un escáner de largo alcance?

Había supuesto que tendrían sensores de proximidad más modestos, como los de los cazas estelares. Pero ¿un equipo de vigilancia en toda regla y con buen alcance? Me sorprendió enterarme.

Empecé a husmear de inmediato. Resultó que el monitor del escáner estaba en nuestro hangar, conectado al equipo del techo. Ese mismo día logré echar un vistazo a la pantalla mientras mostraba el mapa completo, una versión más detallada de lo que me había dibujado Chet en una ocasión.

El territorio de los Costaderos era como una cuña en el cinturón, con la parte estrecha hacia dentro, bordeada por otras facciones piratas a ambos lados. Sus territorios lindaban con el de la Supremacía, una amplia franja que dominaba el centro del cinturón en aquella zona.

Emocionada, esa noche se lo conté a Chet.

Tienen un escáner, envié. *Uno grande que vigila el acercamiento de naves. Su alcance llega a la región controlada por la Supremacía, aunque no creo que pueda distinguir a personas sueltas. No tiene tanta resolución.*

Es más de lo que pensaba que tendrían, respondió él. *Lo normal es que dispongan solo de la tecnología que rapiñan. ¿De dónde habrán sacado un escáner tan potente?*

Ni idea, dije. *Pero menos mal que me capturaron, porque…*

Porque con ese escáner, podrían haber seguido cualquier nave robada hasta el siguiente paso de la Senda, dijo Chet. *Truda. No habríamos podido investigar el portal. Nos habrían perseguido por todo el sector. Me alegro de que lo hayamos descubierto, aunque, si hubiera podido elegir, preferiría haber llegado a esa información por un camino que no implicara tener el hombro horneado como un costillar…*

Chet había estado «convaleciente», en sus propias palabras. Yo aún me sentía culpable por aquel disparo de destructor.

En todo caso, dije, *esto nos da una oportunidad. Tendré que sabotear su escáner antes de marcharme*.

¡Ja! ¡Tampoco te lo pases tan bien, Spensa, o harás que me sienta excluido! ¿Cuál es el siguiente paso de nuestro plan, entonces?

Me di la vuelta en la cama, que consistía en un colchón y una manta en el hangar, donde seguía atada a la pared. Me habían dejado más capacidad de movimiento en los últimos días, pero aún estaba retenida allí.

El siguiente paso, dije, *es contactar con M-Bot. Tendré que cargarlo en los sistemas de la nave para robarla*.

Excelente, respondió Chet. *Dale recuerdos míos a la abom… a la IA.*

Te agradezco que intentes pensar así en él.

Si a mí se me ha juzgado mal, dijo Chet, *también yo puedo juzgar mal. Sigue sin parecerme conveniente tener una IA cerca, pero sé que es una reacción visceral, un instinto. Lo que debería hacer es creer lo que dices tú sobre su personalidad. Quizá si lo hubiera hecho antes, no te habría dado motivos para desconfiar de mí*.

Hice una mueca, como cada vez que Chet sentía dolor durante nuestras comunicaciones.

De todas formas, envié, *tengo un plan para hablar con M-Bot. Solo me falta encontrar una pieza de nave estelar que esté en muy mal estado*.

Cuando nuestra conversación terminó, empecé a adormecerme, pero me detuve a mí misma antes de perder el sentido del todo. Intenté establecer contacto con Jorgen, pero había algo que me lo impedía. Como una especie de

extraña neblina que flotaba a mi alrededor y bloqueaba mis intentos. Aún no sabía muy bien qué pensar de eso, pero… ya lo había visto en otras noches recientes, ¿no?

La mañana siguiente, Maksim dio una palmada y, con gesto ceremonioso, soltó mi línea de luz y la apagó.

—Te has ganado un poco más de manga ancha. Órdenes de Palo. —Se inclinó hacia mí—. No la fastidies, si puedes evitarlo.

Me froté el cuello. Mi instinto natural era el de salir corriendo. Lo contuve.

—Gracias —dije, levantándome para estirar los músculos.

¿Tanta confianza me había ganado por parte de los Costaderos en solo cuatro días? No, habían sido ya cinco, ¿verdad? En todo caso, aquello estaba yendo de maravilla.

—Tenemos engranajes que engrasar —dijo Maksim.

—Más engranajes no, por favor —repliqué—. Creo que debería ser mucho más útil, demostrar lo que valgo a Palo. Dime, ¿qué es lo más averiado que tenéis aquí dentro?

—Lo cierto es que no lo sé —respondió Maksim, aunque señaló uno de los cazas—. Pero el destructor izquierdo de Escalofrío está haciendo cosas raras. Si pudieras repararlo…

Asentí y fui a consultarlo con Nuluba, que tenía una zona de oficina al fondo del hangar. La varvax autorizó el trabajo y al poco tiempo ya me encontraba bajo el ala del caza estelar, trasteando con el destructor defectuoso. Le salía un pringue negro por una junta, y olía todo a rayos.

—Uf —dije—. ¿Cuánto tiempo lleváis sin hacerle el mantenimiento a esto?

Había un gran cristal azul con forma de prisma en un taburete a mi lado. Lo sostenía en su sitio una especie de costra de cristales más pequeños, que se extendía hasta el suelo, subía por la rueda y entraba por el costado en la cabina del caza estelar.

El cristal más grande que tenía cerca vibró con un tono reverberante. Yo jamás lo habría identificado como un idioma: me sonaba casi como el ruido que hacía un motor cuando estaba a punto de atascarse. Pero mi alfiler sabía más que yo e interpretó el repiqueteo en palabras.

—Hace ya meses —reconoció el cristal—. Puede que más. Cuesta mucho llevar la cuenta del tiempo aquí.

—¿Meses o más? —exclamé, incrédula—. ¡Los destructores hay que revisarlos cada semana!

—No queríamos abrir el armazón, sabiendo lo dañado que está —dijo el cristal—. Pensábamos que podríamos dejarlo irreparable.

—Siempre es mejor prevenir que reparar —afirmé.

—Sabias palabras —respondió el cristal—, pero aplicables solo en caso de tener acceso a medidas preventivas.

El cristal era una criatura alienígena conocida como resonante. Aquella, cuyo nombre se traducía como Escalofrío, me había dicho que era una resonante femenina «esta vez». Todo su cuerpo estaba hecho de cristal que podía crecer a voluntad. Escalofrío ocupaba todo el interior de la cabina del caza igual que los minerales llenan una geoda.

La parte con la que estaba hablando en esos momentos, la gema más grande, se había formado muy deprisa al ver que me acercaba para inspeccionar la máquina. Yo suponía que aquello debía de ser como un brazo o algo parecido, una «extremidad» que Escalofrío podía extender para interactuar con otros. La gema grande del extremo no parecía necesaria, y de hecho me daba la impresión de que la creaba para dar a los demás algo a lo que dirigirse al hablar con ella.

Mi intento de robar una nave había estado condenado desde el principio, ya que había escogido un vehículo cuyas partes electrónicas y controles estaban recubiertos por el cuerpo de Escalofrío. Lo normal era que un resonante se quedara en un mismo sitio durante una «encarnación» entera, que por lo que había averiguado solía durar alrededor de cincuenta años. En esa ocasión, Escalofrío se había hecho crecer a sí misma por toda la nave estelar, llegando casi a habitarla como podría hacer una inteligencia artificial. O mejor dicho, como una quimera.

—Oye, Escalofrío —dije mientras empezaba a desatornillar la carcasa del destructor para echar un vistazo dentro—, ¿has oído hablar alguna vez de una especie conocida como las quimeras?

—En efecto —respondió ella—. Qué individuos más raros y misteriosos. Nunca he conocido a ninguno, pero siempre me han fascinado.

—Estaba pensando que se parecen un poco a tu especie —comenté.

—¿En qué sentido?

—Bueno, ellos también vienen a *habitar* una nave espacial. Igual que… no sé, igual que un alma dentro de un cuerpo.

—Es una perspectiva fascinante.

El tono me recordó a las veces en que Kimmalyn me respondía «Benditas sean tus estrellas» a algún comentario estúpido mío.

—Me parece que no estás muy de acuerdo conmigo —dije.

—Aunque encuentro algunas lagunas en tu lógica, estoy segura de que lo comprenderé mejor después de meditar sobre tus palabras.

Casi me había olvidado de lo conciliadora que podía ser la gente que venía de la Supremacía. Aquello era un verdadero grupo de piratas que me habían pillado intentando robarles, y me habían tratado casi como a una invitada. Me habían encadenado, sí, pero de todos modos…

—Puedes avisarme si he soltado alguna idiotez —dije mientras aflojaba los tornillos del armazón—. No voy a ofenderme.

—No solemos actuar así.

—Eres piloto de caza estelar —repuse—. Sales ahí fuera cada semana a luchar. ¿No puedes discutir conmigo un poquito?

—Peonza, mi especie evolucionó como individuos inmóviles que pasaban décadas enteras unos al lado de otros. Discutir no está en nuestra naturaleza. Al contrario que las especies motrices, nosotros no podemos marcharnos sin más cuando nos enfadamos unos con otros.

Vaya. Sí, la verdad era que tenía sentido.

—Pero —añadió Escalofrío—, en aras de ampliar la comprensión de ambas, deja que me explique. Has sugerido que soy como una quimera por la forma en que ambas especies controlamos una nave. Me resulta una observación superficial, ya que según ella nos parecemos en lo mismo en que se parecerían dos especies cualesquiera que utilicen extremidades para mover los controles, por muy distintas que puedan ser sus culturas, sus cuerpos o sus mismas composiciones químicas.

—Sí, ahora me doy cuenta —dije—. La verdad, puede que solo sea que echo de menos a mis amigos.

—Lo entiendo —respondió Escalofrío—. Yo también echo de menos a mis siete compañeros de caverna. Crecí para formar parte de ellos en tres encarnaciones, y ahora…

Yo dudaba mucho que un ser cristalino pudiera llorar. Pero el repiqueteo que llegó a continuación me lo recordaba mucho, y el alfiler no interpretó los sonidos como palabras.

—Eh —dije, sacando por fin el último y tozudo tornillo—. Algún día encontraremos la forma de salir de aquí.

—Por supuesto que lo haremos —dijo Escalofrío—. Claro que sí.

Aquellas palabras también me daban la misma impresión que algo que diría Kimmalyn. Ellas dos se llevarían estupendamente. Como mínimo, parecía que a las dos se les daba bastante bien manejarme.

Saqué la carcasa del destructor y arrugué la nariz. Era evidente que el arma tenía alguna fuga en sus entrañas, y que llevaba tiempo soltando fluido. Luego, al disparar el destructor, ese fluido se había calentado y lo había chamuscado todo, dejando un mecanismo muy corroído y lleno de una ceniza negra descascarillada.

«Es perfecto», pensé, con cuidado de que no se me notara la emoción. Había querido encontrar algo roto, pero algo que hubiera que reparar y también limpiar era mejor incluso.

En voz alta, dije:

—Tirda, menudo desastre.

—Resueno con eso —respondió Escalofrío—. Y ya me temía que pudiera ser así.

—Tardaré bastante en limpiarlo —dije—. Voy a sacarlo de la nave por el momento, así que te faltará un destructor si tienes que volar.

—Por desgracia, la naturaleza de nuestra existencia a menudo exige que volemos en condiciones menos que óptimas —afirmó Escalofrío—. Te deseo velocidad y autorrealización trabajando en nuestras reparaciones, Peonza.

—Gracias —respondí.

Fijé un pequeño anillo de pendiente portátil a la parte inferior del mecanismo y empecé a desengancharlo del ala. Eso me llevó como media hora, pero, cuando hube terminado, pude bajar el destructor al suelo usando un mando a distancia.

El arma tenía más de metro y medio de longitud y una forma como de misil. Con la carcasa retirada, era toda cables a la vista y piezas chamuscadas. Al llevármelo flotando, pude entrever el exterior por la puerta trasera del hangar, y tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no salir corriendo al instante y desenterrar la insignia de mi padre. Pero sabía que allí fuera estaría a salvo. Mucho más que en mi poder.

Llevé flotando el destructor desmontado al escritorio de Nuluba, que estaba catalogando piezas saqueadas. A la varvax le gustaba llevar la cuenta de esas cosas, lo que a mí me resultaba sospechoso. ¿Quién se convertía en pirata para hacer papeleo?

—Esto no tiene nada de buena pinta, Nuluba —le dije, señalando el destructor—. Ni siquiera sabré qué partes tienen arreglo hasta que lo haya limpiado bien, y solo eso ya podría costarme semanas.

—Caramba, caramba —respondió Nuluba, levantándose para inspeccionar el destructor. Al igual que otros de su especie, gesticulaba con las manos de su exoesqueleto al hablar y proyectaba el sonido por ambos

lados de la cabeza—. No tenemos otro de repuesto, y ya hay otros cuatro destructores defectuosos. Peonza la cautiva, ¿no hay manera de acelerar esta reparación?

—Pero ¿no lo estás viendo? —dije, con un gesto hacia el destructor.

Nuluba suspiró.

—Supongo —añadí, fingiendo que pensaba— que mi viejo robot limpiador podría trabajar más rápido. Pero no sé dónde lo tenéis.

En el momento en que lo dije, me pareció un intento torpe. Los varvax eran una especie bastante astuta y seguro que Nuluba descubriría al instante lo que estaba haciendo.

—¡Oh! —exclamó—. Qué buena idea. Un momento, que te lo traigo.

Sentí una inmediata punzada de alarma. Había sido demasiado fácil, ¿no? Pero la varvax se marchó y al cabo de menos de un minuto regresó al hangar con el dron de M-Bot flotando a su lado. Yo llevé el destructor con cautela hasta un banco de trabajo que había cerca de la esquina. Nuluba dejó el dron conmigo y volvió a su trabajo como si no estuviera sucediendo nada fuera de lo habitual.

Sin embargo, mientras miraba a M-Bot, estaba bastante segura de que vi a Nuluba vigilándome. Así que… ¿era posible que aquello fuese algún tipo de prueba? Tendría sentido. Seguro que los Costaderos ya esperaban que en algún momento les pidiera utilizar el dron. Aun así, me parecía raro que lo hubieran permitido después de tan poco tiempo trabajando juntos.

Quizá le hubieran puesto algún tipo de escucha. Si intentaba hablar con M-Bot, ¿los alertaría?

«No creen que sea una IA —me recordé a mí misma—. Creen que solo es una especie de robot espía».

En cualquier caso, tenía que arriesgarme. Me arrodillé para abrir el lado del dron donde estaban los controles y fingí activar algunos programas. Entonces susurré:

—Hola.

—Deberías saber —respondió él en voz muy baja— que me han instalado unos programas de monitorización muy básicos.

—La verdad es que es un alivio —susurré—. Me preocupaba que fuese demasiado fácil haberlos convencido de que me dejen trabajar contigo. Supongo que puedes ocuparte de esos programas, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo él—. Intento no ofenderme demasiado por el barrido que han intentado hacerme buscando inteligencia artificial. Vendría a ser el equivalente a darme de comer veneno. Por suerte, en este caso el intento

se ha hecho con una cuchara cómicamente grande y un letrero enorme en el que ponía: «No soy veneno». He podido eludirlo sin problemas, pero, como suele decirse, la intención es lo que cuenta.

—Muy bien, pues —respondí—. Necesito que finjas que he introducido un código para acceder a parte de tu programación oculta, que parezca que te he configurado para grabar todo lo que se diga cerca. Así podrán encontrar algo que no sea demasiado sospechoso. Después de eso, haz como si hubiera activado tu protocolo de limpieza a fondo y reparación.

—Estupendo —dijo él—. Esto… ¿Qué protocolo de limpieza a fondo y reparación?

—El del dron original. Ah. Eso lo borramos, ¿verdad?

—Lo que no borraste tú lo eliminé yo al cargarme en memoria —susurró M-Bot—. No iba a conservar unos protocolos de limpieza cuando apenas había espacio para mí mismo, mis bases de datos sobre setas, las copias de seguridad de las bases de datos sobre setas y las copias de seguridad de las copias de seguridad.

—Bueno, tú finge que te pones a limpiar conmigo y por lo menos haz que parezca que existen algunos de esos programas. Les he dicho que tardaría semanas en reparar este destructor sin tu ayuda, pero lo cierto es que no tengo ni idea. Solo quería una excusa.

M-Bot obedeció y empezamos a trabajar los dos. Por suerte, M-Bot identificó enseguida el compuesto quemado y sugirió un tipo concreto de disolvente para limpiarlo. Aunque no tuviera rutinas de limpieza, su base de datos química resultó de lo más útil. Lo cual nos convenía, porque en realidad yo no tenía ni la menor idea de cómo reparar un destructor averiado. Aquello superaba con mucho las tareas de mantenimiento básico que me había enseñado Gali.

Me quedé en aquella esquina y seguí parloteando, sobre todo conmigo misma, para no salirme del personaje. Cuando no había nadie más cerca, M-Bot podía responderme. En sus bases de datos sí que había muchos diagramas detallados de naves estelares, así que, mientras seguíamos quitando pringue negro, fue señalándome los problemas que tenía la máquina. Los numerosos y graves problemas.

—Creo que debería ofenderme en nombre de esta arma —dijo M-Bot—. Seguir disparando esto era el equivalente en máquina de… de…

—¿De obligar a tu pobre caballo de batalla a seguir galopando después de perder una herradura y recibir un flechazo en el costado? —sugerí.

—Buen símil —dijo él.

—Gracias —respondí. Estaba tumbada en el suelo, intentando retirar con delicadeza un poco de pringue sin arrancar unos tubos de refrigerante—. Me alegro mucho de oír tu voz, M-Bot. Siento haber hecho que nos capturaran.

—Bueno, he encontrado unos mohos interesantes en el otro hangar. Son un poco como setas a dieta, así que esa parte ha sido agradable. ¿Qué le ha pasado a Chet?

—Salió herido —dije—, pero escapó. Puedo hablar con él por medio de la citónica. Está recuperándose, y le gustará saber que tú y yo hemos contactado.

—¿Estás segura? —preguntó él—. Sigue pensando que soy una abominación.

—Está mejorando en eso.

—Quizá no debería —respondió M-Bot. Ya tenía el volumen de voz muy bajo cuando hablaba conmigo, pero parecía haber algo incluso más… sigiloso al tocar ese tema—. La forma en que los piratas han intentado asegurarse de que no hubiera ninguna IA en mí, llegando al extremo de inyectarme un programa de barrido, indica que Chet podría estar en lo cierto. ¿Y si de verdad soy una abominación?

—Le gente cree que los humanos también somos abominaciones —respondí, soltando un buen trozo de pringue—. Lo consideran algo tan verificable como el protocolo militar o los registros de personal. Pero es erróneo del todo.

—Los rumores sobre las inteligencias artificiales debieron de empezar en alguna parte.

—Claro —dije—, como los rumores sobre los humanos. En fin, por lo visto intentamos conquistar la galaxia *tres* veces. Pero eso no nos convierte en monstruos. Solo en unos tiranos muy poco eficaces.

Cada vez se me hacía más complicado encajar lo que habían hecho mis antepasados con las historias que me contaba la yaya. Era fácil considerarte a ti misma una heroína cuando combatías para resistirte a un enemigo vengativo empecinado en el exterminio. Pero ¿qué pasaba cuando era tu bando el que conquistaba? ¿Cuánta gente como Morriumur, cuántes diones normales y corrientes que intentaban demostrar su valía, habían muerto en las guerras desatadas por mi pueblo?

Eso me incomodaba. Siempre citaba a Alejandro Magno y a Gengis Kan porque, cuando nos enfrentábamos a la aniquilación, necesitábamos esa clase de coraje. Pero ambos hombres, según confirmaban las bases de datos de M-Bot, habían sido unos asesinos en masa a una escala terrorífica.

Mi vida había sido muchísimo más sencilla cuando combatía a unos nebulosos «krells» y no a personas de verdad.

—Spensa —dijo M-Bot mientras se acercaba flotando—. Gracias. Por seguir siendo mi amiga. A pesar del peligro potencial.

—Gracias a ti —repuse—. O sea, vamos a ser realistas. Si uno de los dos termina siendo responsable de la muerte del otro, ¿quién va a ser? ¿El robotito puntilloso que adora las setas? ¿O el terror de metro y medio que una vez intentó convencer a su mejor amigo de dejarse arrancar la cabellera para poder hacer la primera muesca en el mango de su hacha de juguete?

—Madre mía —dijo M-Bot.

—Que conste —apuntillé— que la yaya no se había explicado bien y yo pensaba que arrancar la cabellera a alguien significaba solo dejarlo rapado, pero usando una espada o un hacha. Sonaba muy molón.

M-Bot se quedó callado mientras Nuluba pasaba cerca con una tableta, apuntando cosas. Yo murmuré para mí misma, como si hablara a los pegotes negros mientras M-Bot rociaba disolvente.

Al cabo de un tiempo habló de nuevo, en voz muy baja.

—Spensa, este destructor tiene algo raro.

—¿Aparte de que parece haberse fosilizado en un pozo de alquitrán?

—Aparte de eso, sí. ¿Ves esas dos cajas instaladas a los lados del arma? Son modificadores de salida. En general se utilizan para incrementar el calor de un arma, si quieres, por ejemplo, atravesar protecciones metálicas. O también para disminuir la intensidad del disparo en los entrenamientos.

—¿Y qué hacen estos dos?

—No hay forma de saberlo —respondió M-Bot—. Están quemados del todo por el uso excesivo. Pero ¿no te has dado cuenta de que los Costaderos nunca pierden ni una sola nave?

—Sí que me había fijado —dije—, pero puede que tengan suerte y ya está. Solo han hecho un par de salidas desde que llegamos aquí.

—También es verd… Anda.

—¿Qué? —pregunté.

—Acabo de contar el número de salidas que he observado. Resultan ser diez.

—Imposible —objeté—. ¿Diez combates en cuatro o cinco días?

—Sí que es raro, s… Oh.

—¿Oh?

—He tenido que recalibrar mi cronómetro interno —dijo él—. Llevamos con los Costaderos casi *dos semanas,* Spensa.

El paño con el que estaba limpiando se me cayó de las manos. Parpadeé, intentando recordar. ¿Cuántas veces había dormido? Se me confundían unas con otras…

—Tirda —dije—. ¿Cómo es que no te has dado cuenta?

—No tengo ni idea —respondió con un hilo de voz—. Supongo que estoy más vivo de lo que pensaba y experimento algunos de los mismos efectos que tú. De hecho, carecer de una consciencia del tiempo parece encajar con lo que sabemos de los zapadores.

Bueno, eso explicaría por qué los demás habían confiado en devolverme a M-Bot «tan pronto». Porque no era pronto.

Fuera como fuese, a mi cerebro le costaba encontrarle sentido. Con un esfuerzo que casi fue doloroso, repasé las reparaciones que había hecho. Desmontar el tren de aterrizaje de las cuatro naves. Hacer mantenimiento a los propulsores. Reparaciones leves en las alas.

Al momento, extendí mis sentidos hacia Chet.

¿Has podido contactar con la IA?, me preguntó.

Sí, pero… Chet, ¿cuántos días crees que llevo aquí dentro, capturada?

¿Seis?, aventuró él. *Pero he estado durmiendo mucho por la herida. Es posible que sean siete u ocho*.

Catorce, le dije.

Se quedó callado un momento. Luego sentí el equivalente emocional a un suspiro.

Es peligroso quedarse en un sitio mucho tiempo, dijo. *Estas cosas pasan, Spensa. Lo siento*.

—¿Puedes establecer alarmas? —pregunté a M-Bot—. ¿Alertas de calendario? Deberíamos empezar a ponernos agresivos para reconocer el paso de los días. A ver si podemos estar más concentrados.

—Sí. Sí, es buena idea…

Pero noté preocupación en su voz. Aunque Chet ya se esperase que pasaran esas cosas, me parecía rarísimo que pudieran afectar a M-Bot. Recordaba haber dormido, pero descubrí que no podía contar las veces que lo había hecho. Aquel lugar me trastocaba la noción del tiempo de forma que lo volvía dificilísimo.

¿Dos semanas? En ese tiempo, durante una guerra, podían cambiar muchas cosas. ¿Mis amigos estarían bien? Tenía que acelerar mis planes de huida. Tenía que hallar la forma de cargar a M-Bot en un caza estelar. A ser posible, en uno que no tuviera a una criatura alienígena cristalina ocupándolo.

20

Te seré sincero —dijo Maksim, apoyado en el caballete, con una llave colgando de un dedo—. Siempre he pensado que me pasaba algo. Desde pequeño me enseñaron lo malos y furiosos que éramos los humanos por naturaleza, pero yo no sentía nada de eso, ¿sabes?

»Bueno, mis dueños suponían que era su entrenamiento lo que me mantenía controlado. Tenían todo un proceso terapéutico que decían que "curaba" la agresividad, que es por lo que les dieron los permisos para tener un niño humano. Me compraron cuando tenía nueve años y me hacían quedarme sentado y canturrear.

Alcé la mirada de mi pantalla de diagnóstico, en la que había estado preparando con disimulo el siguiente paso de nuestro plan. Palo había mencionado que el escáner de la base necesitaba mantenimiento y, aunque no me habían dicho cuándo pensaban hacérselo, quería estar preparada cuando sucediera. De momento, hacía todo lo posible por encajar. Y lo cierto era que me gustaba charlar con los demás.

—¿Te hacían canturrear? ¿En plan… ya sabes…? —Tarareé.

—Exacto —dijo Maksim—. Me sentaban en una alfombrilla y me ponían a canturrear. Durante horas seguidas. Decían que era un «proceso patentado» especial. ¿Sería el tono en que tarareaba lo que lo distinguía? Aún no lo sé, la verdad, y eso que me tuvieron veinte años haciéndolo.

—La terapia contra la agresividad es todo un negocio, Peonza —dijo Nuluba, sentada cerca en el suelo repasando unas hojas de cálculo—. Hay muchos padres aterrorizados con que su hijo pueda ser demasiado agresivo. Pagan auténticas fortunas por los tratamientos. Por cualquier tratamiento.

—Es un fracaso —intervino Escalofrío, haciendo repiquetear su cristal desde el lugar donde había crecido, sobre una caja—. Aunque el tratamiento del tarareo suena… inusual, hay disponibles terapias más razonables. Creo que mucha gente de la Supremacía se esfuerza en crear una sociedad mejor, pero… algunos nos cuestionamos si nuestros objetivos son dignos. El sistema entero vibra con un tono inestable. Se agrieta a sí mismo con esos sonidos. A veces somos demasiado… corteses para aceptarlo.

Maksim asintió. La barba hacía que pareciera mayor que los treinta y pocos años que tenía en realidad. Yo siempre había imaginado que una barba

larga e hirsuta daría a un hombre aspecto de guerrero. Maksim me desengañaba de esa imagen. Parecía mucho menos un guerrero que un tipo que se hubiera perdido vagando por las cavernas.

Su actitud despreocupada, en cambio, me despertaba la curiosidad. Había dado por hecho que todos los humanos cautivos serían tan intensos como Brade. Pero aquel hombre siempre estaba tan relajado que podría haber ganado un concurso de siestas contra… contra alguien a quien conocía…

Contra *Nedd*. Eso era. ¿Cómo se me había olvidado el nombre de Nedd? Maksim podría haber hecho una competición de siestas contra Nedd y aguantaría el tipo.

—Aprendí a comportarme como un verdadero salvaje —dijo Maksim, sonriendo—. Gruñía, enseñaba los dientes y hasta movía las manos y decía: «Boingar, boingar». Les expliqué que era el grito de guerra de mi clan. A mis padres les habría hecho gracia. No teníamos ningún clan. Solo éramos una pequeña familia que intentaba llevar una vida lo más normal posible en un laboratorio de investigación.

Entonces apartó la mirada, como solía hacer cuando mencionaba a sus padres. Le habían prohibido todo contacto con ellos después de venderlo a la pareja de varvax. Ya no recordaba sus caras. Había pocos piratas que llevaran allí tanto tiempo como para olvidar por completo su pasado, y muchos habían estado siempre en grupo, lo cual ralentizaba el proceso. Pero por lo que tenía entendido, los efectos aparecían de todos modos.

—La Supremacía te falló, Maksim —dijo Nuluba—. Escalofrío tiene razón, aunque yo voy a decirlo con palabras más fuertes que ella. Te falló, igual que ha fallado a tantos.

Yo había estado muy atenta a Nuluba aquellos últimos días. Tenía un aspecto imponente en su exoesqueleto parecido a un caparazón. ¿Sabría la varvax que estaba planeando mi huida? ¿Estaría vigilándome igual que la vigilaba yo a ella?

—¿Y a ti? —le pregunté, intentando sonar desenfadada—. ¿A ti también te falló la Supremacía?

—En cierto modo —dijo ella, y el visor del exoesqueleto reveló a la pequeña criatura parecida a un cangrejo que era su verdadera forma—. O yo le fallé a ella. Era burócrata.

—En el gobierno, supongo. —A decir verdad, no sabía muy bien cómo hacían las cosas otras naciones—. ¿Tenías un puesto muy elevado?

—¿Elevado? —Nuluba movió los brazos, al parecer divertida—. Todo el mundo da siempre por hecho que los varvax estamos al mando y que debemos

de ser muy importantes. ¡Te aseguro que no es así! Caramba. Algunos sí lo son, Peonza de los humanos, pero yo no. Estaba destinada en un departamento irrelevante de un servicio al que nadie hacía mucho caso. Vivía en Tuma.

—Eso no lo sabía —dijo Maksim—. Vaya.

—¿Tuma? —pregunté.

—Un sitio muy propenso a los temporales de lluvia ácida —explicó Maksim—. Pero tiene cerca buenas granjas de recursos. Automatizadas, en su mayoría. Es un lugar barato donde vivir. Muy barato.

—Sí —dijo Nuluba—. Yo hacía análisis de clientela para las granjas de metano. Disponía de muchísima información, incluyendo las estadísticas poblacionales de un buen número de planetas, así que podía evaluar las tendencias en el uso de recursos. Pasé demasiado tiempo con esos datos, me imagino. —Entonces nos dio la espalda y bajó los brazos. El exoesqueleto imitaba los movimientos de su pequeño cuerpo de cangrejo en el interior—. Empecé a hacer preguntas. Demasiadas preguntas. Me arrojaron aquí dentro casi antes de darme cuenta de lo que pasaba.

Fruncí el ceño para mí misma y volví al trabajo. ¿Qué ocultaba Nuluba? Los varvax no dejaban de desconcertarme. Por ejemplo, había averiguado hacía poco que los exoesqueletos inorgánicos llenos de líquido no eran auténtica tecnología, sino que de algún modo crecían y estaban conectados al sistema nervioso del varvax. ¿Cómo funcionaba eso?

—En la Supremacía hemos fallado a mucha gente —dijo Escalofrío—. A veces una crece hasta ser tan grande y está tan cómoda que le da la impresión de que la caverna debe de ser la adecuada, porque es lo que siempre ha sido. Te acostumbras a ella y estás bien, así que todos los demás deben de estar igual de bien. Resuenas de confianza en ti misma y no haces caso a las rocas sueltas que un día podrían hacer que se derribe la caverna entera, aplastando a todos los cristales que viven allí.

Los demás asintieron. Yo seguí con mi diagnóstico. Estaba trabajando en la cuarta nave, la que había sido un transporte civil al que estábamos añadiendo armamento. Ese día mi tarea consistía en asegurarme de que los sistemas de objetivo de la nave estelar, que acabábamos de instalar, funcionaran bien.

Teniéndolo todo en cuenta, mi plan para robar aquella nave estaba yendo bien. M-Bot y yo habíamos cumplido con firmeza nuestro objetivo de medir el paso del tiempo durante los últimos dos días, así que me sentía más al mando, más decidida. Más concentrada.

Lo más difícil de todo era la sensación de que estaba engañando a los miembros del Escuadrón Alfanje. A Maksim, a Escalofrío, a Nuluba. Hasta a la silenciosa Dllllizzzz, la otra resonante del equipo. Rara vez hablaba, aunque también ella había hecho crecer un cristal cerca de donde estábamos trabajando, que de vez en cuando vibraba al tono de lo que decía alguien, supuse que para expresar aprobación o acuerdo.

Una parte de mí, casi por naturaleza, quería ver a aquel grupo como mi nueva familia y crearme un hogar entre la gente del Escuadrón Alfanje igual que había hecho junto a mis otros compañeros de armas. Pero no podía permitirme crear un vínculo con ellos como el que había establecido con Hesho, Vapor y Morriumur. Por suerte, identificaba el impulso y podía resistirme a él aplicando un poco de cinismo táctico.

«Recuerda que te encerraron —me dije—. Recuerda que son un hatajo de piratas, no un verdadero ejército».

En teoría, cuando completásemos el diagnóstico, la nave estaría preparada para entrar en combate. Maksim iba a pilotarla, y yo sería su personal de tierra.

—Entonces, cuando vueles —le dije—, ¿será para combatir a otras facciones piratas?

—Sobre todo —respondió él—. Hasta que ataquemos a la Supremacía. Palo no deja de hablar de una ofensiva a gran escala contra ellos, aunque están bastante bien surtidos de cazas.

—Pero nosotros tenemos una ventaja —intervino Escalofrío—. Algo que no tiene ninguna otra facción. Palo y su… pasado.

Aquello era nuevo. Intenté mostrar la cantidad adecuada de curiosidad, pero sin pasarme de ansiosa. ¿Palo tenía un secreto? Quizá con unos días de trabajo pudiera convencerlos de que…

—¡Ah, es verdad! —exclamó Maksim—. Tú no estás al tanto, ¿verdad, Peonza? Palo era una oficial de la Supremacía. Jefa de seguridad en la base minera.

O también podían decírmelo sin más.

—Jefa de seguridad en la base —dije—. Parece un puesto importante.

—¡Ya lo creo! —convino Maksim—. Era la segunda al mando de toda la base Fuerteseguro. Así que sabe un montón de cosas sobre sus instalaciones, sus protocolos de combate y esas cosas.

—¿Y lo dejó para hacerse pirata? —pregunté.

—Fue más bien que la echaron —dijo Maksim.

—Es cuestión de política, Peonza —explicó Nuluba—. Palo es de las pocas personas aquí dentro, piratas o trabajadores, que entró en la ninguna-parte por decisión propia. Aceptó el trabajo porque le serviría en su carrera y nadie más estaba dispuesto a hacerlo. Aquí dentro la mayoría somos disidentes, como Maksim y yo, y ni siquiera los trabajadores vienen porque quieren. Pero tampoco son exiliados del todo, ¿verdad, Escalofrío?

—Yo era operadora de maquinaria industrial —me dijo Escalofrío haciendo vibrar su cristal—. En las minas de Fuerteseguro. Me enviaron aquí dentro por culpa de un accidente allá en casa, que en términos estrictos fue responsabilidad mía. Nos dicen que, si trabajamos bien diez años en la ninguna-parte, nos dejarán marchar, pero luego es muy raro que lo hagan.

—Entonces ¿tienen un portal? —pregunté—. ¿Hacia el exterior?

—Sí —dijo Escalofrío—. Está dentro de la base, pero las entradas y las salidas están controladas rigurosamente.

Por tanto, ahí tenía una posible salida para cuando terminara de seguir la Senda de los Ancianos, aunque no veía con muy buenos ojos mis posibilidades de llegar a ella. Colarme en una base de la Supremacía e ingeniármelas para cruzar aquel portal tan bien vigilado no parecía muy buena opción.

—¿Dices que no es normal que dejen salir a la gente cuando han pasado sus diez años? —pregunté a Escalofrío.

—Los oficiales siempre buscan excusas —intervino Nuluba en voz baja—. Motivos para retener a los trabajadores y prohibirles que se marchen.

—A mí me consideraban «demasiado agresiva» en mis evaluaciones laborales —dijo Escalofrío—. Ojo, no fue culpa de Palo. Ella siempre entregaba unos informes brillantes sobre todo el mundo. Pero había otros ocupándose de que los trabajadores con más talento se quedaran atrás.

—¿Y le hicieron lo mismo a ella? —pregunté, mirando alrededor por el hangar. Palo había estado cerca hacía poco rato. ¿O… había sido un par de horas antes? Tirda.

—Bueno —dijo Escalofrío—, la primera vez renovó contrato por voluntad propia. Creo que quería quedarse para ayudar a los trabajadores a salir. Pero después de pasar veinte años aquí dentro, decidió que quería irse. Y ellos cumplieron el contrato. Eso debió de ser… ¿hace tres años, tal vez? Era el momento de marcharse y…

—¿Y qué? —pregunté.

—Y le dijeron que ella podía irse —explicó Nuluba—, pero que sus hijos tenían que quedarse.

Un momento, ¿Palo tenía hijos?

—Ellos no iban incluidos en el trato, ¿entiendes? —dijo Escalofrío—. Según la Supremacía, tenían que quedarse diez años trabajando, porque los dos eran jóvenes pero ya adultos, antes de poder marcharse. A Palo no le sentó nada bien. Sus gritos aún me resuenan hoy en día.

—Tirda —susurré—. No parece alguien a quien convenga mucho traicionar.

—Podría decirse que no —respondió Escalofrío—. Palo robó un puñado de naves, convenció a más de treinta de nosotros de que la siguiéramos y se marchó para unirse a los piratas. Las facciones se formaron gracias a su influencia, porque tenía el plan grandioso de unirlos contra la Supremacía. Tomar la base entera y defenderla.

Eso sí que me atrapó la atención.

—¡Pero qué bien suena! ¡Deberíamos estar atacándolos!

—Lo intentamos y fracasamos —dijo Escalofrío—. No éramos lo bastante buenos como pilotos. La Supremacía nos dio una buena tunda. Ahora mismo, nadie hace caso a Palo. Las facciones están rotas, peleadas entre ellas. Ya cuesta bastante sobrevivir.

—Yo voy a ser bueno —prometió Maksim—. Aprenderé a volar. Me convertiré en el campeón pirata y los Costaderos volveremos a tener respeto.

—Un momento, un momento —dije, poniendo los ojos como platos—. ¿Hay un campeón pirata?

—Sí, se nos ocurrió hace unos años —respondió Nuluba mientras repasaba sus hojas de cálculo por cuarta vez como mínimo—. Tiene que haber alguien que sea el mejor piloto de todas las facciones, así que ¿por qué no averiguar quién es? Hacemos competiciones de vez en cuando. Duelos en caza estelar. Hace la vida interesante.

Un campeón pirata. Para que pudiera enfrentarme a él en combate singular.

Oh, estrellas. Qué bonito sería.

«No, no, no —pensé—. Nada de duelos. Vas a concentrarte en la Senda de los Ancianos».

Pero…

Campeón. Pirata.

—Ganaré —aseguró Maksim—. Bueno, si Escalofrío no lo consigue antes. Estás volando mucho mejor, ¿lo sabes?

—Resueno con eso —dijo Escalofrío—, y te agradezco el cumplido. Se te da muy bien hacerlos, Maksim.

—¡Gracias! —exclamó él, y luego se inclinó hacia mí—. Escalofrío y yo llevamos ya un tiempo tramando esto. El campeón actual es uno de los hijos de Palo. Ambos se separaron de ella para crear sus propias facciones después de que todos fracasaran en derrotar a la Supremacía. No quieren hacer ni el menor caso a lo que diga Palo, pero a lo mejor, si les bajamos un poco los humos, eso cambia.

Era difícil resistirse a la idea de ser campeona pirata, pero tenía que centrarme. Desenchufé de golpe la herramienta de diagnóstico del conector frontal de la nave en la que había estado trabajando.

—Los sistemas de objetivo siguen necesitando recalibrarse —dije con un suspiro, y enseñé la pantalla a Nuluba.

—Pues vaya —respondió la varvax—. Creía que eso ya lo habías hecho.

—Dos veces —dije—. La programación debe de ser incompatible con algún protocolo de a bordo. Hay que borrarlo todo y cargarlo desde cero.

—Hazle también otro diagnóstico con una maquina distinta —me sugirió ella—. Podría ser que el problema estuviera en este aparato.

—Bien pensado —respondí.

Fui al trote hasta el lugar donde el dron de M-Bot estaba sacando brillo al destructor recién reparado en el que habíamos trabajado. Lo agarré.

—¿Estás preparado? —susurré.

—Sí —dijo él—. ¿Has averiguado cuándo van a desactivar la unidad sensorial?

—No —respondí—, pero ahora tenemos una oportunidad de cargarte en la nave. Creo que deberíamos aprovecharla.

—Entendido.

Avisé a Chet.

Operación «A la tercera va la vencida» en marcha, Chet.

Buena suerte, Spensa, dijo él. *Procuraré no distraerte comunicándome y me quedaré aquí sentado, ¡fingiendo que no estoy tan nervioso como un* jockey *en su primera carrera!*

Sonreí al imaginarlo entretejiendo juncos para hacer zapatos de forma compulsiva, que era a lo que recurría cuando estaba nervioso, para practicar sus técnicas de supervivencia. Habíamos estado hablando de cómo podría ayudar, dado que tenía la herida ya casi curada del todo. Cuando tuviera lugar el robo, se acercaría a hurtadillas para estar preparado. Pero de momento era mejor que siguiera escondido.

Esperando que nadie se diera cuenta de lo inquieta que estaba, llegué y conecté a M-Bot a la nave. No era la más rápida de los tres cazas: de hecho,

era un montacargas con pretensiones, no un verdadero caza estelar. Pero era la única opción que tenía.

Fingiría que había algún problema con el dron y dejaríamos a M-Bot oculto en los discos duros de la nave hasta el momento adecuado. Cuando el escáner estuviera desactivado, y quizá después de haber tenido ocasión de sabotear las otras naves sin hacer daño a las resonantes. Hecho eso, escapar y recoger a Chet debería ser coser y cantar.

M-Bot dio un pitido al establecer la conexión y empezó a transferirse a sí mismo. La carga duraría unos treinta minutos. Necesitaba alguna cosa que hacer para no estar subiéndome por las paredes. Así que me senté al lado de Nuluba y empecé a revisar una caja de chatarra.

Me preocupé de no mirar hacia el dron. Los demás no parecieron reparar en mi nerviosismo, ni siquiera Nuluba.

—Las cosas sí que son distintas ahí fuera —estaba diciendo la varvax—. Cuando salí con Escalofrío en aquella misión de rapiña hace unas semanas, me noté distante. Aunque tenía a gente alrededor en las naves, me costó más recordar mi pasado de lo que me cuesta nunca aquí, en los hangares.

—Y empeora cuanto más hacia el centro estás —dijo Escalofrío—. La explotación minera es lo más cerca del centro que yo querría ir nunca.

Eso me hizo pensar.

—Entonces ¿en esa zona más cercana al fogonazo no vive nadie?

—¿En la Tierra de Nadie? —preguntó Escalofrío—. Que yo sepa, no, no vive nadie. Es… un sitio raro. El tiempo se distorsiona. Hay algo allí, en el centro, mirando hacia fuera.

—La gente que va demasiado hacia el centro tiene visiones extrañas —dijo Nuluba—. Experiencias extrañas.

—Sí —convino Maksim—. Más vale ni acercarse por allí. El cinturón ya es bastante raro. ¿Os imagináis que empezáramos a ver cosas que no existen?

—No está tan mal.

Me sobresalté. ¿Esa última voz era la de… Dllllizzzz? No la había oído hablar nunca. Escalofrío se puso a dar zumbidos emocionados, que el alfiler me tradujo.

—¿Qué decías? ¡Dllllizzzz, has hablado! ¿Es por las cenizas de realidad?

—Yo… vi… —dijo Dllllizzzz con voz suave—. Vi el pasado…

—¿Dónde? —pregunté, inclinándome hacia su cristal, que Dllllizzzz había creado al final de una línea de transmisión que salía de su nave, igual que Escalofrío.

—Ruinas —susurró Dllllizzzz.

Escalofrío intentó que hablara más, pero Dllllizzzz volvió a sus vibraciones de siempre, leves e inarticuladas.

Recapacité sobre lo que había dicho. Había visto el pasado en unas ruinas. ¿Habría topado por casualidad con una parada en la Senda de los Ancianos? ¿Dllllizzzz era citónica?

Escalofrío pidió a Maksim que espolvoreara cenizas de realidad sobre Dllllizzzz, como habían estado haciendo a intervalos regulares desde que me las confiscaron. Presté atención por si Escalofrío le sacaba algo más, pero no hubo suerte. Al cabo de un rato Maksim se sentó a mi lado y me ayudó a revisar la chatarra en busca de cualquier cosa útil.

—Te veo pensativa, Peonza.

—Distraída, nada más —dije.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó—. ¿Estás teniendo problemas para recordar?

—Un poco —reconocí—. Algunas caras de vez en cuando.

—Eso duele —dijo él—. Sé lo que se siente. La parte buena es que seguramente también empezarás a olvidar las caras de tus captores. A mí me pasó demasiado lento para mi gusto.

Maksim seguía creyendo que yo había sido una cautiva humana. Tirda, de pronto me sentí fatal por hacer lo que hacía. Por mentir a aquella gente, por planear robarles una nave y tal vez sabotear las demás.

—Yo no fui cautiva, Maksim —dije. No fue que decidiera revelarles la verdad, sino que se me escapó, más o menos—. Vivía en un enclave planetario humano.

Se le desorbitaron los ojos.

—¿Existen de verdad?

—Uno sí, por lo menos —dije—. Aunque no todo el mundo en la Supremacía cree que deban existir. Había… mucha pelea. Nosotros nos rebelábamos y ellos nos reprimían.

No era del todo cierto, pero me sentó bien compartir algo de mí misma.

—¿Te criaste en una auténtica sociedad humana? —preguntó Escalofrío —. ¿Cómo era?

—Era duro —respondí—. A mi padre lo mataron siendo yo pequeña. Mi familia iba apurada para conseguir comida porque los recursos escaseaban para todos, pero sobre todo para quienes no estaban involucrados directamente en combatir a la Supremacía.

—Así que de verdad es como dicen —susurró Maksim—. Cuando hay humanos juntos… siempre llega la guerra.

—No es así —repliqué—. Eso lo provocó la Supremacía. Mi pueblo no buscaba la guerra, huía de ella. Mi familia y todos los humanos de Detritus eran la tripulación de una inmensa nave estelar, la *Desafiante*. Mi tatarabuela trabajaba en el motor y nuestra nave no pertenecía a los grupos humanos que perpetuaban la guerra.

»El enemigo no nos dejaba en paz. Cuando nos estrellamos en mi planeta natal, intentó exterminarnos. Luego nos apresaron allí. Creo que cualquier sociedad se volvería belicosa en esas circunstancias.

—No te creería si no hubiera crecido tanto cerca de Maksim —dijo Escalofrío en una voz que sonó como un tañido—, que es la persona menos violenta que he conocido jamás.

—¡Eso es porque aún no me has visto en acción! —exclamó él, y dio un gruñido—. Tú espera a que vuele al cielo. ¡Voy a ser temible!

—Seguro que sí —respondió Escalofrío, y vibró de nuevo con un sonido como de campanas, su versión de la risa.

—Yo te creo, Peonza —dijo Nuluba con suavidad, alzando la mirada de sus hojas de cálculo—. Antes hablaba de mi trabajo. Bueno, pues un año estaba analizando las estadísticas poblacionales de planetas pertenecientes a especies con «inteligencia inferior». La idea era escoger dónde debíamos hacer publicidad de entre las zonas que no estaban pagando por nuestros servicios.

»Pero en los datos encontré unas verdades inesperadas. Muchas de las llamadas especies inferiores no estaban sufriendo las tasas de mortalidad por asesinato intraespecie que preveían nuestros modelos. Eran conocidas como especies agresivas, así que sus miembros deberían estar matándose entre ellos a un ritmo espantoso. Y sin embargo… no era el caso.

»Pensé que había dado con una revelación importantísima. Revolucionaria. Creía estar demostrando que nuestras definiciones de agresividad no encajaban con los modelos estadísticos. Dediqué años a reunir información, suponiendo que me reconocerían como una gran pensadora.

—¿A que lo adivino? —dije yo—. Presentaste los resultados a tus supervisores y no tardaron ni un minuto en arrojarte aquí dentro.

—Ni siquiera hubo juicio —susurró Nuluba—. Por la forma en que hablaban, lo que yo había hecho era peligroso, subversivo. El mero hecho de *buscar* pruebas que pudieran contradecir las creencias establecidas se consideraba agresivo. —Se llevó las manos al yelmo de arenisca—. No sé qué le dijeron a Vormel, mi pareja. Ya no volví a verlo. Desaparecí y punto.

Maksim estiró el brazo y apretó el hombro de Nuluba en un gesto de apoyo. Dllllizzzz hizo vibrar su cristal, grave y retumbando, un… sonido reconfortante. La varvax gesticuló agradecida.

Tirda. Era ni más ni menos lo que decía ser, ¿verdad? Una burócrata del montón atrapada en algo mucho más grande que ella. Me noté incómoda al darme cuenta de cómo la había prejuzgado. Ya me había pasado antes, con otros varvax. Era difícil no ver en ellos al pueblo que había oprimido al mío durante años. Incluso entonces, incluso sabiendo lo que sabía.

Al ver a los demás consolándola, me sentí como una intrusa.

Yo había conocido una camaradería como aquella. La había expresado, la había atesorado. Aquella noche que pasé con las demás mujeres de mi escuadrón cuando se negaron a dejarme volver a mi exilio cavernario. Las tardes que pasábamos todos juntos recordando a los compañeros perdidos. En un poderoso momento, vi sus caras. Kimmalyn, Nedd, FM, Arcada, Arturo. Jorgen…

Tirda, cómo echaba de menos a Jorgen. Me descubrí buscando con mis sentidos citónicos. ¿Por qué no había podido volver a localizarlo en mis sueños? Como siempre, cuando traté de alcanzarlo a propósito, encontré solo aquella otra presencia. La presencia familiar que había estado siempre cerca, como un espíritu que me protegía. En esos momentos la noté más alejada. ¿Y enfadada conmigo, por algún motivo? ¿Sería el zapador con el que había contactado? ¿O quizá… algo más personal?

Sé que era una bobada, pero no podía evitar la sensación de que estaba relacionada con mi insignia. Y con mi padre.

Me excusé y los dejé allí reconfortándose entre ellos. Su emoción sincera me hacía sentir náuseas. Mientras iba hacia un arcón para dejar las piezas que había separado de la chatarra, reparé en algo que antes había pasado por alto. Había una persona voluminosa sentada en la sombra, cerca de las puertas cerradas del hangar.

Palo. La capitana de los Costaderos. ¿Cómo no la había visto allí sentada? La corpulenta alienígena daba una particular impresión depredadora allí, en la penumbra. Y me estaba observando. No necesitaba verle los ojos para saberlo.

Muy bien, pues. Respiré hondo y fui hacia ella dando zancadas. No me gustaba nada que la gente me vigilara, que pensara en mí sin decir nada. Prefería enfrentarme a ellos.

«Pero claro, esta actitud es la que me llevó a mi primera pelea a puñetazos con Jorgen. ¿Igual sería mejor ir con un poco más de cuidado esta vez?».

—Capitana —dije al llegar—, ¿hay algún problema?

—¿Problema? Ah, no sé yo, Peonza. —Palo entrelazó los dedos terminados en garras por delante. Tenía una apariencia casi reptiliana, aunque su piel era como una gruesa capa de cuero en vez de escamas—. Palabras. Encajas bien con los demás. Te adaptas a esto mejor que nadie más que haya conocido. No pensaba que fueses de las que les crecen *heknanes*. Estaba convencida de que tendrías solo *mulunes* …

—Sigo sin saber lo que significan esas cosas, capitana. Mi alfiler se niega a traducir las palabras. ¿Cómo hacen los tuyos que… crezcan… esas cosas?

—Siéntate —dijo ella, señalando una silla plegable.

Obedecí.

—Podrías configurar el alfiler para que interpretara esas frases hechas —me explicó la capitana—. Pero salta a la vista que no sabes hacerlo. Es irrelevante. Mi árbol está muy lejos ya y, desde que me obligaron al exilio, apenas puedo sentirlo ni a él ni los frutos que da.

—¿Lo… siento? —dije.

—No hacen falta los *yendolores* —replicó la capitana, acomodándose en su silla más grande enfrente de la mía, a todas luces creada para alguien de su envergadura. Señaló con una zarpa hacia los miembros del Escuadrón Alfanje—. Son buena gente, humana. Mejores de lo que habías esperado encontrar, ¿verdad?

—Sí —admití.

La voz de la capitana se suavizó.

—Te he estado observando, Peonza. Sé que eres soldado, lo cual es curioso. La Supremacía no suele desterrar a combatientes aquí dentro. El gobierno afirma odiar a los agresivos, pero saca utilidad a los útiles, podría decirse. Les crecen muchos *venmales*. Tú lo dirías de otra forma: tienen mucha hipocresía.

—No te llevaré la contraria en eso —dije.

—Quiero que te vayas —afirmó Palo—. No quiero que traigas problemas a esta gente. Esta noche lo organizaré para que te quedes sin vigilancia. Puedes marcharte de aquí siempre que no te lleves nada que nos pertenezca.

Las palabras me golpearon como un ladrillo en la cara. Palo lo sabía. Bueno, lo sospechaba. Y comprendía que yo era peligrosa. Reconozco que eso me emocionó un poco. ¿Aquella persona gigantesca y bestial me encontraba intimidante?

—Estás preguntándote si será una trampa —dijo Palo—, si intento hacer que huyas para demostrar que no eres de fiar. Pero las dos sabemos que te han

crecido demasiadas *kitchas* para quedarte aquí. Has matado. La mayoría de los de aquí no lo han hecho nunca.

—Sois piratas —respondí—. Os he visto combatir contra otros.

Palo se inclinó hacia delante.

—Yo sí que he matado, Peonza. A mí me ha crecido la *kitcha*. El fruto del asesino. Y sé reconocer a quienes son como yo. Vas a marcharte.

Respiré hondo. Aquello no era lo que estaba planeando, pero tampoco parecía que fuese a tener tiempo de esperar a que el escáner se desactivara. M-Bot había dicho que su transferencia tardaría menos de media hora. ¿Cuánto tiempo había pasado?

—Me iré —dije a Palo— si me das una nave.

—Ese no es el trato que te ofrezco.

—Es el que te ofrezco yo a ti —repliqué—. No tengo nada contra ti y los tuyos, Palo, pero sí que tengo un deber con mi pueblo. Voy a necesitar un caza estelar de los tuyos para poder cumplirlo.

Trabamos la mirada. Tirda, en ese momento supe lo que iba a ocurrir a continuación. A duras penas logré arrojarme a un lado cuando Palo se abalanzó sobre mí.

21

¿Puedo señalar lo injusto que era estar metiéndome siempre en peleas contra gente que era literalmente tres veces más grande que yo? La próxima vez iba a enfrentarme a un condenado kitsen. El karma me debía eso como mínimo.

La silla salió resbalando hacia atrás mientras yo caía contra el suelo, rodaba y terminaba agachada, viendo cómo Palo daba un manotazo al aire en el lugar donde había estado sentada un momento antes. Deseando tener aún a Rompecráneos, retrocedí hacia la estantería de las herramientas. Por desgracia, Palo no iba a permitirme que buscara un arma en ella. Embistió hacia mí con las manos hacia delante y las garras sacadas.

No gritó, ni rugió, ni llamó a los demás. Aquello era, como bien había dicho ella antes, un combate entre dos asesinas. De algún modo, los demás Costaderos no contaban. Yo sí.

Palo se lanzó hacia mí con una velocidad sorprendente, pero yo no dejaba de moverme. No podía permitirme que me atrapara. Si aquello derivaba en una lucha cuerpo a cuerpo, no tardaría en utilizar su peso para inmovilizarme. Así que me dediqué a esquivar de un lado a otro, manteniendo la postura baja, casi acuclillada. Recurrí a mi entrenamiento y a las habilidades que había obtenido en mi antigua vida de marginada. Se aprende mucho cuando eres la niña más pequeña y rara de todo el barrio, la que tiene un padre famoso en el mal sentido.

La posición de Palo me impedía llegar a la estantería de herramientas: si corría hacia allí, me vería obligada a darle la espalda. Por suerte, me tenía el suficiente respeto para no volverse ella tampoco y hurgar en busca de un arma. Trazábamos círculos una en torno a la otra, y fingí que iba a entrar en el juego del forcejeo mientras en realidad buscaba cualquier posible escapatoria.

Si salía corriendo, me daría caza. Tenía que intentar herirla o dejarla inconsciente. Hice una finta que la tentó para abalanzarse de nuevo sobre mí, entré en el ataque con un paso lateral y le hundí el puño en el costado. Habría sido un buen golpetazo en el riñón si Palo hubiera sido humana.

Mi adversaria gruñó, pero no parecía que le hubiera hecho mucho daño. Yo me notaba como si acabara de soltar un puñetazo a un saco de piedras. Sus músculos eran más duros y voluminosos que los de cualquier humano al que

me hubiera enfrentado. Tirda. Lo cierto era que yo no estaba bien entrenada para luchar contra alienígenas. Ni contra nadie. Logré evitar que me agarrase el pelo. Había dejado que me creciera demasiado.

Bueno, quizá los riñones de Palo no estuvieran donde yo suponía, pero rodillas tenía seguro. Las articulaciones tenían que ser puntos débiles y yo necesitaba que aquello terminara deprisa. De modo que permití que se acercara lo suficiente para agarrarme la chaqueta. Entonces me retorcí, caí de rodillas y le di un potente codazo en la rodilla derecha. Palo se encogió, así que volví a darle con el codo, que ya me dolía horrores por el primer golpe. Pero la táctica había funcionado y Palo retrocedió trastabillando. Directa contra la estantería de herramientas.

Resonaron tañidos metálicos por todo el hangar mientras las herramientas caían al suelo. Recogí una llave y, con Palo todavía aferrando con fuerza mi chaqueta, ataqué de nuevo. Empuñando la llave a dos manos. Contra la misma rodilla.

La capitana dio un aullido y me soltó. Me aparté mientras ella se derrumbaba y se sujetaba la rodilla, con una mueca en la cara. Yo tenía los ojos llorosos por el dolor en el codo, pero reforcé el agarre de la llave y miré a mi alrededor.

Tanto Nuluba como Maksim estaban apuntándome con pistolas. Estupendo.

—¡He derrotado a vuestra líder! —les grité, sosteniendo la llave en alto—. ¡En virtud del juicio por combate, asumo el mando de los Costaderos!

—No te lo crees ni tú —dijo Maksim.

Sí, la verdad era que siempre me había parecido demasiado conveniente que ese truco funcionara en las historias. Tirda. Bajé la llave.

Entonces una luz azul brilló por detrás de los otros. Una silueta siniestra se elevó en el aire, iluminada desde atrás, por lo menos hasta que los destructores gemelos bajo sus alas se activaron, refulgentes, apuntando a los dos Costaderos armados. Maksim miró atrás y se apartó a trompicones, con los ojos como platos. M-Bot había completado la carga.

Los demás no deberían haber retrocedido. Podrían haber corrido hacia mí y aproximarse lo suficiente para controlar la situación. Las armas montadas en naves no eran lo bastante precisas para acertar a alguien que estuviera cerca de mí sin arriesgarse a darme a mí también. Pero eso era fácil de decir y difícil de pensar en el momento, teniendo delante unos cañones tan grandes como tú. Tanto Maksim como Nuluba soltaron las armas.

No me hice más de rogar. Corrí entre ellos, recogiendo una pistola del suelo al pasar, salté y subí al ala del caza estelar que flotaba sobre el suelo. Desconecté el dron y entonces se abrió la cabina y entré.

—Gírate hacia la nave de Escalofrío —dije a M-Bot—. Queremos impedir que se active.

Lo hizo mientras yo me acomodaba en el asiento. Por los santos, qué bien sentaba estar otra vez en una cabina. Me daba la impresión de que había pasado una eternidad. Dejé el dron, reparando en que no tenía ni por asomo tanto espacio tras el asiento como estaba acostumbrada, y entonces el comunicador crepitó. Por fin llegó la voz de M-Bot.

—Caray. Este sistema de comunicaciones es antiguo de verdad. Me siento como si habitara un tocadiscos.

—No tengo ni idea de lo que es eso —dije, poniéndome las correas.

En el hangar, Maksim y Nuluba corrían para ver cómo estaba Palo. Las resonantes no habían activado sus anillos de pendiente. Era evidente que sabían que podía dispararles en el momento en que lo intentaran. Me lo planteé durante un instante, porque evitaría que me persiguieran, pero decidí no hacerlo. Quizá no fuesen mis amigas, pero tampoco iba a ejecutarlas a sangre fría.

Tuve una momentánea punzada de remordimiento por lo que podría haber sido, pero aferré los controles.

—¿Puedes abrir las puertas del hangar?

—Déjame un momento… Sí. El sistema de esta nave tiene el transmisor bloqueado tras tres capas de seguridad. Tenían mucho miedo de atraer a los zapadores cuando la construyeron.

Mientras los portones se abrían, mantuve las armas apuntadas hacia los dos cazas. Por fin vislumbré un resplandor azul debajo de la nave de Escalofrío.

—No me obliguéis a dispararos —dije por el comunicador.

No recibí respuesta, aunque el sistema informó de que había transmitido mis palabras. En el momento en que se abrió el hangar, volví la nave hacia la salida.

—Spensa —dijo M-Bot—. ¿Te parece bien que… pilote yo?

Titubeé. La programación de M-Bot siempre le había impedido tomar el control de la nave. La ocasión en que había decidido venir a rescatarme en Detritus, había tenido que convencer a Cobb de que lo pilotara. Era la primera vez en su vida que tenía la oportunidad de pilotar de verdad una nave estelar.

Yo había anhelado ese momento, lo había saboreado, había soñado con él. Pero M-Bot llevaba siglos esperando.

—Adelante —dije, levantando las manos con cierto esfuerzo de los controles.

—¡Vaya, gracias! —exclamó él.

La nave siguió girando por sí misma y luego empezó a avanzar poco a poco hacia la puerta, utilizando los impulsores de maniobra en vez de los reactores principales para no vaporizar a la gente que teníamos detrás.

«Ay, tirda —pensé—. M-Bot es una inteligencia artificial muy avanzada. Puede pensar más rápido que cualquier humano, reaccionar en una fracción de segundo». ¿Por qué iba a necesitar nadie jamás un piloto humano? En ese momento, atisbé el final de mi vida en la cabina de un caza estelar.

Entonces M-Bot golpeó la jamba del acceso al hangar mientras nos llevaba fuera.

—¡Huy! —dijo, y empezó a girar la nave como para inspeccionar los daños.

—¡No! —grité—. Empotrarás la cola en la pared. ¡Tú sigue adelante!

—Claro, claro —respondió él.

La nave se bamboleó un poco mientras salía despacio del hangar. Directa hacia…

—¡M-Bot! —exclamé—. ¡Árboles!

—Ah, sí. Árboles. A ver…

Nos detuvimos de sopetón, ascendimos un poco flotando y luego seguimos de golpe hacia delante por encima de los árboles.

—¿Sabes? —dijo—. Esto no está saliendo tan bien como pensaba.

—No me digas —repliqué, intentando volverme para mirar hacia el hangar—. A lo mejor nos interesa ir más deprisa.

No alcanzaba a distinguir gran cosa, pero me daba la impresión de que el resplandor azul estaba intensificándose en el hangar a nuestra cola. La única explicación que se me ocurría era que Dllllizzzz y Escalofrío, al ver lo mal que volaba mi nave, habían decidido que tal vez fuese presa fácil.

La nave se tambaleó mientras sobrevolaba los árboles.

—¡M-Bot!

—Eh —restalló él—. Creo que lo estoy haciendo bastante bien. ¿Tú no te estrellaste contra el comedor tu primer día?

—Contra un comedor holográfico —maticé.

—Pues yo no me he estrellado contra ningún comedor. Escucha, soy un programa informático. ¿Tú sabes lo difícil que es para alguien como yo hacer

algo que no está especificado en mi programación?

—No.

—Es *imposible* —dijo M-Bot—. Así de difícil es. Y yo lo estoy haciendo de todos modos.

—El dron lo pilotabas sin problemas.

—Tomaba prestadas las instrucciones de vuelo codificadas en el rudimentario sistema operativo del dron. ¡Aquí no tengo eso!

Un caza estelar salió veloz del hangar, seguido por otro. Aparecieron dos puntitos en nuestros sensores de proximidad.

—Huy —dijo M-Bot—. Van a intentar matarnos, ¿verdad?

—Ajá.

—¿Quieres…?

Llevé las manos a la esfera de control y el acelerador y machaqué el botón de sobrecarga para darnos velocidad. Salimos disparados del fragmento con un rugido que hizo vibrar la cabina. Me pilló por sorpresa. En los últimos tiempos había estado combatiendo demasiado en el vacío del espacio, así que tuve que confiar en que mis instintos de vuelo atmosférico no se hubieran oxidado mucho. Las naves estelares estaban diseñadas para minimizar la diferencia, pero en un combate aéreo vivías o morías dependiendo de minúsculos errores.

El caso era que no quería entrar en un combate aéreo. Escalofrío y Dllllizzzz parecían buenas personas. Estaba dispuesta a robarles una nave, pero no a matarlas a disparos. No a menos que me obligaran.

Antes comprobaríamos si podían mantenerme el ritmo.

Crucé como una exhalación el fragmento vecino, cuyas cataratas se vertían por los lados y se perdían en el infinito. Mis perseguidoras vinieron tras de mí y abrieron fuego de inmediato. Tirda. Había esperado que tal vez no tuvieran ganas de matarme. Entré en una maniobra evasiva de zigzag por instinto y luego bajé en picado por el lado del fragmento, en paralelo al agua que caía. Mi estómago intentó salirse por el esófago y al momento los ConGravs de la nave se vieron superados, la aceleración me aplastó y estuve a punto de desmayarme.

Salí del picado, apretando los dientes.

—Estos ConGravs son horrorosos.

—No me sorprende —respondió M-Bot—. No solo es una nave civil, sino también tan vieja como para casi considerarse una antigüedad.

—Tu nave original tenía doscientos años.

—Y estaba adelantada a su época en trescientos —dijo él—. Este trasto ya estaba obsoleto cuando lo construyeron. Era un modelo de producción en cadena rápido y barato.

—Fabuloso.

—¡Desde luego! —Disparos a nuestra cola—. Hum, no mires el escudo.

—¿También es malo?

—Sobre todo está presente para mitigar colisiones leves. Tal vez pueda aguantar dos impactos de destructor. —Otro disparo estuvo a punto de alcanzarnos—. Eh… ¡Hala! Spensa, ¿esto es lo que se siente al ponerte histérico? Creo que sí que es lo que se siente al ponerte histérico. ¡Qué maravilla! ¡Lo odio!

El fuego de destructor era azul y no rojo como el que yo conocía, pero supuse que se debería a que procedía de una línea tecnológica distinta. Esquivé regresando hacia arriba, pero un disparo me dio, haciendo chisporrotear el escudo invisible que rodeaba mi nave.

El aviso de escudo bajo apareció como una luz intermitente en el panel de control. Venga ya, ¿escudo bajo después de un solo disparo? En fin, me lo tenía merecido por pilotar una nave civil producida en cadena. Y mi velocidad máxima en atmósfera parecía ser espantosa también, porque la nave estaba sacudiéndose como las cavernas durante una lluvia de escombros.

Menos mal que habíamos equipado la nave con un complemento ofensivo: dos destructores y un PMI para anular escudos enemigos. Usarlo también inutilizaría mi propio escudo, pero, dado que venía a ser tan útil como una caja de cartón, merecía la pena.

Y lo más importante era que mi nave tenía lanza de luz para hacer de remolque. Ya había llegado a la conclusión de que no podría dejar atrás a mis perseguidoras, y desde luego tampoco las superaba en autonomía. Pero con el equipo adecuado, estaba bastante convencida de que podía derrotarlas a base de pericia.

Tracé un arco sobre un fragmento cubierto de polvo, dejando atrás una estela increíble. El fuego de destructor llegó a lo loco: las resonantes no estaban acostumbradas a volar entre cascotes. Deberían haber pasado a disparar por medio del instrumental de sus naves.

Descendí de nuevo casi en picado por el lado del fragmento, pero activé la lanza de luz y la fijé al borde. Como una bola al final de una cadena, di la vuelta en el aire, pivotando en un giro que habría sido imposible sin una cuerda de energía. Concedí un segundo a mis ConGravs para que se reiniciaran mientras serpenteaba siguiendo el lado del fragmento, y luego

descendí y usé de nuevo la lanza de luz para rotar por debajo de él, después de lo cual tuve que voltear la nave para orientar hacia abajo el anillo de pendiente. Fueran cuales fuesen las extrañas leyes físicas que regían aquel lugar, por lo menos la gravedad funcionaba como había anticipado.

La parte inferior de aquel fragmento estaba llena de ranuras y salientes de piedra. Era como el techo de una cueva con estalactitas, solo que mucho más grande. Me interné entre los salientes y la lectura de proximidad me dijo que las dos naves estelares llegaban en persecución.

Enseguida gané terreno a las resonantes, a pesar de que pilotaban naves más rápidas. Sin lanzas de luz, habían tenido que trazar curvas más amplias y lentas para llegar bajo el fragmento, y además era evidente que no estaban tan cómodas como yo volando entre obstáculos a alta velocidad. Lo cierto era que no deberían haberme seguido. De hecho, estaban cometiendo un error típico en combate que Cobb me había sacado de la cabeza por las malas durante mi primer mes de entrenamiento. Nunca había que implicarse en una persecución hasta el punto de olvidar la táctica.

En ese caso, deberían haber descendido más bajo el fragmento, donde la capacidad de volar en línea recta convertiría su velocidad superior en una ventaja. Eso me reveló que no pensaban en términos tácticos: habían aprendido a combatir en el aire ellas solas, sin entrenamiento, y cometerían errores de novata por mucha destreza que tuvieran.

Perfecto.

—Spensa —dijo M-Bot—. Me temo que debo advertirte que he interceptado las transmisiones de los demás Costaderos. Están despertando a los escuadrones que están fuera de servicio y van a incorporarlos a los dos a la persecución. Tienes aproximadamente siete minutos hasta que otras seis naves se unan al combate.

Esa información debería haberme preocupado. Pero tirda, qué bien sentaba aquello. Se me daban fatal muchas cosas. Estaba llegando a la conclusión de que todas mis amistades se habían forjado a pesar de mis esfuerzos, no gracias a ellos. Era una persona insubordinada y estúpida cuando me dejaba dominar por el mal genio. Mis habilidades de espionaje y diplomáticas eran irrisorias.

Pero sabía volar.

Y maldita sea, por fin podía volar de nuevo.

Surqué el aire guiando a mis dos perseguidoras en una grandiosa cacería por tres fragmentos distintos. Unas distancias que me habían parecido inmensas al recorrerlas a pie pasaban como fugaces estallidos de color. Unos

huecos que me habían resultado infranqueables eran un emocionante reto que atravesar, usando la lanza de luz para ayudarme en los giros más cerrados. Los ConGravs tan flojos que tenía mi nave significaban que me tocaba absorber más aceleración de la que quería, pero podía compensarlo volando con cuidado.

Durante todo el tiempo tenía un ojo echado al sensor de proximidad, y lo que vi reforzaba mi evaluación de las dos resonantes. Les hacían mucha falta unas lanzas de luz, además del entrenamiento adecuado para utilizarlas. Y disparaban demasiado a lo loco. Cobb me había reñido muchas veces por tener el gatillo fácil. Se podría pensar que disparar en todo momento era una buena jugada, porque así se multiplicaban las oportunidades de dar en el blanco. Pero era una idea errónea. Disparar al tuntún no solo ponía en peligro a tus aliados, sino que también te acostumbraba a no apuntar.

—Spensa —dijo M-Bot—, hay algo raro en esos disparos.

—¿El color extraño? —pregunté, virando abajo y a la izquierda entre dos fragmentos.

—Es más que eso —dijo M-Bot—. He estado haciendo diagnósticos a esta nave y nuestros destructores también tienen sendos acoples.

—¿Como los de la unidad que reparamos?

—Exacto. Modifican el disparo del arma… —Vaciló—. Spensa, creo que vuelven no letal el fuego de destructor. Su objetivo es saturar los sistemas electrónicos y bloquear la nave objetivo.

Un momento.

Un momento.

De pronto comprendí por qué nunca derribaban a ningún pirata en las incursiones. Entendí cómo era posible que un grupo como aquel funcionase siquiera. No disponían de fábricas, así que debían aprovechar cualquier cosa que pudieran robar o recuperar. Si en los combates perdieran naves con cierta regularidad, todo el mundo tardaría poco en quedarse sin nada que pilotar.

También explicaba por qué las resonantes se habían dado tanta prisa en dispararme. No pretendían aniquilarme a mí ni a la nave. Intentaban capturarme de nuevo.

—Pero cuando te has activado en el hangar —dije—, todos los piratas parecían muy preocupados de que les dispararas con los destructores.

—La cantidad de energía liberada sigue siendo significativa —respondió M-Bot—. A un frágil cuerpo de carne no le interesa recibir uno de estos disparos.

Vale, comprendido. Aquella huida acababa de ponerse más interesante.

Mientras mis dos perseguidoras resonantes descendían hacia mí, comprobé el cronómetro. Aunque daba la sensación de que había pasado mucho rato, solo llevábamos unos minutos combatiendo. Aún me quedaba algo de tiempo antes de que lanzaran las otras naves desde sus hangares, suponiendo que la estimación de M-Bot sobre su tiempo de carga fuese correcta.

Sobrecargué el propulsor, obligando a las naves enemigas a hacer lo mismo. Sabían que podían confiar en su velocidad superior volando en línea recta. Pero mientras se centraban en eso, desactivé la sobrecarga y pulsé el velocifreno, que interrumpía el propulsor e incrementaba el rozamiento con el aire. Salí despedida hacia atrás, o mejor dicho, ellas siguieron despedidas hacia delante. En cualquier caso, las dos naves me rebasaron como centellas. Activé el PMI justo en el momento en que lo hacían.

Sonó un bocinazo desde el tablero de mandos, avisándome de que mi triste escudo estaba acabado. Apunté a la nave de Dllllizzzz y disparé, confiando en que la suposición de M-Bot sobre los destructores fuese acertada. La nave destelló en azul con mis impactos directos y entonces sus propulsores se desactivaron. La nave siguió volando en la dirección que llevaba, cosa que pensé que podía ser peligrosa. Por suerte, el anillo de pendiente siguió funcionando, así que la nave no cayó, y tampoco parecía en peligro de colisionar contra nada cercano.

La nave de Escalofrío hizo un viraje brusco para apartarse, como si la piloto hubiera montado en pánico al verme pasar de pronto a la ofensiva. La seguí con facilidad, esperando a que…

Ahí estaba, un bucle para intentar ponerse de nuevo a mi cola. Y bien ejecutado, en realidad. Mientras giraba mi nave y anulaba su propulsor, no tuve más remedio que admirar su habilidad. Teniendo en cuenta que allí eran todos autodidactas, había sido una maniobra bastante buena.

—Sigo pensando —dijo M-Bot— que es injusto que vueles mejor que yo.

—Yo tengo entrenamiento. Tú no.

—Yo soy un programa informático. El único entrenamiento que necesito son unas líneas de código.

Atrapé la nave de Escalofrío con mi lanza de luz y la detuve antes de que se estrellara contra el fragmento más cercano. Entonces solté la lanza y salí disparada, en línea recta hacia el fragmento de la base de los Costaderos.

—Spensa —dijo M-Bot—. ¿Crees que podríamos conseguirme el código adecuado para volar y luchar?

—Creo que aunque tuvieras esas líneas adicionales de código, aún te faltaría algo.

—¿Qué?

—Estilo.

Ascendí por debajo del fragmento de los Costaderos y fijé la lanza de luz al borde para rodearlo con una curva ascendente, antes de voltearme y volar bajo sobre el suelo. Los hangares estaban justo delante. Con las puertas de vuelo abiertas.

Apunté y disparé a una nave que flotaba fuera del umbral. Le di de lleno y no podía esquivar, así que tardé poco en superar su escudo y dejar la nave bloqueada. Hice lo mismo en el siguiente hangar.

En unos pocos segundos había provocado un atasco de tráfico. Con las dos naves bloqueando los accesos, las demás no podían salir de los hangares, al menos no sin antes apartar a sus amigos remolcándolos. Pero para entonces pretendía estar ya muy lejos. Solo tenía que recuperar mi icono.

Llevé la nave al otro lado de los hangares.

—Pilota tú —dije, quitándome las correas—. Avísame si sale alguna nave de ese embrollo. Y si no me da tiempo de volver, asciende y empieza a dispararles. A lo mejor tienes suerte y das a alguien.

—Oh. Eh…

Abrí la cubierta mientras la nave levitaba hacia el peñasco que había tras el campamento de los Costaderos. Oí gritos y maldiciones procedentes de los hangares. Un vistazo rápido me reveló que solo a una persona se le había ocurrido salir a pie para ver qué estaba haciendo yo. Era Maksim, de pie en la puerta abierta de su edificio.

Levanté mi pistola. Maksim también iba armado, pero al verme no alzó su propia pistola. Inteligente por su parte.

Localicé enseguida el lugar donde había enterrado el icono. Manteniéndome a cubierto casi del todo tras el peñasco, excavé para encontrar…

Nada.

La insignia de mi padre no estaba.

22

Me sorprendió que me afectara tanto. Ni siquiera era de verdad la insignia de mi padre. Aún no había encontrado explicación a que apareciera en mi bolsillo, pero, pensándolo bien, tampoco podía explicar cómo era posible que hubiera agua en los fragmentos.

Con todo, al perder el icono, sentí como si me hubieran robado algo profundamente personal. Mi único vínculo tangible con el mundo que había dejado atrás. La fuente de mi estabilidad.

¡Chet!, envié. *¡El icono no está!*

¿Cómo?, respondió él. *¡Señorita Nightshade, yo no he tenido nada que ver! Lo juro por mi…*

Te creo, dije yo. *Sé que no lo has cogido tú, Chet. Pero ha desaparecido. ¿Cómo puede ser?*

No tengo ni idea, respondió.

Muy bien, voy a recogerte.

Un momento. ¿Vienes a recogerme?

He tenido que robar la nave ya, sin esperar, dije. *Luego te lo explico*.

Con un gruñido de irritación al agujero vacío, volví corriendo a la nave y subí a la cabina, sin perder de vista a Maksim ni un momento. Siguió sin levantar su arma. Le hice un asentimiento y a los pocos segundos ya tenía a M-Bot en rumbo hacia Chet. Podía sentirlo con la mente, pero aun así me alivió muchísimo verlo de pie al borde del fragmento de selva azul, saludando con una mano levantada y su otro brazo en un cabestrillo improvisado, con la manga de la chaqueta colgando vacía.

Detuve la nave junto al fragmento, abrí la cubierta y al instante inicié el proceso de reactivación del escudo. Era un escudo espantoso, pero seguía siendo mejor que nada.

Empecé a salir para ayudar a Chet a subir a bordo, pero se las ingenió para izarse al ala por sí mismo. De pie al lado de la cubierta, me dedicó una amplia sonrisa bigotuda e hizo un gesto con la mano buena hacia la nave.

—Nuestro poderoso corcel. ¡Qué hermosura!

—Cambiarás de opinión cuando veas sus especificaciones —respondí. Me levanté y adelanté el respaldo para enseñarle la zona de carga que había detrás en la cabina—. Siento la incomodidad.

—He ido en sitios peores —dijo Chet, apretujándose en la zona de carga—. Pero tenemos un problema. Sin el icono, me preocupa que viajemos tú y yo solos, a largo plazo.

—Pero tienes las cenizas que te di, ¿verdad? —pregunté.

—Efectivamente. Deberían durarnos varias semanas como mínimo.

—De momento, es suficiente —afirmé—. Escapemos y luego intentaremos averiguar qué ha pasado con mi icono.

Cerré la cubierta y devolví el respaldo a su posición. Apenas había sitio para Chet detrás de mí. Pero tendría que bastar, porque teníamos un problema más acuciante.

—Los nueve cazas vienen tras nosotros —dijo M-Bot—. Han vuelto a poner en activo a las dos resonantes. Los tendremos a todos encima bien pronto.

Redujo la escala del visor de proximidad para que mostrara a los Costaderos como puntitos en la pantalla.

—Con su escáner operativo —dijo Chet—, temo por nuestra capacidad de proseguir con la misión.

—¿Alguna sugerencia?

—Podríamos poner pies en polvorosa hacia el territorio de otra facción —respondió él—. Pero ese tiro podría salirnos por la culata. La otra facción daría por sentado que formamos parte de una incursión de los Costaderos y reaccionaría en consecuencia.

Bueno, si con eso podíamos quitarnos de encima a los Costaderos aunque fuese solo un tiempo, tal vez podríamos aprovecharlo. Giré la nave hacia el rumbo que me indicó M-Bot y eché a volar.

—Spensa —dijo M-Bot—, tengo malas noticias.

—¿No podremos llegar? —adiviné.

—Comparando nuestra velocidad máxima contra la de sus naves más rápidas, no. Van a interceptarnos antes de que lleguemos a la frontera.

Tirda. Miré a un lado al notar la mano de Chet en el hombro, desde detrás del asiento.

—Nos queda otra opción —dijo—. Podemos volar directos hacia arriba.

Alcé la mirada a través de la cubierta a aquel infinito cielo rosado.

—¿Qué hay ahí arriba?

—No lo sé —respondió Chet—. Nunca he explorado en esa dirección. Igual que nunca he salido de este sector. Hay otras zonas lejanas en el cinturón, a derecha e izquierda, pero implican unos huecos enormes entre fragmentos que son peligrosos de cruzar a solas, incluso volando.

»Ya te advertí que es arriesgado alejarse mucho de los fragmentos. Podemos perder la identidad muy deprisa si volamos hacia arriba, pero tenemos cenizas, lo cual debería ralentizar el efecto.

Me costó solo un momento decidirme. Levanté el morro de la nave y la llevé, traqueteando ya por nuestra velocidad excesiva, derecha al inmenso e ignoto cielo rosado.

Los puntitos de mi pantalla perdieron velocidad. Excelente. Volamos durante más de quince minutos y empecé a relajarme cuando se hizo cada vez más evidente que los Costaderos no nos perseguían.

—Spensa —dijo M-Bot—, estamos recibiendo una solicitud de los Costaderos. ¿Quieres que los pase al comunicador?

—Adelante —acepté.

El altavoz chisporroteó a la antigua usanza. Intenté considerarlo pintoresco, y no otra indicación de que mi nave estaba a dos sacudidas y una mirada torva de hacerse pedazos.

—¡Peonza! —atronó la voz de Palo en la cabina—. ¡Eres una depravada a la que le crecen los *mulunes*! ¿Por qué no me habías dicho que eres piloto?

No era el tono que había esperado.

—Dedujiste que soy militar, Palo —dije.

—¡Creía que pertenecías a algún tipo de fuerzas especiales de infantería! —gritó ella—. Por la postura en que merodeabas. ¡Palabras! Tenías un dron de seguridad camuflado como dron de limpieza. ¿Cómo iba a saber yo que eras piloto?

—Creo que dejé bien claro que sabía manejarme con un caza estelar.

—Que sabías manejarte… Aquí no hace falta ningún *kalam* de humildad. Te he visto volar en el escáner y eres de los mejores pilotos que he visto en la vida. Pasé un tiempo con los pilotos de drones en la estación Culmira y ni se te acercan, chica. Hasta Escalofrío está impresionada.

—Bueno, te agradezco el cumplido —respondí—. Diles a los demás que siento haber robado una nave. Tengo una galaxia que salvar. Cuando termine, veré si puede hacerse algo para ayudaros a todos.

—Peonza —dijo Palo, suavizando la voz—, ¿dónde crees que vas?

—¿Ahora mismo? Me basta con dejaros atrás.

—¿Ah, sí? —dijo ella—. ¿Sabes lo que le pasa a la gente si se aleja demasiado de los fragmentos?

No respondí.

—Aunque sobrevivieras a esta parte —prosiguió Palo—, ¿qué harás luego? No puedes quedarte ahí arriba mucho tiempo, y nuestro escáner nos

avisará cuando desciendas otra vez. Nos tendrás encima en un abrir y cerrar de ojos. Y si te desvías a izquierda o derecha, tendrás que lidiar con alguna otra facción.

»Supongo que podrías ir hacia dentro, lo que te llevaría derecha a la explotación minera de la Supremacía. Puedo asegurarte que tienen bien vigiladas sus fronteras. Hemos hecho las suficientes incursiones para prometértelo. Eres buena, sí, pero ¿podrás superar cien naves enemigas? ¿Sobre todo con ese pedazo de chatarra?

—Supongo que ya veremos —dije.

Palo renegó en voz baja.

—Hay que tener algo más que *mulunes*, chica. Piensa un momento. No puedes sobrevivir tú sola en este sitio. Necesitas aliados, amigos, apoyo.

—Spensa —dijo M-Bot después de silenciar el comunicador—, mira a Chet.

Me volví para mirar por el lado del reposacabezas hacia donde estaba acurrucado Chet, detrás de mí. Tenía los ojos vidriosos. Miraba hacia delante sin dar muestras de raciocinio, y no reaccionó cuando le pasé la mano ante los ojos.

Algo empezó a flotar hacia arriba a su alrededor, una centelleante neblina plateada. Las cenizas de realidad. Vi que a mí también me pasaba, que se arremolinaban a mi alrededor, como… ¿desintegrándose?

Estar allí arriba estaba destruyéndolas, quizá para impedir que nos perdiéramos a nosotros mismos. Apreté los dientes y nivelé la nave para dejar de ganar altitud.

—Palo está hablando otra vez —dijo M-Bot en voz baja.

Asentí para indicarle que restableciera la comunicación.

—Comenzarás a notarlo pronto, si no es que te está pasando ya —dijo Palo—. ¿Te recuerdas a ti misma, chica?

—Estoy bien —respondí entre dientes apretados.

—¿Ah, sí? ¿Recuerdas la cara de tus padres? ¿De tus amigos en casa?

Intenté no hacerle caso, pero no me atrevía a apagar el comunicador. Porque… tirda, tenía razón. ¿Qué aspecto tenían? Las cenizas de realidad parecían estar esforzándose en evitar que olvidara mi propia identidad y sentí que los recuerdos empezaban a desvanecerse.

—A lo mejor puedes combatir contra una flota entera tú sola —dijo Palo —. No lo sé. Pero cuanto más tiempo pases ahí arriba, más vas a perder. Y viajar sin compañía será malo para ti, aunque no lo hagas a tanta altitud. La dirección de tu casa, tus momentos más apasionados, los nombres de tus

amantes. Se difuminarán. Tu vida se transformará en algo como una mancha en un papel, un borrón donde antes había palabra.

Me quedé allí flotando, contemplando el infinito que se extendía en todas las direcciones. Dominado, aun así, por el fogonazo. Y en su interior, alcanzaba a percibir a los zapadores. Estaban buscándome. Y allí fuera, allí arriba, podrían encontrarme. Y ejecutarían su venganza haciéndome algo ajeno del todo, algo terrible. Me arrebatarían mi yo. Mi identidad. Mis recuerdos.

—De un tiempo a esta parte está ocurriendo algo muy raro —dijo Palo por el comunicador—. Me llegan informes de gente que se vuelve como los zapadores, con los ojos brillantes. No puedes volar tú sola, Peonza. No porque seas débil. Por muy decidida que estés, sigues necesitando vínculos con la realidad.

Respiré hondo.

—No puedo permitirme pasar años limpiando trenes de aterrizaje, Palo.

—Chica, es un desperdicio tenerte en un equipo de tierra —repuso ella—. Vuelve y te daremos nuestra mejor nave.

—No te ofendas, Palo —dije—, pero acabo de vencerte usando una llave y te he robado una nave. No quería hacerlo, pero me has acorralado y me has dejado sin opciones. Me cuesta creer que después de eso vayas a permitir que me marche sin más.

—Ah, no permitiré que te marches sin más —respondió Palo—. Te daré esa nave a cambio de una cosa.

—¿De cuál?

—¿Qué te parecería derrotar al campeón pirata por mí?

Fruncí el ceño. No era en absoluto que me opusiera a esa idea, claro, pero la forma en que lo estaba pidiendo me preocupaba. Me hacía pensar que Palo estaba jugando a algo que iba más allá de los otros piratas.

Pero tirda, la verdad era que no sabía cuándo iban a durar las cenizas. Y a Chet… a Chet le estaba pasando algo malo. Reduje la potencia del anillo de pendiente y empezamos a descender despacio por el cielo.

Aquello podía ser una trampa. Pero… Palo tenía razón: no podíamos volar tan alto. Aparté a un lado mi inquietud por Chet e intenté concentrarme en la conversación.

—¿Qué te importa a ti algo como eso del campeón pirata? —pregunté a Palo.

—Me trae sin cuidado, en realidad —dijo ella—. Pero necesito recuperar Fuerteseguro, el puesto de avanzada minero de la Supremacía. Mi hogar.

¿Recuperar la base de la Supremacía? Qué curioso. Si Chet estaba en lo cierto y la Senda de los Ancianos iba a continuar hacia dentro en dirección al fogonazo, tendría que encontrar la forma de colarme a través del territorio de la Supremacía. Si estuvieran ocupados intentando rechazar a los piratas, desde luego nos serviría de cobertura.

—Te escucho —dije, inclinándome hacia delante—. Cuéntame más.

—Las facciones cuentan con los piratas suficientes para desafiar la presencia de la Supremacía aquí dentro —respondió Palo—. Si atacáramos juntos, podríamos superarlos y tomar el control de la base minera.

—Suena estupendo —dije—, pero ¿cómo piensas hacer que las demás facciones piratas te sigan? Que yo sepa, ni siquiera tus propios hijos te hacen caso.

Palo se echó a reír.

—Hay más de lo que sabes, Peonza. Puedo hacerlo. Lo único que necesito es una piloto excelente que ponga a crecer el árbol derrotando al campeón.

Seguí descendiendo y oí que Chet se movía. Miré atrás y lo vi parpadear. Las cenizas habían dejado de desintegrarse, y tuve la sensación de que había esquivado algo muy peligroso al volver abajo tan deprisa como lo había hecho.

—Muy bien, Palo —dije—. Me lo pensaré, pero antes de cerrar un trato, tengo otra condición. Hay unas ruinas aquí en tu territorio que necesito visitar. Dame una nave, déjame ir a esas ruinas y luego venceré a ese campeón por ti.

—¿Unas ruinas? Palabras, chica. Claro que puedo llevarte a unas ruinas. Iremos mañana mismo. Escucha, es un buen trato. Si me ayudas, y si quisieras dar a mis pilotos cuatro consejillos para que mejoren, daríamos un buen golpe a la Supremacía. ¿No merece la pena ya solo por eso? Si impedimos que sigan extrayendo piedra de pendiente, tu guerra se volverá mucho más fácil. Y además, cuando te marches la próxima vez, te habrás ganado esa nave que vas a llevarte. ¿Qué me dices?

—Déjame un momento.

Apagué el comunicador.

—¿Spensa? —dijo M-Bot—. Me tienes preocupado. ¿Te encuentras mejor?

¿Lo estaba? Respiré hondo y peiné mi memoria. Sí… sí que recordaba. Jorgen, Kimmalyn, FM, Arturo, Nedd. Cobb. La yaya. Mi madre.

Los recordaba a todos… pero tirda, ya no veía sus caras tan claras. Había ido empeorando con cada día que pasaba allí dentro. Estaba perdiendo cosas.

Partes de la persona que había sido.

Pero al menos había recuperado la mayoría de lo que se había esfumado al volar a tanta altura.

—¿Señorita Nightshade? —dijo Chet—. Es posible que mi sugerencia no fuese la más… sabia.

—Ha funcionado en parte —respondí, lanzándole una mirada—. Y en parte no. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera usado como juguete mordedor un cerdo-lobo markiviano —respondió él—. ¿Me he perdido alguna cosa?

—Los Costaderos quieren que vuelva —le expliqué—. Dicen que me darán una nave, una buena, y me llevarán al siguiente paso de la Senda. Pero a cambio tengo que derrotar al campeón pirata para ellos.

—Es una petición… extraña —dijo Chet—. No estaba al tanto de que su pequeño campeonato tuviera tanta importancia. Palo planea algo. Sospecho que desde hace mucho tiempo.

—Quiere recuperar la base de la Supremacía —respondí—. Acaba de decírmelo.

—¡Qué ambiciosa! —exclamó Chet—. Me gusta. Bueno, dudo mucho que vayamos a conseguir un trato mejor. Opino que deberíamos aceptar. ¿Qué es lo peor que puede ocurrir?

—Que nos tomen prisioneros y nos encadenen a la pared.

—¡De donde volveríamos a escapar! —repuso él. Y luego, en tono más apagado, perdiendo algo de su artificio, añadió—: Llevaba mucho tiempo viajando solo, Spensa. Tu compañía es extraordinaria, puedes creerme, pero sería… reconfortante pasar una temporada con un grupo.

—¿M-Bot? —pregunté.

—Si me sirve para salir de esta nave y estar en algo construido este último siglo —dijo—, voto a favor.

Volví a activar el comunicador.

—Muy bien, Palo, trato hecho.

—¡Ja! Palabras.

—Una cosa más —dije—. Vais a tener que preparar otro catre. Voy con un amigo.

Apagué el comunicador y viré de vuelta por donde habíamos venido. Las otras naves debían de haber aterrizado mientras volábamos, porque al acercarme al fragmento de los Costaderos vi que los piratas estaban todos fuera, congregados delante de sus hangares. Eran un grupo variopinto y

desharrapado, desde luego, pero supuse que los había visto peores. El Escuadrón Cielo, por ejemplo, al principio de nuestro entrenamiento.

Llevé mi nave hasta ellos y la posé en el suelo. Tras cruzar una mirada decidida, Chet y yo salimos de la cabina. Casi esperaba todavía que los Costaderos nos tomaran presos, pero por suerte nadie sacó una pistola. Hasta recibimos unos vítores.

Eran forzados, y en los ojos de Maksim distinguí una buena dosis de desconfianza. Emoción que sin duda me tenía bien merecida.

Bueno, ya me ocuparía de eso. Porque la Operación Robo de Nave había tenido éxito por fin. Y al día siguiente iba a poder continuar la Senda de los Ancianos.

23

Desperté al día siguiente con una determinación renovada. Palo me asignó mi nueva nave, un poderoso caza de superioridad aérea para dos tripulantes. Con sus formidables destructores y sus propulsores gemelos, era una nave más grande que la mayoría de las que había pilotado, pero aun así debería resultar bastante maniobrable.

Era la mejor nave de toda la flotilla de Palo. Transferí a M-Bot a ella —unas disimuladas indagaciones me revelaron que seguían sin darse cuenta de que era una IA, y pensaban que el día anterior la nave la había activado yo por control remoto—, hice algunas modificaciones que según M-Bot aislarían sus sistemas principales de posibles impactos de destructor y le instalé una lanza de luz.

Después de eso, Chet y yo subimos a bordo.

—¿Seguro que no quieres otra nave? —le pregunté mientras nos ajustábamos las correas—. No me hace mucha falta llevar copiloto, dado que, ya sabes…

M-Bot canturreaba en tono alegre. Al parecer, aprobaba las especificaciones de aquella nave nueva.

—Prefiero no probar a manejar los controles con este brazo herido —dijo Chet, poniéndose un casco de vuelo—. Y además de eso, hace… bueno, hace siglos que no vuelo. Creo que será mejor si me lo tomo con calma.

Tenía sentido. Un grupo de Costaderos estaba preparándose también para escoltarnos. Nos acompañarían Palo, las resonantes y Maksim, que por desgracia para él había heredado mi anterior nave más débil. Al cabo de unos minutos ya teníamos todas las naves en el aire y nos pusimos en camino. Sentí al instante el gozo de pilotar un auténtico caza estelar. Se escoraba al toque, aceleraba y desaceleraba con facilidad. A velocidades altas, podía cerrar los ojos y apenas distinguía el silbido del aire fuera. No se sacudió ni una vez.

Parecía que llevaba una eternidad sin pilotar un verdadero caza estelar de primera categoría.

—¿Qué te había dicho? —llegó la voz de Palo por el comunicador—. ¿Están creciéndote ya los *keefos*?

Creía que esos eran los frutos felices.

—Siete como mínimo —respondí, escorándome de nuevo.

—Yo misma he sacado esa nave unas cuantas veces —dijo Palo—, aunque nunca a un combate. Era demasiado espectacular para arriesgarme a dañarla con lo torpe que soy volando. Pero tú… tú eres perfecta para ella, Peonza.

—¿Guntua me perdonará por llevármela?

—Llevaba ya un tiempo queriendo dejar de volar —respondió Palo—. Tomarse un descanso y hacer tareas de tierra.

¿Cómo podía nadie cansarse de aquello? No conocía bien a Guntua, una hekla de otro escuadrón, pero supuse que si hubiera querido seguir volando, le habrían asignado la que había pasado a ser la nave de Maksim.

Palo daba la impresión de haberme perdonado de verdad, pero los demás iban mucho más de puntillas conmigo. Me dolía ver que Escalofrío se preocupaba de no permitir nunca que su nave se situara delante de la mía, como si temiera que empezara a dispararle de nuevo.

No se lo podía reprochar a ninguno de ellos. Yo habría reaccionado igual, o probablemente peor. Por lo menos Chet parecía estar pasándolo bien. Tenía la imagen de su cámara abierta en una esquina de mi pantalla y lo vi mirando por la cubierta con una amplia sonrisa, casi infantil, en la cara.

Sobrevolamos varios fragmentos y sobresaltamos una manada de algo que parecían avestruces, pero con patas en los lomos además de por debajo. Según el rumbo fijado, tardaríamos unas dos horas en llegar a nuestro destino y, aunque una parte de mí añoraba el tiempo que habíamos pasado Chet y yo yendo juntos de aventuras, lo cierto era que me alegraba de no tener que recorrer toda aquella distancia a pie.

—Bueno —dijo la voz de Palo a través de mi nuevo casco—, ¿qué te parecería darnos unos consejillos mientras volamos? Para ayudarnos a combatir más como tú.

—Estas cosas no se consiguen con solo unos «consejillos», Palo —respondí—. Pero sí que podría enseñaros unos ejercicios de vuelo en formación mientras avanzamos.

—Excelente —dijo Palo.

Durante la siguiente media hora expliqué al Escuadrón Alfanje algunos conceptos básicos que me parecía que les faltaban. La importancia de tener un compañero de vuelo. El valor de entrenar las formaciones. El propósito de las reacciones en grupo. Al poco tiempo ya los tenía emparejados, Maksim con Palo y las dos resonantes juntas, y los puse a hacer carreras. Un caza se adelantaba, activaba el PMI y luego reculaba para reiniciar su escudo mientras el otro se situaba delante en posición de guardia.

Se dejaron instruir sin protestar, y tardé poco en hacerme una idea bastante exacta de sus capacidades. Escalofrío era buena y Dllllizzzz no se quedaba muy atrás. Palo era mejor de lo que afirmaba, aunque su nave no tenía demasiada velocidad. La tenasi brillaba más como cañonera y escolta. Maksim no tenía mucha habilidad, pero estaba muy emocionado y ansioso, lo cual también contaba.

Después de las carreras en equipo les enseñé algunas formaciones de dispersión, en las que los cuatro volaban juntos y entonces se separaban y viraban por el aire a la defensiva antes de retomar la misma configuración de vuelo. Tardaron poco en aprender a hacerlo.

—Bien —les dije—. Ahora mirad la siguiente maniobra que voy a dibujar en vuestras pantallas. Quiero que rompáis la formación igual que antes, pero luego que volváis a ella en un grupo de solo tres. Una nave se quedará atrás para disparar al enemigo, que con un poco de suerte estará confundido por vuestra maniobra.

—Fascinante —dijo Escalofrío—. Es como… brillar con parte de tu cuerpo para distraer a la gente mientras el resto de ti crece en otra dirección.

—Sí, o como un truco de pelea callejera —respondí yo—. Hacer que te miren una mano mientras te preparas para sacarles los ojos con la otra.

—Estooo… —dijo Escalofrío—. Eres una persona única, Peonza.

—Sí, lo sé. Benditas sean mis estrellas —repuse—. Vosotros confiad en mí. Si aprendéis a trabajar en equipo, tendréis una ventaja enorme en el campo de batalla.

Hicieron lo que les había pedido y poco a poco fueron comprendiendo aquella maniobra más compleja. Les di algún consejo, recordando lo que Cobb me había enseñado cuando era novata.

—Se te da bien —dijo Chet desde detrás de mi asiento mientras el grupo hacía otra formación de dispersión—. ¡Eres una profesora nata!

—Lo que se me da bien es fingir —respondí—. Casi todo esto son cosas que me enseñaron a mí y ahora estoy recitando tal cual.

—¿Y en qué crees que consiste enseñar, eh? —insistió él—. Tienes confianza, credibilidad y empatía. En mi opinión, eres excelente en esto.

Me erguí un poco al oír esas palabras, y la experiencia me dio ganas de asumir de nuevo el papel que había desempeñado con el equipo de Visión Estelar, el de instructora de vuelo. Eso era peligroso. No iba a pasar con los Costaderos el tiempo suficiente para entrenarlos a conciencia.

Les di un breve descanso tras elogiar sus habilidades, y Palo se situó a mi ala. Su lanzadera parecía ser un batiburrillo de partes de distintas naves, pero

las apariencias engañaban. Tenía un escudo excepcionalmente fuerte y unos cañones potentes. En un equipo de disparo como debía ser, con naves más rápidas para evitar que el enemigo la acosara, sería una fuerza a tener en cuenta.

Aunque era la líder del grupo, había seguido mis instrucciones durante el entrenamiento sin quejarse ni sacar a relucir los galones. Eso decía mucho de ella, y todo bueno. Era lo bastante humilde para aceptar indicaciones que la llevaran a lograr sus objetivos.

—¿Qué tal estás? —me preguntó—. ¿Los recuerdos van bien?

—Ahí están —dije—. Recuerdo mi nombre, a mis amigos. Casi todo.

—Hay algo en pertenecer a un equipo que nos ayuda a todos —respondió ella—. Incluso en los momentos en que no estamos cerca unos de otros. Igual que un bosque es más fuerte que un árbol, ¿verdad? Las raíces se entrelazan y los frutos crecen más abundantes en todos.

—Es como un entramado de cristal, Palo —dijo Escalofrío por el comunicador—. La estructura de un cristal es fuerte por la forma en que se alinean los átomos individuales.

—Bueno —intervino Maksim—, ahora supongo que yo debería decir que es como un rebaño de reses. O como una hilera de palos de cercado. O alguna otra chorrada de vaqueros.

—¿Vaqueros? —pregunté.

Calló un momento al oírme hablar. A lo mejor era que yo le daba demasiadas vueltas, pero tuve la sensación de que le costaba contenerse para no ladrarme. Por la forma en que había traicionado su confianza. Pero habló de todos modos, como si intentara darme una segunda oportunidad.

—¿No te lo había contado, Peonza? En la Supremacía todo el mundo tiene a los humanos por unos monstruos salvajes, así que les encantan nuestras antiguas tradiciones. Piratas, gurjas, los aviadores de Tuskegee y, por desgracia, los vaqueros. Siempre esperaban que hablara como ellos. Aunque mi ascendencia en la antigua Tierra era ucraniana.

—No sé dónde estaba ese sitio —reconocí.

—No había vaqueros —repuso Maksim—. No te haces una idea de lo molestos que son esos sombreros. Mis propietarios afirmaban estar utilizándome para hacer estudios científicos, pero nadie lo diría por cómo me exhibían en las fiestas.

—Fiestas —dijo Escalofrío—. Qué concepto tan interesante. Los motrices insistís en que necesitáis tiempo separados unos de otros, pero luego, cuando

queréis pasarlo bien, siempre termináis juntos otra vez. Siendo así, ¿por qué os marcháis en un principio?

—Yo tengo un amigo —dije, pensando en Gali— que no estaría de acuerdo en que juntos es como nos divertimos. Creo que cuando mejor lo pasa él es cuando los demás lo dejan en paz.

—Curioso, curioso —respondió Escalofrío, y Dllllizzzz añadió un zumbido de fondo.

Había intentado imaginarme su cavernoso mundo natal, como Detritus pero con todos y cada uno de los túneles repletos de distintos zarcillos cristalinos, redes de individuos que exploraban creciendo hacia fuera.

—Muy bien —dije por el comunicador—, nos queda algún tiempo de vuelo todavía. Haced unas cuantas carreras en grupo más y demostrad que podéis ejecutarlas sin quedar en ridículo.

Maksim dio un gemido.

—¡Pero si ya hemos hecho una hora de carreras!

—Todavía os queda trabajo en los fundamentos, Maksim —repliqué—. Aprended todo lo que podáis mientras esté aquí. Voláis como un hatajo de criadores de cerdos.

—¿Los criadores de cerdos no suelen volar bien en tu cultura, Peonza? —preguntó Escalofrío.

—Pregúntale a Maksim —dijo Palo—. El vaquero es él.

Sonreí al darme cuenta de que su parloteo me recordaba a volar con mis amigos. Pero aquello era distinto. En el Escuadrón Cielo las conversaciones, por muy genuinas que fuesen, siempre iban acompañadas de cierto nerviosismo. Habíamos sido unos pocos luchadores valientes enfrentados a un enemigo abrumador. Volábamos a cada combate sabiendo que podría ser en el que perdiéramos a algún ser querido.

La charla de los Costaderos no tenía ese mismo matiz. Los noté relajados mientras seguían haciendo carreras. Cuando alguien hacía algo mal, los demás le quitaban importancia entre risas. El Escuadrón Cielo no había hecho lo mismo, porque en Detritus, si uno de nosotros seguía fastidiándola, terminaría haciendo que nos mataran a todos.

¿Sería aquello lo que se sentía al relajarse? Tirda. Al escucharlos caí en la cuenta de que en realidad no sabía lo que era… vivir y punto. Sin preocuparme de que una bomba aniquilara mi civilización entera cualquier noche mientras dormía. Sin temer que mis amigos no volvieran a casa al día siguiente. O, en tiempos más recientes, sin preguntarme si iban a descubrir que era una impostora.

Mientras practicaban, contemplé un momento el paisaje. Pasando por alto el hecho de que aquel lugar podía consumirte los recuerdos y la identidad, era bonito. Un cielo abierto sin fin, con un leve tinte entre rosáceo y violeta, interrumpido por islas flotantes. Cada fragmento era un bioma diferente, que invitaba a una nueva aventura. Y más allá de los fragmentos, el fogonazo.

Aunque seguíamos teniéndolo muy lejos, ese día sentí que algo… me atraía hacia él. Chet pensaba que tendríamos que acercarnos mucho para terminar la Senda de los Ancianos, y al mirar aquella luz intensa supe que era verdad. Recorrería la Senda. Pero al final tendría que enfrentarme a *ellos*.

Por muchas cosas más que ocurrieran en aquel lugar, ese era el destino de mi viaje.

Sacudí la cabeza para salir de ese estado como de trance y establecí comunicación con Palo, intentando distraerme.

—Oye —le dije cuando terminó sus carreras—, ¿podrías darme más detalles de tu plan? ¿En qué va a ayudarte que luche contra el campeón pirata para conquistar la base de la Supremacía?

Se quedó callada un momento, al parecer pensando. Por fin respondió, mientras situaba su lanzadera junto a mi caza.

—¿Sabes algo de mi pasado? ¿Los demás te lo han contado?

—Eras jefa de seguridad en Fuerteseguro —dije—. La Supremacía te trató fatal al impedir que tus hijos se marcharan contigo cuando cumpliste tu tiempo.

—Correcto —confirmó Palo—. Me crecieron unos pocos *hanchales* por eso, si te soy sincera. Y no fui la única. La base llevaba años perdiendo a gente. Las facciones aún no estaban formadas, pero sí había muchos grupos más pequeños, con una nave o dos, merodeando por aquí fuera.

—Se armó un buen revuelo cuando te marchaste —intervino Chet—. Se enteró todo el mundo. ¿Una alta oficial desertando? ¿Reuniendo a todos los disidentes, saqueadores y vagabundas para crear una enorme flota pirata?

—Ya, bueno —dijo Palo—, pero no bastó. Entonces fracasé, y mi supuesta «enorme flota» se deshizo en las facciones. Con todo, llevo pensando en ello estos últimos tres años, preguntándome qué hice mal. Planificando.

Asentí, pensativa.

—¿Escalofrío estaba contigo, allí en la base?

—Sí, desertaría como la tercera parte del personal cuando lo hice yo —dijo Palo—. Ahora componen el grueso de los piratas. Escalofrío no es la única de los Costaderos que se marchó conmigo. Somos unos cuantos, como

RayoZed o Guntua. Y estuvimos a punto de ser más. Me faltó poco para conseguir que la base entera se rebelara.

—Su negativa a hacerlo apestaba a cobardía —dijo Chet.

—Qué va —replicó Palo—. No, no es eso. Es comprensible, Chet. No son cobardes. Solo son gente normal que intenta vivir en un sitio difícil. Cuando era oficial de seguridad, fui quien instaló las armas no letales en nuestras naves, argumentando que no podíamos permitirnos desperdiciar los recursos robados por los descontentos. Pero aun así, la verdad es que me crecieron *urichas*. Sabía que esos disidentes eran como nosotros. No quería dedicarme a derribarlos y…

—Espera, espera —la interrumpí—. ¿Estás diciendo que aquí dentro las fuerzas de la Supremacía también usan armas no letales?

—Ajá —dijo Palo—. Como casi todo el mundo. Tenemos ese arreglo, porque nadie quiere que nos matemos unos a otros.

—¡Qué civilizado! —exclamó Chet—. Me gusta.

—Bueno —dijo Palo—, los mandamases de la alguna-parte preferirían que este sitio fuese mortífero. Pero por suerte están muy lejos. En todo caso, Peonza, es importante que entiendas esto. ¿Esa gente de Fuerteseguro? Les faltó un pelo para unirse a mí cuando me marché. También quieren escapar, pero les da miedo la Supremacía, y también los oficiales que siguen leales a ella. Si les damos un empujoncito, si demostramos que mi ejército es más fuerte, se unirán a nosotros. Estoy segura.

Eso explicaba muchas cosas. Los piratas no querían perder material dañado en combate, porque les costaba mucho esfuerzo hacer reparaciones. Y las fuerzas de la Supremacía no eran exaltados ni seguidores fanáticos: no querían morir defendiendo una estúpida operación minera, pero tenían que quedar bien de cara a sus superiores.

Y por tanto, las armas no letales eran la norma en todas partes. Me pareció interesante lo compasivo que se volvía todo cuando la gente que estaba en lo alto de la cadena de mando, la gente que no tenía que sangrar por las decisiones que tomaba, no podía meter en vereda a todo el mundo.

—Sigo sin entender por qué los piratas tenéis vuestras escaramuzas y os hacéis incursiones sin sentido entre vosotros —dije—. Si yo estuviera al mando de una facción pirata, no perdería el tiempo con campeones ni duelos. Atacaría a un grupo más pequeño que el mío, bloquearía sus naves y se las robaría todas. En unas pocas semanas, sería la reina de todos los piratas.

—De verdad que a veces das miedo, chica —respondió Palo.

Se me ocurrió una pregunta.

—¿Por aquí tenéis algo como jarras doradas? O sea, ya sé que aquí dentro no tenemos que beber, pero siempre he querido una jarra de cerveza dorada, o puede que hecha de hueso. En las historias salen unas que se hacen con los cráneos de tus enemigos, pero digo yo que la bebida se saldría por las cuencas oculares. A no ser que tus enemigos no tengan ojos, claro. Hum…

Palo se había quedado callada. Huy. A lo mejor con eso último me había pasado un poco. Estaba intentando mejorar a ese respecto. Quizá debería dejar los cráneos fuera de las conversaciones.

—Me alegro de conocer por fin a una humana que hace honor a las historias —dijo Palo—. Pero no, no voy a darte ninguna jarra hecha de cráneos.

—Aun así —respondí—, Chet tiene razón. Aquí dentro todo es pero que muy civilizado. Me cuesta aceptar que nadie lo haya echado a perder.

—Eso es porque llevas toda la vida luchando a muerte —dijo Palo—. Nosotros tenemos un problema distinto.

—Vosotros sentís que vuestro yo se pierde gota a gota cada día —convino Chet—. Tener algo que hacer es importante. Las competiciones, los duelos… Esas actividades estimulantes dan un propósito a los piratas, ¿verdad?

—Verdad —dijo Palo—. Y nadie quiere perder lo que tiene. Eso forma parte del problema. Cada vez que planteo la idea de tomar Fuerteseguro, los piratas se asustan. Se ponen nerviosos. Les gustan las cosas tal y como están. Con seis facciones piratas distintas, siempre hay una incursión que planificar, una nave que reparar, una misión que ejecutar, un territorio que defender. Es… es lo que quieren.

—Pero tú quieres algo más —afirmé.

—Sí —reconoció Palo—. A lo mejor es que me parezco un poco demasiado a ti. Un poco demasiado a la gente de fuera. No podré sentirme segura mientras la Supremacía siga aquí, porque en cualquier momento podrían enviar una fuerza inmensa por el portal y aniquilarnos con armas letales y enjambres de drones.

»Mi gente no estará a salvo aquí dentro hasta que *yo* controle ese portal. Hasta que pueda cerrarlo desde nuestro lado. Y entonces podremos socavar la producción de piedra de pendiente en la Supremacía, ahogar sus ejércitos en el otro lado. En represalia por lo que nos hicieron a mí y a los míos.

Capté un matiz vengativo en su tono que me animó. Lo aprobaba. Los demás estaban dedicándose a jugar, y Palo quería proteger eso. Pero ella conocía el peligro de verdad, la muerte de verdad. Aún no me había explicado qué tenía que ver el campeón pirata con todo aquello, pero lo dejé estar de

momento. Porque por fin alcancé a ver nuestro destino por delante. Un fragmento solitario cubierto de estructuras antiguas.

Había llegado el momento.

24

Descendimos hacia el fragmento, que era más grande que muchos de los otros que había visto hasta el momento.

—Qué enorme es —comenté a Chet mientras lo sobrevolábamos, explorando en busca de peligros. Los sensores infrarrojos no indicaban ninguna marca de calor corporal, pero había aprendido a no confiarme con esas cosas.

—En efecto —dijo él—. Ahora comprendo por qué algunos son mucho más grandes que otros. Llevan más tiempo creciendo.

—Esto… —Llegó la voz de Dllllizzzz por el comunicador—. Aquí… Estuve… Aquí…

De nuevo, era mucho más de lo que solía decir la resonante, y Escalofrío se entusiasmó. Yo, en cambio, estaba concentrada en las ruinas que alcanzaba a distinguir en el centro del fragmento, y viré hacia ellas.

—Sí, recuerdo este lugar —dijo Palo—. Lo visitamos la primera vez que entró en nuestro territorio, hace unos años.

—Es verdad, capitana —confirmó Maksim—. ¿Por qué hemos vuelto, Peonza?

—Investigaciones históricas —respondí—. Chet es arqueólogo.

—Una profesión dotada de gran nobleza, amigo mío —dijo Chet—. ¡Los artefactos antiguos pueden revelarnos mucho sobre nosotros mismos!

—Bueno, supongo que sí —dijo Maksim—, pero…

—Déjalo estar, Maksim —interrumpió Palo—. Sus motivos son cosa de ellos. Los demás buscaremos material que rescatar mientras estemos aquí.

Entorné los ojos. Palo no parecía de las que se contentaban con dejar que nuestros motivos fuesen cosa nuestra.

—Peonza y yo necesitaremos un tiempo para estudiar esas ruinas que hay justo en el centro —dijo Chet—. Estoy marcándolas en vuestros monitores.

—Dllllizzzz está vibrando incómoda —informó Escalofrío por el comunicador—. Aunque está emocionada, creo que no quiere aterrizar. Se siente… ¿ansiosa? Quizá deberíamos quedarnos las dos en el aire y montar guardia.

—Me parece bien —dijo Palo—. Maksim y yo nos quedaremos cerca, Peonza, mientras hacéis vuestra… arqueología.

Las naves de nuestro grupo se posaron sobre un patio en ruinas y las dos resonantes siguieron volando. No quedaba gran cosa en la mayoría de las ruinas, apenas algunas paredes derrumbadas y los contornos de edificios. También había unas estructuras de piedra más o menos intactas.

Abrí la cubierta y salí del caza para reunirme con Palo en el suelo.

—Este lugar es antiguo —dijo ella—. Aquí dentro nunca hace mucho viento ni llueve, así que las cosas no se erosionan demasiado. Si algo tiene tan mala pinta, será porque lleva existiendo miles de años.

Chet y yo cruzamos la mirada y echamos a andar hacia una de las estructuras casi intactas, con los cascos bajo el brazo.

—No parece muy prometedor, capitana —murmuró Maksim a nuestras espaldas—. Seguro que este sitio ya lo han saqueado cientos de veces.

—Estoy de acuerdo —respondió Palo—, pero mejor que te sigan creciendo *delenes* por si acaso. Estamos aquí para cumplir la promesa que le hemos hecho a Peonza.

Recordaba la estructura que teníamos delante, porque me la habían inyectado en la mente durante el anterior paso de la Senda. Llegamos a ella y nada más entrar encontré la primera sorpresa. La pared que había tras el pequeño recibidor tenía un viejo mural descolorido… y las figuras representadas eran sin duda humanas.

—Asombroso —dijo Chet en voz baja. Corrió hacia el mural para estudiarlo de cerca—. Es nuestra gente, señorita Nightshade. En todos estos años nunca había encontrado unas ruinas que pudiera identificar como humanas.

Yo no distinguía mucho más en el mural. Eran solo… ¿unas figuras sosteniendo cestas, quizá?

—No acierto a adivinar qué cultura es —susurró Chet. Estiró el brazo hacia el mural, pero se detuvo, supuse que porque no quería contribuir a su degradación tocándolo—. Si te soy sincero, no recuerdo demasiado de nuestro lugar de procedencia. Nuestro mundo natal. En algún momento debí de saber…

—La Tierra —dije—. La humanidad la abandonó unos siglos antes de que nacieras. Ahora está perdida. Desaparecida.

Avanzamos juntos más al interior de la estructura. El techo se había derrumbado hacía mucho tiempo, así que no nos faltaba luz, y por los restos del suelo parecía que habían saqueado el lugar varias veces con los años, e incluso que quizá habían disparado armas de fuego allí.

Tuve una sensación… escalofriante, fantasmagórica. Había muchos signos de vida, pero nadie vivo. Encontramos el portal en la última sala, incrustado en la misma pared, con sus características tallas de líneas curvadas. Pero ese portal tenía una grieta que descendía por el centro. Estaba roto. ¿Funcionaría de todos modos?

Miré a Chet, que se había quedado en el umbral.

—Valor —dijo, dando un paso adelante—. Soy explorador, es lo que he decidido ser. Puedo afrontar estos secretos.

Llegó a mi lado junto al portal. Lo toqué y abrí mis sentidos citónicos en busca de respuestas. Al principio no sucedió nada. El portal parecía dañado, inutilizable. Pero apreté un poco más, empleando la sutil cautela que había estado practicando, y… sí, alcancé a percibirlos allí dentro. Los recuerdos…

Todo a mi alrededor se redujo a una filigrana traslúcida. Físicamente seguía estando en las ruinas, y hasta podía tocar la pared rota que tenía al lado, pero estaba todo recubierto por una visión del cinturón tal y como era hacía mucho tiempo.

Chet dejó de contener el aliento y se volvió. El fogonazo se veía minúsculo en la distancia, poco más que una estrella. El cielo era oscuro y vi que habría como dos docenas de fragmentos flotando en el extenso paisaje. Por tanto, aquello debía de ser el pasado lejano, igual que en la visión anterior.

El fragmento sobre el que estábamos era mucho más pequeño en el pasado, y además estaba vacío de estructuras a excepción del portal, que se alzaba solitario y entero, no agrietado. También era más pequeño, lo que daba credibilidad a la teoría de que los portales crecían un poco al acumular recuerdos cada vez que los citónicos los utilizaban como puntos de paso entre dimensiones.

A los pocos momentos de comenzar la visión, se materializó gente justo delante del portal. Me aparté de ellos, sorprendida. ¿Eran humanos? Estaban hablando, pero no comprendía el idioma.

—¿Tú entiendes algo de lo que dicen? —preguntó Chet.

—Me temo que no —dije, rodeándolos. Iban vestidos con túnicas, y el tocado que tenía puesto uno de ellos me sonaba de algo—. Una vez vi un dibujo de Gilgamesh en un libro de la antigua Tierra, y tenía la barba y la ropa parecida. —Señalé a un hombre—. ¿Puede que sean de algún sitio cercano a su civilización?

Chet se alejó del portal dando un salto cuando otra cosa cobró forma delante de él. ¿Piedras? Sí, era una pila de materiales de construcción. La

gente comenzó a utilizarlos para erigir algo.

—No era la primera vez que venían —dije, sintiendo que era verdad. Las visiones no eran solo imágenes, sino también… sensaciones—. Quieren construir un santuario, me parece.

Chet y yo seguimos mirando mientras el tiempo se aceleraba y empezaban a materializarse unas paredes. La gente se emborronó, construyendo la misma estructura en la que estábamos Chet y yo. Tallaron delicadas obras de arte en las paredes y luego lo pintaron todo de vivos colores.

¿Por qué estaban creando algo tan hermoso en aquel lugar extraño? El tiempo se ralentizó de nuevo y, después de lo que podían haber sido semanas de construcción, tal vez meses, la gente se congregó en el exterior. Chet y yo fuimos con ellos y vimos que se aproximaba otro fragmento. Sobre él había otro grupo vestido con brillantes túnicas rojas. Tenían la piel de color violeta claro, con unas protuberancias parecidas a cuernos y el pelo de un blanco puro. Procedían de ReAlba, el planeta natal de Alanik.

—Conozco a esa gente —dije a Chet—. Son los UrDail. La persona con la que hablé me dijo que habían tenido contacto con los humanos en el pasado.

—¿Cómo de lejos en el pasado? —preguntó Chet, frotándose la barbilla—. Estos humanos llevan ropajes muy antiguos.

—Tirda —dije—. ¿No estaremos viendo su primer contacto? ¿La primera vez que los humanos conocieron a alienígenas? Creía que no había tenido lugar hasta que estábamos ya en la era espacial.

Solo que Hesho también me había explicado que el pueblo kitsen había establecido contacto con los humanos en Japón siglos antes de que ninguno de ellos fuese capaz de viajar por el espacio. Se habían desplazado por medio de la citónica. Como la gente a la que estábamos viendo, al parecer.

Ante nosotros, los humanos saludaron a los UrDail, que cruzaron a nuestro fragmento. Y fue entonces cuando me di cuenta de que aquel no debía de ser su primer contacto. Los dos grupos parecían conocerse de antes, así que sus primeros encuentros debían de haber tenido lugar en algún momento anterior. Lo que habían construido los humanos era una especie de sala de reuniones, no un santuario como había pensado al principio. Los seguimos a todos al interior, a un lugar en el que se sentaron juntos en unas mesas, intentando…

¿Intentando comprender sus respectivos idiomas, tal vez? Sí, estaban escribiendo palabras, gesticulando, dándose explicaciones mutuas. El tiempo se aceleró de nuevo y presencié decenas de encuentros en cuestión de minutos, cada vez que los dos fragmentos se alineaban. Creo que hasta vi a

algunos UrDail visitar la Tierra a través del portal y a algunos humanos quedarse en el fragmento de los habitantes de ReAlba.

Y entonces… los humanos ya no volvieron por el portal.

Tuvo lugar un alineamiento y llegaron los UrDail, pero no había humanos en nuestro fragmento para recibirlos. El suceso se repitió varias veces más hasta que los UrDail dejaron de llegar también.

—Entonces —dije—, ¿qué nos revela esto sobre nuestros poderes?

Chet frunció el ceño, inspeccionando el mural en la visión, que había sido colorido y vibrante.

—Las especies alienígenas empezaron a reunirse en la ninguna-parte. A mezclarse. Pero luego dejaron de hacerlo. ¿Por qué?

Era lo mismo que había sucedido con los kitsen, ¿verdad? Hesho me había dicho que su citónica se había esfumado por algún motivo. Mientras lo pensaba, apareció una mujer saliendo de la pared. Era de mediana edad, con la piel morena y una túnica de colores. La seguí fuera del edificio y hasta el cercano borde del fragmento. Se quedó sentada allí, mirando el infinito.

Pasó el tiempo. Meses, puede que años. Y allí seguía sentada ella, como esperando algo. Por fin se levantó y pasó junto a nosotros.

—¿Quién eres? —pregunté.

Y recibí una impresión: *Soy la única a quien no mató la bestia*.

Un momento. ¡Un momento! ¿Me había respondido?

La seguí de vuelta al interior del edificio y vi que caminaba hasta el portal. Apoyó la mano en él y las líneas de la piedra comenzaron a curvarse en espiral y a crecer con su toque.

Siento tus preguntas, me dijo la impresión. *Ese es mi talento. Aunque no os conozco a ninguno de vosotros, dejo mis respuestas en el portal*.

—¿Qué ocurrió? —pregunté—. Con la citónica.

Una bestia. Criada por una especie alienígena que poseía maravillas tecnológicas.

Entonces vi algo en mi mente. Una congregación de miles de citónicos, de cien especies distintas, reuniéndose para luchar contra… algo oscuro, algo que se alzaba de una negrura, pero con ojos de un penetrante blanco.

Eso… los destruyó, dijo la citónica. *Combatimos. Vencimos. Pero el precio fue muy alto…*

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Cómo vencisteis?

Lo obligamos a hacerse real, respondió ella. *No sé cómo. Yo sobreviví… pero quienes sabían cómo vencimos… fueron consumidos*.

Bajó la mano. La mujer había… ¿inscrito sus recuerdos en el portal y… estaban llegando a mí de algún modo? Chet se puso a mi lado.

—El tiempo es antinatural en la ninguna-parte, pero esto es extraño incluso para estar aquí —dijo—. Yo… no sé qué pensar de esto.

Sentí que la visión empezaba a desvanecerse. Estaba llegando al final de sus recuerdos.

—Espera —pedí a la mujer—. Tú conservaste la memoria mientras vivías en la ninguna-parte. ¿Cómo?

¿Por qué iba a perder la memoria?, respondió la impresión.

—Es una característica de este lugar —dije.

No lo era en nuestra época. Os enfrentáis a una bestia, como nosotros.

—No es solo una —repuse—. Son miles. Millones.

Entonces, estáis condenados.

—No. ¡Tiene que haber una manera!

Encuentra los recuerdos… del hombre que vendrá… Encuentra los recuerdos… del hombre llamado Jason Write.

Entonces me asaltó una impresión distinta, igual que había ocurrido durante la visión anterior. En esa ocasión la comprendí mejor porque era más poderosa, porque se me daba mejor escuchar. Sentí a decenas, puede que centenares de mentes extendiéndose hacia mí desde el interior de la piedra.

Más…, me animaron. *Más allá…*

Delante de mí apareció algo que era como una pared. Forcé mi mente contra ella y no pude superarla.

Hazlo más fuerte. Pero no más duro.

¡No lo entiendo!, envié.

No eres una herramienta con la que golpear. No eres una roca con la que aporrear.

¿Qué soy?, pregunté.

Eres una estrella.

Y una luz se avivó dentro de mí. Una luz pura y blanca, el poder de la ninguna-parte. Me transformé en una espada llameante y, cuando empujé, mi mente *perforó* la barrera.

Bien… Bien… Continúa.

Apareció una ubicación en mi cabeza. ¿Otro portal? Estaba en lo que parecía ser un edificio muy grande y… ¿lleno de cajas? Fruncí el ceño.

—Truda —dijo Chet.

—¿Identificas el lugar? —pregunté, volviéndome hacia él.

—En efecto, Spensa —dijo él, y respiró hondo—. Me temo que se trata del portal que hay en el centro de Fuerteseguro, la sede del poder de la Supremacía en esta zona del cinturón.

25

Ya tendría tiempo más adelante para pensar en lo que había visto. De momento, salí corriendo por la puerta abierta de las ruinas, buscando a Palo. No me costó mucho encontrarla: estaba apoyada en una pared a medio derrumbar nada más salir, con los brazos por delante y las garras sacadas. La tenasi tenía aspecto de depredadora hasta cuando se relajaba.

—Habéis visto algo —dijo—. Sois citónicos, ¿verdad? Lo sois los dos.

—Eh… sí —respondí, lanzando una mirada a Chet.

—¿Sabes algo de la Senda de los Ancianos? —preguntó él a Palo.

—No la había oído mencionar nunca —dijo ella—, pero estas ruinas antiguas… tienen sus propios recuerdos. Eso puede sentirlo cualquiera. Y sí que he oído hablar de la citónica. —Palo se separó de la pared y enderezó la espalda—. ¿Esto tiene algo que ver con vuestra misión? Esa que es tan importante que tuvisteis que robarnos una nave.

—Sí —confirmé yo—. Y hay más. Cuéntame tus planes para atacar Fuerteseguro.

Me miró entornando los ojos.

—Por favor, Palo —insistí—. Necesito saberlo. Si los piratas tienen miedo de luchar contra la Supremacía, si no quieren poner en peligro las cosas buenas que tienen, ¿cómo podemos convencerlos?

—¿Podemos? —dijo Palo—. ¿Vais a uniros a nosotros?

Miré a Chet, que asintió.

—Por el momento, sí —dije.

Palo sonrió.

—Palabras. Bueno, el caso es que no tenemos que convencer a los piratas, no a todos uno por uno. Solo nos hace falta que mis hijos acepten volver a seguirme.

—¿Tus hijos? —preguntó Chet—. ¡Pero si se volvieron contra ti!

—Ya —dijo Palo—. Están al mando de las dos facciones piratas más importantes. Reconozco que no esperaba que a mis dos hijos les crecieran los bastantes *mulunes* como para rebelarse. Después de marcharnos todos de Fuerteseguro la primera vez, intenté que atacáramos todos juntos la base. Tuvimos un pequeño enfrentamiento inicial, pero a nuestra gente le dio miedo esa batalla y se desorganizó. Cuando la coalición se vino abajo, mis hijos se

llevaron parte de mis mejores tropas para fundar sus propias facciones. Como madre, estoy orgullosa.

—¿Orgullosa? ¿De que se rebelaran?

—¡Exacto! —exclamó ella—. Mostraron una valentía increíble. ¡Mira que derrocar a su propia madre! ¡Y eso que apenas eran adultos! Ah, fue estupendo. Pero inconveniente también, claro, porque ahora tenemos que recuperarlos. Mi hijo mayor, Gremm, es el campeón desde hace ya un año. Dirige una facción llamada Calavera y Tibias. Es una expresión de la Tierra, ¿verdad?

—Creo que sí —dijo Chet.

—Bueno, imagino que no tardaréis en enfrentaros a las fuerzas de mi hijo. Cuando le lleguen rumores de tu habilidad, Peonza, sospecho que Gremm enviará un grupo de asalto a atacarnos. Estarán creciéndoles *delenes* por saber la verdad, y entonces esperaré de ti que se la muestres.

—Yo también tengo ganas —dije.

—Dudo mucho que Gremm vaya en ese grupo de asalto. Pero después podré exigir una competición entre él y tú, y la aceptará. Conozco a mi hijo. Y aunque es el mejor piloto que hay entre nosotros, comparado contigo no es nada. Si lo derrotas, no tendrá más remedio que dejar crecer el *tagao*.

—¿Lo cual significa…? —pregunté.

—Es una fruta muy poco común, por la que se siente sometido a sus padres. Si lo derrotas, volverá a obedecerme.

—¿Estás muy segura de eso?

—Por completo —dijo Palo—. Es nuestra costumbre.

No le señalé que la traición de sus hijos la había sorprendido, lo cual me hacía dudar bastante de sus palabras. Pero estaba dispuesta a intentarlo.

—¿Y qué hay de su hermano? —preguntó Chet.

—Semm lidera una facción distinta —dijo ella—. Él también volverá conmigo, si mi facción gana el campeonato. Confiad en mí.

A mí me sonaba demasiado oportuno. Allí había algo más: Palo aún se guardaba sus secretos. La tenasi me observó un momento más y luego echó a andar por las ruinas hacia nuestras naves.

—Deberíamos ir volviendo —dijo—. Nos atacarán en cualquier momento, y no quiero dejar a los demás demasiado escasos de personal.

—¿Qué te parece? —pregunté a Chet mientras ella se marchaba—. ¿Tú sabías que tendríamos que entrar en el mismo Fuerteseguro?

—Lo sospechaba —reconoció él—. El portal de la base es uno de las más grandes y antiguos de todo el sector. Había esperado que no fuese necesario…

pero al menos tenemos un camino por delante.

—Suponiendo que podamos confiar en el plan de Palo.

—Ella parece confiar en él —repuso Chet—. Venga, es cierto que deberíamos volver a nuestra nave. ¿Te acuerdas de lo que pasó la última vez que tuvimos una visión?

Sí. Que todo nuestro fragmento había quedado destruido en una colisión. Podría haber sido pura casualidad, pero me descubrí siguiendo a Chet a toda prisa por si acaso. Recogimos a Maksim y al poco tiempo ya estábamos despegando los cuatro para unirnos a las resonantes y emprender el regreso a nuestra base.

—Tenéis los dos una solemnidad muy poco propia —comentó M-Bot mientras entrábamos en formación—. ¿Puedo suponer que ha funcionado? ¿Habéis visto el pasado otra vez?

—En efecto, IA —respondió Chet—. Es como si hubiéramos contactado con una persona citónica del pasado.

—Estooo… —dijo M-Bot—. ¿Aclaración, por favor?

—De algún modo, ella podía sentir mis preguntas en su época —expliqué —, y dejar respuestas para mí. O puede que solo sintiera la curiosidad general de todos los que llegaron tras ella. Sea como sea, creo que ahora sabemos lo que les pasó a los citónicos kitsen, y por qué se interrumpió de pronto el contacto entre la Tierra y los alienígenas después de unas pocas interacciones en tiempos remotos.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Hubo guerra —dije—. Contra un zapador.

—No sabemos si era un zapador —matizó Chet—. Pero sí que parece que existió una especie de… entidad zapadoriana. Los citónicos de la galaxia, los que habían establecido contacto entre ellos, se unieron para combatirla. Y… no sobrevivieron muchos.

—¿Se enfrentaron a una sola entidad? —preguntó M-Bot.

—Y ganaron —dijo Chet—, haciendo que se volviera real de algún modo. Pero sufrieron muchísimas bajas.

—Y ahora nosotros nos enfrentamos a… más de una —dijo M-Bot—. A muchas más de una.

—Sí —respondí, inclinándome hacia delante en mi asiento—. Y también sabemos otra cosa. Por aquel entonces no había pérdidas de memoria en la ninguna-parte. Eso es un desarrollo más reciente.

—Está todo relacionado —afirmó Chet—. Y las respuestas nos esperan en Fuerteseguro. Algunas, por lo menos.

—En los recuerdos de un hombre llamado Jason Write —dije, arrugando la frente.

—¿Jason Write? —repitió M-Bot—. En los archivos históricos de la Supremacía aparece como el primer humano que inició el contacto con el resto de la galaxia después de descubrir por casualidad que era citónico. Él… provocó la expansión de la humanidad por la galaxia, y fue la causa indirecta de la Primera Guerra Humana de conquista.

Asentí distraída, pensando en aquella antigua citónica que se había comunicado con nosotros. En los sentimientos de agotamiento y soledad que la impregnaban. Notaba que dentro de mí se había encendido una chispa. O mejor dicho… bueno, que esa chispa siempre había estado allí. Pero que brillaba más.

—Chet —dije—, ¿tú notas distintos tus poderes?

—¡Ya lo creo! —exclamó él—. ¡A mí me han hablado de usar la mente para «ver» a mi alrededor! Creo que, practicando, no solo tendré un instinto para los fragmentos. Podría ser capaz de ver el interior de los edificios, o lo que hay a la vuelta de la esquina, o… ¡Bueno, me parece increíble!

—Yo he aprendido otra cosa —dije en voz baja—, pero aún no sé lo que significa.

«Eres una estrella».

—Atención —llegó la voz de Maksim por el comunicador—. ¿Los demás captáis también esa figura de ahí abajo? ¿A mis nueve?

—Es raro que haya alguien tan a la vista —dijo Escalofrío—, sin esconderse. Si estuviéramos reclutando, tendría problemas.

Miré por la cubierta. Había alguien de pie sobre una cumbre en un fragmento lejano. Parecía ser un heklo, aunque costaba distinguirlo bien a tanta distancia. Pero incluso sin verlo bien, noté una frialdad y una presión contra mi mente. Estaba segura de que la figura tendría un fulgor blanco en los ojos.

—¿Lo estás sintiendo? —preguntó Chet.

—Sí —dije—. Es uno de ellos. Por lo menos esta vez no han podido destruir el fragmento.

—Aun así, me preocupa —respondió él—. Esperaba que nos hubieran perdido la pista estas últimas semanas. A los zapadores les cuesta proyectar su atención tan lejos. Pero ahora han vuelto a localizarnos. Confiemos en que no nos causen dificultades.

Me estremecí. Enseguida dejamos atrás a la figura, cada vez más pequeña en la lejanía. Pero vi una luz intermitente en el comunicador. Una llamada

privada de Palo.

—¿Sí, capitana? —dije.

—¿Qué habéis visto en esas ruinas? —preguntó.

—¿Por qué? —repliqué.

—Hay algo que no me encaja en ese ser que acabamos de pasar —dijo ella—. En esta excursión entera. Yo he respondido a tus preguntas sobre mis planes. Ahora responde tú a las mías. ¿Qué habéis visto?

—Hemos visto el pasado —confesé—. Recuerdos, como tú decías. Estamos investigando una forma de luchar contra los zapadores, y hemos recibido un mensaje de una mujer que encontró algo como ellos hace mucho tiempo.

—¿*Luchar* contra los *zapadores?* —preguntó Palo.

—Eh… sí —dije.

—Si te sirve de consuelo —terció Chet—, preferiríamos que hubiera alguna manera de aplacarlos o reconciliarnos con ellos. De momento, sin embargo, debemos proseguir con nuestra misión… y visitar el portal de Fuerteseguro para encontrar los recuerdos ocultos que contiene.

—En ese caso, nuestros objetivos se solapan —dijo Palo—, así que esa parte no la lamento. Pero luchar contra los zapadores… ¿Es posible que seáis capaces, al ser citónicos? Cuando estaba en la fuerza de seguridad conocí a une dione. Se marchó al poco de llegar porque no dejaba de… cambiar, de verse como personas distintas. Los líderes de la Supremacía sacaron de aquí a le dione en el momento en que se enteraron.

¿Cambiaba de forma? Yo nunca había hecho nada parecido.

—Es un talento citónico —dijo Chet—. Proyectar ilusiones a las mentes de otros, apareciendo como alguien distinto, incluso dando una sensación distinta. Funciona con todo el mundo aquí dentro, pero he oído decir que en la alguna-parte solo tiene efecto en otros citónicos.

En realidad… Tuve un escalofrío. Sí que había oído hablar de ello. Alguien había aplicado ese talento a mi padre, le había hecho ver cosas que no estaban. Cada vez estaba más y más convencida de que los distintos citónicos… podían hacer cosas diferentes. Yo era capaz de escuchar las estrellas y teleportarme. Chet podía prolongar su esperanza de vida y «ver» a gran distancia con sus poderes.

Palo interrumpió la conexión, de modo que M-Bot pudo hablar de nuevo.

—¿Por qué los zapadores no se han apoderado de un miembro de vuestro equipo para convertirlo en una cosa de ojos brillantes? —preguntó—. Palo y Maksim estaban más cerca de vosotros que ese heklo.

—Reunir a mucha gente los repele —dijo Chet—. Sobre todo si esa gente se ve a sí misma como un grupo. Mi teoría es que los zapadores necesitan a alguien que esté tan solo como sea posible, a alguien que no sienta que encaja.

Medité sobre lo que habíamos visto y en esa ocasión me resultó más difícil encontrarle un sentido a todo. De hecho, cuando nos acercamos a la base tuve que admitir que me alegró la aparición de un peligro más prosaico: el anuncio de emergencia de que una facción enemiga estaba aproximándose a los hangares de los Costaderos a gran velocidad.

26

En el momento en que alcancé a ver nuestra base, sobrecargué los propulsores y me adelanté a los demás. Distinguí fuego de destructor salpicando la ninguna-parte, hermoso y destellante. Mi cuerpo cobró vida y mi mente, que había estado vacilante por lo que había experimentado, se puso en alerta máxima.

Aquello era para lo que había nacido.

—Aguanta, Chet —dije, y nos lancé al combate con el sonido del viento en las alas y el rugido de los propulsores.

Llegar nos había costado unos minutos preciosos, y vi que tres de nuestros cazas estaban ya inutilizados, flotando sin rumbo. Tirda. Los Costaderos tenían diez naves en total y cinco de ellas éramos nosotros regresando, así que las dos que quedaban estaban enfrentándose a un enemigo abrumador.

M-Bot resaltó las naves enemigas, las amistosas y las bloqueadas en mi monitor de proximidad. Por las marcas que llevaban los cazas enemigos, eran de la facción Calavera y Tibias, la que lideraba Gremm, el hijo de Palo, y la que ella había esperado que enviara una incursión para poner a prueba mis capacidades.

Excelente.

M-Bot sugirió unos cuantos objetivos, rodeando con círculos los cazas estelares que volaban más lentos que el resto y uno que acababa de recibir un impacto en su escudo. Por muchas ganas que me hubieran entrado de buscar un desafío y atacar primero a los enemigos más fuertes, hacerlo podría llevar a que mi equipo se viese muy superado en número.

Así que hice acopio de autocontrol, seguí una ruta de las que me había propuesto M-Bot y me puse a cola de un par de cazas que perseguían a Gibsey, un piloto nuestro del Escuadrón Mosquete. Las dos naves enemigas apenas reaccionaron a mi llegada. Una se desvió un poco a un lado para que disparar me supusiera arriesgarme a dar a mi aliado.

Durante un instante, me quedé confusa. ¿Nada más?

«Estoy acostumbrada a luchar contra cazas de la Supremacía que me reconocen como una as enemiga —comprendí—. Me resaltan en batalla y me dedican recursos adicionales». Pero aquella era la primera vez que combatía

contra piratas rivales. Habían atacado para ponerme a prueba, pero no parecían esperar demasiado de mí.

Era el momento de enviarles mi tarjeta de visita. Ataqué con precisión al caza que se había movido a un lado y todos mis disparos acertaron. El piloto montó en pánico con retraso, se elevó y recibió de pleno mi siguiente disparo. Siempre se tiende a subir el morro. Es un instinto, incluso en el espacio, donde no hay suelo por debajo.

Bordeé la nave enemiga ya bloqueada disparando al segundo caza que perseguía a Gibsey, que era el que M-Bot me había indicado que tenía impactos previos en el escudo. Los impactos pusieron nervioso al piloto, que abandonó la cacería y esquivó a la derecha.

—Ahora conocerás el sabor de mi acero —susurré—. Y yo conoceré el sabor de tu sangre.

Sí, ese tipo de frases aún se me escapaban de vez en cuando. Y no, no me avergonzaba de ello. Me ayudaban a concentrarme.

Culebreé en persecución de la nave, que esquivaba por el perímetro del fragmento. Pasó a la parte inferior, conmigo pisándole los talones, y ascendió de nuevo por el otro lado pivotando. Casi noté cómo montaba en pánico cuando usé mi lanza de luz para trazar una curva más cerrada, mientras mis ConGrav compensaban sin problemas la fuerza rotacional.

Mi presa viró de golpe en una dirección y luego en otra. A primera vista, era una jugada inteligente: si iba de un lado a otro al azar, me impediría anticipar su posición. El problema, al igual que con lo de levantar el morro, era que la gente que cree estar haciendo movimientos aleatorios rara vez los hace. Cobb me lo había grabado a fuego en el cerebro una y otra vez. En vez de hacer cambios de rumbo «aleatorios», practicábamos secuencias de maniobras diseñadas con el propósito específico de frustrar al enemigo.

El entrenamiento siempre vencía al caos. El caza enemigo se sacudía para aquí y para allá, y estoy segura de que a su piloto le parecía estar moviéndose al azar, pero de todas formas lo alcancé con tres disparos fruto de la experiencia. Chet soltó un aullido triunfal mientras yo dejaba atrás la nave enemiga y viraba hacia el grueso del combate. Al llegar, reconozco que tuve suerte con un disparo a una nave que M-Bot había resaltado, pero tampoco iba a quejarme. ¿Tres bajas en menos de cinco minutos?

Tirda, me sentía de maravilla otra vez en la cabina de una nave. Luchando de nuevo junto a amigos. Haciendo lo que mejor se me daba.

Me fijé en que algunas naves enemigas cercanas estaban entrando en una verdadera formación.

—Escuadrón Alfanje —dije—, acudid a mi posición. Voy a dejaros unos blancos bien jugosos.

Los cuatro cazas enemigos trazaron un arco y se orientaron hacia mí. Colaborar era buena idea, pero era evidente que aquellos pilotos no estaban entrenados para guardar la distancia óptima entre naves. Como había enseñado hacía poco a los Costaderos, al volar en formación te interesaba mantener una cierta distancia entre cazas para protegerte de posibles PMI.

Embestí hacia ellos, sobrecargando los propulsores. Me acertaron con algunos disparos, pero no pasaba nada. Mientras me lanzaba a toda velocidad hacia el centro del cuarteto, activé el PMI. Tardaron demasiado en reaccionar y pillé a tres de las cuatro naves, que M-Bot resaltó en pantalla como enemigos sin escudo.

Tal y como les había propuesto, Palo y los miembros del Escuadrón Alfanje se centraron en esas naves. Las ráfagas de fuego de destructor iluminaron el aire a mi cola y me descubrí sonriendo de oreja a oreja. Aquel combate me recordaba a algo…

«A entrenar con los proyectores holográficos —comprendí—. Fue la última vez en la que volé sin temer por mi vida».

—Menuda jugada has hecho, Peonza —dijo Palo por el comunicador—. No sé si te están creciendo *mulunes* o *hemeles*.

—Eso no ha sido nada, capitana —respondí, rodando en maniobras evasivas cuando alguien empezó a dispararme—. Deberías verme hacer estas cosas cuando nuestras vidas están en juego. Entonces es muchísimo más estúpido.

—Ya me lo imagino —dijo ella—. ¿Necesitas compañero de ala?

—Qué va. Pero Maksim y tú podríais ir a ayudar a Gibsey. Se las ha ingeniado para recoger dos perseguidores más.

Yo seguía teniendo al mío. M-Bot me señaló que era la nave de un momento antes a la que no había afectado mi PMI. Lo cual significaba que tenía escudo, y yo no.

Vaya. Estaba pegándose bastante bien a mi cola. De hecho…

Un par de rayos azules de destructor me rozaron la cubierta, a apenas centímetros de impactar. Tirda. Ese piloto sí que era bueno.

Mi sonrisa se ensanchó. Machaqué el botón de sobrecarga, me recliné en el asiento y me puse a ello con ahínco. No tenía manera de restaurar mi escudo para poder afrontar el duelo en condiciones, porque requeriría de unos segundos flotando que no tenía. Así que me concentré en dejar atrás a mi adversario.

Los siguientes minutos fueron una gloriosa persecución por todo el campo de batalla, escorándonos y trazando bucles, usando la lanza de luz para bordear fragmentos, pasando rasantes sobre la base de los Costaderos. Mi perseguidor me mantuvo el ritmo, como si quisiera demostrar algo. Pero sí que dejó de disparar al poco tiempo.

«Conque esperando el tiro perfecto, ¿eh? —pensé—. Pues no pienso concedértelo».

Ascendí un trecho, elevándome hacia el cielo entre rosado y blanquecino. Luego viré y descendí. Los ConGravs de mi nueva nave absorbieron lo peor de la aceleración, pero aun así me aplastó al acelerar hacia abajo. Eso me hizo sonreír de nuevo. Sí, las fuerzas de inercia eran un incordio, pero a esas alturas ya eran viejas amigas. Toda la sangre desplazada a la parte trasera del cuerpo, amenazando con llevarse mi visión y luego mi consciencia…

Rebasé a la nave que me perseguía y me enderecé justo en el momento adecuado. Una mirada al monitor me mostró la cabeza de Chet flácida sobre el cuello. Entonces se sacudió, de nuevo en alerta. Al parecer, lo había dejado inconsciente con aquella maniobra. Tendría que ir con más cuidado.

Pero a pesar de todo ello, el caza se mantuvo a mi cola. Sí que era bueno, sí. Decidí regresar rugiendo al meollo de naves que combatían y me puse a disparar a un caza enemigo que intentaba alcanzar a Escalofrío hasta que le anulé los escudos. Entonces viré a un lado, apunté a otra nave, disparé y la dejé bloqueada.

Mi perseguidor por fin abrió fuego contra mí, disparando a lo loco en vez de esperar al momento justo.

Perfecto, ya solo tenía que…

Mi nave se sacudió. El panel de control se oscureció y los controles se bloquearon. Me descubrí flotando hacia delante a velocidad constante, sin capacidad de maniobra, mientras aquel as enemigo pasaba como una centella muy cerca de mi nave. Tirda, me había dado. Comprobé las lecturas vitales de Chet en el monitor y vi que según las cifras estaba bien, así que me recliné en el asiento y me eché a reír.

—¿Spensa? —dijo M-Bot—. Ay, ay, ay. ¿El estrés está provocando que tus emociones afloren de manera irracional? ¡Oh! Acabo de sentirlo yo también. Hum, a ver, ¿qué puedo decir? Veamos… Hum…

—Estoy genial —respondí, secándome los ojos.

—No, no. Necesito las palabras correctas…

Me estiré hacia delante, intentando ver a aquel as. Luchar era divertido, pero ¿saber que había alguien allí dentro que podía ser rival para mí? Eso era

incluso más emocionante.

—¡Ah! —exclamó M-Bot—. Ya lo tengo. Spensa. Mejórate, por favor.

—Vale —dije sonriendo—. Ya estoy mejor.

—¡Todo un éxito! Esa frase la recordaré.

—Chet, ¿cómo te notas? —pregunté a mi copiloto.

—Entusiasmado —dijo él con un hilo de voz—. Pero también con náuseas y… avergonzado. Me temo que antes me he quedado inconsciente.

—Nos pasa a todos —respondí—. No hay por qué avergonzarse. Tendrías que haberme visto a mí los primeros días en el centrifugador de casa.

—Bueno, sé que dijiste que antes era piloto, pero no recuerdo esas experiencias. Mi actitud actual es de un profundo respeto por el suelo, debo reconocer.

—Intentaré evitar arrastrarte a más cosas de estas —prometí—. M-Bot, ¿quién era ese piloto enemigo?

—El hijo de Palo, Gremm —respondió M-Bot—. La capitana nos había asegurado que no combatiría, pero, a juzgar por las marcas de ese caza, se equivocaba.

Así que había tenido mi primera refriega con el campeón. Sonreí. Aunque me había vencido, no había sido en un auténtico duelo. Me había quedado sin escudo luchando contra sus compañeros. Ya vería mi verdadero potencial cuando librásemos un combate singular.

—¿Cómo estás tú, M-Bot? —pregunté mientras me volvía para estudiar el cielo, intentando evaluar el progreso de la batalla—. Ese disparo no te ha frito ni nada, ¿verdad?

—Por suerte —dijo M-Bot—, las modificaciones que hemos hecho para aislar mis sistemas principales parecen haber funcionado.

—Me alegro.

—La verdad es que no costaría demasiado aislar todos los sistemas —prosiguió—, para que no nos dejen bloqueados en peleas como esta.

—¿Y qué pasaría con la deportividad? —preguntó Chet.

—¿Deportividad? —dijo M-Bot—. Esto no es un juego.

—Sí que lo es —repliqué yo—. Siempre que todo el mundo respete las mismas normas, nadie tiene por qué morir.

—Por lo que tengo entendido de las interacciones entre seres sapientes —dijo M-Bot—, en algún momento alguien buscará tener una ventaja adicional. Me sorprende que no haya sucedido ya, diga lo que diga Palo.

—Puede —respondí—. Pero ¿alguna vez has estudiado las batallas entre tribus pequeñas de los primeros humanos?

—No.

—Deberías. Creo que te llevarías una sorpresa al ver las clases de normas que es capaz de cumplir una sociedad, cuando lo que está en juego es una cosa distinta.

Los grupos reducidos de cazadores-recolectores en la antigua Tierra muy pocas veces entablaban combates letales. Eran demasiado poco numerosos, sus comunidades demasiado estrechas. Sí, de vez en cuando alguien moría en algún conflicto, pero la mayoría de las batallas se basaban sobre todo en alardear e intimidar.

Cobb había usado ese ejemplo para sugerirnos que la naturaleza humana no consistía en luchar y matar, que era por lo que debíamos entrenar sin descanso. Pero en esos momentos encontré algo liberador en la idea de que volar, lo que más me gustaba hacer, no tenía por qué implicar solo muertes. También podía ser una forma de demostrar mi valía… a mí misma.

A nuestra cola, las cuatro naves enemigas que quedaban decidieron retirarse. El oportuno regreso del Escuadrón Alfanje nos había valido aquella victoria. Esperé, pensativa, mientras Palo y su hijo negociaban las condiciones para devolverle sus naves inhabilitadas. Luego iniciaron el proceso de reactivar esos cazas, que duraría unos minutos.

Por fin llegó Maksim para recogerme y remolcarme con el rabo entre las piernas de vuelta a la base, donde esperaba el personal de tierra con algunos pilotos que ya habían aterrizado. Un sistema de lanzas de luz de atraque me llevó al suelo y quité el seguro de la cubierta antes de abrirla a manivela. Mientras Chet y yo salíamos, me preparé para una regañina. Podía oír la voz de Cobb despotricando sobre lo temeraria que había sido en ese combate. Siempre nos machacaba con el buen comportamiento, incluso cuando hacíamos simulaciones.

Pero al bajar me recibió una salva de feroces vítores y aplausos. Encabezados por la propia Palo, que en vez de soltarme un sermón me dio un envolvente abrazo nada más pisé el suelo.

—¿Cuatro bajas? —gritó—. ¿Y tres asistencias? ¡Chica, esta batalla casi la has ganado tú sola!

—¡Los Calavera y Tibias han salido por patas! —exclamó Maksim—. ¡No te haces una idea de lo bien que sienta!

—Ahora tenemos nuestra oportunidad —dijo Palo—. Gremm está impresionado. Acepta librar un duelo oficial contra ti mañana.

Los demás dieron otro hurra.

Tirda. ¿Me habían alcanzado y esa gente me vitoreaba? ¿Y el hijo de Palo me consideraba digna?

Sonreí con ganas. ¿Cuánto tiempo hacía que no me notaba tan… bueno, tan entusiasmada después de un combate? ¿Cuánto tiempo hacía que no oía a mis compañeros de escuadrón tan alegres? La última vez que recordaba algo así era cuando había salvado la base de la FDD de la destrucción total al llevarme la bomba. Pero aquellos vítores habían tenido un filo. Una tensión. Habían sido gritos de alivio.

La gente que tenía delante estaba feliz, sin más. Dejé que su entusiasmo me inundara. Era una sensación increíble. Y no era más que el principio, porque al día siguiente iba a convertirme en campeona pirata y dar a Palo la oportunidad de unir las facciones.

Interludio

Flotaba.

Recobré en parte la consciencia. No estaba despierta, pero sí consciente. Estaba en el lugar donde no tenía forma, ni sentidos aparte de los citónicos. Solo recordaba… haberme acostado, en mi propia habitación dentro de la base de los Costaderos, después de la escaramuza.

Había sido un día muy largo. Me había quedado dormida. Y en esos momentos expandía mi mente, como había hecho otras noches. Buscando. Deseando.

Jorgen… Intenté encontrarlo, pero me sentí como si estuviera gritando a un vacío. No alcanzaba a percibir nada en absoluto. Como… como si fuese una hoguera encendida en un lugar oscuro, pero con cada tronco nuevo el incremento de la luz solo confirmara que la negrura se extendía hasta el infinito.

Había fracasado tantas veces en mis intentos recientes que estuve a punto de sumirme en la inconsciencia. Tenía trabajo importante que hacer al día siguiente y sería mejor que descansara.

Pero aun así…

Había algo de mis últimas experiencias en el dominio de los sueños que no encajaba. Sí. Aquello estaba mal. Antes no había sido capaz de verlo. Pero con unos cuantos gritos de prueba más, me pareció distinguir qué era lo que fallaba. Mis gritos mentales se desvanecían demasiado deprisa. No era tanto que estuviera gritando al vacío como que gritaba como si tuviera la cabeza cubierta de almohadas.

¿Habría… alguien bloqueándome?

Tirda. ¿Por eso no había podido localizar a Jorgen?

Gruñí. Bueno, hice el equivalente mental a un gruñido. Lo normal, vamos. Mi alma *chispeó* en la oscuridad.

Apreté hacia delante en el vacío y sentí… sí. Una amortiguación. Como si estuviera rodeada por una nube invisible. Bajo las extrañas leyes de la ninguna-parte, había estado siempre ahí, justo encima de mi consciencia, pero no había sido capaz de percibirla. Forcejeé para avanzar, empujando. Abriéndome paso con los brazos.

«No —pensé—. No soy una piedra. Ni siquiera soy una hoguera. Soy una estrella».

Mi esencia, mi alma, estalló en una luz fulgurante que desintegró la neblina que me rodeaba. Ya no era una nada en aquel lugar. Era una luz, una presencia destellante, una esfera de flamígera blancura.

Usé mi capacidad de conectar, de ver, y sentí una presencia más adelante. Me resultó fácil, después de escapar de la neblina. ¿La presencia sería Jorgen? Fijé mi mente en ella y tiré de mí misma al otro lado del límite.

Aparecí en la alguna-parte, como había hecho otras veces: ilusoria, efímera. Pero no había encontrado a Jorgen.

Había encontrado a mis enemigos.

A mis ojos humanos, Winzik parecía casi idéntico a Nuluba, aunque su exoesqueleto era de un verde más intenso. Los varvax no solían ponerse ropa, pero Winzik llevaba un fajín de aspecto más o menos oficial. Estaba sentado en una enorme silla de mármol, con elaboradas tallas e incrustaciones de plata. Supuse que, si alguien llevaba exoesqueleto, el acolchado de su asiento no tenía mucha relevancia.

La sala era circular, con lujosos paneles de madera en la pared, y daba la impresión de ser un despacho. Había un grupo de tenasi, con el mismo aspecto de depredadores que Palo, presentando un informe a Winzik. Ellos sí que iban vestidos, y reconocí al instante sus uniformes militares. Había cosas que parecían bastante comunes para todas las especies y, a juzgar por las hileras de medallas e insignias que llevaban en las chaquetas, aquellos tenasi eran almirantes y generales.

Por tanto, estaría presenciando un informe militar al líder en funciones de la Supremacía, supuse. Por desgracia, en la pantalla no aparecía Detritus, sino un planeta desconocido para mí, verde y rojo. No sabía leer la escritura que rodeaba la imagen del planeta y no tenía mi alfiler para traducírmela, así que no pude obtener más información.

—Es ReAlba —dijo una voz en mi idioma, detrás de mí—. Es curioso que no lo reconozcas, teniendo en cuenta la cara que llevabas puesta la mayoría del tiempo que pasaste con nosotros.

Me volví. Brade estaba sentada en una silla cerca. Llevaba el pelo oscuro rapado casi al cero e, incluso con su uniforme, se le notaba que tenía músculo, la clase de complexión que muy pocas veces se veía aparte de en los soldados más fanáticos del gimnasio. Estaba haciendo rodar un lápiz entre los dedos, observándome con ojos casi indiferentes.

Winzik se volvió en su asiento para lanzarle una mirada y ladró una orden en un idioma que yo no conocía.

—Venga, métete esas protestas donde te quepan, Winzik —dijo Brade, sin dejar de dar vueltas al lápiz—. Ella está aquí. Por fin ha escapado de su jaula. Sí que te ha costado, Alanik… o Spensa, mejor dicho. Esperaba que hicieras más ruido dentro de esa barrera. ¿Sabes cuánta atención hacía falta para mantenerla cerrada?

—¿Cómo? —pregunté imperiosa—. ¿Cómo lograste hacer eso?

—Necesité un poco de instrucción de nuestros nuevos amigos —respondió Brade. Me di cuenta de que podía verme, incluso sin una superficie reflectante—. Así pude acceder a ciertas capacidades que había estado practicando.

Winzik ordenó a los generales que se retiraran y se acercó a nosotras, haciendo movimientos circulares con las manos del exoesqueleto mientras hablaba. A pesar de la barrera idiomática, reconocí su forma de hablar, y de hecho casi podía oírle decir «caramba, caramba» y «cuánta agresividad» en su tono puntilloso.

—Los zapadores creen que pueden ocuparse de ti —afirmó Brade—. Yo les he dicho que no. Eres una persona directa, Spensa. Me gusta eso de ti. No tienes sutileza. Te limitas a pasar destrozando cualquier cosa que esté entre tú y tus objetivos.

—Fui lo bastante sutil para engañarte —restallé, proyectando los pensamientos hacia ella.

Y con mis poderes crecientes, capté un revoloteo de emociones que ella intentaba ocultar. Vergüenza, ira. Brade había entrenado conmigo y no había descubierto lo que yo era en realidad. Hasta que por fin le había ofrecido la verdad, solo para que la pisoteara.

Tirda, qué ingenua había sido.

Winzik estaba diciendo algo más. Deseé poder descubrir qué era.

—Quiere que atrape tu mente —me explicó Brade—. No estoy segura de poder hacerlo. La gente con la que he estado practicando era mucho más débil que tú. Pero esta vez no voy a vacilar.

Su mente se estampó contra la mía, aplastándome. Al instante me sentí como si estuviera en una caja, que empezó a encogerse. Contraataqué, alarmada, furiosa. Hice acopio de toda mi furia, como la última vez que nos habíamos enfrentado. Y la arrojé contra ella.

Tal y como me había advertido, Brade no flaqueó. Se esperaba mi contraataque.

Así que empecé a brillar. Avivé lo que había dentro de mí, aquella luz poderosa. El fulgor que era mi alma. Sentí la sorpresa de Brade, aunque ella no quería proyectar la emoción. Estaba atónita. Ella… pensaba que yo era como un zapador, en formas que la asustaban.

Y algo más lo oyó.

¡Te veo!

La voz era lejana, pero intensa. Un grito citónico vibró a través de mí y entonces algo impactó contra Brade, haciéndole dar un respingo y perder la concentración. La voz era cruda, como sin entrenar. Si yo era una espada, aquella voz era una cachiporra. Y de las grandes.

Resplandecí de luz y abrí una brecha en la caja de Brade, y junto con aquella voz recién llegada la obligamos a retroceder y escapé a la ninguna-parte.

Aquella voz tan alta me estaba persiguiendo. Me había salvado, pero daba la sensación de ser alguna clase de monstruo. Me volví hacia ella, reacia a darle la espalda, mientras se estrellaba contra mí. Y…

… ¿me abrazó?

¿Jorgen?, pensé.

¿Dónde te habías metido?, envió él. *¿Por qué no contactabas conmigo? ¡Peonza, han pasado semanas!*

¡Lo he intentado!, exclamé, obligando a mi mente a visualizarlo. Por el momento estábamos flotando juntos en el vacío, con nuestras esencias tocándose. Como dos nadadores en un océano profundo, extenso, interminable, aferrados entre ellos.

Siento no haber contactado contigo, dije. *Brade hizo algo.*

¿Brade?, preguntó él.

La que estaba reteniéndome cuando has llegado, expliqué. *¿Cómo me has encontrado?*

He estado practicando, respondió Jorgen. *No puedo hipersaltar, por mucho que lo intente. Pero Alanik dice que tampoco es raro. Los citónicos tenemos especialidades distintas. Dice que podré aprender a hipersaltar, que en teoría todos nosotros podemos aprender cualquier talento, pero para algunos hay poderes concretos que son muy difíciles. Todos tenemos nuestros puntos fuertes y débiles.*

Un momento, dije. *¿Alanik?*

Es complicado, respondió él. *Estamos resistiendo, intentando convocar ayuda. Pero háblame de ti. Spensa, estás brillando. Como una estrella. ¡He podido verte desde muy lejos!*

Yo también he estado practicando, repuse.

¿Ya eres una reina pirata?

Con cuánto cariño lo dijo. Cuántas imágenes había envueltas en esa frase. Aquella clase de comunicación que manteníamos era mucho más profunda que las meras palabras. Por ejemplo, supe al instante que estaba bromeando… pero que también hablaba un poco en serio.

Le encantaba mi amor por las historias. Me imaginaba en una de esas historias, y tenía una confianza absoluta en mí. Confiaba más en mí que yo misma. Por los santos, qué bueno era oírlo. Qué bueno era saberlo. Su imagen de mí era la de una persona audaz, ingeniosa e inspiradora.

Desde luego, no era lo que me merecía después de la forma en que lo había tratado las primeras semanas después de conocernos. Por suerte, también podía sentir a Jorgen reaccionando a mi propia imagen de él. Recto, sincero, empático. Un líder, el mejor que había conocido jamás.

Aquel momento era el más perfecto que había sentido en la vida. Allí los dos, compartiendo nuestras versiones idealizadas del otro, sabiendo que jamás podríamos hacerles justicia pero sabiendo también que no importaba. Porque con solo estar cerca uno del otro, resonábamos y nos convertíamos en algo más, en algo un poco mejor, gracias al conocimiento, al apoyo y a la confianza.

Y entonces se fue todo al garete cuando empezaron a aparecer ojos a nuestro alrededor. Unos agujeros blancos y brillantes, la atención de los zapadores. No era mi brillo lo que los había atraído. Era Jorgen. Tirda, qué ruidoso era.

Vete, Jorgen, dije mientras los ojos nos rodeaban. *Contactaré contigo después, cuando su atención se haya pasado*.

Noté que su esencia rozaba la mía. *Sentí* su afecto, su pasión. Pero entonces se marchó.

Me volví para encararme hacia los zapadores. No dejaba de pensar que, con esfuerzo, podría llegar a convencerlos. Al fin y al cabo, Chet me había explicado que eran todos el mismo individuo. No una mente grupal, pero de algún modo sí todos idénticos. Así que, si había podido hacer cambiar de opinión a uno, ¿no debería ser capaz de repetirlo con los demás?

Ya había fracasado otras veces, pero tenía que probar de nuevo. A fin de cuentas, me había costado tres intentos conseguir una nave. De modo que, mientras los ojos me rodeaban del todo, traté de proyectar una sensación de pequeñez.

Intenté encogernos a todos, reducir nuestra perspectiva. Cuando sus mentes tocaron la mía, me esforcé en mostrárselo. La infinitud iba en ambos sentidos: podíamos ser tan extensos como un universo, pero también tan pequeños como una mota de polvo.

Les enseñé lo que había visto. A Maksim, con su sonrisa bobalicona y su actitud siempre dispuesta y acogedora. A Escalofrío, que tan bien sabía comprender a gente que era muy distinta de ella. A Nuluba, que tan desesperada estaba por compensar las injusticias de la Supremacía con los pueblos de la galaxia.

Vednos, les dije. *Ved que estamos vivos*.

Lo sabemos, enviaron ellos. *Lo sabemos bien*.

Solo que les traía sin cuidado.

Y en ese momento fui yo quien vi las cosas a la manera de ellos. Sí, al principio se habían negado a aceptar que todos los ruidos que había en la alguna-parte eran seres vivos. Pero entonces yo había cambiado a uno de ellos. Al hacerlo, los demás habían reaccionado *en contra* de mis actos.

En cierto modo, daba igual a cuál de ellos hubiera cambiado. Porque en el preciso instante en que lo hice, los otros habían erigido defensas. Igual que un francotirador podría disparar a un grupo de personas, pero al primer tiro los demás se pondrían a cubierto.

Jamás podría convencer a otro zapador, no del mismo modo que antes. Porque, al saber que estábamos vivos, habían pasado a odiarnos incluso más. Porque ya no éramos solo molestias aleatorias. Estábamos intentando provocarles dolor *a propósito*. Éramos peligrosos.

Debíamos ser exterminados.

El horror de esa idea me hizo huir de ellos. Y estaba mejorando mucho en esconderme. Fingí desvanecerme, dormir, pero entonces extendí mi capacidad de escucha, cada vez más potente. Me pareció oír algo allí atrás y mis esfuerzos se vieron recompensados con una voz.

Caramba, caramba, dijo Brade a los zapadores, enviando las palabras de Winzik a la ninguna-parte. *¿Os ha dolido? Claro, porque ella es demasiado difícil de controlar. Todos lo son. ¿Habéis visto cómo ha acudido otro de ellos? Están multiplicándose. Volviéndose más ruidosos*.

Se refería a Jorgen y al escándalo que había montado al rescatarme. Ay, tirda.

Sentí que los zapadores meditaban sus palabras y recordé lo que había dicho Brade. Había esperado que yo hiciera «más ruido» al intentar atravesar

la amortiguación que me había puesto encima. Como si… como si su intención fuese provocarme. Para que los zapadores pudieran…

Lo oímos y nos duele, dijeron los zapadores. *Pero podemos extinguir los ruidos por nuestra cuenta*.

¿De verdad?, replicó Winzik. *Caramba, caramba. A mí me da la impresión de que, cuando venís a nuestro dominio, estáis confusos. ¡Tenéis tan poca pericia con este lugar como nosotros cuando vamos al vuestro! Atacasteis Detritus y Visión Estelar, pero no llegasteis a matar ni a un solo citónico. Han pasado muchos años y habéis fracasado todas las veces. Nosotros nos multiplicamos. El ruido se multiplica. Yo lo detendré. Si me ayudáis*.

Abominaban de esa idea. Podía captar su odio. Pero también que estaban de acuerdo con Winzik.

Aceptamos el trato, ruido, dijeron los zapadores. *Haremos lo que propones a cambio de que tú detengas a aquellos que nos atormentan*.

Excelente, envió Winzik. *Es muy sensato por vuestra parte*.

Sentí que el acuerdo se cerraba de golpe. Los zapadores iban a trabajar para Winzik. Comprendí lo que acababa de ocurrir justo en el momento en que caía en la verdadera inconsciencia… y como resultado, las pesadillas me acosaron todo el tiempo que pasé dormida.

CUARTA PARTE

27

Unas doce horas más tarde, estaba volando en línea recta hacia el estadio, ansiosa por el duelo… y con un libro en la mano.

El estadio era un lugar concreto dentro del territorio de los Calavera y Tibias. Palo me había dicho que las anomalías que existían cerca hacían más interesante el combate. Nuestros adversarios estarían esperándonos allí junto con las demás facciones piratas, que acudirían a presenciar el duelo. Y de hecho, nosotros también llevábamos a la facción de los Costaderos al completo. Los miembros del equipo de tierra viajaban en los compartimentos de carga de los cazas o en lanzaderas. Ese día Chet acompañaba a Nuluba en un remolcador no combatiente que tenía asientos cómodos.

Yo aún me notaba intimidada por lo que había experimentado la noche anterior. El acuerdo estaba cerrado y los zapadores iban a colaborar con Winzik. Necesitaba encontrar respuestas, y rápido.

Por suerte, parecía estar en el buen camino para hallarlas. Tenía que ganar el duelo y ayudar a Palo a conquistar Fuerteseguro. Lo malo era que la travesía hasta el estadio duraría unas horas. Cuando había protestado en el hangar por el tiempo de vuelo, Maksim me había lanzado el libro.

Era un libro de verdad, hecho de papel y todo. No había tenido intención de leerlo, pero a medida que se prolongaba el vuelo y después de permitir a M-Bot que pilotara un ratito, me descubrí hojeándolo.

Era una lectura lenta, porque tenía que usar el sistema óptico de mi alfiler para que me fuese traduciendo las frases. Pero al mismo tiempo era fascinante. Ya no era solo que en mi planeta apenas existieran medios físicos como aquel, sino que además la información procedente de los archivos de nuestra antigua nave estaba fragmentada. El pedazo más grande que había sobrevivido hasta mi época era sobre las plantas y los animales de la antigua Tierra, así que mi educación en la escuela había cubierto esa área con detalle.

Pero nunca había oído hablar de una «novelucha romántica», como Maksim había llamado al libro. Estaba escrito desde el punto de vista de la especie cambriana, que tenía un montón de tentáculos y cosas. Sus rituales de cortejo eran sorprendentemente parecidos a los humanos, aunque muchísimo más cursis. O quizá eso se debiera al género de la novela.

No me importaba mucho la trama. Lo que sí me intrigaba era la naturaleza del libro. ¡Era todo tan… blandito! La protagonista dedicaba todo su tiempo a sus romances con tres varones distintos, y su problema más acuciante era decidir a cuál de ellos llevarse de vacaciones.

Y ya está, ese era todo el conflicto. No la misión de conseguir esas vacaciones, sino el estrés de elegir entre los tres tipos. ¿Y eso era lo que leían, lo que les gustaba, en la Supremacía? No había peleas. Yo era tan ignorante como para creer que todo tenía que suponer por fuerza una batalla. Había infinidad de grandes historias sobre héroes como el inteligente Coyote, que escapaban de los problemas utilizando el ingenio en vez de la fuerza bruta. Hasta había historias sobre gente que se preparaba para una guerra inminente y terminaba haciendo las paces.

La yaya nunca me había contado ningún cuento sobre personas yéndose de vacaciones. A una parte de mí le parecía una ridiculez. Pero otra parte lo comprendía. Esa parte me susurraba: «Esto es a lo que la gente puede prestar atención si no está siempre en guerra. Aprendiste una cosa viviendo entre ellos, que tu vida no es normal».

Ese aspecto de los personajes los volvía mucho más alienígenas para mí que los tentáculos. Yo quería paz para mi pueblo, sí. Pero me costaba imaginar un mundo sin entrenamiento de vuelo, sin que el estamento militar fuese la necesidad más fundamental y exigente de toda la sociedad.

Tirda. No me entraba en la cabeza, pero necesitaba que lo hiciera. Así que me puse a leer aquella novela romántica e intenté comprender.

Seguimos volando un tiempo y leí más de la primera cuarta parte del libro antes de que M-Bot hablara.

—¿Ves ese fragmento?

Miré por la cubierta. Teníamos que avanzar despacio para no dejar atrás a los remolcadores, así que estábamos casi de paseo por el cinturón, pasando cerca de fragmentos con sus variados terrenos. El que teníamos debajo era uno de los infrecuentes fragmentos oceánicos. No el mismo que habíamos cruzado hacía tiempo, pero parecido.

—Siento algo al verlo —dijo M-Bot—. He recordado navegar contigo y con Chet y me ha resultado… agradable. Como encontrar a un viejo amigo. ¿Es raro que sienta eso ahora? Ni siquiera es el mismo fragmento.

—No es raro —respondí—. Los humanos tendemos a asociar sensaciones con lugares. A mí las cavernas del subsuelo de Detritus a veces me dan más sensación de hogar que el barrio donde crecí. Y cada vez que veo una cueva, pienso en ellas.

—Esta sensación está… bien —dijo M-Bot.

—¿Esta vez no vas a preguntarme para qué sirven las emociones?

—Aún estoy dándole vueltas —dijo él—. Pero hoy me limito a… apreciar estos sentimientos. Está bien hacerlo, ¿verdad?

Sonreí.

—Sí.

—Antes intentaba averiguar por qué te gustan tanto las historias —dijo M-Bot—. Al principio creía que era una reacción puramente lógica: la educación por medio del relato como instrumento nemotécnico. Pero aun así, tus extrañas reacciones me desconcertaban. No tratabas esos cuentos como una mera ayuda educativa, sino como algo más.

»Creo que ahora lo entiendo. Oír esas historias, estar con tu abuela, te gustaba. Y pensar luego en ellas… bueno, recuerdas su voz, ¿verdad? Es como cuando yo he visto ese fragmento y he recordado lo divertido que fue navegar. Es una sensación… cálida. Una máquina no debería poder sentir la calidez, pero yo lo hago.

Me removí en el asiento, intentando recordar la voz de la yaya como había dicho M-Bot. Y… no pude. Recordaba las historias, pero su voz la había perdido.

Necesitada de una distracción, volví al libro y seguimos volando un… tiempo. Debo reconocer que el libro me estaba como gustando. No me parecía una novelucha para nada. De hecho, hasta me descubrí enganchada, casi emocionada por descubrir quién se iría de vacaciones al final. También es verdad que me ayudaba imaginar que la heroína tenía planeado echar a los pretendientes fracasados a su tiburón mascota.

Habría sido más fácil si M-Bot no me saliera con alguna observación que otra cada cinco minutos.

—¡Eh, Spensa! ¡Ese fragmento es negro y púrpura, y tiene cristales creciendo en el suelo! Creo que procede de un planeta como en el que vivía Escalofrío. ¿A ti qué te parece?

—No sé, M-Bot —dije, pasando la página—. ¿Por qué no buscas en tus bases de datos para averiguarlo?

—¡Hecho! —exclamó—. ¡Creo que estoy en lo cierto!

—Estupendo —dije—. A lo mejor deberías catalogar los fragmentos que hemos dejado atrás, a ver si puedes descubrir de qué tipo de planetas provienen.

—¡Lo haré! —respondió.

Eso debería tenerlo entretenido un rato. Sonreí con cariño, pero por los santos, aquello debía de ser parecido a tener un crío. Pensé que le debía a mi madre un buen bocadillo de rata o algo, porque estaba bastante segura de que, de pequeña, había tenido pero que muchas preguntas para ella. A menudo sobre cómo llevar a cabo una decapitación.

—Oye —dijo M-Bot al cabo de unos minutos más de silencio—, ¿me recuerdas por qué estoy procesando estos datos? ¿Me has puesto a trabajar porque sí, Spensa?

Sonreí.

—Has mirado.

—Cómo sois los humanos —dijo—. ¡Eso no ha sido una broma! ¡No tiene remate!

—Anda, calla —repliqué—. Esta parte es buena.

—Supongo que no quieres saber nada de la comunicación secreta de Palo, entonces —dijo él.

Alcé la mirada.

—¿Comunicación secreta?

—Está recibiendo una transmisión directa cifrada, doy por hecho que de algún pirata de los Calavera y Tibias, a juzgar por el origen del flujo de datos. Es evidente que Palo no quiere que nadie se entere de la llamada, porque llega en una frecuencia que los demás receptores de los Costaderos no están sintonizados para captar. Parece ser que su nave tiene algún equipo especial. Yo puedo verla porque, en fin, ya sabes…

—¿IA de espionaje?

—IA de localización de setas. Con adiciones complementarias de espionaje.

¿Una llamada secreta? Sí que era raro, sí. Palo tendía a ser muy abierta con todo lo que hacía. Siempre dejaba que los Costaderos estuvieran presentes en las negociaciones que hacía, por ejemplo.

—¿Podemos escuchar la llamada? —pregunté.

—Si tuviera el equipamiento de mi antigua nave, sería fácil —dijo M-Bot —. Pero me es imposible desde este caza. Lo más que puedo hacer es decirte cuánto dura la conversación y tal vez concretar la persona con la que habla Palo.

—Entendido —dije, un poco frustrada.

Casi deseé que M-Bot no me hubiera dicho nada, en vez de ponerme los dientes largos. Me había distraído tanto que me costó seguir con el libro. Lo dejé habiendo leído más o menos la mitad, cuando los sensores de largo

alcance mostraron que estábamos aproximándonos a un grupo numeroso de cazas estelares.

—Acaba de terminar la llamada —dijo M-Bot—. Pero sé a ciencia cierta de qué nave procedía. Es el caza estelar que pertenece a su hijo Gremm.

—Así que Palo ha mantenido una conversación larga y secreta con su hijo, del que en teoría está distanciada —resumí—, y que por cierto es el líder de una facción pirata rival. Hay algo en todo esto que no encaja, M-Bot. ¿A qué clase de juego está jugando?

—No sabría decirte —respondió M-Bot—. Apenas me comprendo a mí mismo de un tiempo a esta parte, así que no digamos a vosotros los orgánicos.

El «estadio» resultó ser una gran zona abierta del cinturón, poblada por pedazos de roca flotantes del tamaño de edificios. Aunque en general la mayoría de los fragmentos estaban en el mismo plano, en aquel sector el paisaje era más desigual. Parecía como si un fragmento se hubiera hecho trizas y los pedazos hubieran terminado a distintas elevaciones.

Bueno, yo había entrenado como piloto en lluvias de cascotes. Podía manejarme con aquello. Sin embargo, un rasgo más distintivo de aquella zona eran las extrañas luces blancas que brillaban entre los cachos de roca. Eran como fogonazos en miniatura, no mucho más grandes que mi nave. En realidad, me recordaban al pequeño agujero blanco de nuestra primera visión, el que luego había terminado convirtiéndose en un fragmento.

Aquellos agujeros me incomodaban. Los demás ya me habían hablado de ellos, pero aun así… Eran porciones de la ninguna-parte pura, que de algún modo habían escapado al cinturón. Y yo iba a tener que volar entre ellos.

28

Había un montón heterogéneo de cien cazas diferentes dispuestos en torno al estadio. Las marcas en las alas o los fuselajes identificaban la facción a la que pertenecían. No tenían ninguna otra temática en común, excepto tal vez un aire como a puzle destartalado.

Era evidente que habían ampliado la cabina de varias naves para que cupieran las especies más corpulentas. Otros eran voluminosas lanzaderas o naves industriales de distintos tipos, pero con una curiosa cantidad de armas sujetas como pegotes, igual que la «superpistola» que me había construido de pequeña juntando seis juguetes con cinta adhesiva.

También había muchas naves con diseños peligrosos, aerodinámicos cazas militares con armamento integrado y grandes propulsores. Distinguí a Gremm, el campeón. Su amenazante caza estelar tenía forma de afilada medialuna, con los extremos puntiagudos encarados hacia mí. Era más grande que un Poco de la FDD, pero lo compensaba con unos propulsores gigantescos y un armamento mortífero. Al tener tiempo de estudiarlo con atención, conté que llevaba montados nada menos que cinco destructores.

—Palo —dijo una voz por la línea abierta, que mi nave tradujo. Era una voz grave y gutural, hablando en el mismo idioma que la capitana—. Te lo has tomado con mucha calma, como siempre.

—Me gusta disfrutar, Gremm —replicó Palo—. Y las cosas sencillas me producen placer.

—¿Como ser lenta?

—Como saber que te he hecho esperar —dijo Palo, y soltó una carcajada—. ¿Estás preparado para el duelo?

—Lo estaría —respondió Gremm—, solo que ya no soy el campeón.

—*¿Qué?* —casi gritó Palo.

—¡He perdido el título! —explicó Gremm—. Hoy mismo. Los Cañoneros han llegado pronto, así que se me ha ocurrido hacer unos combates mientras esperábamos. Pero… he perdido.

—Serás necio —dijo Palo—. Hoy te han crecido *hemeles*.

Yo estaba siguiendo la conversación con el ceño fruncido. Estaba bastante segura de que el crecimiento de *hemeles* era su manera de decir que alguien era estúpido.

Había algo… teatral en las frases que intercambiaban. Gremm y Palo habían estado media hora hablando en secreto, así que era evidente que la capitana ya estaba al tanto de que su hijo ya no era el campeón. Pero estaba fingiendo que no lo sabía. ¿Por qué?

—Bueno, ¿y quién es ahora el campeón? —preguntó Palo—. Lucharemos contra quien sea.

—Un recién llegado a los Cañoneros —dijo Gremm.

Palo dio un suave gruñido. Presa de la curiosidad, abrí una línea directa con Maksim.

—Creo que conozco a la facción de los Cañoneros. ¿Su líder es un heklo?

—Sí —respondió él—. Vlep. Son… alborotadores.

—Somos piratas, Maksim. Todos somos alborotadores.

—Los cañoneros se pasan —explicó—. De las demás facciones puedes esperar que no sean demasiado brutales. Pero si los Cañoneros tienen al campeón… no lo veo claro. Yo en tu lugar me negaría a combatir.

Bueno, eso sí que no iba a hacerlo. De hecho, me alegraba de tener la oportunidad de devolvérsela a Vlep y sus secuaces por robarme. Pero a la vez, aquello iba volviéndose cada vez más sospechoso.

«¿A qué estás jugando, Palo?», me pregunté.

Llegó otra voz por el canal general, con un tono irritable que me sonaba de algo.

—Lucharemos contra tu piloto, Palo —dijo Vlep—. Mi campeón es mejor que cualquiera de vosotros. Se hace llamar Sombraoscura.

¿Sombraoscura?

Cómo molaba ese identificador.

—¡Ja! —exclamó Palo—. ¿Sombraoscura? ¿En serio, Vlep? Bueno, pues espero que su habilidad iguale a su talento para el dramatismo. ¡Porque nosotros traemos a alguien muy especial!

—Va a perder —dijo Vlep—. Igual que ha perdido tu hijo. No sé qué os traéis entre manos vosotros dos, pero no confío en ti, Palo. En ninguno de vosotros.

—Menuda novedad, Vlep.

—¿Estás segura de que ese recién llegado tuyo no quiere pasarse a nuestro bando? —preguntó Vlep—. La facción de los Cañoneros es la única que no se arrodilla en secreto ante ti y tu progenie.

—No creo que vaya a hacer eso, Vlep —intervine por el comunicador, poniendo una voz tan siniestra como pude—. Teniéndolo todo en cuenta.

—¿Y se… supone que debo saber lo que significa eso? —replicó él.

Tirda. No me había reconocido la voz. Adiós a mi revelación espectacular.

—Soy la mujer humana a la que intentasteis secuestrar en el bosque —dije—. Pero en realidad soy una piloto de primerísima clase, y he venido a avergonzaros por lo que me hicisteis.

—Que sí, que sí, lo que tú digas —respondió Vlep—. Sombraoscura, vamos a humillar a otra facción. Se combate hasta el bloqueo. El grupo perdedor renuncia a su nave en favor del ganador.

Para aquella gente, era una apuesta muy alta. Allí dentro las naves eran tan escasas que no se apostaban salvo en circunstancias extremas. Si perdía yo, M-Bot se cargaría a sí mismo en el dron, que nos habíamos traído desde la base, así que por ahí no había problema. Pero había otro asunto más importante en juego, y estaba relacionado con el delicado juego al que jugaba Palo entre bambalinas.

A instancias de Palo, adelanté un poco mi nave de la línea de los Costaderos. No dejaba de mirar las naves más peligrosas, preguntándome cuál de ellas pertenecería al campeón, así que casi me lo perdí cuando un caza relativamente pequeño abandonó su grupo. Tendría alrededor de un tercio del tamaño de mi nave, con un fuselaje tan estrecho que los destructores de las alas parecían gigantescos en comparación.

Comprendí que había cometido un error estúpido. Más grande no significaba más peligroso. Eso debería saberlo yo mejor que nadie. La nave me recordaba a los drones de los krell, que habían sido letales con ganas. Y aunque la mayoría de las especies inteligentes parecían tener el tamaño aproximado de los humanos, había evidentes excepciones.

Observé la nave, suspicaz. ¿Un recién llegado lo bastante bueno para vencer a Gremm, que llevaba mucho tiempo siendo campeón? ¿Quién sería? ¿Una quimera, tal vez? Tendría sentido. Un piloto quimera explicaría el escaso tamaño, ya que la nave no necesitaría cabina.

—Los límites del estadio están cargándose en tu monitor de proximidad, Peonza —dijo Palo por el comunicador.

M-Bot delineó la zona, que tenía la forma de una columna alta, o de un tubo. Se extendía centenares y centenares de metros por arriba y por abajo, pero solo una fracción de eso en diámetro.

Iba a ser un campo de batalla estrecho. Como… librar un duelo en un túnel, o en un agujero que se extendía hacia el cielo.

—¿Qué ocurre si rebaso los límites? —pregunté por una línea privada, cayendo en la cuenta de que aún no lo sabía—. ¿Pierdo?

—Qué va —dijo Palo—. Así no tendría gracia. Si te sales del recinto, todos los demás pueden dispararte, así que no te lo aconsejo. A menos que estén creciéndote demasiados *mulunes*. ¿Preparada?

Respiré hondo.

—Sé que hay algo que no me estás contando sobre esto, Palo.

Ella se quedó callada.

—Voy a hacerlo de todas formas —añadí—, pero al menos dime una cosa: ¿de verdad necesitas que gane el duelo? ¿O esto del campeonato tiene que ver con algún tipo de maniobra política?

—Lo necesito, Peonza —respondió Palo con la voz más suave—. De verdad lo necesito. Esta es nuestra oportunidad de unificar las facciones. Hay detalles que no te he contado, pero esa parte es legítima. He puesto, por así decirlo, toda mi fruta en tu carro. Por favor, no lo despeñes por el acantilado.

—Muy bien —dije—. Vamos a ello.

Mi pantalla se iluminó en verde, sobrecargué los propulsores y salí disparada hacia el estadio propiamente dicho.

29

El campeón no me disparó de inmediato. Pasó cerca de mí y viró, sin duda esperando que me lanzara en su persecución.

Era una prueba. Quería evaluar mi destreza. Decidí no picar y ascendí para volar por el perímetro del estadio.

—No encuentro coincidencias con el diseño de ese caza estelar en mi base de datos —informó M-Bot—. Por desgracia, solo tengo una lista muy básica de naves de la Supremacía, y esa parece un modelo avanzado.

—Puede que ni siquiera sea de la Supremacía —respondí—. Chet cree que de vez en cuando llegan aquí otras naves por accidentes en los hipersaltos.

Seguí ascendiendo y luego di media vuelta. No se me escapó que varias otras naves se mantenían a mi altura fuera de la barrera del estadio: los piratas tenían ganas de liarse a tiros si me salía de los límites.

Muy bien. Ya me había acostumbrado un poco a la forma de pozo que tenía el estadio, pero seguía estando en desventaja porque nunca había volado allí dentro, mientras que el campeón lo había hecho al menos una vez. Serpenteé deprisa entre unos cuantos trozos flotantes y me fijé en una de aquellas manchas blancas brillantes.

El sensor de proximidad me avisó con estruendo de que el campeón venía hacia mí. Sombraoscura se había dado cuenta de que estaba aclimatándome al terreno y tendría que hacer él la primera jugada si no quería dejarme tiempo para adaptarme. Sobrecargué el propulsor y esquivé mientras el campeón intentaba ponerse a mi cola.

Tuve que cortar la sobrecarga al poco tiempo. Esquivar volando muy rápido no era siempre buena idea, dependiendo de la velocidad de reacción y la capacidad de giro. Así que descendí en picado a lo largo del perímetro curvado, hundiéndome a lo largo del borde del pozo y confiando en que el campeón se saliera del límite. Por desgracia, Sombraoscura demostró que era competente al evitarlo. De hecho, esa huida en línea recta solo me valió unos disparos desde atrás, difíciles de evitar sin abandonar el recinto.

Era mejor volar por el centro del estadio. Levanté el morro y me lancé en esa dirección, zigzagueando entre los pedazos que flotaban. El campeón me mantuvo el ritmo. Sí que era bueno, sí. Y resultó que su nave también llevaba

equipada una lanza de luz, que usaba para pivotar. Qué raro. Aún no había visto a nadie perteneciente a una especie no humana de la Supremacía utilizar las lanzas de luz como lo hacíamos en la FDD.

Sin embargo, en los siguientes minutos de persecución, estimé que con toda probabilidad yo era mejor piloto que él. Solo tenía que…

Sentí algo.

Algo como dedos en mi cerebro.

Yo era una roca solitaria en la oscuridad. Una niebla se extendió a mi alrededor, rodeándome, asfixiándome.

Apareció un par de ojos blancos ardientes, reflejado en la cubierta de mi nave estelar. Unos ojos que estaban fijos en mí.

Te vemos.

Regresé de sopetón al combate cuando un impacto de destructor hizo crepitar mi escudo. ¡Tirda! Giré a la izquierda e hice una esquiva giratoria entre dos asteroides que me libró de más disparos.

—¿Spensa? —dijo M-Bot—. ¿Qué ocurre?

Busqué en la pantalla del escáner. Sí, había pasado cerca de una mancha blanca de aquellas.

—Los zapadores están mirando. ¿Puedes hacerme un análisis por escáner de esas cosas blancas?

—Procesando —respondió M-Bot.

El fuego de destructor me acosaba de nuevo. Vi una sucesión de asteroides que flotaban cerca casi alineados, machaqué el activador de sobrecarga y salí disparada hacia ellos.

El campeón me siguió. Empalé el segundo asteroide junto al que pasé con la lanza de luz, pero no lo usé solo para cambiar de dirección. Lo rodeé del todo, utilizando la pequeña roca como contrapeso. Eso envió el pedazo de piedra hacia atrás e hizo que chocara contra el siguiente asteroide de la hilera, el que el campeón acababa de enganchar para ayudarse en un viraje. La colisión frustró su maniobra y lo obligó a renunciar al giro y apartarse con la nave descontrolada.

Liberé deprisa la lanza de luz, la fijé a una tercera roca y la utilicé para pivotar detrás del campeón. Mientras se orientaba, me encontró a su cola abriendo fuego. Logré un impacto que hizo chisporrotear su escudo. Tuve que reconocer a Sombraoscura el mérito de no montar en pánico, pero sí que inició maniobras evasivas. Y… tirda, esos movimientos me eran conocidos. Me estrujé el cerebro buscando en mis recuerdos, llenos de gente que me alarmó estar empezando a olvidar.

Pero seguía teniendo relativamente claro todo mi entrenamiento. Y el campeón estaba ejecutando la serie exacta de maniobras que se enseñaban en la FDD. Antes de que pudiera sacar ninguna conclusión, se me emborronó de nuevo la mente.

Te hemos encontrado, ruido. No deberías estar aquí. NO DEBERÍAS ESTAR AQUÍ.

Ojos ardientes en mi cubierta, multiplicándose, pares y más pares que…

—¡Spensa! —gritó M-Bot.

Viré de golpe y evité por los pelos colisionar contra un asteroide. Ese contacto había sido… había sido de lo más inoportuno.

—¿Más zapadores? —preguntó M-Bot.

—Sí. No están nada contentos.

Tirda, volvía a tener al campeón a mi cola.

—¿Spensa? —dijo Palo por el comunicador—. Ten cuidado con esas manchas blancas. Si te acercas demasiado, puedes experimentar algunas distorsiones de las que ocurren en la Tierra de Nadie.

—Ya lo intento —respondí—. Es un poco más difícil de lo que parece.

Realicé otra serie de maniobras con la lanza de luz, sobre todo para que siempre hubiera asteroides entre el campeón y yo. Por suerte, acabó demasiado cerca de una mancha blanca y reaccionó igual que lo había hecho yo, ralentizándose distraído. ¿Podía aprovecharlo para obtener alguna ventaja, tal vez?

El campeón se recuperó y volvió a mi cola. Así que, cuando vi dos manchas blancas que flotaban a poca distancia entre ellas, decidí hacer algo atrevido. Viré de sopetón para pasar entre ellas.

—Esto es a propósito —dije a M-Bot—. Tú evita que nos estrellemos si a mí me ocurre algo.

—Vaaale —repuso él—. Y ya tengo hecho el análisis. Hay materia en el centro de esas cosas. Pero tiene una espectroscopia extraña, distinta de todo lo que hay en mis bases de datos científicas. Creo que podría ser algún tipo de roca, como la piedra de pendiente pero… ¿cargada de forma distinta? Así que ten cuidado.

Pasé a toda velocidad entre las manchas blancas.

¡Abandona este lugar, ruido!

Me marcharé, si vosotros prometéis no entrar nunca en el lugar del que procedo, envié. *Os quedaréis en la ninguna-parte y yo me quedaré en la alguna-parte*.

No. ¡Porque el ruido no cesará! ¿Puedes detener el ruido, ruido?

No puedo prometéroslo, respondí. *Pero no somos una amenaza para vosotros. Podéis vivir aquí, y nosotros viviremos allí, y nos evitaremos unos a otros*.

No. Vosotros podéis parar. O podemos obligaros a que paréis. Nos causáis color. Nos provocáis… el dolor… de otro yo…

Salimos disparados de entre las dos manchas blancas y la nave voló por sí misma, viró a un lado para alejarse de ellas y de unos asteroides.

—¡Funciona! —exclamó M-Bot—. ¡Estoy ayudando!

Sonreí y recuperé el control de la nave. M-Bot no era muy buen piloto, pero podía reaccionar cuando nos acercábamos a las manchas blancas, lo que con un poco de suerte nos daría cierta ventaja. Y en efecto, miré el sensor de proximidad y vi que Sombraoscura había optado por seguirme, pero antes se había visto obligado a reducir la velocidad para evitar estrellarse contra algo cuando perdiera el control.

Lo cual significó que pude ejecutar un bucle cerrado y abalanzarme sobre él disparando antes de que el campeón pudiera recuperar velocidad y escapar. Otros dos impactos acabaron con su escudo. Se escoró para alejarse, pero me puse a su cola.

Un disparo más y habría ganado. Me aproximé a su nave mientras Sombraoscura esquivaba hacia unos cascotes y me alineé para disparar, pero en ese instante mi adversario activó su PMI. La oleada de energía de corto alcance anuló mi escudo. Sombraoscura salió disparado con una enorme sobrecarga de propulsor antes de que pudiera terminar de apuntar.

—No está mal —dijo M-Bot—. Ese campeón es bueno.

Sí. Y de una forma muy extraña. Para alejarse de mí, Sombraoscura había utilizado lo que parecía una escapatoria en dispersión, muy parecida a la serie de quiebros que había enseñado a los Costaderos. No podía estar segura del todo, pero había algo en su forma de volar que me resultaba muy familiar. ¿Quién sería? ¿De verdad tenía el mismo entrenamiento que había recibido yo? ¿Podría ser…?

Tuve una repentina sensación gélida, acompañada de un anhelo. ¿Podría ser él? Lo había sentido allí dentro, cuando extendía mis sentidos. ¿O era solo que estaba haciéndome ilusiones?

«No seas tonta —dijo la parte racional de mi cerebro—. Tu padre no entraría en esa cabina tan pequeña. De hecho, de todas las especies que conoces, solo cabrían las quimeras o… o los…».

¡Tirda!

—M-Bot, ¿puedes abrir una línea con el campeón?

—Por supuesto —dijo él.

Activó la luz del panel de instrumentos que me indicaba que la comunicación estaba establecida.

—Eh, Sombraoscura —dije a la otra nave, que se había pegado al perímetro y estaba ascendiendo—. ¿Tienes unas últimas palabras antes de que te derrote?

—Soy un pececillo veloz en las mareas del tiempo —llegó la respuesta—. Quizá arrojen a los barcos contra la costa, pero yo las navego con facilidad.

Vaya, por los santos y las estrellas. Sí que era él.

—¡Spensa! —exclamó M-Bot después de cortar la línea con la otra nave—. ¡Esa voz! Es…

—Hesho —dije.

—¡Pero está muerto!

—Desapareció durante el combate contra Brade —maticé—, cuando la nave kitsen recibió un impacto y ventiló aire. Dieron por hecho que había salido absorbido al vacío. Pero entretanto, estaban ocurriendo un montón de cosas raras relacionadas con la citónica.

Entre ellas, la invocación de un zapador a la alguna-parte.

—Me siento… —dijo M-Bot—. ¡Me siento feliz! Nunca hablé con él en persona, pero tengo la sensación de que era mi amigo, Spensa.

También era amigo mío.

—Abre esa línea de comunicación otra vez —dije—. Hola, Hesho. Soy yo, hum… Alanik. O bueno, ya sabes, la persona que se hacía pasar por ella.

Sí, la verdad es que era todo bastante complicado.

—No conozco ese nombre —respondió la voz—. Soy Sombraoscura. Aquel que no tiene pasado. El guerrero sin nombre maldecido a vagar por toda la eternidad sin hogar ni aliados, buscando siempre recuerdos que ya no es capaz de retener. Soy fugaz, no más que un susurro sobre el mismísimo tiempo.

Lo dijo todo con una solemnidad absoluta. Ay, qué cariño le tenía a aquel zorro-jerbo.

—¿No te acuerdas de nada? —le pregunté.

—Mi única guía son los instintos de un guerrero —respondió—. No me distraerás de mi propósito, adversaria. Aunque has combatido de forma admirable, te derrotaré y compondré un poema para tu funeral.

—Hum… Este duelo no es a muerte, Hesho.

—Te derrotaré —dijo en el mismo tono exacto de antes— y compondré un poema para tu fiesta de jubilación.

Debía de haberse quedado aislado durante sus primeros días en el cinturón y lo había perdido todo. Saber quien era me dejaba incluso más impresionada por su forma de volar. Hesho había estado al mando de una nave y, aunque sabía que mis recuerdos estaban algo emborronados, creía que sobre todo había actuado como su capitán.

Pero también había estado presente en mis minuciosas sesiones de entrenamiento. Yo daba por sentado que sería alguno de sus hombres… bueno, de sus zorros-jerbos, quien estaría manejando los controles de la nave kitsen. Pero al parecer, el piloto había sido el propio Hesho.

¿Cómo podía aprovechar esa información? Quizá a Hesho se le diera bien esquivar y seguir pautas de vuelo, pero seguro que debía delegar en su tripulación el manejo de otros sistemas de control. Antes había fallado al pivotar con lanza de luz. No se le daría tan bien la multitarea como a mí.

Me aproximé a otro grupo de asteroides mientras él intentaba trazar un arco para atacarme. Lo mantuve ocupado virando y esquivando, sacándole cada vez más delantera. Al final abandonó la persecución y se apartó.

En ese momento, apagué los sistemas para reiniciar el escudo. Como esperaba, él hizo lo mismo. Era imposible tener los propulsores en marcha y energizar el escudo al mismo tiempo.

Pero el caso es que lo mío era un amago.

En el instante en que desactivó sus sistemas, di la vuelta a mi nave y sobrecargué el propulsor para cruzar el campo de batalla como una exhalación hacia él. Reaccionó demasiado despacio y apenas pudo recobrar el control de la suya antes de que llegara. Pero en vez de dispararle, enganché su nave con mi lanza de luz y forcé los controles al máximo para propulsarme a toda potencia. Eso hizo que mi nave se girara, tirando de él como una bola al final de una cadena, y lo arrojé dando vueltas a través del perímetro del estadio.

Al otro lado, por lo menos diez naves piratas de distintas facciones que estaban observando le dispararon y bloquearon por completo su caza.

—Muy teatral —dijo M-Bot.

—Hesho se merece lo mejor —respondí—. A pesar de que no se acuerde de nada. Pero espera un momento. Antes de salir a celebrarlo, tengo que decir otra cosa a los zapadores.

—¿Es una jugada inteligente?

—Pues no —dije.

Reduje la velocidad mientras cruzaba el estadio como para volver con los Costaderos, pero viré cerca de una mancha blanca.

De verdad que podemos resolver esto, envié a los zapadores. *No tenéis que luchar con nosotros. Y como mínimo, no hagáis caso a Winzik. Es malvado*.

El mal es un concepto de los ruidos, respondieron ellos, confusos por las impresiones que les había enviado. *Todos sois malvados*.

Por favor, insistí. *Estoy intentando comprenderos*.

Comprende esto. Márchate. Todos vosotros debéis marcharos. Y no regresar nunca.

La impresión estaba impregnada de malevolencia, repulsión y… ¿miedo? Sí, era miedo. Eso no habían querido que lo sintiera, pero cada vez se me daba mejor captar lo que pretendían ocultarme.

La sensación remitió y salí de la zona notándome decepcionada. No habíamos llegado a un acuerdo. O ellos o nosotros tendríamos que terminar destruidos.

Me reuní con los Costaderos, que estaban congregándose junto con el otro centenar aproximado de naves pertenecientes a las distintas facciones piratas. Palo ya estaba hablando por el comunicador, emitiendo para todos los piratas presentes.

—¡Ja! —exclamó—. ¿De qué te ha servido tu arma secreta, Vlep?

El aviario no respondió. Los miembros de la facción de los Cañoneros ya estaban preparándose para marcharse. Fuera cual fuese la siguiente jugada de Palo, tenía que hacerla ya.

—¡Mirad lo fuertes que nos hemos vuelto! —dijo, haciendo asomar un poco su lanzadera de entre las naves de los Costaderos para encararse hacia los demás—. ¡Mirad lo hábiles que nos hemos vuelto! ¿Cuántos meses hace que ninguno de nosotros pierde una nave contra la Supremacía?

—Vlep perdió una hace unas semanas —respondió Gremm, su voz un gruñido—. Pero mis pilotos sí que son lo bastante buenos para evitarlo.

Palo sacó su lanzadera un poco más.

—¡Las fuerzas de la Supremacía en Fuerteseguro son débiles! Y nosotros nos hemos hecho cada vez más fuertes. ¿Veis a la campeona a la que he traído? Ella ha estado entrenando a mis pilotos. ¡Lleva toda la vida combatiendo contra la Supremacía!

—Un momento —intervino una voz nueva—. ¿Eso es verdad?

Era otra voz áspera, que hablaba en el idioma de Palo. Supuse que sería su otro hijo, Semm.

—Es verdad —respondí—. Mi pueblo está en guerra con la Supremacía desde hace décadas, y conozco sus tácticas. He destruido naves suyas por

decenas. Ochenta y siete, en realidad, según mis cuentas. Si queréis conquistar Fuerteseguro, puedo asegurarme de que lo consigáis.

—¿Conquistar Fuerteseguro? —dijo otra voz, aguda, pero no la de Vlep—. ¿De verdad estamos otra vez con eso?

M-Bot escribió en mi pantalla que era la líder de la quinta facción, una hekla llamada Gward.

—Coincido con Gward —respondió el hijo mayor de Palo—. Es una discusión antigua e irrelevante. ¡Ya descartamos ese curso de acción hace dos años!

—¿Y cuánto ha cambiado en esos dos años? —preguntó Palo, imperiosa—. Escuchad, todos sabéis que las cosas se han puesto raras en el cinturón últimamente. Habéis oído hablar de las criaturas con los ojos brillantes. Habéis visto cómo la gente aislada pierde los recuerdos cada vez más deprisa.

»Y lo peor de todo es que somos vulnerables. Para acabar con nosotros solo hace falta que la Supremacía decida que somos demasiado riesgo y duplique su presencia militar aquí dentro. O la triplique. Podrían arrasarnos. Pero no podrán si controlamos Fuerteseguro. No podrán si somos lo bastante valientes para atacar.

Esperé conteniendo el aliento. Era un argumento muy convincente. ¿Es que no se daban cuenta? Era el momento perfecto para dar el golpe.

—No me gusta nada —dijo Semm por fin—, pero tiene razón. Sí que… merece la pena hablarlo.

—¿Seguro que nos interesa correr ese riesgo? —preguntó Gremm.

—Eso —dijo el líder de la sexta facción, aunque solo supe quién era por las notas de M-Bot en mi pantalla—. Preferiría… no provocarlos. ¡Si perdemos, podría ser una catástrofe!

—No hacer nada es peor, Ido —respondió Palo—. Es el momento. En Fuerteseguro hay un icono y cenizas de realidad. Podemos usarlas para conservar los recuerdos. Podemos controlar esta zona entera, y podemos estar a salvo.

—No… no puedo creer que vaya a decir esto —intervino Gremm—, pero creo que podría estar en lo cierto. Sí que es el momento.

—Si atacas Fuerteseguro, madre —dijo Semm—, los Velas Rojas irán contigo.

—Los Calavera y Tibias también —afirmó Gremm.

—Supongo… —dijo Gward—. Bueno, supongo que también nosotros. Desde luego, nos vendrían muy bien unas cenizas de realidad. Nos dividiremos el botín a partes iguales, ¿verdad?

—A partes iguales —respondió Palo—. Lo prometo.

—Pues nosotros no estamos interesados en esta locura —replicó Vlep, de la facción de los Cañoneros.

Una de sus remolcadoras había terminado de reparar la nave de Hesho, que empezó a moverse por sí misma de nuevo.

—¡Eh! —exclamó Palo—. ¡Esa nave la hemos ganado nosotros! ¡Dejadla atrás!

—Gremm puede quedarse su nave —dijo Vlep—. La hemos ganado antes, pero si nos dejáis conservar la nuestra, él puede quedarse la suya. ¿Trato hecho? De todas formas, ninguno de vosotros puede pilotarla.

—Por mí, trato hecho —respondió Gremm con un suspiro—. ¿Madre?

—De acuerdo, Vlep —zanjó Palo—. Pero ¿por qué no os unís a nosotros? Podemos…

Antes de que terminara de hablar, la facción de los Cañoneros al completo se marchó sobrecargando propulsores. Tirda. Pedí a M-Bot que abriera una línea con Hesho, pero el kitsen rechazó la comunicación.

—¿Vamos tras ellos? —preguntó Semm.

—Escoria asquerosa —dijo Gremm.

—Que se marchen —decidió Palo—. No nos hacen falta. ¿Y tú, Ido? ¿Estás con nosotros?

—Dejadme preguntar a los demás —dijo el líder de la última facción. Abandonó el canal general y regresó a los pocos minutos—. Nos apuntamos. Pero, hum… ¿Estáis seguros de que podemos ganar? ¿Seguros de verdad?

—Ya has visto luchar a mi campeona —respondió Palo—. Créeme. Podemos con ellos sin la menor duda.

Se pusieron a planificar y establecieron una fecha y una hora para el asalto. Yo me recliné y escuché los detalles por encima. Empezaba a ver con más claridad el alcance de los planes que había hecho Palo. Y la verdad, estaba impresionada.

No pude confirmar mis sospechas hasta media hora más tarde, cuando ya volábamos con los Costaderos de regreso hacia nuestra base. Palo abrió una línea directa conmigo.

—Bueno —dijo—, ¿tenías preguntas que hacerme?

—Creo que ya lo he deducido yo sola —respondí—. En realidad tus hijos y tú nunca estuvisteis reñidos, ¿verdad? Los tres os disteis cuenta de que los piratas eran demasiado asustadizos, demasiado inexpertos, para enfrentarse a la Supremacía. Fingisteis un cisma.

»Eso te permitió controlar de qué manera se fracturaba la coalición. Seguisteis haciendo ver que estabais enfrentados para que, cuando llegara el momento adecuado, Gremm y Semm pudieran aceptar tu propuesta y que pareciera que de verdad los habías convencido. ¿Quién iba a dudar que el ataque era buena idea si esos dos, que te odiaban, estaban dispuestos a colaborar en él?

—Muy lista —dijo Palo—. Palabras. Espero que para los demás no sea tan evidente.

—¿Qué ha pasado con el campeón? —pregunté—. ¿Por qué hacer ese cambio en el último momento?

—Eso no tendría que haber pasado —explicó Palo—. Gremm me ha llamado antes, desesperado. Había aceptado un duelo rápido para calentar un poco, suponiendo que Vlep no habría podido reclutar a nadie tan bueno como para derrotarlo.

—Ah… —dije—. Y ha perdido.

—El muy tonto. Casi echa a perder dos años de trabajo. Necesitábamos una victoria como esta para espolear a todo el mundo. Son mucho más hábiles de lo que creen. Es el resultado de dos años de combates de prácticas.

—¡Organizaste todo esto a propósito! —exclamé—. Las facciones, las incursiones, esa forma de pelear más o menos honorable… ¡Todo era para entrenar a los piratas sin que se dieran cuenta de que estaban entrenando! Buscabas una manera casi inocua de prepararlos para el asalto a Fuerteseguro.

—Y también los puse a todos a reclutar —explicó ella— entre la gente a la que metían aquí. Así crecimos bastante en número. Y además, lancé unas cuantas incursiones tácticas contra la Supremacía para probar sus defensas y robarles naves. Cada vez que mi facción o las de mis hijos tenían demasiadas naves, perdíamos unas pocas ante los demás para mantenerlos fuertes y entrenando.

Era una genialidad. Tirda, ojalá tuviéramos a Palo en la FDD.

—Con todo, tenía esperanzas de añadir también al grupo de Vlep —prosiguió Palo—. Lleva demasiado tiempo siendo una maleza en mi jardín. Pero aun así, deberíamos poder lanzar el ataque con cinco facciones. O eso espero. En todo caso, tú has cumplido con tu parte.

—Mi parte no terminará hasta que aplastemos a la Supremacía —dije—. Hasta que pueda visitar el portal que hay en Fuerteseguro. Habéis quedado en hacer el asalto dentro de tres días. ¿Por qué esperar tanto? Deberíamos actuar ya.

—¡No hace falta que te crezcan *umalitas*, chica! —repuso Palo—. Las otras facciones necesitan tiempo para prepararse. ¡Y además, esto ha sido una gran victoria! Esta noche toca fiesta.

30

Y entonces —declamé, recorriendo despacio el círculo de sillas—, el malvado miembro del clan León compuso una sonrisa terrible y dijo: «No, Simba. No fue una mera casualidad que tu padre cayera a su destino, ¡sino que fui yo quien lo arrojó a él! ¡Yo lo maté para ascender al trono, igual que ahora voy a matarte a ti!».

Los Costaderos dieron un respingo. Para mejorar la experiencia, estaba haciendo los mismos gestos que la yaya, dando zarpazos al aire como una leona. Merodeaba de un lado a otro entre el público. Maksim había encendido los focos de su caza estelar, pero estrechados y apuntados hacia abajo, de forma que me iluminaran solo a mí. Habíamos cerrado las persianas para crear una atmósfera oscura.

—Pues bien —dije—, Simba se quedó tan horrorizado por esa revelación que permitió que su tío se acercara, obligándolo a retroceder más y más, ¡hasta el mismo borde de la torre de la fortaleza! ¡Había olvidado lo que le enseñaron los caballeros Timba y Pumón! Enseguida recordó sus largas sesiones de entrenamiento, en las que lo expulsaban del tronco y le hacían comer insectos como castigo.

»Recordó la sabia voz de Pumón en su mente: “Nunca des la espalda a un enemigo. Y nunca permitas que controle dónde pisas en un duelo”. ¡El sensato Pumón, el robusto caballero, estaba combatiendo contras las interminables hordas del clan Hiena abajo en la muralla!

»Simba dejó de ceder terreno, de pie en la cima de la torre conocida como la Fortaleza Roca del Rey. Simba gruñó: “Eres un necio, tío, porque aunque pretendías empujarme a mi muerte como le hiciste a mi padre, lo que has hecho es cederme el terreno elevado, que me otorga la ventaja en nuestro duelo”.

»Scar gritó y se abalanzó contra él, pero el entrenamiento de Simba cuando estuvo desterrado entre los Caballeros de la Sabana Perdida le sirvió bien. El fantasma de su padre apareció tras él, brillando como un halo de luz. ¡Feroz fue el enfrentamiento! ¡En la cima de la torre, el reino entero podía verlos combatir sobre la fortaleza! Pero Scar era un asesino, no un caballero entrenado, ¡y sus maneras sutiles no eran rivales para Simba a plena luz del día y la verdad!

»Poniendo en práctica la técnica No-Temas-Las-Represalias que le había enseñado el larguirucho Timba, el valiente príncipe agarró a su tío por el cuello y lo arrojó a un lado. El anciano del clan León no pudo mantener el equilibrio, resbaló y cayó por el borde de la Roca del Rey. A duras penas logró agarrarse a la piedra con las yemas de los dedos.

Hice una pausa efectista, como siempre hacía la yaya. Les dejé tiempo para que imaginaran al audaz príncipe guerrero sobre la torre, victorioso por fin tras su largo exilio. Mi público se inclinó hacia delante, ansioso por oír las siguientes palabras.

—Simba se irguió en toda su altura —dije—. La batalla de los ejércitos cesó abajo y todos los ojos se volvieron hacia los dos monarcas. Simba proclamó: «Y ahora revelarás a todos que traicionaste a mi padre, para que el reino entero sepa de tu perfidia».

»Scar gritó: "¡Lo reconozco, sobrino! Traicioné a tu padre, ¡pero porque el clan Hiena me obligó! ¡No era más que su peón! ¡Por favor, perdóname la vida!".

»Muy por debajo, la frenética reina de los guerreros del clan Hiena detuvo su combate singular contra Nala, la señora de armas. En la cultura bárbara jamás se debía suplicar para salvar la vida. Al presenciar la cobardía de Scar, el clan Hiena apartó sus armas como un solo ser del clan León, negándose a luchar.

»Simba bajó la mirada hacia su tío, el autor de tanto dolor y sufrimiento, y declaró: "No puedo perdonarte, tío, pues los mismos dioses exigen que se haga justicia. De modo que, como legítimo rey, te condeno a muerte".

»Y entonces, con un poderoso rugido, Simba arrojó a su tío a la perdición. El alma vagabunda de su padre por fin podría descansar. Se había cumplido la venganza y el equilibrio había regresado a la tierra. El círculo se había completado después de tanto tiempo.

A continuación venía una parte romántica, que no me interesaba tanto como cuando era pequeña, pero en todo caso siempre me había parecido que ese era mejor final. A fin de cuentas, era una historia sobre bárbaros y caballeros.

Se me hacía raro recordar tan bien aquella historia. Todas las historias, en realidad. Estaba perdiendo otras partes de mi pasado, pero las historias seguían cimentadas a la perfección en mi mente. Como un ancla al pasado, engarzada en el alma.

La conclusión provocó una oleada de vítores en los demás pilotos, y Nuluba, que siempre intentaba facilitar la vida a todos con discreción, abrió

las persianas para que entrara más luz en el hangar. Nos habíamos reunido todos para festejar nuestra victoria y yo me había ofrecido a contar una historia. No me había esperado lo bien que iban a recibirla.

«Están ansiosos por cosas que les recuerden el mundo exterior —pensé mientras veía charlar a los piratas—. Aunque vengan de una cultura distinta».

Otros espectadores fueron hacia las mesas, donde habíamos dispuesto distintos alimentos obtenidos en salidas de aprovisionamiento o incursiones. Ya no necesitábamos comer, pero Maksim decía que el acto de saborear tenía algo que ayudaba a restaurar los recuerdos.

Vi al otro humano charlando con RayoZed, una joven tanuzedrana de otro escuadrón, perteneciente a una especie que se parecía un poco a los osos panda pero con el pelaje rojo. La piloto estaba picoteando de un plato pequeño. Me pareció que debería distinguir las variedades de comida, pero… esa parte de mi memoria se había desvanecido por completo. Había algo que era rojo y… ¿trocitos amarillos de otro algo?

Chet llegó paseando junto a mí, con el brazo aún en cabestrillo.

—Spensa —dijo—, ¡ha sido una historia estupenda! Me da la impresión de que antes la conocía. O al menos algunas partes me suenan de algo.

—A la yaya le encantaba porque habla de un guerrero en el exilio —le expliqué—. Me enseñó que, aunque a mi gente la desterraran, podíamos seguir siendo fuertes.

—Tu actuación en el duelo de hoy ha sido inspiradora —afirmó él—. De verdad tienes la habilidad que sugerían tus bravatas anteriores. Y esta gente es una buena familia para ti.

Señaló con la cabeza hacia los piratas reunidos, pero percibí una cierta melancolía en su tono.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Nada, bobadas de viejo —respondió—. Me temo que no sirvo de mucho a los pilotos. ¿Qué necesidad tiene esta gente de un explorador que no sabe volar?

—Yo sí que te necesito —dije—. Me llevaste hasta esas ruinas y sabías que la siguiente parada estaba en Fuerteseguro. Y además, está tu misión.

Chet había estado hablando con los piratas como quien no quiere la cosa, sonsacándoles información sobre iconos y cenizas de realidad. Al final me había decidido a preguntar a Palo por mi icono y la capitana se había sorprendido y me había asegurado que nadie de los suyos lo había visto. No creía que me estuviera mintiendo, pero Chet y yo habíamos decidido que sería buena idea que él investigara un poco por su cuenta.

—Se te está dando genial —le susurré—. Lo haces mucho mejor de lo que yo podría. A la gente le caes de maravilla, Chet. Quieren hablar contigo.

—Si fuese cierto —replicó él—, si se me diese tan bien esta misión como sugieres, a estas alturas ya habría localizado el… objeto perdido. —Negó con la cabeza, me lanzó una mirada y levantó la mano buena—. No hace falta que me apuntales más el ego. Hace aguas un poco, pero no está hundiéndose. Es solo que… me da miedo quedarnos aquí demasiado tiempo. Me asusta no moverme de un sitio.

—Nos moveremos bien pronto —dije yo.

—¿Y los zapadores? —preguntó él—. ¿Los has sentido antes, en el duelo?

—Sí —reconocí.

—Si nos han encontrado y deciden actuar contra nosotros…

—Nos habremos ido dentro de unos días —insistí—. No te preocupes. Tú relájate y deja que se te cure el brazo. Estaremos en Fuerteseguro antes de que te des cuenta.

—Sí —dijo él, asintiendo—. Sí, está claro. Gracias, Spensa. Creo que necesitaba oírlo.

Sonrío a Maksim al ver que el joven barbudo se acercaba con un plato de comida.

—Ha sido una historia buenísima, Peonza —dijo Maksim—. Me han gustado las partes sobre el honor. De pequeño, creía que la humanidad éramos todos unos monstruos desbocados. Siempre me preguntaba cuánto tardaría en desbocarme yo. Cuándo empezaría a matar. —Bajó la mirada—. De más mayor, leí parte de los registros. Y es cierto que… atacamos a mucha gente. Así que me ha gustado saber que también teníamos historias sobre el honor. Aunque sean invenciones. Porque los leones no hablaban, ¿verdad?

—Yo siempre he interpretado esa historia —respondí— como la de distintos clanes de samuráis que adoptaron los nombres de animales temibles para intimidar a sus enemigos.

—¿Leones y hienas? —se sorprendió Maksim—. No creo que hubiera esos animales en Japón, Peonza.

Admito que no sabía mucho de geografía de la antigua Tierra. ¿La yaya no me había dicho que la historia procedía de Dinamarca? Fuera como fuese, Chet estaba inspeccionado la comida del plato que nos ofrecía Maksim. Yo vacilé. Cuanto más tiempo pasaba allí dentro, más ajeno me resultaba el acto de comer. ¿De verdad lo había hecho cada día de mi vida? ¿Me dedicaba a meterme cosas en la boca?

Cogí un trocito amarillo y lo sostuve entre el pulgar y el índice.

—¿Qué es esto?

—En la lata ponía «Maíz» —respondió Maksim—. En inglés.

—No conozco la palabra —musitó Chet, cogiendo también un trocito—. Es un color muy raro para una planta. Las de la Tierra solían ser verdes, ¿me equivoco?

—Esta no lo es —dijo Maksim—. Llevaba un tiempo guardándola, y también una lata de esta cosa roja. En la etiqueta ponía «Remolachas». ¿Alguno de vosotros recuerda algo sobre ellas?

—No —respondí, dando vueltas al trocito de maíz entre los dedos—. Pero el nombre de las hachas esas mola. O mejor dicho, «remola». ¿No os parece raro que consumiéramos montones de esto cada día?

—Mucho —dijo Maksim—. Me parecen raros los nombres y el… el… ¿olor de boca? ¿Lo de que la boca pueda distinguir entre una comida y otra? Todo eso ya no lo tengo. No lo recuerdo, por mucho que lo intente. Y juraría que antes me gustaban algunas cosas y me daban asco otras.

—Yo tengo la suerte de haber perdido esa parte de mi memoria por completo —convino Chet—. No recuerdo haber comido ni una vez en la vida. Y me alegro. ¿Machacar estas cosas dentro de la boca? ¡Seguro que se te quedan pegadas a los dientes y la lengua! ¿Y luego *tragar*? ¿Hacerlo bajar por la garganta en pelotitas empapadas de saliva? No, yo creo que paso, amigos míos.

Dejó el maíz en el plato. Entendí que se sintiera así, porque solo pensarlo ya me ponía la carne de gallina. Y aun así, recordaba como una… felicidad latente asociada al acto de comer. Me metí el trocito de maíz en la boca e hice una mueca. De algún modo, era viscoso y firme a la vez. Lo machaqué entre los dientes varias veces y estalló, liberando algo de una textura espantosa. Como si estuviera relleno de fango. A duras penas contuve una arcada.

—Es surrealista, ¿verdad?

Maksim se comió un trocito y le palpitó el ojo al obligarse a tragarlo. Tragar comida. ¿Cómo era posible que nunca me hubiera fijado en lo estrambótico que era? M-Bot tenía razón. ¿Por qué metíamos comida en el conducto para el aire?

Escupí el maíz machacado en una servilleta que me pasó Maksim.

—Pero qué asco —dije, y me limpié la lengua con la servilleta—. A mí desde luego no me ha inspirado para recordar nada.

Aun así, hice de tripas corazón y probé lo otro. Por lo menos parecía sangrar, que quizá fuese de donde le venía ese nombre tan molón. Era incluso más viscoso que el maíz, pero en esa ocasión estaba preparada. Era una

guerrera, descendiente de guerreros. Podía comerme un hacha. Me dio náuseas. Me…

Un momento.

¿Qué era eso? Sí que… sí que las había probado antes, en el comedor de la FDD, donde tenían extrañas comidas antiguas que cultivaban en los jardines. Recordé la cara de Nedd riéndose… porque había hecho justo el mismo chiste sobre el nombre. Recordé a Jorgen sonriendo, a FM explicando lo mucho que le gustaba la comida, a Kimmalyn mirando y asintiendo, a Arturo dándonos una lección improvisada sobre su cultivo…

Una imagen perfecta detenida en el tiempo, la de todos sus rostros de repente nítidos en mi mente. Tirda, cómo los echaba de menos. Tenía que volver a casa y estar con ellos de nuevo.

Y más que eso, tenía que protegerlos. De los zapadores.

«Lo estoy intentando —pensé—. Y volveré con vosotros. Lo prometo».

—Ha sido asqueroso y una delicia al mismo tiempo —dije a Maksim y Chet—. Es muy raro que sea tan raro. Pero si me fui de la alguna-parte hace solo… —¿Cuánto tiempo había pasado? Hice un esfuerzo por recordar las cifras que M-Bot me proporcionaba cada mañana—. Hace solo casi un mes.

—Este lugar te cambia deprisa —respondió Maksim—. Y luego te hace sentir como si estuvieras en el limbo.

Después de probar el hacha remolona, volvió hacia la mesa para poner más variedades de comida en el plato. Chet se acercó a Escalofrío, que estaba hablando de lo raros que encontraba nuestros métodos de ingesta. Muy ineficientes, en sus palabras. Era mucho mejor crecer por encima de zonas con minerales e ir utilizando los que necesitabas. Apoyé la espalda en la pared y me descubrí sonriendo de nuevo.

Aquel era mi lugar. Sí, era cierto que otros lugares habían sido los míos también. Tenía leves recuerdos de veladas parecidas con mis amigos en el cuartel de la FDD. Pero también recordaba el dolor. El miedo. La pérdida. La muerte de Arcada. La preocupación por Jorgen.

Allí no tenía esos mismos miedos. Y tirda, tenía que reconocer que las últimas semanas habían sido estimulantes, emocionantes. ¿Primero explorar y luego infiltrarme en una base pirata? ¿Y después ganarme su confianza y derrotar al campeón?

Había sido apasionante. Como una historia, como las cosas que siempre me había imaginado a mí misma haciendo. Al igual que me había sucedido explorando con Chet, tuve una tenue sensación de remordimiento por estar pasándolo bien mientras mis amigos corrían peligro en casa. Pero lo cierto era

que el verdadero peligro eran los zapadores, y estaba esforzándome en ellos tanto como podía. ¿Y acaso no merecía descansar entre peleas?

Todos los guerreros tenían que tomarse un respiro de vez en cuando, ¿verdad? ¿Un Valhalla, un Elíseo? Las historias comprendían esa necesidad. En las mejores sociedades guerreras, había una recompensa para quienes dedicaban sus días a matar.

El grupo empezó a pedirme que contara otra historia, así que caminé de vuelta hacia la luz. Pensaba ofrecerles tres opciones distintas, como hacía la yaya conmigo de pequeña.

De verdad quería a mis amigos, y de verdad estaba haciendo todo lo posible por ayudarlos. Así que decidí no sentirme culpable por haber encontrado un lugar donde podía llevar la vida que siempre había querido. Me habían desterrado. Pero en ese exilio, como el Satanás de las historias, había encontrado un lugar que podía convertir en el mismísimo paraíso.

En ese preciso instante, la alarma del escáner de la base comenzó a sonar como loca.

31

Colisión inminente de este fragmento contra…

Nuluba dejó la frase sin acabar y alzó la mirada de los datos del escáner hacia todos nosotros, reunidos alrededor de la máquina.

—¿Contra qué? —exigió saber Palo.

—Contra otro fragmento —dijo Nuluba—. No había visto nunca nada parecido. El fragmento se aproxima muy rápido. Según el escáner, impactará dentro de solo media hora.

Crucé la mirada con Chet, que tenía una expresión lúgubre. La vez anterior, el fragmento que llegaba había aniquilado por completo el nuestro.

—Todo el mundo a las naves y preparaos para evacuar —ordenó Palo.

—¡Capitana! —exclamó Nuluba—. ¡Tenemos cinco naves fuera de servicio, en mantenimiento para el asalto! Podemos hacer que vuelen, pero no sé si en media hora. Además, si abandonamos la base, perderemos equipo, piezas, herramientas de diagnóstico…

Tirda. Mientras nos preparábamos para la fiesta, los equipos de tierra habían empezado a trabajar dando por sentado que contaban con tres días para ajustar los cazas antes del ataque.

—Evacuad de todos modos —dijo Palo—, por si acaso.

—Otra cosa, Nuluba —intervine—. Envía los datos del escáner a mi nave.

—¿Qué? ¿Por qué quieres…?

—¡Tú hazlo! —grité, corriendo ya hacia M-Bot seguida por Chet.

Me icé al ala y ayudé a subir a Chet. M-Bot abrió la cabina y saltamos dentro mientras él encendía el panel de la nave.

—Estoy recibiendo los datos en crudo del escáner —dijo—. Ay, ay, ay. Pinta mal.

—¡Dale a las mates! —exclamé—. ¿Podemos hacer algo?

—Calculando… El fragmento que llega es mucho más pequeño… Los Costaderos tienen seis lanzas de luz operativas para maniobrar naves…

Aparecieron un puñado de cifras en mi pantalla.

—Hecho —dijo M-Bot—. Hay tiempo. Muy justo.

—¿Quieres que levantemos el fragmento entero que viene hacia nosotros? —preguntó Chet, leyendo las instrucciones—. ¡Muy audaz!

—Y factible —dijo M-Bot—. Siempre que actúes rápido, Spensa. A ver, sé que te gustó mucho la última colisión, pero…

Me levanté y grité hacia Palo al ver que pasaba corriendo cerca.

—¡Tengo otra opción, Palo!

La capitana se detuvo y miró hacia mí.

—Otras cinco naves y yo —dije— podemos tirar con las lanzas de luz y elevar ese fragmento que llega lo justo para que no impacte contra este. ¡Pero tenemos que ser rápidos!

Palo no vaciló. Gritó a todos los demás que siguieran con la evacuación, pero organizó un pequeño grupo para ejecutar el plan de M-Bot.

Me acomodé en la cabina y lancé una mirada a Chet, detrás de mí.

—¿Nunca habías encontrado nada parecido antes de esa primera vez?

—No —dijo él, poniéndose el casco.

—¿Y ahora nos ha pasado dos veces?

—Ajá.

—¿Sabes eso que te he dicho antes, lo de que no te preocuparas porque los zapadores puedan saber dónde estamos?

—Claro.

—Pues haz como si hubiera dicho algo inteligente en vez de eso.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

Al cabo de unos momentos Palo ya tenía un equipo que poner a mis órdenes, que la incluía a ella misma con su poderosa lanzadera. Por suerte, las naves ya tenían instaladas lanzas de luz para remolcar cazas que se hubieran quedado bloqueados por el fuego de destructor.

—Volad a estas coordenadas del fragmento entrante —dije, y transmití las instrucciones y los diagramas de M-Bot a sus pantallas—. Fijad las lanzas de luz a la piedra de pendiente en esos puntos y preparaos para remolcar hacia arriba.

Palo apremió de nuevo a todo el mundo. Las naves empezaron a despegar, pero ni de lejos con la celeridad que me habría gustado.

—Cabría esperar que tuvieran más miedo —dijo M-Bot.

—Aquí dentro es demasiado fácil volverte comodón —respondió Chet—, sobre todo si te quedas mucho tiempo en un sitio.

Siguiendo las instrucciones de M-Bot, salí disparada hacia el fragmento que se aproximaba. Mi nave era más rápida, así que tomé posición en mi lugar asignado de la parte trasera del fragmento. Era un pedazo de piedra compacto y árido, igual que el anterior. Pequeño, denso y, lo más importante de todo, rápido como una bala.

Igualé mi velocidad con la del fragmento y desplegué mi lanza de luz para engancharla a la piedra. Las otras naves comenzaron a imitarme una por una a medida que llegaban.

—Menos de quince minutos para el contacto —avisó Chet, mirando el reloj que M-Bot había puesto en pantalla y leyendo las predicciones—. Va a irnos de un pelo.

—Todas las naves en posición —dije mientras la última activaba su lanza de luz.

—Tenéis que tirar directamente hacia arriba —explicó M-Bot—. Juntos, y con la misma fuerza. Voy a enviar instrucciones a los demás como si vinieran de ti.

Asentí y volví la nave hacia arriba para que los propulsores apuntaran abajo. Mi anillo de pendiente rotó automáticamente también hacia abajo.

—Con cuidado —me dijo M-Bot mientras terminaba de colocarme en posición—. Déjate todo el margen que puedas al principio y no des demasiada potencia al propulsor. Si no, empujarás hacia abajo el fragmento con el chorro y anularás parte del tirón.

Agarré la palanca aceleradora y me resistí a dejarme llevar por el instinto, que me animaba a sobrecargar. En vez de eso, fui dando potencia al propulsor hasta los límites que había indicado M-Bot. Me daba la impresión de no estar haciendo ningún progreso, de que no cambiaba nada.

Durante todo el proceso, M-Bot siguió hablando con su voz calmada.

—Afloja un poco. Eso es.

Enviaba también instrucciones parecidas a las pantallas de los demás pilotos. Eché un vistazo al monitor mientras nos acercábamos cada vez más y más y más a la base de los Costaderos. Hasta que… asomamos encima de ella por muy poco, pero con el suficiente espacio para evitar que el fragmento golpeara los hangares. Sí que decapitamos unos pocos árboles, sin embargo.

Dejé escapar un largo suspiro mientras M-Bot enviaba la orden a todas las naves de que podíamos dejar de propulsar al mismo tiempo y luego desactivar las lanzas de luz. Obedecí y me ralenticé en el aire, dejando que el fragmento «bala» se alejara a toda velocidad. Sin nosotros tirando de él, volvió a perder altitud.

Luego, al cabo de unos minutos, impactó contra el siguiente fragmento que encontró. Ambos fragmentos estaban compuestos de más roca que el anterior que había visto desmoronarse, así que se aplastaron uno al otro y la piedra se arrugó y se abombó como el morro de un caza estelar al estrellarse. El estruendo fue increíble.

Mientras flotaba sin moverme, Palo ascendió poco a poco a mi altura en su lanzadera.

—Nunca había visto nada como eso —dijo por un canal de comunicación privado—. Están creciéndome *gludenes*. Pero ahora que estamos a salvo, casi que me alegro de poder verlo. Parece una cosa de esas que pasan solo una vez en la vida.

Seguro que para la mayoría de la gente, así sería.

—Palo —dije—, tenemos que hacer el asalto a Fuerteseguro antes de lo planeado.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Quedarnos aquí plantados es tentar al destino. La ninguna-parte está cambiando de manera peligrosa. Y además, estoy… durmiéndome demasiado en los laureles. Quiero seguir adelante.

—Muy bien, muy bien, tampoco hace falta que me tires *tidos* encima. Tal vez podamos adelantar el plan.

Los fragmentos que habían colisionado se hicieron mil añicos de piedra de pendiente. Los pedazos más grandes permanecieron incrustados entre ellos, unidos por el centro, mientras los más pequeños saltaron libres, expandiéndose como enormes trozos de metralla.

—¿Sabes? —dijo Palo en tono distraído—. Casi parece como si de pronto a la ninguna-parte se le hubiera metido entre ceja y ceja matarnos.

Soltó una risita, pero tenía un matiz tenso.

—Ataquemos Fuerteseguro mañana —propuse—. Esperar solo servirá para que la Supremacía pueda darse cuenta de que estamos juntándonos y organizando algo. Estamos preparados. Hagámoslo.

Palo se quedó callada un rato y no pude leer su lenguaje corporal estando cada una en su nave. Intenté aproximar un poco la mía para mirar por la cubierta de su remolcadora.

—¿Palo? —dije.

—De acuerdo. Tendremos que darnos prisa reuniendo las naves y haciendo los últimos preparativos. Si lo conseguimos… sí, atacaremos. Mañana. Informaré a los líderes de las otras facciones.

32

La mañana siguiente desperté ansiosa, emocionada. Había establecido un breve contacto con Jorgen para contarle lo que había oído sobre los zapadores y Winzik. Pero no me había quedado mucho tiempo con él, porque sabía que muchos miembros de nuestro equipo pasarían la noche entera trabajando en las naves. A los pilotos nos habían ordenado descansar y dormir bien, así que me había obligado a mí misma a hacerlo.

Como esperaba, el hangar ya era un hervidero cuando entré. Los miembros del equipo de tierra seguían correteando de un lado para otro. Según el gran reloj que había montado Palo, quedaban dos horas para el despegue… y aún parecía haber mucho trabajo por delante. En casa siempre había dejado esa clase de preparativos a los profesionales, pero los Costaderos funcionaban de otra manera.

Corrí hasta la nave de M-Bot, en la que estaba trabajando Nuluba. Había hecho el mantenimiento a los propulsores y estaba volviendo a poner el fuselaje a uno de ellos. Me apresuré a ayudarla a levantar la pieza y se me ocurrió que podía ser buena ocasión para hacer una cosa que llevaba un tiempo pensando.

—Nuluba —dije—, quería… disculparme contigo.

—¿Disculparte, Peonza? —respondió ella, moviendo un brazo en un amplio arco, gesto que me parecía que expresaba consuelo—. Ya nos has compensado el robo de la nave.

—No es por eso —dije—. Es por cómo puedo haberte tratado, sobre todo los primeros días que estuve aquí. Creo que pude ponerme… un poco desagradable contigo.

—Ah. —Nuluba cogió un destornillador eléctrico para fijar la cubierta mientras yo la sostenía—. Sí, la verdad es que sí que me lo pareció. Supuse que sería por tu agresividad natural humana.

—Era más que eso —expliqué—. ¿Sabes lo de mi pasado?

—Eras combatiente revolucionaria —dijo ella—, en un asentamiento humano.

—Sí —confirmé—. Casi todos nuestros carceleros eran varvax, aunque nosotros los llamábamos los krells. Y… bueno, no he llegado a superarlo de

verdad. A pesar de que siempre te has portado bien conmigo, creo que quizá la haya pagado contigo.

—Caramba, caramba —respondió ella, y no pude evitar una mueca al pensar, incluso entonces, en Winzik—. Me parece muy maduro por tu parte, Spensa. Muy maduro y muy sabio. No puede decirse que yo fuera tan rápida en rechazar mis prejuicios cuando conocí a Maksim.

—¿Ah, sí? ¿A ti también te pasó?

—Ya lo creo —contestó mientras nos apartábamos del propulsor ya cerrado—. Es lamentable, y me avergüenzo. Es muy elogiable que me des una oportunidad, Spensa. Si yo hubiera estado apresada tantos años por los humanos, no creo que estuviera tan dispuesta a aceptar la compañía de uno de vosotros.

Sonreí, y ella me devolvió el gesto moviendo las manos. ¿Cómo podía haber llegado a odiar a aquella criatura tan considerada? Qué tranquila era, qué distendida. En cierto modo, Nuluba representaba algo que yo jamás había conocido: una persona en paz consigo misma y con su lugar en el universo. Bueno, o en el no-universo.

—Ya tienes la nave lista —dijo, dando una palmadita al propulsor—. Está toda puesta a punto. Ha sido un placer.

Miré la nave, con su forma aerodinámica y sus potentes propulsores, y mi emoción se avivó.

—Con qué serenidad te tomas siempre este trabajo —dije a Nuluba—, tanto el mantenimiento como cuando haces inventario. ¿No te gustaría pilotar un trasto de estos?

—No, por favor —respondió ella, haciendo leves círculos con los dedos. Era una risa varvax—. Me gustan las cosas sencillas.

—Pilotar puede ser sencillo.

—No, los pilotos sois demasiado importantes —repuso Nuluba—. Yo prefiero que no me hagan caso. Por eso elegí el trabajo que hacía en la alguna-parte. Me gusta quedarme sentada en un rincón y pasar el rato. Fue… angustiante que se montara tanto follón por mis descubrimientos. —Titubeó un momento y habló en tono más solemne—. Tampoco querría volver, ojo. Detesto las mentiras que estábamos contando.

Había un heroísmo en esas palabras, de una clase a la que nunca había prestado atención. Para mí, ser una heroína siempre había consistido en luchar. Pero Nuluba me recordaba a Cuna, le discrete diplomátique que tanto había hecho para oponerse a Winzik.

—Antes de que te cambies de ropa —dijo Nuluba, señalando—, creo que Escalofrío quería hablar contigo.

Aún teníamos mucho tiempo antes del despegue, así que rodeé a Maksim, que pasaba al trote cargando con una matriz de energía, y llegué a la esquina del hangar que ocupaban las resonantes. Allí siempre me sentía como si estuviera llegando a una enorme geoda. Dllllizzzz y Escalofrío habían extendido líneas de cristal como venas en la piedra desde sus naves hasta aquella zona. Cuando pregunté a Escalofrío el motivo, me había explicado que los cristales crecían de forma natural, así que a algún sitio tenían que enviarlos.

Cada vez que salían volando en sus naves, rompían las conexiones con aquel lugar, pero podían volver a establecerlas si regresaban al poco tiempo. ¿Qué pasaría si se establecían en Fuerteseguro? ¿La red cristalina de la esquina terminaría desmoronándose, convertida en polvo?

De cerca, podía distinguir los cristales de una de los de la otra. Escalofrío era un poco más violeta y Dllllizzzz un poco más rosada. Habían crecido una sobre la otra de un modo que tenía entendido que era habitual entre resonantes amistosos. Las dos alienígenas estaban charlando sin levantar la voz en su idioma musical, como hacían casi siempre que estaban cerca entre ellas.

—¿Querías hablar conmigo? —pregunté a Escalofrío, sentándome al lado de uno de sus cristales más grandes.

—Sí, Peonza —dijo Escalofrío—. Quería darte las gracias. Por hacer esto posible.

—¿El asalto de hoy?

—Exacto —respondió ella—. Palo llevaba años planeándolo. Ahora… vibro de gozo al saber que el plan por fin va a llevarse a cabo. Pero también quería agradecértelo en nombre de Dllllizzzz. Si esto sale bien, podremos acceder de nuevo al icono que está en Fuerteseguro y a las cenizas de realidad. No pierdo la esperanza de que, teniendo más, puedan seguir ayudándola a largo plazo.

—¿Cómo está últimamente? —pregunté, con una mirada al despliegue de cristales.

—Es difícil tallar esa pregunta, Peonza —dijo Escalofrío—. A veces parece casi dispuesta a hablar. Al mismo borde de palabras con capas, de oraciones. Pero entonces… se retrae a las palabras sin capas. Sugiere significados. Le he oído verdaderas palabras muy pocas veces, una de ellas cuando habló contigo.

—Creo que no acabo de entender eso de las palabras con y sin capas.

—Mis disculpas —dijo Escalofrío—. Deja que lo reverbere. Los resonantes podemos hacer que cristales distintos vibren a tonos distintos, y nuestro idioma consiste siempre en dos o más tonos juntos. Dllllizzzz solo hace tonos únicos. Son más ideas que auténticas palabras.

»No deja de ser comunicación, y puedo averiguar sus sentimientos, reconfortarla, animarla. Pero sus respuestas rara vez son verdaderas palabras, sino más bien los tonos que hacemos cuando estamos aprendiendo. Es nuestro equivalente a lo que tú llamarías parloteo de bebé. Pero Dllllizzzz es adulta. Mayor que yo. Y puede pilotar sin problemas.

Asentí observando los entramados superpuestos de cristales azules, con tonos rosados o violetas. Había visto a Escalofrío ayudar en las reparaciones. Unos días antes había crecido sobre parte de la lanzadera de Palo, buscando un cortocircuito. Era increíble el nivel de detalle que Escalofrío podía sentir con sus cristales, aunque hacer ella misma las reparaciones le llevaba mucho más tiempo que a alguien motriz. En teoría podía generar tantos «brazos» como necesitara, pero para mover cosas tenía que recubrirlas de cristal y luego hacer crecer ese cristal para recolocar el objeto.

Me parecía asombroso que los resonantes hubieran desarrollado una industria espacial con esas limitaciones. Pero supuse que tener una esperanza de vida de miles de años daba otras ventajas a una especie. Y había algo muy cañero en una civilización compuesta de cristales cantarines. Ni las historias más estrafalarias de la yaya podían competir con la biodiversidad del universo.

Eso sí, seguía disgustada con el asunto de los gusanos de arena.

—¿Las cenizas de realidad podrían servirle de algo? —pregunté.

—Eso espero —dijo Escalofrío—. Pero desde que la encontramos ya ha pasado… ¿algún tiempo? ¿Mucho tiempo?

—¿Cómo es el icono que hay en Fuerteseguro?

—Es como el juguete de un niño. Lo tienen exhibido para reconfortar a los trabajadores. Es… hermoso. —Calló un momento—. Apareció con Palo cuando la arrojaron aquí dentro. Pero impidieron que se lo llevara cuando se rebeló. Creo que en parte tiene tantas ganas de conquistar la base porque quiere recuperarlo. Peonza, sé que Chet y tú estáis buscando algo entre los Costaderos. Algo que os quitaron. ¿Es un… icono?

No respondí de inmediato. ¿Escalofrío lo sabía?

—Cuando te capturamos, llevabas encima una cantidad extraordinaria de cenizas de realidad —dijo Escalofrío—. Y aunque Chet ha sido sutil, se me

dan mejor que a la mayoría las interacciones sutiles. Perdiste un icono. ¿Crees que te lo robaron?

—Sí —reconocí—. Lo enterré fuera antes de colarme aquí por primera vez. Y ahora ha desaparecido.

—Entonces puede que tenga noticias para ti. Ayudé varias veces a Palo a recuperar su icono en Fuerteseguro. Los iconos son trocitos de la alguna-parte y, por tanto, reaccionan de formas extrañas al estar aquí. Peonza, a veces parece que se desencajan de este sitio, como si estuvieran desfasados con el movimiento de los fragmentos.

—O sea, que…

—Se mueven por sí mismos, a veces. Como te decía, es como si estuvieran desincronizados de la trayectoria normal de los fragmentos. A veces aparecen fuera de sus cajas fuertes, o en salas donde no los había dejado nadie. Es poco frecuente, pero yo lo he visto. Así que es posible que nadie se llevara tu icono, y creo que, si estuviera aquí, Palo ya se habría enterado y se lo habría contado a todo el mundo. Querría que compartiéramos las cenizas. Es su manera de ser.

Sí que era una información curiosa. Medité un momento sobre ella y descubrí que me alegraba. Quizá no tuviera que preocuparme porque en aquel lugar hubiese un ladrón, aparte de mí misma, por supuesto. Pero ¿y si el icono había caído al vacío? ¿Y si había aparecido en otro fragmento?

En esos casos, jamás lo encontraría. Tendría que confiar en las cenizas que nos quedaban para sacarnos de allí. No era descabellado pensarlo, porque deberían durar lo suficiente, pero aun así me dolería perderlo. En realidad no era la insignia de mi padre, pero de todos modos había sido importante para mí.

Mientras daba vueltas al asunto, que Escalofrío mencionara a Palo me llevó otra pregunta a la mente.

—Oye, ¿Palo de verdad tiene un… árbol?

—Sí. Y sus hijos también, árboles que crecieron a partir del fruto del de ella. La simbiosis tenasi es algo muy hermoso, y a menudo resueno con ella. Espero que puedas ver pronto el árbol, porque sigue creciendo en Fuerteseguro. La gente de allí jamás destruiría un árbol tenasi, por muy resentidos que estén con nosotros. Cuando lleguemos, también podrás ver el icono con tus propios ojos.

—Qué ganas tengo —dije—. Pero… Escalofrío, ¿qué son los iconos en realidad?

—No tengo ni idea —respondió ella—. Este sitio tiene muchas rarezas, ¿verdad? Pero una cosa sí sé: al mirar ese icono, siempre me daba la sensación de que tenía alma. Como si fuese un fragmento de nuestro mundo, igual que los zapadores son un fragmento de este.

Qué forma tan rara de describirlo. Me levanté con la intención de dar por zanjada la conversación con Escalofrío, que podía charlar por toda la eternidad si se lo permitías. Siempre me incomodaba mucho dejar de hablar con ella, pero… en fin, Escalofrío ya parecía opinar que todas las especies motrices éramos un poco groseras de todos modos. Cuando literalmente no puedes alejarte de tus vecinos, aprendes educación.

—Antes de que te marches —dijo Escalofrío—, reconozco… que tengo una petición para ti, Peonza. No lo consideres un atrevimiento, por favor, pero sospecho que pretendes abandonar este lugar. No me refiero a esta zona, sino a salir del todo de la ninguna-parte.

—Así es —respondí—. La gente me necesita en la alguna-parte.

—No sé de nadie que haya salido sin el permiso de la Supremacía —afirmó Escalofrío—. E incluso esos casos son muy poco frecuentes. Pero mi petición está relacionada con Dllllizzzz. Palo teme que, cuando alguien se ha perdido tanto como ella, solo pueden recuperarse saliendo de aquí. Así que, si consigues escapar… ¿mirarás si es posible abrirnos camino a Dllllizzzz y a mí? ¿Por el bien de ella?

—¿Eso es verdad? —pregunté—. O sea, ¿nuestros recuerdos… vuelven si nos marchamos?

—Creo que sí —dijo Escalofrío—. Por lo menos, las pocas personas de la base que se marcharon y regresaron parecían haber recuperado al menos una parte, si no todo, de lo que habían perdido estando aquí.

—Lo intentaré —prometí—. Chet se vendrá conmigo, así que podremos comprobar en persona si alguien sin recuerdos los recupera al llegar fuera.

—Gracias. No puedo pedirte más. Salir a través de Fuerteseguro exigiría negociar con la Supremacía, y no confío en ellos. No creo que fuese seguro volver de ese modo a la alguna-parte, prometan lo que prometan. Me parece que a los demás piratas les trae sin cuidado porque les gusta más estar aquí dentro, lejos de las preocupaciones y los problemas de nuestro universo. Yo no soy como ellos. Y Dllllizzzz… necesita ayuda. Quiere salir. Puedo notar ese deseo en sus vibraciones.

—Haré lo que pueda —le aseguré, y miré a un lado cuando Palo anunció que nos quedaba menos de una hora. Tenía que prepararme.

—Lucha bien, Peonza —dijo Escalofrío—. Y yo haré lo mismo. Gracias otra vez por el tiempo que has pasado con nosotros.

Fui corriendo a asearme y ponerme el traje de vuelo. Pasé los siguientes veinte minutos haciendo las comprobaciones previas y recibiendo el visto bueno definitivo de Nuluba y Maksim para entrar en combate. Al terminar vi que Chet estaba de pie cerca de mi caza, con el casco bajo el brazo. Se había quitado el cabestrillo la noche anterior y su brazo parecía curado casi del todo.

—Con tu permiso —dijo—, me gustaría volar contigo hoy, Spensa.

—Esto podría ponerse un poco loco —respondí.

—Entiendo la locura mejor de lo que puedas creer —insistió él—. Y… bueno, anoche pedí a RayoZed que me diera una sesión de entrenamiento para resistir la aceleración. Creo que recuerdo mejor las cosas de hace mucho tiempo, como las formas de ayudar a mi cuerpo a soportar la inercia. Pero aunque no fuese así, prefiero volar contigo. Si te soy sincero, me preocupan los zapadores. Después de fracasar en su ataque de ayer, intentarán alguna otra cosa.

Asentí.

—Vamos allá, entonces.

33

El grupo que salió de la base de los Costaderos ese día era muy distinto al anterior. Para el duelo habíamos llevado a todo el mundo y volábamos con calma, en un convoy que había sido en parte una exhibición de fuerza y en parte una muestra de solidaridad.

Ese día íbamos solo los pilotos. Palo se había incorporado a mi escuadrón. Con su enorme potencia de fuego y su lentitud respecto a los cazas, la lanzadera que pilotaba sería un objetivo claro para el enemigo, pero podría hacer casi el mismo daño que una nave artillera mucho más voluminosa. Palo había ordenado que no utilizáramos el comunicador. En aquel vuelo no hubo bromas, ni gente contando batallitas, ni nadie relajado en su asiento leyendo un libro.

Pasé la primera parte del trayecto, antes de reunirnos con las otras facciones, intentando contener el entusiasmo. Aún teníamos los destructores configurados para abrir fuego no letal, pero todas nuestras naves tenían equipada la capacidad de pasarlos a modo letal si la batalla se volvía peligrosa de verdad.

Palo no quería que lo hiciéramos. Pretendía reclutar a los pilotos de Fuerteseguro, no matarlos. Pero era demasiado pragmática para no tener disponible esa opción.

Cedí los controles de la nave a Chet y dejé que se acostumbrara a ellos. Si me herían de algún modo en el combate, quizá tendría que sustituirme, dado que M-Bot seguía siendo bastante poco diestro. Chet hizo unas pocas maniobras sencillas, demostrando que aún conservaba cierta memoria muscular para el pilotaje, mientras yo me dedicaba a pensar, atribulada por una cosa que había dicho Escalofrío. Sobre los iconos.

Le di unas cuantas vueltas y luego cerré los ojos y extendí los sentidos fuera de la cabina. Me obligué a ser muy sigilosa y sutil mientras buscaba. Paré un momento al percibir a los zapadores, o su atención, cerca de mí. Esperando. Y asustados.

No me detectaron. Notaba sus mentes presionando desde el fogonazo en mi dirección, pero no eran conscientes de mi presencia. Podía hacerme invisible a ellos con esfuerzo, aunque sospechaba que solo funcionaría mientras no supieran con exactitud dónde estaba.

Complacida con mis progresos hasta el momento, me aparté de ellos y extendí los sentidos citónicos hacia fuera. Buscando… la familiaridad. Recordé que al poco de entrar en la ninguna-parte, estando en aquella selva, había sentido una mente cerca de la mía. Antes de encontrar a Chet, había captado algo. Algo que había creído que era mi padre.

¿Sería el icono? Me sentí un poco tonta por haber pensado que de verdad podría ser él. Pero aun así, mientras buscaba, me las ingenié para… recubrir mi mente con una calidez. Con la «estrellidad» que había aprendido en la Senda. Era como un código, o como un identificador de vuelo. Lo había utilizado para apartar por la fuerza la nube que me había echado encima Brade y escapar de su prisión. Pero también podía indicar quién era yo y dónde estaba, aunque solo a las personas que conocía. Era como una señal de radio en una frecuencia de comunicación privada.

Sentí que algo saltaba y contactaba también conmigo. Una mente. La rocé con la mía y casi se me salió el corazón del pecho. ¡Era mi insignia! Sí, podía sentirla, y me respondió. Estaba… estaba…

Estaba enfadada conmigo por haberla enterrado.

Me quedé estupefacta. La mente de la insignia me resultaba conocida, cariñosa. Daba la sensación como de… ser de la familia.

Eh… ¿Padre?, pensé.

Recibí de vuelta una sensación cálida. Sabía que era absurdo, pero… en fin, también sabía que aquel lugar era extraño.

¿Dónde estás?, pregunté.

Me llegó en respuesta una impresión de… ¿Fuerteseguro? Sí, ahí era donde estaba el icono. ¿Cómo había llegado a la base de la Supremacía? Sí, Escalofrío me había advertido de que se desplazaban, pero ¿tan lejos?

La mente se retiró.

Voy hacia ti, envié a la insignia, y acto seguido salí del trance citónico, confusa. No podía ser el alma de mi padre, ¿verdad? ¿Y cómo era posible que la insignia estuviera en Fuerteseguro? ¿Por qué había terminado justo en el lugar al que yo estaba yendo? Me pareció una casualidad extraordinaria. Y me recordó lo fortuito de la llegada de Chet, algo en lo que hacía mucho que no pensaba.

Al cabo de un tiempo nuestro escuadrón se reunió con las demás facciones piratas una tras otra. Palo les dio la bienvenida a todas, y distinguí un matiz de alivio en su voz. Se había preocupado por si no se presentaban. Hizo que esperásemos un poco tras la llegada de la cuarta facción, dando una última oportunidad a los Cañoneros de unirse a nosotros. No lo hicieron.

—Vale, escuchadme todos —dijo Palo por el canal de comunicación general—. Esto vamos a ganarlo sin ninguna duda. Nos hemos preparado combatiendo durante años mientras ellos se escondían, confiando en que la Supremacía les enviara más fuerzas.

»No lo han hecho. A la Supremacía le traen sin cuidado, tanto ellos como todos nosotros. Solo les importa su piedra de pendiente, así que vamos a darles bien duro y quitársela. Quizá tengan otras explotaciones mineras allá lejos, en los sectores vacíos, pero sé que dependen más de esta que de ninguna otra. Así que cerraremos bien cerrado ese portal y entonces tendrán que jugar a *nuestra* manera.

Las ochenta naves o así que componían nuestra fuerza prorrumpieron en vítores y ruidosos gritos, proferidos en una gran variedad de fonaciones. Chet y yo nos unimos al estruendo, aullando y dando voces.

—Los Calavera y Tibias estamos preparados para pasar a destructores letales —anunció Gremm cuando cesó la algarabía.

—No a menos que el enemigo lo haga primero —dijo Palo—. Recordad, la gente con la que vamos a luchar no es nuestro verdadero enemigo. Son solo un puñado de mamones temerosos, atrapados entre dos fuerzas. No vamos a llegar como saqueadores, sino como liberadores. Así que mantened la munición no letal. Llamadme a mí o a alguna remolcadora si veis una nave bloqueada, aunque sea enemiga, que esté a punto de estrellarse contra tierra. Centraos en el combate y, si os enfrentáis a un piloto demasiado bueno, pedid ayuda.

Hubo respuestas de acuerdo general, lo que me impresionó. Sus hijos y ella habían hecho un trabajo excelente preparando aquella batalla.

—¡A ver! —exclamó M-Bot en nuestra cabina—. Me siento como estremecido, pero aun así ansioso por seguir adelante.

—¿Miedo y ansia? —dijo Chet—. Parece que hablas de entusiasmo.

—No, creo que entonces el ansia sería más alegre —objetó M-Bot—. Esta ansia es más bien nauseabunda.

—¿Regocijo, entonces, tal vez? —aventuró Chet.

—Podría aceptarlo —respondió M-Bot—. Regocijo. ¡Vale, estoy regocijado!

—¿De qué habláis los dos? —pregunté.

—La IA y yo hemos estado estrechando lazos —explicó Chet con cierto orgullo en la voz—. Necesita ayuda para definir sus emociones concretas, y me he ofrecido a echarle una mano.

—¿Y tiene que ser ahora? —pregunté con tono brusco.

—¿Qué mejor momento que este? —replicó Chet—. Es probable que sienta muchas emociones fuertes, al fin y al cabo.

—Lo haremos en voz baja —prometió M-Bot.

Ya, claro. No se lo creía ni él. De todos modos seguimos adelante y entramos en el territorio de la Supremacía. A mí no me pareció muy distinto, aunque había más fragmentos y flotaban más cerca unos de otros. Volamos derechos hacia el centro, hacia aquella gigantesca y refulgente luz blanca. Daba una sensación tan inmensa y amenazadora como siempre.

—Atentos, Costaderos —avisó Palo—. Vienen hacia aquí. Preparaos para combatir.

El escáner de su nave era mejor que el de la mía, cuyos sensores aún tardaron otros dos minutos en detectar las naves que se aproximaban. M-Bot fue contándolas a medida que entraban en alcance y terminó informándome de noventa y tres naves. Nos superaban un poco en número y no vi ninguna nave civil modificada entre ellas. Con un poco de suerte Palo tendría razón y nosotros éramos mejores pilotos.

De todas formas, estaba cada vez más entusiasmada. Y era un entusiasmo puro: sin tensión, sin inquietud. Una oportunidad de volar y luchar. Una gran batalla. Estaba preparada.

—Qué raro —dijo Escalofrío por el comunicador—. Capitana, ¿ves eso?

—Sí —respondió Palo—. Que todo el mundo reduzca la escala en pantalla.

Mi monitor de proximidad amplió el radio y mostró una vista más extensa de los fragmentos cercanos. Había dos justo delante de nosotros que estaban anormalmente próximos. Iban a chocar… No, a estrellarse.

—¿Capitana? —llamó RayoZed—. ¿No decías que… las colisiones entre fragmentos eran sucesos rarísimos?

—Y lo son —respondió Palo.

—Pero ahora estamos viendo una segunda, solo un día después de la anterior. ¿Está… ocurriendo algo?

—Vete a saber —dijo Palo—. Pero… palabras. Estoy identificando algunas naves enemigas. Parece que al final la facción de los Cañoneros sí que se ha apuntado a la fiesta.

Fruncí el ceño hasta que vi en el monitor a otro grupo de naves que llegaba volando a la batalla. Eran los Cañoneros. Pero en vez de unirse a nosotros, trazaron un arco descendente y entraron en formación con la Supremacía.

—¿Cuánto les habrán pagado para hacerse crecer esos *flivis*? —gruñó Semm—. ¿De verdad cree Vlep que la Supremacía cumplirá las promeses que le haya hecho?

—Da lo mismo —dijo Palo por el canal general—. Son solo unos pocos blancos fáciles más, y unos pocos traidores a los que abochornar. Tened cuidado con los cascotes de esa colisión y no os acerquéis a los fragmentos si podéis evitarlo. No veo al anterior campeón en el escáner, pero podría estar escondido en alguna parte. Si os lo encontráis, no os enfrentéis a él. Dejádselo a alguno de nuestros ases.

—Vendrá a por mí, Palo —le aseguré por una línea privada—. Hesho querrá la revancha.

—Bloquea a todos los enemigos que puedas antes de eso, Peonza —me ordenó ella—. Creo que somos mejores que ellos, pero no me molestaría que nivelaras la desventaja numérica.

—Entendido —dije mientras nos acercábamos.

Los dos grupos por fin se disgregaron y los cazas estelares se propulsaron a toda potencia unos hacia otros, para entablar batalla justo encima de los fragmentos que chocaban entre ellos. Mi sensor de proximidad enloqueció cuando los terrenos impactaron y empezaron a desgajarse pedazos de roca.

Sonreí y me lancé al centro de aquel caos. Qué liberador era no tener que preocuparme por la seguridad de mis compañeros. Cobb me habría gritado por no llevar compañero de ala, pero en aquel lugar podía volar como siempre había deseado en secreto. Temeraria. Libre.

Acribillé una nave que tenía delante y estuve a punto de acabar del todo con su escudo. Emprendió una sucesión de frenéticas maniobras evasivas. Confiando en mi instinto, la perseguí un momento y luego me retiré, dejándole espacio para que la cagara por sí misma. Y eso hizo, tan obcecada en alejarse de mí que recibió un disparo de Palo.

Se me ensanchó la sonrisa mientras me escoraba a un lado e inutilizaba una, dos, tres naves enemigas. ¡Tirda, aquello era fantástico! Descendí en picado entre aquella locura, rodeada de fuego azul de destructor por todas partes. M-Bot resaltó unas naves enemigas en el monitor: mis ataques imprudentes me habían ganado dos perseguidores.

—Muy bien, veamos… —dijo M-Bot—. Esta emoción… es una frustración por el ataque delirante, combinada con una minúscula cantidad de cariño. Y un deseo de darle en la cabeza a Spensa con algo que no sea demasiado pesado, pero sí lo suficiente.

—Irritación —afirmó Chet.

—¡Hala! —exclamó M-Bot—. Exacto. ¡Spensa viene a ser como la irritación encarnada!

—¿No habíais dicho que haríais esto en voz baja? —protesté.

—¿Preferirías no oírnos hablando de ti? —preguntó M-Bot.

En realidad, no. Apreté los dientes en algo a medio camino entre una sonrisa y una mueca mientras aceleraba, bajando el morro para esquivar el fuego de nuestros perseguidores. Arriesgándome a que me llamaran insensata, seguí descendiendo en zigzag entre partes del terreno de un fragmento que se desmoronaba.

La cara de Chet, que veía en una esquina de mi pantalla, parecía un poco blanquecina.

—¿Cómo lo llevas ahí atrás, Chet? —pregunté.

—¡Intento disfrutar del cursillo acelerado de irritación, señorita Nightshade! —exclamó él—. Pero reconozco esa clase de fragmento. Es de un planeta crepuscular, perteneciente a un sistema solar oscuro, el de una estrella que no brilla mucho en el espectro visible pero aun así emite radiación.

»En esos lugares suele haber plantas y animales muy bioluminiscentes, y hasta los minerales tienen una especie de luminiscencia mineral. A juzgar por lo que he visto, es probable que esas rocas exploten emitiendo mucha luz si reciben fuego de destructor. ¿Podría servirte de algo?

Excelente. Distinguí un hueco en el fragmento que se resquebrajaba por delante y me dirigí hacia él. Me enderecé trazando un bucle y me interné en el agujero. Las otras naves me siguieron, pero mientras serpenteaba con giros expertos entre las rocas que caían, sus disparos de destructor dieron a la piedra por todo mi alrededor. Como Chet había anticipado, las explosiones fulguraron como balizas. Y además, los cascotes actuaron como una batería de contramedidas aéreas, interceptando el fuego de destructor.

Mientras no chocara contra ningún pedazo grande, en realidad estaría más segura allí dentro que fuera. Pero mientras lo pensaba, di contra un trozo de tamaño intermedio. Fue solo uno, y mi escudo lo desvió.

—Una sensación de incredulidad —dijo M-Bot— combinada con la indudable expectativa de que iba a suceder algo como esto. Porque por supuesto Spensa iba a echar a volar a través de un campo de minas natural radiactivo y explosivo.

—Resignación —respondió Chet con una risita.

—Callaos los dos —mascullé mientras ganaba altitud y recorría la parte inferior del fragmento, que estaba haciéndose pedazos.

Mis dos perseguidores debieron de quedarse cegados por las explosiones y perderme la pista, porque abandonaron mi cola.

—Muy bien hecho, Spensa —dijo Chet.

—Estamos vivos —añadió M-Bot—, y lo raro es que me siento…

—Que sí, que sí —dije yo—. Ya puedes volver a quejarte de mi temeridad.

—En realidad estoy sintiendo algo distinto —repuso él—. Un temblor de emoción… que deriva en alivio y un… ¿un deseo de *repetir* lo que acabamos de hacer?

—¡Ja! —reí—. ¡Te ha parecido divertido!

—Es que lo era —dijo M-Bot—. ¡Tirda! ¿Por qué me he divertido? Ha sido un riesgo estúpido.

—¡Un poco de riesgo es lo que te hace disfrutar, IA! —respondió Chet—. ¡Esa es la parte atrevida! ¡La parte emocionante! Siempre que uno logre contener la náusea.

Tracé un bucle de vuelta al grueso de la batalla, donde encontré la nave más lenta de Palo seguida por alguien bastante habilidoso. Le acerté con tres disparos precisos seguidos, obligando a la nave a quebrar y separarse.

—Disfrutar del peligro podría considerarse un problema en términos evolutivos —dijo M-Bot—. ¿No deberían divertiros las cosas cuando son seguras?

—¿Quién sabe? —contesté—. No creo que la evolución estuviera intentando crearme a mí. Yo ocurrí y punto, supongo.

—La evolución no «intenta» hacer nada —dijo M-Bot—. Pero te guste o no, eres la cúspide de su obra. Todas las presiones evolutivas a lo largo de las eras en tu especie han terminado por resultar en ti.

—Seguro que ahora se avergüenza —respondí mientras por fin acertaba de nuevo al caza que antes perseguía a Palo. La nave se bloqueó, perdió velocidad y siguió cruzando perezosa el campo de batalla—. Como aquella vez que se juntaron todos los padres para ver desfilar a los alumnos y mi madre tuvo que reconocer a las demás que yo era la que había pegado con cola su «exoesqueleto de batalla» casero hecho de madera al uniforme.

—Ojalá te hubiera conocido en esa época —dijo M-Bot—. Seguro que eras una niña de lo más caprichosa.

—Eh… sí, niña.

En aquel desfile tenía dieciséis años.

—¿Dónde estará Hesho? —pregunté, inspeccionando el campo de batalla—. ¿Hay algún rastro de él en los escáneres?

—No —dijo M-Bot—. Pero con tantos escombros volando por ahí, no tengo una visión tan precisa como querría. Tal vez se haya escondido en alguna parte.

—Nave aproximándose por la derecha, Spensa —me avisó Chet.

Esquivé ladeándome, pero cuando el piloto se dio cuenta de qué nave era la mía, abandonó la persecución. Pivoté con la lanza de luz en torno a un cacho de piedra de pendiente que flotaba hacia arriba desde los fragmentos en colisión y me puse a cola del caza que huía. Si su piloto me tenía miedo, podía aprovecharlo.

En otro tiempo, una batalla como aquella quizá no me hubiera emocionado. Mi nivel de habilidad estaba por encima del de aquellos pilotos y a mí me gustaban los retos. Pero al ir madurando, empezaba a comprender que todo combate era un reto. Solo seguir con vida ya era un desafío en un revoltijo caótico como aquel, con naves volando en todas las direcciones y el fuego de destructor saltando como ascuas en las fraguas. Me notaba alerta, concentrada.

Mientras mi presa evitaba unos cascotes flotantes, el sensor de proximidad dio un pitido. Había una nave escondida allí dentro y salió como una centella cuando pasé para ponerse a mi cola. Era un caza cuyo diseño conocía, con la cabina pequeña y armamento poderoso.

Hesho me había tendido una trampa.

—Vaya, vaya, aquí está el excampeón —dijo Chet—. Ya era hora de que apareciera.

—Leve náusea —informó M-Bot—, que es algo que no debería ser capaz de sentir. Mezclada con incertidumbre.

—Eso se llama temor —dije yo sonriendo—. Aplástalo, M-Bot. Esto será divertido.

Dejé de seguir a la otra nave. Hesho vino tras de mí y, al instante, el caza a cuya cola había estado dio un rodeo en escora para unirse a él. En nuestro anterior encuentro Hesho había salido derrotado, así que, aunque era evidente que quería la revancha, llevaba un compañero de ala como apoyo. No era ninguna deshonra enfrentarse dos contra uno en una batalla como aquella: esas eran las reglas del juego.

Las dos naves volaban como para aislarme del resto de la batalla, llevándome hacia fuera. Si intentaba virar, una de las dos se desplazaba para cortarme el paso. Ya había estado varias veces en situaciones como aquella combatiendo a los krells. De hecho, me parecía que Hesho podría haber aprendido de mí esa maniobra, cuyo objetivo era apartar una nave y ocuparse

de ella. En un enfrentamiento masivo, muchas veces era preferible que tus cazas volaran a la defensiva mientras unos pocos «equipos asesinos» de ases expertos mermaban las tropas enemigas.

Bueno, tenía que hacer el combate un poco más justo. O más injusto a mi favor. Quebré a la derecha arriesgándome a un impacto en el escudo que en efecto recibí, para evitar que me acorralaran. En una lucha de dos contra uno el caos jugaba a mi favor, así que me interesaba internarme donde hubiera más disparos.

M-Bot resaltó una serie de naves que seguían combatiendo, lo que significaba que los piratas resistían, y hasta estaban ganando un poco de terreno al enemigo. Solo tenía que…

Un *edificio* se materializó en el aire justo delante de mí.

¡Tirda! Viré a un lado y mi escudo raspó la fachada de la gigantesca estructura flotante, haciendo trizas sus ventanas a mi estela mientras volaba pegada a él.

—¿Qué narices era eso? —preguntó Chet.

—No lo…

Apareció otro edificio a un lado, alto y rectangular. Entonces algo más destelló y cobró forma delante de mi caza. ¿Era una… piscina? Conseguí rodearla por debajo, pero estaba girando en el aire y nos echó encima una oleada de agua.

—¡Una repentina punzada de miedo! —exclamó M-Bot—. ¡Y parálisis generalizada! ¡Esta ya sé cuál es! ¡Pánico! ¿Qué está pasando?

Se desplegaron un par de herramientas limpiadoras desde los lados de la cubierta y pasaron por toda la superficie curva, llevándose el agua. En cualquier otro momento, saber que mi nave tenía limpiaparabrisas me habría hecho gracia. Nunca había combatido con lluvia, ya que en Detritus no la teníamos.

Sin embargo, aquello quedó eclipsado por… bueno, por los edificios, claro.

—¿Palo? —grité por el comunicador mientras aparecía un coche aerodeslizador a cierta distancia por delante—. ¿Estás viendo esto?

—Lo veo —dijo ella por el canal general—, pero no me lo acabo de creer. Estamos en una distorsión de objetos nuevos llegando a la ninguna-parte. Nunca había visto una en persona. Que todo el mundo vaya con cuidado. No quiero tener que sacaros con rasqueta de la fachada de un edificio.

Tirda. Noté una… sensación rara. Como un estiramiento, o al menos yo no sabía explicarlo mejor.

—Ataque zapador —adivinó Chet—. ¡En la alguna-parte! Es lo que está trayendo aquí todas esas cosas. Un zapador ha ido a tu dimensión y, al atacar, está transportando la ciudad a este lugar. No… reconoces las estructuras, ¿verdad?

—No, menos mal —dije—. Esto no está pasando en Detritus.

Pero sí, supuse que Chet estaba en lo cierto. La sensación de tirón era la ninguna-parte abriéndose, perforada cuando los zapadores arrojaban cosas de mi dimensión allí dentro.

—Respira hondo, respira hondo —dijo M-Bot—. Muy bien, según mi análisis los edificios parecen ser diseños de la Supremacía.

¿Por qué estarían atacando un planeta propio? ¿Quizá se hubiera alzado en armas contra ellos? La luz que había junto al nombre de Palo cambió, indicando que había pasado a una línea privada.

—Esto sí que es rarísimo, Peonza. No una, sino dos colisiones explosivas de fragmentos, y ahora esto. ¡Ja! Sí que parece que la ninguna-parte está yendo a por nosotros, ¿eh?

—Sí —murmuré. Mi sensor de proximidad pitó y vi en el monitor que Hesho y su compañero de ala habían esquivado los edificios recién aparecidos y se habían vuelto a poner a mi cola—. Ja, ja.

—Tampoco le des muchas vueltas —dijo Palo—. Esto es aleatorio, chica. No quiero que se te meta en la cabeza que a los Costaderos nos han crecido *engulunes* ni nada parecido. No es que tengamos mala suerte. ¡Te hemos encontrado a ti, al fin y al cabo!

Interrumpió la comunicación.

—Se equivoca —afirmó Chet—. Esto sí que es por nosotros. Por la Senda que estamos recorriendo. Los ha puesto furiosos.

Viré a un lado y evité por los pelos otro edificio que apareció de repente. Parecía que el proceso de meter cosas en la ninguna-parte estaba generando piedra de pendiente, porque los bloques de piedra que había a un lado del edificio eran lo que hacía que flotara. Había oído alguna vez que se podía magnetizar el metal exponiéndolo a un campo lo bastante fuerte, así que quizá aquello fuese algo similar.

—Tú concéntrate en volar —dijo Chet—. Estoy expandiendo mis poderes citónicos y creo que puedo seguir la pista al excampeón y su compañero de ala. Incluso en esta confusión. Te avisaré si vuelas otra vez hacia una emboscada.

—Y yo contendré mis arrebatos por ahora —dijo M-Bot—. Spensa, esto es serio. Vuela bien, por favor.

—Eso haré —respondí, virando con cuidado para no saturar los ConGravs. Chet me había asegurado que soportaría la inercia, pero aun así prefería ser cauta. Si perdía el sentido mientras aparecían edificios a nuestro alrededor…

—Mis análisis indican que las construcciones están deshabitadas —dijo M-Bot—. Y parecen viejas y deterioradas.

Mientras volaba, intenté captar todo lo posible con mis crecientes sentidos citónicos. Sentí a los zapadores, conectados con uno de los suyos en la alguna-parte. Y también capté… descontento, pero no furia. No oían «ruido» en esos momentos. Estaban… cumpliendo un cometido.

—Es una prueba —dije—. Winzik por fin ha hecho algo inteligente y está probando a los zapadores en un lugar despoblado, para ver si de verdad están bajo control.

—Y de paso, la ocasión perfecta para tirarnos una ciudad encima a nosotros —respondió Chet.

Por suerte, los esfuerzos de los zapadores no parecían precisos: los objetos empezaron a aparecer por todo el campo de batalla, no solo delante de mí. Si pudieran controlar su posición con exactitud, materializarían algo tan cerca de mí que no pudiera esquivarlo.

—El anterior campeón está rodeándonos por detrás —dijo Chet—. Se queda cerca de los edificios para engañar al radar, pero puedo ecolocalizarlo. Debería salir muy pronto de detrás de ese edificio de oficinas a la izquierda.

—Gracias —dije.

Como empezaba a cogerle el tranquillo a volar allí dentro, pude mantener la atención puesta en Hesho. Volaba bien, tal y como le había enseñado, pero su compañero de ala no era tan hábil. Lograron mantenerse más o menos a mi cola, así que los llevé a los dos en torno a un enorme edificio que tenía un gran espacio abierto cerca del techo. ¿Un hangar para naves, tal vez?

Rodeé el edificio, reduje la velocidad y me metí dentro. Hesho y su compañero de ala me siguieron. El hangar no era muy espacioso, pero la enorme ventaba que ocupaba por completo la pared del fondo proporcionaba buena visibilidad. Lamenté la decisión de entrar allí cuando Hesho y su amigo abrieron fuego. Allí dentro no había mucho espacio para maniobrar y, como había frenado, los tenía bastante cerca.

Sus destructores agotaron mis escudos, así que activé el PMI esperando pillarlos dentro de alcance antes de salir atravesando la ventana del fondo, perseguida por disparos de destructor.

—Creo que solo has alcanzado a uno de ellos —dijo M-Bot—. El que no es lord Hesho.

—Tirda.

Descendí pegada a la pared del edificio, enganché la arista inferior con mi lanza de luz e hice un viraje asistido, evitando justo a tiempo el fuego de destructor que llenaba el aire detrás de mí. Hice otros tres giros rápidos, zigzagueando por un campo de batalla cada vez más frenético y parecido a un vertedero.

¿Eso era… una vaca?

Seguí volando entre el desbarajuste de cascotes urbanos, intentando sacar ventaja a Hesho. Pero lo llevaba pegado. Su compañero de ala no tenía necesidad de volar tan cerca: podía abandonar la persecución de vez en cuando y entrar de nuevo cuando cambiábamos de dirección. Mientras Hesho siguiera acosándome, no tenía más remedio que mantenerme a la defensiva.

Traté de hacer un bucle y disparar al compañero de ala, pero Hesho disparó una ráfaga justo por delante de donde tenía pensado ir, lo que me obligó a tomar otro rumbo. Sin escudo, tenía que ser muy cautelosa. A los pocos segundos, volvía a tenerlos encima a los dos.

Tarde o temprano me alcanzaría algún disparo. Quebré hacia abajo y volé entre los trozos de piedra y los escombros que caían. Hesho viró para seguirme.

—Cuidado, Spensa —me advirtió Chet—. Estoy siguiendo el rumbo del compañero de ala, aunque lo hemos perdido de vista. Creo que Hesho le ha ordenado dar un rodeo e intentan atraparnos.

Tirda, tenía razón. Cuando recuperé la horizontalidad, vi al compañero de ala flotando allí, preparado para abrir fuego mientras Hesho seguía presionándome desde atrás.

Esquivé lo mejor que pude y sentí otra punzada de orgullo. Esa clase de técnica avanzada no se la había enseñado yo a Hesho, pero quería creer que eran mis fundamentos sobre combate en equipo lo que lo habían llevado a tácticas como aquella.

Serpenteé entre rocas que caían y sobrecargué el propulsor, confiando en pasar entre los disparos del compañero de ala sin que me alcanzara ninguno. Pero en ese momento una ráfaga que parecía salida de la nada acribilló al compañero de ala y bloqueó su nave.

—Ya estamos aquí, Spensa —dijo Escalofrío por el comunicador—. Pensaba que se te daría mejor quedarte con tu grupo. Los motrices siempre estáis perdiéndoos en direcciones aleatorias.

—Gracias —respondí—. Muy buena asistencia.

Llegaron otras naves para hostigar a las dos resonantes y las obligaron a marcharse del barullo de edificios que aparecían. Ese barullo estaba a grandes rasgos centrado en mí, así que, aunque los zapadores no eran precisos, saltaba a la vista que sí podían arrojar cosas más o menos en mi dirección.

Me alegré de que Escalofrío y casi todos los demás estuvieran desplazándose al otro lado del campo de batalla. Aunque me habría venido bien un poco de ayuda contra Hesho, no quería que mis compañeros volaran en aquella zona tan peligrosa. Para ser sincera, el que más me preocupaba era el propio Hesho, porque mientras siguiera pegado a mí corría peligro de morir.

Tenía que aturdirlo deprisa, si era posible. Seguí adelante y dejé atrás un par de naves bloqueadas a la deriva, pero con los escudos reactivados para protegerse de impactos. Una remolcadora de la Supremacía estaba llegando para llevarlas a un lugar seguro y nadie la atacó. Era un poco lo mismo que cuando se dejaba pasar a un médico enemigo solitario que cruzaba un campo de batalla en la antigua Tierra. El civismo me resultó alentador.

Salí del campo de escombros inferior e hice un viraje brusco cuando el aire comenzó a vibrar. Un segundo más tarde, apareció nada menos que un fragmento pequeño justo por encima de mí, un pedazo de ciudad que se extendía a lo largo de centenares de metros, con aceras y jardineras.

Vale. Muy bien. Podía con aquello. Ascendí sobre su borde y me sequé el sudor de las manos con el traje de vuelo. La maniobra permitió a Hesho ponerse de nuevo a mi cola, por desgracia. Abrió fuego y a duras penas pude esquivar los disparos.

Era el momento de comprobar si podía sacar provecho a su memoria muscular. Inicié una secuencia rutinaria de maniobras, una que les había enseñado a él y a los demás cuando los entrenaba fuera del laberinto de zapador. Era un calentamiento cuyo objetivo era que interiorizaran los conceptos básicos.

Hesho entró en formación detrás de mí mientras seguía avanzando, y sus disparos cesaron. «Sí —pensé—. Conoces esta rutina. La has hecho conmigo docenas de veces».

—¿Por qué ha parado? —preguntó Chet.

Seguí la secuencia sin responderle. Hesho empezó a acercarse poco a poco y dejé que llegara casi a la posición de mi compañero de ala. Mi intención era interrumpir la maniobra cuando menos se lo esperara y

quitármelo de encima, quizá incluso ganar el tiempo suficiente para reactivar mi escudo. Pero volar así parecía estar despertando un recuerdo en él.

Sobrevolamos juntos el nuevo fragmento, ya sin combatir. Sin preocuparnos de las demás naves, ya que estábamos alejándonos cada vez más del resto, que evitaba los escombros. Continué con la secuencia. Casi podía sentir el anhelo de Hesho, sus pensamientos extendiéndose hacia los míos y…

Entonces mi mente se congeló. Fue como si me hubieran vaciado encima un cubo de agua helada. Reduje velocidad para poner mi nave a la altura de la suya y eché un vistazo a su cabina. Tenía la cubierta tintada, lo que me impedía distinguir sus rasgos.

Pero no era tan oscura como para ocultar los dos intensos puntos blancos que resplandecían dentro de la cabina, donde deberían estar los ojos de Hesho. Los zapadores se habían apoderado de él.

34

Hesho abandonó nuestra formación de dos naves, avivó sus propulsores y salió disparado alejándose de mí.

—Truda —dijo Chet.

—Spensa, ¿qué ocurre? —preguntó M-Bot.

—Déjala volar, IA —dijo Chet mientras yo aceleraba para perseguir a Hesho—. Algo anda muy mal.

—¿El qué? —preguntó M-Bot.

—Los zapadores —respondí—. Se han… apoderado de él. Sus ojos tienen un brillo blanco.

Chet maldijo en voz baja.

—Esperaba que estuviéramos a salvo de una intervención tan directa yendo en grupo. Pero debemos de estar demasiado dispersos en este campo de batalla.

Seguí a cola de Hesho mientras su nave viraba en bucle y volaba por el centro del gran campo de escombros lleno de edificios flotantes. Los cazas que seguían activos de ambos bandos se habían desplazado al perímetro, porque volar allí había pasado de ser peligroso a demencial, con tantos cascotes girando y entrechocando como en un campo de asteroides.

Dos edificios impactaron delante de nosotros salpicando una lluvia de esquirlas de cristal, y al volar entre ellas golpetearon contra el casco y la cubierta de mi nave, recordándome que no había tenido ocasión de reactivar mi escudo.

¿Por qué querría volar a través de aquello el zapador? Antes siempre me habían dado caza. ¿Y ahora aquel quería que yo lo persiguiera?

Por mí no había problema. ¿Quería saber lo buena que era? Pues iba a verlo. Mantuve el ritmo a ZapaHesho con maniobras expertas. Descendimos a toda velocidad por el hueco menguante entre un pedazo de roca y una fábrica que volaba descontrolada y luego zigzagueamos por debajo entre los pedazos que seguían cayendo. Atravesamos un río de agua que caía de un edificio más arriba.

¿Sería el zapador quien pilotaba la nave? No, porque las maniobras que hacía me sonaban. De algún modo, el zapador estaba utilizando las habilidades de Hesho. Y yo iba a superar su prueba. Nos elevamos entre rocas

que entrechocaban, bajamos en picado a lo largo de una calzada que caía, cruzamos lluvias de escombros que repiquetearon contra mi cubierta.

Todo lo demás se disipó y, casi sin pensarlo, silencié los canales del comunicador. Lo único que importaba éramos yo y la cacería.

El zapador probaba maniobras cada vez más difíciles intentando hacerme cometer un error. Al poco tiempo ya estaba sudando, y mi atención estaba enfocada como una banda estrecha de escáner. Solo estábamos yo, aquella nave y el terreno que venía por delante.

ZapaHesho cometió un error de cálculo al pivotar con su lanza de luz y se estampó de costado contra un enorme pedazo de piedra. Su escudo titiló, visible por un instante al absorber lo peor del impacto. Sonreí mientras hacía el mismo giro sin problemas. Otro golpe como ese y estaría…

Estaría… muerto.

Mi concentración se hizo añicos como un cristal. De pronto fui consciente no solo de mi entorno inmediato: la cabina, mis manos sudadas en los controles, Chet jadeando en el asiento del copiloto, los pitidos del sensor de proximidad, sino también del campo de batalla en general. Roca que caía, edificios que se desmoronaban, pedazos flotantes de piedra de pendiente.

Ya no era solo una sucesión de obstáculos. Era una trampa mortal. Y aquello no era una competición para ver lo buena que era yo.

Recuperarme del aturdimiento me costó un momento, en el que estuvimos peligrosamente cerca de dar contra un trozo de edificio que caía.

—¿Spensa? —dijo M-Bot—. El resto de la batalla se ha detenido. La mayoría de las naves de ambos bandos están bloqueadas, pero al enemigo le quedan quince cazas funcionales y a nosotros doce naves, entre ellas las de Gremm y Palo. Han acordado un alto el fuego temporal, dado que el campo de batalla es demasiado peligroso. Quieren garantizar que todas las naves bloqueadas puedan remolcarse a un lugar seguro antes de continuar.

Por delante, Hesho se internó entre unos pedazos de terreno que caían. Había reducido velocidad, intentando provocarme para que lo siguiera. Querían atraerme al peligro. Estaban dispuestos a sacrificar la vida de Hesho a cambio de una oportunidad de hacerme daño. Tenía que poner fin a la persecución. Ya.

Aferré la esfera de control y empecé a disparar, obligando a Hesho a sobrecargar sus propulsores y salir disparado. Que su nave fuera más rápida no debería ser un factor importante, volando entre tantos cascotes. Por desgracia, esos mismos cascotes bloqueaban mis disparos. Acabé acribillando

un trozo de piedra de pendiente, que se había desprendido de lo que parecía ser el escaparate de una tienda.

Sus maniobras de esquiva hicieron que Hesho terminara impactando de nuevo contra una roca. Su escudo se agotó. Tirda. Dispararle estaba volviéndolo más temerario. Seguí tras él, sin saber muy bien qué hacer y cada vez más preocupada, pero Chet y M-Bot se quedaron callados y me dejaron tiempo para pensar. Y al hacerlo, volvieron a mí unos recuerdos salidos de la nube que era mi pasado. Recuerdos de volar con Hesho y los kitsen, y con Brade, Vapor y Morriumur. Recuerdos de los días que pasamos entrenando. Recuerdos que ni siquiera era consciente de haber perdido.

—M-Bot —dije—, abre una línea con su nave.

—Hecho —respondió M-Bot.

—¡Escuadrón Quince! —ladré, intentando adoptar la actitud de Cobb como había hecho al entrenar a Hesho y los demás—. ¡Alineaos! ¡Ya!

Invertí el propulsor y detuve mi nave.

Por delante, el caza de Hesho se ralentizó. ¿En qué medida lo controlaban los zapadores y en qué medida seguía siendo él mismo? Necesitaban su pericia para el vuelo. Con un poco de suerte, eso significaría que no podían dominarlo por completo.

Había reaccionado a mi voz. A la de su instructora militar. Rebusqué entre los recuerdos borrosos que tenía de aquel día. ¿Hesho no… no había propuesto un nombre distinto para nuestro escuadrón?

—El Último Beso de las Flores Nocturnas —dije—, ¡hora de pasar lista! ¡Alinéate, Hesho!

La nave de Hesho se detuvo y empezó a dar media vuelta. No esperé ni un momento más antes de abrir fuego contra él. Me sentí solo un poquito culpable. Pero mis disparos acertaron y su caza destelló en azul y se bloqueó.

Detrás de mí, Chet soltó un sonoro y aliviado suspiro.

—Bien volado —dijo en voz baja.

—Una calma reconfortante —dijo M-Bot—. Como si acabaran de hacerme el mantenimiento con una lata recién abierta de buen lubricante. Lo llamaré sosiego.

—Esto aún no ha acabado —repuse.

Usando los impulsores de maniobra, me acerqué poco a poco a la nave de Hesho, tanto que casi chocamos entre los cascotes que caían. Su cubierta se hizo transparente, perdiendo el tinte. Hesho estaba sentado dentro, con los ojos brillando blancos, encarado hacia mí en su pequeño asiento. Enseñando

los dientes. Empujé con la mente, haciendo caso omiso al zapador que me chillaba desde detrás de él. Miré en las profundidades de su interior.

Y allí encontré *miedo*.

—Chet, toma los mandos —dije—. No dejes que nos separemos.

—A la orden —respondió—. Pero… ¿por qué?

A modo de respuesta abrí la cabina, confiando en que mi suposición fuese acertada.

—¿Spensa? —dijo M-Bot—. Esto es un comportamiento muy… raro.

—Volveré enseguida —les aseguré—. Chet, si resbalo y caigo, intenta recogerme o algo.

—Eh…

Salí de la cabina al ala de mi nave. Una vez allí, sentí una extraña desorientación. Había edificios flotando arriba, dando vueltas en el cielo. Dos fragmentos adheridos tras colisionar, girando despacio. Un brillo blanco a mi derecha, el del fogonazo que nos observaba a través del espacio lleno de escombros.

Estaba en la encrucijada del infinito, sin salvavidas ni cuerda de seguridad. Chet usó los impulsores de maniobra para mantener firme el ala mientras me veía avanzar centímetro a centímetro hacia la nave de Hesho. Entonces, antes de poder pensármelo mejor, salté.

Mis pies se posaron en el caza más pequeño de Hesho. Tenía tamaño de sobra para sostenerme, aunque su cabina no fuese mucho más grande que un casco de vuelo. Me agaché, fijé la mirada en él a través de la cubierta aclarada y avivé la estrella que había en mi interior. El yoísmo. Dejé que refulgiera citónicamente, invisible a la luz convencional.

ZapaHesho se encogió, pero mantuvo abiertos aquellos ojos de puro blanco cuyo brillo me impedía distinguir sus otros rasgos.

—¿Por qué me tenéis tanto miedo? —pregunté—. ¿Qué es lo que aún no sé que os hace comportaros así?

Debes devolvernos al Nosotros que separaste, ruido. Era un intento deliberado de hacerme pensar en otra cosa, a juzgar por lo que me decía mi «oído». *Devuélvenoslo*.

—Escuchad —dije—, ¿podríamos hablar de esto, por favor? De lo que me estáis haciendo. A mí y a los míos.

Esto corrompe, me enviaron. Comprendí a qué se referían: a que al hablar conmigo, al interactuar, se arriesgaban al cambio. Intentaron retirarse, pero… los aferré. Con mis sentidos citónicos cada vez más fuertes, impedí que el zapador huyera. Era parecido a lo que Brade me había hecho a mí.

Solo que yo era mucho, muchísimo más débil. A duras penas logré retenerlo. O bien aquel no estaba entre mis talentos, o bien necesitaba un montón más de práctica. Aun así, incluso aquel penoso intento aterrorizó al zapador. Hacerlo atrajo toda la atención, el miedo y el odio de los zapadores hacia mí. Se congregaron otros e intentaron destruirme de la única forma que conocían.

Intentando convertirme en uno de ellos.

Tiraron de mí por completo hasta la ninguna-parte. Perdí la forma, el cuerpo, me reduje a una mente que flotaba no en la oscuridad, como solía ocurrir, sino en una infinita blancura. Todo a mi alrededor era blanco porque estaba lleno a rebosar de los zapadores, igual que un océano está lleno de agua.

En esos momentos me veían como una versión corrompida de ellos mismos. Los citónicos éramos como los zapadores. En cierto modo, yo era prima suya. También me veían como una tentadora, que los atraía a su destrucción con groserías como la linealidad o la individualidad.

Sus mentes me asaltaron, presionando para que viera las cosas como ellos. Para que fuese consciente de la paz, la armonía de una existencia compartida. Me negué a renunciar a mi individualidad, pero estaba raída, desgastada, como un estandarte de batalla lleno de agujeros de bala. A los pocos segundos, los jirones de recuerdo que aún me quedaban de mis amigos y mi familia se deshilacharon más, y mi vida en la alguna-parte empezó a desvanecerse del todo.

Querían borrarlos. Motivados por… ¿por el dolor? Sí, conocían el dolor, de su pasado, pero habían escapado de él. Me centré en eso. Era una pista, o al menos una semilla de pista. Y sin embargo… fue aterradora la forma en la que respondí a lo que me ofrecían. A la paz, a la fusión del yo, a la eternidad sin dolor, porque no podía existir dolor sin el paso del tiempo. No podía existir la ira cuando todo el mundo estaba de acuerdo en absolutamente todo.

No sé explicar muy bien por qué aquello resultaba tan fascinante. Ni siquiera sé explicar la sensación que daba, porque ¿cómo describes algo así? Yo solo era una piloto. No tenía las palabras adecuadas.

No quería sucumbir a ellos. Pero también me costaba resistirme. Presa del pánico, extendí la mente, buscando ayuda. ¿Quizá de mis amigos? Cuyos nombres estaba olvidando… cuyas caras… se fundían… en blanco…

Y entonces hubo algo.

Un apoyo de alguien que estaba lejos. ¿Un… amigo? Aquella mente tranquilizadora que de algún modo era mi insignia. Esa que cada vez estaba

más segura de que era mi padre. Me apuntaló y trajo consigo imágenes. El delicioso aroma del agua goteando en las cavernas de casa. El tranquilizador propósito de trastear junto a Gali con la nave de M-Bot. La sonrisa agotada de mi madre tras un largo día de trabajo al verme. La voz firme de la yaya hablándome de las heroínas del pasado.

Entonces llegó otra mente, desde el otro lado. Una mente que me recordó las cosas que adoraba. Explorar. Volar. Las historias. Existir era doloroso, pero también era un placer. Con esos recuerdos apoyándome, pude avivarme a mí misma.

Mi estrella se iluminó. Allí no era la nada. Era Spensa, y mi alma era fuego. Estalló en fulgor, y ofrecí esa sensación de mí misma a los zapadores, los aporreé con la persona que era, con las emociones que sentía.

Se apartaron de ese ofrecimiento de corrupción. De ese ofrecimiento de… de *discordia*. Se retiraron, aunque nuestro intercambio nos había revelado mucho a ambos sobre la otra parte. Mientras la sensación se iba esfumando, percibí otra oferta. Una… tregua.

Habían hallado dentro de mí el anhelo de que mis amigos dejaran de morir. Habían visto lo mucho que me emocionaban las batallas que había encontrado en el cinturón de la ninguna-parte.

Quédate…, me imploraron los zapadores. *Quédate y no rebases Fuerteseguro. Nosotros pararemos*.

¿Que me quedara? Parpadeé, empezando a ser consciente del espacio a mi alrededor. Estaba agachada manteniendo el equilibrio sobre la nave de Hesho, mirando aquellos portales de luz que eran sus ojos.

Quédate. No era una palabra, sino una impresión, de mí interrumpiendo el recorrido por la Senda de los Ancianos. De mí instalándome en Fuerteseguro, o saliendo de nuevo al cinturón, pero no adentrándome hacia el centro más allá de la base de la Supremacía. De mí renunciando a seguir por la Senda de los Ancianos y a internarme en el fogonazo.

¿Y qué hay de mis amigos?, les envié. *Los que están en la alguna-parte*.

En virtud de la tregua, los dejamos en paz. No hacemos caso al ruido.

Ese uso particular de «ruido» se refería a Brade y Winzik. No era una promesa tan firme como la que habría querido, y por la forma en que funcionaban sus mentes tuve la sensación de que, si los llevaban a nuestro dominio, atacarían de todos modos. Pero sí que iban a dejar de hacer caso a Winzik.

Quédate, repitieron los zapadores mientras la blancura perdía intensidad en los ojos de Hesho. *No te acerques. Y te prometemos la tregua*.

Dicho eso, la luz desapareció del todo, dejándome en precario equilibrio fuera de una nave inutilizada que contenía a un kitsen muy confuso.

35

Me dejé caer al interior de la cabina de mi nave.

Aquello había sido… mucho. Mucho en lo que pensar, mucho que sentir. Mucho que recordar.

Tirda, y sí que recordaba. A la yaya, a mi madre, a Gali. Hasta a Jorgen, aunque los rostros de mis otros amigos seguían difuminados.

—Antes he afirmado que entendía la locura —dijo Chet—. Me equivocaba. Gracias por la clase magistral.

—¿Spensa? Eso ha sido… interesante por tu parte —añadió M-Bot—. ¿Quieres una lista de las emociones que siento ahora mismo?

—Me da la impresión de que serán sobre todo variantes de la frustración y la perplejidad.

—Impresión acertada —respondió él.

—Entonces paso —dije mientras cerraba la cabina—. Venga, no os pongáis así. ¿Salir al ala en medio de un campo de batalla? Los dos me habéis visto hacer cosas peores.

—Y por eso no lo he llamado extraño —replicó M-Bot—. Extraño significa poco frecuente, o desfasado respecto a tu comportamiento normal. Pero aun así, hum… ¡Me cago en la leche!

Sonreí.

—¡Hala! Has soltado la palabrota a la perfección, M-Bot.

—Son las emociones —dijo él—. ¡Ahora comprendo lo frustrados que están los demás contigo! ¡Y eso lleva derecho a la crispación, que es por lo que por fin entiendo que todo el mundo te grite tanto!

—¡Qué bien! —exclamé.

—¿Verdad que sí? Y además: ¡ME CAGO EN LA LECHE, SPENSA!

—Hesho estaba poseído por un zapador —dije.

—Sí, ya me lo ha contado Chet —repuso él—. ¿Y tú has decidido *acercarte*?

—Me tienen miedo, M-Bot. Me he dado cuenta de eso… y parecía lo correcto…

—Lo correcto no es una sensación. Créeme, estoy practicando con ellas. ¿Es que no me escuchas?

—Para mí lo correcto sí que es una sensación —dije—. Por lo menos esta vez al salir de la cabina no he acabado flotando en el vacío. Chet, ¿cuánto has oído de la conversación?

—No mucho —respondió él—. Mi talento para la comunicación citónica no es tan fuerte como el tuyo.

—Bueno, la inmortalidad y la capacidad de ecolocalizar citónicamente también molan bastante.

—No digo que no —respondió Chet—. Pero mi habilidad sí que llegaba para captar que estabas sufriendo, y también su ataque. He intentado transmitirte recuerdos de ti misma. Parece haber ayudado. Después de eso se han ido, pero no he llegado a percibir por qué.

«Debería decírselo», pensé. Pero aún tenía muy presentes las últimas ideas que me habían llegado de los zapadores: *quédate*, *tregua*. Antes de contárselo a nadie quería pensar en lo que significaba todo aquello.

—M-Bot —dije—, abre una línea de comunicación con Hesho, por favor.

M-Bot suspiró pero lo hizo.

—Hola —dije por el canal—. ¿Cómo te encuentras?

—Medito sobre el vacío que es mi pasado —respondió Hesho en voz baja—. Y sobre por qué, a pesar de tenerlo en blanco, sé que tú formabas parte de él. ¿Éramos… amigos?

—Sí —dije.

—¿Antes era el líder de una fuerza pirata? —preguntó.

—No exactamente. ¿Por qué lo preguntas?

Nuestras dos naves flotaban juntas, pero por suerte habían dejado de aparecer edificios y otros escombros en la ninguna-parte. Muchos de ellos, al menos los pedazos que tenían piedra de pendiente, se movían a nuestro alrededor. Perezosos, casi serenos, como si estuviéramos bajo el agua en un inmenso océano después de una tormenta terrible.

—Cuando me capturaron los Cañoneros —explicó Hesho en su voz grave y firme—, enseguida intenté ponerme al mando de su organización. Tuve la sensación de que debería ser su líder. Ellos pensaron que era una criatura «monísima» y empezaron a considerarme su mascota. Les… quité las ganas de seguir por ahí.

Sonreí, intentando imaginar cómo habría sido aquello. ¿Qué habría hecho un diminuto hombre zorro de un cuarto de metro de altura para «quitar las ganas» a unos piratas?

—Con el tiempo —prosiguió Hesho—, me adapté a mi papel de piloto experto y me puse a las órdenes de Vlep. Pero había algo que no encajaba.

Mis habilidades de pilotaje tenían unas lagunas vergonzosas. Así que empecé a darle vueltas al asunto en la cabeza. ¿Tal vez antes era el líder de un grupo de piratas, que a lo mejor llevaba mucho tiempo sin volar?

—Eras el comandante de una nave, Hesho —le expliqué—. Tu gente puede tripular un pequeño acorazado que para los demás no es mucho más grande que un caza estelar. Lo pilotabas tú en persona, por lo menos algunas veces, que es por lo que aprendiste ciertas habilidades, pero tenías a otros tripulantes ocupándose de cosas como los escudos.

—Aaah… —dijo él—. Ese pensamiento… abre un camino en mi mente, campeona. Chispas de luz, como piedra y acero. ¿Mi nave… era… la *Nada a Contracorriente en un Arroyo que Refleja el Sol*?

—¡Sí!

—La veo como un cuadro desteñido, expuesto a los elementos —dijo Hesho—. Pero… sí que recuerdo mi hogar. Una calidez en mi cara y mi pelo. Sí. Estar contigo es bueno para mí. Me quedaré a tu lado, campeona, y te serviré como tu guardaespaldas hasta que me devuelvas la persona que era.

—Estooo… Eres mi amigo. No hace falta que…

—Soy tu compañero jurado —me interrumpió con voz firme—, y tú mi señora feudal. No te opongas a este arreglo. Es definitivo.

Suspiré. Iba a revelarle que era un emperador, pero quizá no fuese muy buena idea darle más munición. Solo Hesho podía convertirse en siervo de alguien mediante una contundente proclama imperial. Sin embargo, tener a un samurái zorro-jerbo siguiéndome con absoluta dedicación no era lo peor que podía pasarme. Y que Hesho ya recordara el nombre de su nave era buena señal.

Lo enganché con la lanza de luz y lo remolqué entre los escombros hacia el lugar donde esperaban los demás. Mientras volábamos, cavilé sobre lo que me habían dicho los zapadores.

«Quieren que deje de seguir la Senda de los Ancianos —pensé—, lo cual es una señal evidente de que debería continuar».

Pero si pudiera hacer que rompieran su pacto con Winzik… Era una oferta convincente. Suponiendo que pudiera confiar en ellos.

Me descubrí dubitativa, y resolví que no debería tomar una decisión en plena batalla. Aparté esos pensamientos para más tarde y al salir del apelotonamiento más grande de escombros encontré a casi todos los demás piratas alineados en dos hileras de naves inutilizadas, en las que trabajaban las remolcadoras que terminarían reactivándolas. Las naves que seguían funcionando estaban un poco apartadas, también en dos grupos.

Mientras llegaba, algunos cazas se separaron de la formación enemiga. Vlep, comandante de los piratas Cañoneros, y unos cuantos más de su facción se marchaban. Al parecer, verme derrotar a su mejor piloto por segunda vez había sido demasiado para ellos.

—Danos paso franco, Palo —dijo la voz de Vlep por el canal abierto—. Deja que me lleve mis naves bloqueadas y me marcharé.

—¿Qué? —gritó otra voz, en lo que me pareció que era el idioma heklo—. ¿Y nuestro trato?

—Ya deberías haber aprendido a no hacer tratos con piratas, Lorn —replicó Vlep—. ¿Qué me dices, Palo?

—Hecho —dijo Palo al instante.

Otros piratas de nuestro bando refunfuñaron, pero Palo estaba tomando la decisión correcta. Vlep y su grupo de traidores no eran nuestro objetivo final. Sin ellos, solo habría diez naves funcionales en el bando de la Supremacía. Nosotros teníamos trece. Y saltaba a la vista cuál era la fuerza mejor entrenada.

Vlep se me acercó para intentar fijar su lanza de luz a la nave de Hesho. Pero entonces llegó la voz del kitsen por el comunicador:

—He sido derrotado por segunda vez. Y en nombre del honor, he escogido unirme a la nueva campeona como su compañero jurado.

Vlep renegó en voz baja.

—¿Tan fácil es para ti abandonar a tus aliados, Sombraoscura?

—No hice juramento alguno —replicó Hesho—. Y tú no eres mi señor. De hecho, el trato que me diste al llegar aquí es de los únicos recuerdos que conservo. Alégrate de que te haya advertido antes de cambiar mi lealtad. Ahora somos enemigos. Si nuestros caminos se cruzan de nuevo, conocerás las consecuencias de mi ira.

Vlep se retiró sin responder y siguió a los demás fuera del campo de batalla. Yo me uní a la hilera de naves piratas activas encaradas hacia el pequeño grupo de fuerzas de la Supremacía.

—Vamos a ver, Lorn —dijo Palo por el canal abierto—, ¿no crees que deberías rendirte y punto?

—Sabes que no puedo hacerlo —respondió una voz masculina.

—No van a dejar que salgas de aquí nunca, Lorn —dijo Palo—. Les traes sin cuidado. ¿Por qué sigues fiel a ellos?

—Sabes que tienen a mi familia.

—Pues los estrujaremos —repuso Palo—. Retendremos su piedra de pendiente hasta que acepten enviar aquí a tu familia. Quieren hacernos creer

que son ellos quienes tienen el poder en esta relación, pero mientras controlemos este lugar y hagamos de él nuestro hogar, no tendrán ningún poder de negociación.

Hubo un momento de silencio en la línea durante el que me incliné hacia delante, con las manos en los controles. Podíamos terminar aquello sin dificultades, teniendo toda la ventaja.

Pero Palo esperó. No dio la señal de ataque.

La voz de heklo volvió a hablar:

—¿Prometes que harás eso por mí? ¿Para toda la gente que tienen retenida? ¿Harás que los envíen aquí para que podamos estar juntos?

—Tienes mi palabra y mi juramento —dijo Palo—. Pero debes entregarme la explotación minera. Todos los códigos de seguridad. Acceso pleno.

Otro silencio. Al cabo de unos momentos, el heklo respondió:

—Hay unos cuantos oficiales de seguridad en la base que estoy seguro de que son agentes de la Supremacía enviados para vigilarme. Tendremos que actuar deprisa y aislarlos hasta que podamos confirmarlo.

—No debería ser muy difícil —dijo Palo—. Ya lo había planeado. ¿Tenemos un trato?

—Tenemos un trato.

36

Poco tiempo después, Escalofrío, Dllllizzzz y yo volábamos bajo en dirección a la base de la Supremacía, escoltando a Palo, sus hijos y Lorn. Las demás naves piratas desbloqueadas componían una amenazante presencia, más altas en el cielo.

Fuerteseguro resultó ser más enorme de lo que había esperado. Las instalaciones se extendían a lo largo de un fragmento anormalmente grande y grueso en el que se alzaban colinas y peñascos. Conté cuatro canteras distintas de piedra de pendiente, en las que trabajaba una gran variedad de máquinas modernas. La zona central de la base estaba compuesta por una docena aproximada de edificios y, aunque en comparación no era tan extensa como la abarrotada Visión Estelar, sí que tenía casi el tamaño de todo el cuartel general de la FDD.

Tras asegurarnos de que las enormes baterías antiaéreas estaban desactivadas y su control transferido a Palo, aterrizamos y esperamos a que Lorn y ella desembarcaran. Los trabajadores de la cubierta de vuelo dejaron lo que estaban haciendo para mirar curiosos, aunque Lorn, el comandante de la base, hizo un gesto con su brazo alado para tranquilizarlos antes de entrar con Palo y sus hijos en un edificio cercano, la central de seguridad de la base. Allí Palo recibiría el control absoluto y permanente sobre las instalaciones, con sus propios códigos de anulación y contraseñas.

Tras unos tensos minutos en los que me mantuve preparada para derribar la pared con mis destructores e intentar llevarme a Palo si algo salía mal, llegó por el canal de la Supremacía la orden de que todo el personal se retirara a sus barracones. Se declaró la ley marcial. Los hijos de Palo salieron del edificio un momento después, blindados y armados hasta los dientes, guiados por Lorn. Iban a detener a la poca gente de la base que Lorn creía que iba a dar problemas.

Y así de rápido, lo habíamos logrado. En realidad no esperaba que tuviéramos contratiempos, porque la verdadera lucha había sido la batalla aérea. Habíamos dejado a la mayoría de los pilotos de la Supremacía en sus naves, que estaban bloqueadas sin remolcadoras amistosas que pudieran volver a activarlas, vigiladas por escuadrones piratas de confianza.

Aun así, me quedé montando guardia en el aire durante otra media hora mientras Palo y sus hijos tomaban el mando completo de la base. Por fin, cuando se nos informó de que todo estaba despejado, algunos piratas empezaron a aterrizar en la plataforma de vuelo. Hesho posó su nave junto a la nuestra, pero no hizo ningún ademán de abandonarla.

Me volví para mirar a Chet.

—¿Qué opinas? —le pregunté.

—Tiene buena pinta —dijo él—, pero si tiene que salir mal algo, este sería el momento perfecto, pillándonos desprevenidos y dando por sentado que hemos ganado.

—Estoy de acuerdo.

Así que los dos, paranoicos como éramos, esperamos otra media hora larga. Pero daba la impresión de que el último paso del plan de Palo en efecto había salido a la perfección. Mientras los piratas se alejaban de sus naves, llegó la voz de Palo por nuestros comunicadores y los altavoces de la cubierta de vuelo.

—No habrá saqueo —ordenó—. Ahora este es nuestro hogar. El personal de la base está en arresto domiciliario, así que si encontráis una puerta cerrada, dejadla estar. Pero sois libres de recorrer el lugar, escoger habitación en los barracones y todas esas cosas divertidas. Una advertencia, eso sí. Como me entere de que alguien hace daño al personal de la base o se dedica a romper cosas, me… enfadaré.

La mayoría de los piratas se dirigieron al edificio de alojamiento. Pedí a Hesho que se quedara en su nave montando guardia mientras Chet y yo desembarcábamos, y entonces Chet señaló un enorme portón doble que teníamos delante. El almacén de envíos, donde suponíamos que estaba el portal.

¿Aún estás aquí?, envié a mi insignia. Al acercarnos había confirmado su presencia.

Recibí una impresión satisfecha pero sigilosa.

Aún me escondo. Búscame más tarde.

Muy bien. De todas formas, tenía cosas que hacer. Chet accionó los controles para abrir las grandes puertas de carga del almacén, revelando una inmensa estancia de techo alto. Daba una impresión vacua a pesar de que al fondo había altos montones de piedra de pendiente en crudo esperando a que la enviaran a la Supremacía.

El portal estaba en la pared más cercana a nosotros. Era mucho más grande que los anteriores que había visto, cubriendo un cuadrado de pared que

parecía tener unos seis metros de lado. Chet y yo nos quedamos plantados un buen rato mirándolo y, cuando por fin di un paso hacia él, Chet me puso la mano en el hombro.

—Señorita Nightshade —dijo—, ¿puedo preguntarte qué te han dicho los zapadores antes de marcharse?

—Me han… ofrecido una tregua —reconocí—. No quieren que avance más al interior de Fuerteseguro. Pero el siguiente paso de la Senda nos llevaría hacia dentro, ¿verdad?

—Casi con toda certeza.

—Bueno, pues eso es lo que no quieren. Me han hecho una promesa. Si me quedo aquí, me dejarán en paz.

—¿Y tu gente en la alguna-parte?

—Han dado a entender que cesarán los ataques, aunque no me ha quedado que entendieran del todo lo que significa eso. Sí que han prometido que dejarán de hacer caso a Winzik y Brade, las dos personas del bando enemigo con las que habían llegado a un acuerdo.

Chet suspiró y se sentó en una caja. De pronto me pareció muy mayor, con el bigote lacio y necesitado de cera, con la piel… demacrada. Me sonrió, pero había algo en él que parecía desgastado. Y cuando habló, parte de la fachada que ponía siempre, parte del personaje, había desaparecido, dejando solo a un hombre normal y corriente.

—Es una buena oferta —dijo—. Mejor que la que pensaba que harían. Están asustados.

—Eso había concluido yo también —respondí, paseando de un lado a otro por delante de él en aquel espacioso almacén, con el casco bajo el brazo—. Lo que me lleva a pensar que debería rechazar la oferta. Están desesperados. Debería seguir con lo que estoy haciendo, porque es evidente que los tiene preocupados.

—¿Solo que…?

—¡Solo que en teoría había venido aquí buscando una forma de detenerlos! Y acabo de encontrarla. ¿No debería aceptar sus condiciones? ¿No es mi deber por lo menos intentarlo?

Chet asintió despacio. Yo di media vuelta y eché a andar en el otro sentido.

—¿Hasta dónde crees que se puede confiar en ellos? —pregunté.

—No sabría decirte muy bien —respondió él—. Me da la impresión de que viven día a día, pero también sé que nunca cambian. Por tanto, mientras

continúen asustados de ti, deberían seguir queriendo lo mismo, lo cual significa que cumplirán las promesas que hayan hecho.

—No es tan definitivo como me gustaría —dije—. Pero… sí, tiene sentido. No tienen honor, ni siquiera comprenden el concepto. Y lo cierto es que están incumpliendo la promesa que hicieron a Winzik. Podrían hacerme lo mismo a mí.

Cambié de sentido otra vez, cruzada de brazos. Aquello me parecía demasiado para que dependiera de una persona que aún no había cumplido los veinte años. ¿Cómo iba a decidir yo lo que podría ser el destino no solo de mi pueblo, sino de la civilización galáctica entera?

—Me da la sensación de que al menos debería intentarlo —dije—. Si puedo retirar a los zapadores de la guerra… tirda, sería importantísimo. Es más de lo que ningún piloto, por muy diestro que sea, podría esperar lograr jamás. Pero si acepto su trato, ¿qué hago luego? ¿Vuelvo a la alguna-parte? ¿Cómo? ¿Intento colarme por este portal en una base de la Supremacía?

—Tendrías que seguir siendo una amenaza para los zapadores —dijo Chet—. Estar siempre a punto de hacer lo que ellos temen que hagas. Sería la mejor forma de mantenerlos a raya.

Asentí, aunque se me cayó un poco el alma a los pies. Eso significaba quedarme en la ninguna-parte, por lo menos hasta que ganáramos la guerra contra la Supremacía. ¿De verdad podría hacerlo? Di media vuelta y seguí andando.

—Me preocupa que sea mal momento para hacer concesiones a los zapadores —dije—. Y además, nuestra mayor ventaja contra Winzik es que su golpe de estado aún es relativamente reciente. Está afianzándose en el poder, según Jorgen, y aún no tiene el control total asegurado. Parece mi mejor oportunidad para seguir adelante y seguir aprendiendo sobre mis capacidades. Sacar partido a que el equilibrio de poder en el bando enemigo es inestable.

—Estás en una tesitura difícil, desde luego —convino Chet—. ¿Podría quizá… ofrecerte otra opción? No quiero complicar más el asunto, pero no me quedaría tranquilo si no hablara.

Le lancé una mirada, allí sentado en su caja. Él me sonrió. No fue la sonrisa alegre y llena de dientes del explorador, sino una sonrisa cansada pero optimista.

—¿Cuál? —pregunté.

—Ven conmigo, Spensa —propuso él—, y exploremos la ninguna-parte.

Me quedé plantada en el sitio.

—Vagando por ahí yo solo —prosiguió—, empezó a entrarme el deseo de transmitir lo que sé. Quise tener un alumno, alguien que compartiera mi entusiasmo, mi amor por todo lo nuevo y emocionante. ¿Y si no siguiéramos recorriendo la Senda de los Ancianos? ¿Y si le diésemos la espalda y partiéramos por nuestra cuenta?

»¡Podríamos ver qué aguarda en los confines más distantes! ¡He oído hablar de fragmentos lejanos donde hay criaturas que suenan parecidísimas a dragones! ¡Me han contado que existen fragmentos acuáticos llenos de cavernas con bolsas de aire, conectadas por piedra transparente!

Había vuelto parte de su antiguo espíritu bullicioso y la voz se le volvió más nítida y ganó un poco de acento mientras se acercaba a mí.

—Spensa —dijo—, aquí tenemos una galaxia entera en microcosmos. Mundos que explorar. Hasta podríamos regresar de vez en cuando aquí, a Fuerteseguro. ¡Para que te quites el gusanillo de volar! Y pasar tiempo con los Costaderos. ¡Vaya, si hasta podrías enseñarme a pilotar otra vez! ¡Yo te mostraría una galaxia y tú me mostrarías la persona que era antes! Un piloto, sí, y cabe suponer que amigo de una IA. ¡Yo! ¡Ja!

»¿No sería increíble, Spensa? ¿No sería maravilloso? Podríamos vigilar a los zapadores y asegurarnos de que no atacan a tus amigos. Como decíamos, será mucho más probable que cumplan su palabra si estás a tiro de continuar con tu gesta. No sería rendirte. ¡No, sería solo un retraso! Un poco de… tiempo libre. Para recorrer este lugar asombroso.

Me golpeó como un puñetazo en la boca del estómago.

Durante mis viajes allí dentro, tanto explorando como luchando, había estado creciendo algo en mí. Una especie de desconexión entre la persona en quien estaba convirtiéndome y la persona que siempre había imaginado que sería.

En ese momento me impactó casi físicamente darme cuenta de lo mucho que quería quedarme. ¿Explorar el cinturón? ¿Vivir grandiosas aventuras? Y sobre todo, ¿volar por los cielos sin la presión de perder a mis seres queridos? ¿Ser una heroína, ser la mejor piloto del universo entero?

—Qué bien suena —dije a Chet—. Explorar, librar duelos… como en…

—¿Como en una historia? —terminó él en voz baja.

Asentí.

—¿Por qué recordamos las historias, Chet, pero no a nuestras familias? ¿Por qué ocurre?

—Ni idea —dijo él—. Ojalá lo supiera.

Nos volvimos juntos hacia el portal que se alzaba en la pared de delante. Al alistarme en la FDD como piloto, había imaginado gloriosas batallas y heroísmo de libro de cuentos. Había imaginado nuevos mundos que conquistar. Pero en vez de eso había encontrado dolor. Amigos que morían. Gente sufriendo al borde de que sus tensos nervios colapsaran. Había encontrado complicaciones, ira, miedo.

Había descubierto que no era una heroína. No como las de las historias. Pero allí dentro… sí que podía serlo. Y me parecía pero que muy adecuado para mí quedarme a reclamarlo. Aquel lugar me cantaba, como la hermosa música de la antigua Tierra. Hacía vibrar mi alma.

¿Acaso no me merecía quedarme? ¿No había hecho ya suficiente? Había salvado Detritus de la bomba y luego del zapador. ¿No era suficiente para una sola mujer? Y tenía ante mí la ocasión de escapar a una historia… mientras hacía un servicio crucial a mi pueblo. De intercambiar mi futuro en la alguna-parte por contener la destructiva fuerza de los zapadores.

Era perfecto. Si no fuese por…

Jorgen. Mis amigos. ¿Podría…?

—Chet —dije—, a ti siempre te ha dado miedo la Senda de los Ancianos. ¿Por qué?

—Temo que, si la recorro, dejaré de ser yo mismo.

—¿Por qué?

—Porque toda senda que tomamos nos cambia, Spensa —respondió—. Esta más que la mayoría. Por favor, tú piénsate mi oferta. No decidamos con prisas. Tampoco pasa nada por tomarnos unas horas, ¿verdad?

—Verdad —dije—. No pasa nada.

Me apretó el hombro en gesto de agradecimiento, hizo una inclinación, cosa que creo que nadie aparte de los kitsen habían hecho jamás ante mí, y se marchó en silencio. Me senté en una caja y miré el portal. Me parecía inapropiado estar allí y no descubrir lo que había en su interior. Pero aun así, titubeé.

Tenía la impresión de que debería saberlo antes de seguir adelante. Tirda. ¿De verdad estaba pensando en renunciar?

Sí. En eso pensaba. Recordé el puro deleite de «navegar» por aquel fragmento oceánico con M-Bot y Chet. Recordé el entusiasmo al descubrir ruinas construidas por humanos. Me habían encantado los combates contra Hesho, por lo menos antes de que empezaran a aparecer edificios a mi alrededor.

Estar allí dentro era vivir en una aventura. Mientras que estar en la alguna-parte era… era dolor. Y tirda, me di cuenta de que, en el fondo, estaba exhausta.

Llevaba corriendo desde que alcanzaba a recordar. Saltando de calamidad en calamidad. El esfuerzo desesperado por entrar en la escuela de vuelo, la reparación de M-Bot en secreto, ser una agente doble en Visión Estelar, enfrentarme al zapador…

Todo eso me había dejado hecha un harapo. Y en cambio, allí dentro había hallado maravillas, aventura, emoción.

Me quedé sentada un rato hasta que el raspar de unas pisadas contra la piedra me hizo volverme. Venía hacia mí con paso pesado una enorme figura que llevaba un sombrero con pluma. Palo me sonrió al acercarse, con un fusil echado a su amplio hombro.

—La base es nuestra —me dijo—. Ya del todo. Casi no puedo creerlo.

—Te la has ganado, Palo —respondí—. Trazaste un plan estupendo.

—Gracias. —Me sonrió y señaló el portal con el mentón—. ¿Has encontrado lo que querías?

—Sí y no —dije en voz baja—. La verdad es que aún no estoy segura.

—He… oído que tal vez te quedes.

Alcé la mirada hacia ella, con el ceño fruncido. Al verlo, Palo señaló la parte de arriba de la pared.

—Cámaras —dijo—. He visto que veníais los dos hacia aquí y tenía que asegurarme de que no abrierais el portal sin querer y revelarais a la Supremacía lo que hemos hecho. Lamento no haberos dejado intimidad a ti y a Chet, pero el portal es un recurso demasiado valioso.

Claro. Palo era oficial de seguridad. Traté de no ofenderme. A fin de cuentas, tampoco le había pedido que nos dejara solos, y no iba errada en lo del portal.

—¿Qué haría falta para que te quedaras con los Costaderos? —me preguntó.

Suspiré.

—No lo sé, Palo. Ahora mismo todo esto es un poco abrumador.

—Comprensible —repuso ella—. Haz que te crezcan *ignadeles* pensando, es buen momento para ello. Pero mientras tanto, déjame hacerte una pregunta. ¿Sabes por qué estaba dispuesta a venir a la ninguna-parte cuando nadie más quería? Por aquel entonces ya sabía la verdad sobre lo que estaba haciendo aquí la Supremacía. Sabía que no dejaban salir a la gente. Eran trabajos

forzados en otra dimensión. Y vine de todos modos. ¿No te pica la curiosidad saber por qué?

—Pues sí, la verdad.

—Allá fuera, era una asesina —dijo Palo con voz más suave—. Aquí dentro tendría una vida nueva. Empezaría de cero. No sabía que estaba embarazada de mis chicos, o podría haber cambiado de opinión. Lo único que quería era escapar de mi antigua vida, y entrar aquí era una manera de hacerlo.

»Allí fuera las cosas son muy liosas, Peonza. La gente solo hace que reñir y pelear. Matar. Pero muchas de las cosas por las que riñen… bueno, aquí dentro no importan. No necesitamos comida y hay espacio de sobra. La política… la ideología… son cosas que podemos inventar de nuevo en este lugar. Podemos hacer que sea lo que nosotros queramos. —Se volvió y abarcó el complejo con un gesto.

»Sé desde hace años que, si podía hacerme con esta base, si podía agarrarla por el cuello y comenzar a transformarla en un hogar, no una cárcel, podría ser maravillosa. Podríamos crear una sociedad. Quiero que me ayudes a hacer eso.

—Pero Chet quiere que me vaya a explorar con él —dije.

—¡Lo sé, y creo que es una idea estupenda! —exclamó Palo—. Me interesará asignarte ese tipo de misiones con mucha frecuencia, entre periodos de entrenamiento. ¿Sabes lo que hay ahí fuera? ¿Más allá de las extensiones vacías?

—No.

—Yo tampoco —dijo Palo—. Es difícil volar hasta tan lejos, porque cuando llegas al inmenso hueco entre fragmentos empieza a zamparse tus cenizas y te arriesgas a perderte a ti misma. Pero una cosa te digo: hay otras tres explotaciones mineras de la Supremacía en la ninguna-parte. Me informaron de ello cuando solicité este puesto.

—¿Solo cuatro en total? —me sorprendí—. ¿Para toda la Supremacía?

—Exacto —dijo Palo—. Y esta es la más grande de todas, que es por lo que estoy segura de que aceptarán mis exigencias. Pero también estoy preocupada. Si utilizan esas otras tres bases, si se las ingenian para cargarlas con las suficientes cenizas de realidad para cruzar el espacio vacío, aún podrían invadirnos. Y además Vlep sigue por ahí, y es un peligro real.

»Necesito pilotos de caza. Y lo que es más importante, necesito entrenadores de pilotos. Y luego necesito a alguien que esté lo bastante loca para salir a explorar, que descubra cómo cruzar esos huecos enormes. —Me

miró de nuevo—. Tú eres esa persona, Peonza. La alguna-parte es un desastre. Pero la ninguna-parte *puede* ser algo mejor. Quiero que me ayudes a conseguir que lo sea.

Eh…

Tirda, y ahora encima aquello. Después de lo que me había dicho Chet. Sabía que no estaban coordinados, que era solo que Palo estaba actuando en un momento que le convenía. Pero de todos modos me sentí víctima de un ataque doble. Triple, en realidad. Chet. Palo.

Y mi propio corazón.

—Te he reservado un dormitorio de oficial —dijo Palo—. No hace falta que decidas nada ahora. Pero de momento, ¿por qué no te das una ducha y te relajas un poco? Sopesa tus opciones. Quédate por lo menos hasta que localicemos el icono de realidad de Fuerteseguro y pueda darte esas cenizas que os prometí a todos.

Pensé un momento. Y tirda, tenía razón. Me hacía falta un poco de tiempo. Además, lo de la ducha sonaba a gloria. Llamé a M-Bot y a Hesho para decirles lo que iba a hacer y fui a la habitación que me había indicado Palo. Era un apartamento enorme, rayando en lo ridículo.

Por desgracia, no llegué a la ducha. Cometí el error de tumbarme en la cama antes. Y después de tanta pelea, tanto caos, tanta tensión por la decisión que debía tomar… me vi incapaz de seguir despierta.

Así que me dormí.

Interludio

Alguien intentaba hablar conmigo en sueños.

Yo quería hablar con él. Algo me lo impedía.

Era otra nube, como la de antes. Como la cárcel que Brade había puesto a mi alrededor. Pero… daba una sensación distinta. Como una marcha militar con la letra cambiada. Mismos sonidos. Canción nueva.

Intenté atravesarla, pero fuera en la dirección que fuese, me perdía.

Intenté convencerme de que nada de aquello era real, de que allí no había lugares. No había donde ir. Solo tenía que… hacer que estuviera en otra parte…

Era difícil pensar con esa niebla.

—¿Spensa? —Era la voz de Jorgen—. Spensa, puedo sentirte.

Yo… también puedo sentirte…

—Pareces distante. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Estoy perdida.

—Casi no te oigo. ¿Qué has dicho?

Perdida…

—Spensa, las cosas se han puesto muy mal. Y… todo el mundo espera que yo tenga las respuestas. Me vendría bien hablar con alguien.

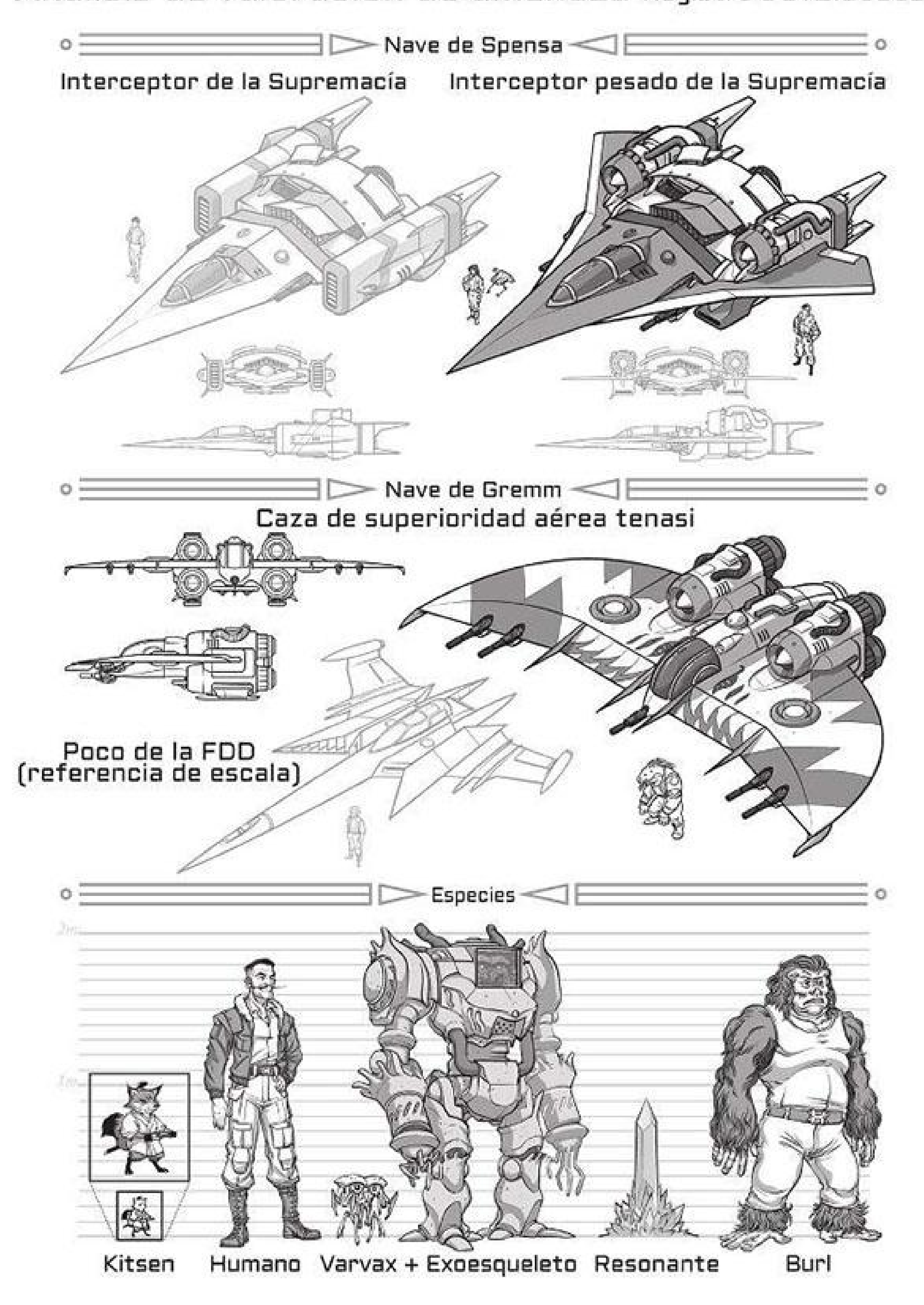
Jorgen me necesitaba. Ese apuro diluyó la neblina y pude entrever el camino. Fui hacia él, pero me faltaba fuerza en las pisadas. Estaba perdida. ¿No me habían… advertido… sobre eso?

Pero estaba cansada.

Estaba. Muy. Cansada.

Poco después me quedé dormida.

QUINTA PARTE


Análisis de valoración de amenaza Registro DST210503B
Nave de Spensa
Interceptor de la Supremacía
Interceptor pesado de la Supremacía
Nave de Gremm
Caza de superioridad aérea tenasi
Poco de la FDD
(referencia de escala)
Especies
Kitsen
Humano
Varvax + Exoesqueleto
Resonante
Burl

37

Desperté rodeada de lujos. No creía que hubiera dormido toda la noche, pero claro, tampoco sabía muy bien lo que significaba allí la palabra «noche». Bostecé, notándome… agitada por los sueños que había tenido. Mientras lo pensaba, miré a un lado y encontré a Hesho sentado en cuclillas en una butaca enorme justo al lado de la cama.

—Te he vigilado mientras dormías —dijo—, para asegurarme de que estabas a salvo.

Cómo molaba.

O sea, sí, era consciente de que otras personas podrían haberse inquietado. Pero yo no. ¿Un guardaespaldas alienígena montando guardia para evitar asesinos? Tirda, ¿cómo podía una chica no dormir mejor en esas circunstancias?

—¿Cuánto he dormido? —pregunté.

—Una hora —dijo él—. Lo he apuntado para acordarme.

—Bien pensado. Voy a darme una ducha. ¿Esperas fuera mientras?

—Estaré en la terraza —dijo—. Tiene una vista excelente. También haré que avisen a la máquina-que-piensa. Quería que se lo notificaran si te levantabas.

Al poco rato salí también a la terraza vestida con un mono recién lavado y el pelo sin secar del todo. Hesho estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, meditando en su zamarra y sus pantalones de guerrero, con una pequeña espada en el regazo. El dron de M-Bot también flotaba allí fuera. Lo había enviado desde abajo y me había interrumpido en la ducha, en realidad. No me había indignado mucho. En fin, en otros tiempos me había limpiado de arriba abajo dentro de su cabina, así que tampoco era que nunca me hubiera visto así.

Pero había enviado el dron a la terraza de todos modos. No contenía la consciencia completa de M-Bot, sino que lo estaba utilizando como… bueno, como se solía utilizar un dron.

Me senté también en el suelo de la terraza, con la espalda apoyada en la puerta de cristal que la separaba del dormitorio, y miré hacia fuera. Por encima de las colinas de piedra roja, hacia el centro de la ninguna-parte.

Hacia el fogonazo.

La centelleante extensión tenía el aspecto de un estallido congelado a medio detonar. Una gigantesca esfera de luz que daba la impresión de que debería estar consumiendo todo lo que tenía alrededor. Estaba lejos, pero más cerca que nunca antes.

Había dado por hecho que el fogonazo sería mi última parada allí dentro. Al fin y al cabo, era una salida. Había cruzado territorio pirata y había ayudado a refrenar a la Supremacía. Solo quedaba una cosa entre el fogonazo y yo: la zona del cinturón llamada la Tierra de Nadie. El lugar donde más fuertes eran los zapadores.

Mi breve cabezada en la cama solo había servido para enfangar más las cosas. Recordaba la voz de Jorgen. No podía abandonarlo a su suerte, ¿verdad?

«No sería permanente —pensé—. Solo un… pequeño descanso. Un año o así. Explorando. Luchando. Manteniendo lejos a los zapadores».

Pero allí dentro, los años parecían tener una escalofriante tendencia a convertirse en décadas. Me sentí… como si estuviera al borde de un precipicio.

Tenía que ser sincera conmigo misma. La propuesta de los zapadores no habría bastado para retenerme allí dentro, no por sí misma. No tenía razones para confiar en ellos, y todos los motivos para seguir adelante mientras mis enemigos estaban desestabilizados. El deseo de quedarme tenía mucho más que ver con mi propio corazón. Y con las emociones que sentía crecer en él. Emociones que no podía evitar definir como cobardía.

Intenté imaginar a los héroes de las historias burlándose de mi repentina indecisión. Pero me sorprendió visualizarlos comprendiéndola. Yo… había nacido en guerra. Apenas había tenido infancia. Mi padre había muerto en el frente antes de mi octavo cumpleaños. Tenía el corazón desollado por perder a compañeros volando, aunque ya no recordaba sus nombres ni sus caras.

Nunca había tenido más opciones en la vida. Era luchar o ser destruidos. Pero en la ninguna-parte había visto que esa no era la única manera de vivir. Era la primera vez que de verdad tenía la posibilidad de escapar de la guerra. No tenía más remedio que planteármela. ¿Cómo iba a no hacerlo?

Ni Hesho ni M-Bot hablaron durante un rato. Nos quedamos allí los tres en silencio. Éramos como el público de un desfile militar de los que hacían en casa. Solo que nuestro entretenimiento era aquella distante e increíble explosión de luz.

—¿Es así como se ve un sol? —pregunté por fin.

—No —dijo Hesho—. Cierro los ojos y la luz es un ariete en los párpados, pero no hay calor que la acompañe. Eso es el fantasma de un sol. El cadáver de un sol, dejado atrás después de que huya todo su fuego.

—Se parece un poquito a un sol —objetó M-Bot. Hasta el momento Hesho se había tomado su presencia con naturalidad, aunque le había advertido que no hablara de él a los demás—. Solo que a la vez lo tiene casi todo mal. Es mucho más pequeño, por ejemplo.

—¿Eso de ahí es *pequeño*? —pregunté. Desde tan cerca, el fogonazo ocupaba una buena parte del horizonte.

—Para una estrella, sí —dijo M-Bot—. Esa esfera, extrapolando a partir de mis lecturas, tiene una fracción del tamaño de la luna de la Tierra. Podría ser tal vez una estrella de neutrones si esto fuese la alguna-parte, lo cual haría muy acertada la metáfora de lord Hesho. En todo caso, desde luego no debería ser tan frío para la cantidad de luz que emite.

Me incliné hacia delante e intenté imaginar la sensación de la luz solar. La inmensa mayoría de mis antepasados habían vivido en un lugar donde el calor llegaba desde el cielo. Nunca me había sentido tan alejada de ellos como en ese momento, sentada ante la extraña luz de la ninguna-parte. Meditando sobre mi cobardía.

En mis tiempos con el Escuadrón Cielo, había descubierto que no era una cobarde en el sentido tradicional de la palabra. No temía la batalla. No huía del peligro. Pero… allí tenía una oportunidad diferente. Una manera de escapar de la guerra, e incluso de la responsabilidad, por completo.

—Los zapadores me dijeron —murmuré— que me dejarían en paz si aceptaba no seguir recorriendo la Senda de los Ancianos. Hasta dieron a entender que se echarían atrás en su trato con Winzik.

—Qué curioso —dijo M-Bot—. ¿Por qué querrían hacerte esa propuesta?

—Porque me tienen miedo —respondí—. Me ofrecieron una tregua. Aborrecen que esté aquí dentro, pero están dispuestos a tolerarme si con eso logran limitar nuestras interacciones.

—¿Y si continuamos? —preguntó M-Bot.

—Lo considerarán un acto de agresión. Harán todo lo que puedan para detenernos.

—Menudo dilema —dijo M-Bot.

—No si me quedo —susurré—. Chet quiere que vaya con él a explorar y Palo quiere que entrene a su gente. Los dos me han hecho ofertas.

Me eché más hacia delante, con las manos entrelazadas, sin mirar hacia el dron de M-Bot.

—¿Qué probabilidad hay de que los zapadores respeten un trato? —preguntó.

Ahí estaba otra vez la cuestión.

—Cuesta saberlo —repuse—. Ahora están asustados, pero ¿quién sabe? No tenemos ninguna prueba de que sean de fiar. Si Winzik me viniera con un trato parecido, por ejemplo, lo rechazaría sin dudarlo.

—Qué curioso —volvió a decir M-Bot—. Spensa… reconozco que he estado pensando en mi propio dilema.

Lancé una mirada a su dron.

—¿Cuál?

—Mi antigua nave tenía circuitos específicos que me permitían procesar en la ninguna-parte —explicó él—. Por eso podía pensar lo bastante rápido para… bueno, para ser yo. Pero el dron, en cambio… ¿Recuerdas cómo hablaba cuando me encontraste dentro de él?

—Despacio —dije—. Como si te costara encontrar cada palabra.

—La única conclusión lógica es que estar en el cinturón me permite procesar rápido —afirmó M-Bot—, habite la maquinaria que habite. Pero mi antigua nave, la que me dejaba pensar tan bien en la alguna-parte, está destruida. Ya no te culpo de ello, por cierto. Diría que estoy madurando bastante.

Sonreí.

—En todo caso —continuó—, si salimos de aquí, ¿qué me pasará? ¿Volveré a pensar como si mis procesadores estuvieran hechos de gachas?

—No lo sé —contesté—. Parece que… por un tiempo al menos, sería inevitable.

—He estado dándole vueltas —dijo él—. Desde hace semanas ya. Y me he decidido. Estoy dispuesto a regresar. Tenemos una guerra que ganar. He decidido que intentaré habitar los mejores ordenadores que tengamos, puede que alguno de las plataformas. Sería una buena estación espacial, ¿no te parece?

»O si no, quizá podríamos robar los diagramas que debió de hacer Winzik mientras desensamblaba mi antigua nave. Así podríamos construirme un cerebro nuevo como debe ser. Pero de todas formas, he decidido que, si tú vuelves, iré contigo. He pensado… que debía decírtelo.

Tirda. Era más valiente que yo. Me avergonzó no haberme dado cuenta de la disyuntiva en la que estaba M-Bot. Debía de estar preocupado por eso desde que habíamos entrado en la ninguna-parte. Menuda amiga era.

Pensar en la amistad hizo que me repugnara de nuevo lo que estaba planteándome. ¿Cómo podría volver a mirar a la cara a Jorgen si decidía quedarme?

Y sin embargo, una parte de mí sabía que no podía basar mis actos en las necesidades de Jorgen, ni en la decisión de M-Bot. Tenía que optar por lo que *yo* quisiera, no elegir mi futuro según lo que ninguna otra persona, ni siquiera Jorgen, querría que hiciera. Por una vez, tenía que pensar en mí.

Miré a Hesho, preguntándome si metería baza en algún momento. Pero seguía sentado en su postura de meditación, con los ojos cerrados.

—M-Bot —dije—, me he pasado la vida entera adoctrinada para la guerra en Detritus. No se lo reprocho a nadie, excepto tal vez a los krells. Hicimos lo que debíamos para sobrevivir. Pero… estoy cansada. De ver gente morir. De entregar mi futuro a una guerra. De vivir constantemente con el estrés al máximo. ¿Cuánto le debo a Detritus? ¿Cuánto puede esperarse que pague una persona?

Su dron siguió flotando a mi lado, callado durante tanto tiempo que al final miré hacia él. Por una vez, deseé que fuese una persona para poder ver la aversión en sus rasgos. Me la merecía por la forma en que estaba hablando.

Pero M-Bot era una inteligencia artificial.

—Supongo que tiene cierto sentido —dijo.

Tenía que sincerarme con él. Tenía que decirlo en voz alta.

—Tengo otro motivo para querer quedarme —solté por fin—. Esto… me encanta. Puedo explorar con Chet, y los Costaderos prácticamente me veneran. Es como vivir en un cuento. Es lo que siempre había querido, M-Bot. Aquí puedo hacer todas esas cosas. Puedo volar. Puedo explorar, puedo luchar contra la Supremacía. Puedo entrenar. Puedo vivir…

—Eso tiene incluso más sentido —respondió él—, conociéndote.

—¿Lord Hesho? —dije—. Me vendría bien tu sabiduría.

—La sabiduría me abandonó, hermana guerrera —replicó él—. La sabiduría nace de la experiencia, y yo no tengo ninguna.

—Hay sabiduría hasta en esa respuesta —le dije—. ¿Soy una cobarde por preferir quedarme? No es que tema morir si continúo, es solo que…

—Que estás cansada de sacrificar tus deseos por el bien de tu pueblo —terminó Hesho por mí.

—Exacto —susurré.

—Eso no es cobardía, sino egoísmo —dijo.

Hice una mueca.

—No obstante —prosiguió—, el deber nunca debe aceptarse sin cuestionarlo. El deber puede ser un motivo, mas no debería ser una excusa. ¿Tu lucha entraña honor y virtud? ¿Encaja con tu código moral?

—No creo que haya pensado nunca en esas cosas —dije—. En fin, estaba el enemigo y estábamos nosotros. Lo que hacía era apuntarme a mí misma hacia ellos y dispararme.

Callé un momento. Eso no era verdad del todo.

—Después de vivir con el enemigo —reconocí—, me di cuenta de que no era tan sencillo. No es que descubriera que su causa era justa, ojo. Solo que la mayoría de ellos no eran malvados. Eran gente y ya está. Gente que seguía, sin haberlo pretendido, a alguien que sí era malvado.

—Excelente —dijo él—. Has dejado atrás la visión del mundo que tiene un niño. —Entreabrió un ojo—. ¿Qué edad tienes, entre los de tu especie?

—Soy una adulta joven —respondí.

—En ese caso, lo cuestionable es la sociedad que te permitió mantener tanto tiempo esa ingenuidad —dijo Hesho—. Entre las primeras lecciones que debe aprender un guerrero está el hecho de que su enemigo inmediato, la persona a la que debe matar, solo intenta sobrevivir. Los soldados se parecen todos, luchen en el bando que luchen.

—No creo… que nadie de nosotros supiese quién era el enemigo —dije—. Solo que intentaban destruirnos. Y… ¿no decías que no tenías los suficientes recuerdos para ser sabio, Hesho?

—Será que haces las preguntas correctas —respondió él—. En realidad no sé por qué digo estas cosas, solo que son verdad. —Cerró los ojos de nuevo—. No eres una cobarde ni tampoco una egoísta por darte cuenta de que tienes opciones, hermana guerrera. No se te puede definir por tus dudas. Solo por lo que haces con ellas.

Vale, Hesho seguía siendo el mismo, tuviera o no sus recuerdos. Lo que de verdad me asustaba, en consecuencia, era que la yo que estaba diciendo aquellas cosas fuese la verdadera yo.

Sabía lo que sucedería si me quedaba. Me volvería como Chet. Toda la gente que conocía, incluso la persona que había sido yo misma antes, iría desapareciendo. Recordaría solo las historias y me sentiría cada vez más como alguien que se tenía por una de esas heroínas. Lo olvidaría todo y permitiría que la parte de mí que siempre estaba soltando fanfarronadas asumiera el control. Al cabo de cuarenta años, lo más seguro sería que ni recordara la lucha por Detritus, ni por qué me había quedado.

Pero disfrutaría de cada minuto de ese tiempo.

Me levanté y fui hasta la barandilla para contemplar aquella enorme y brillante luz blanca, que tenía cierta suavidad. Parecía absorber todo lo que se le acercaba. Lo fusionaba con la luz…

Cerré los ojos y busqué con la mente a mi padre.

El icono de realidad seguía estando cerca. Estaba dando por sentado que de algún modo era el alma de mi padre, aunque no tenía ninguna prueba de ello. Quizá era lo que quería creer.

Pero ¿podría enfrentarme a él? ¿Teniendo aquella duda en mi interior?

Lo sentí. Capté aquella emoción que me había guiado y apoyado desde el principio. ¿De verdad sería mi padre? Sabía que no podían ser ni la yaya ni Jorgen. Así que… ¿sería Dios, tal vez? ¿Ese ser del que hablaba el Libro de los Santos?

La insignia rozó mi mente. Me dio la bienvenida. Quería que fuese a recogerla. ¿Tendría el valor suficiente para hacerlo?

—Esperadme aquí —dije a Hesho y M-Bot—. Vuelvo enseguida.

Salí al pasillo de fuera de mi apartamento. La luz caía sobre una decoración que me resultaba demasiado blanda. Moqueta marrón, paredes con adornos. Cerré los ojos de nuevo y apoyé la mano en la pared, que tenía una textura extraña, como de papel. Estaba acostumbrada al metal liso o a la piedra áspera.

Avancé despacio, sin abrir los ojos, buscando esa mente. Buscando a mi padre.

Antes reforzaste mis recuerdos de la vida en Detritus, le envié. *¿Puedes volver a hacerlo?*

Curiosidad.

Porque necesito sentirme culpable, pensé, *para obligarme a regresar*.

Lo que me llegó a través de aquella conexión mental me arrolló como una onda de choque. No eran los recuerdos que había pedido. No era una condena.

Era permiso.

Una comprensión calmada y amable. Como un vientecillo cálido atravesando mi alma. Sin palabras, solo un significado:

No pasa nada. Tu dolor es real. Tu pasión es real.

Puedes escoger. Está bien.

La emoción me sacudió. Caí de rodillas, con la cabeza gacha. No era lo que había esperado, ni mucho menos lo que había querido. Necesitaba la culpabilidad para impulsarme, ¿verdad?

Y sin embargo, el permiso era insistente. Sí, habría quienes se entristecerían o se enfadarían si no regresaba. Pero nadie podría decir jamás

que no había cumplido con mi parte. El intento de tregua con los zapadores era lo bastante plausible como para aceptarlo. Y aun si no lo fuera… bueno, tampoco se debería pedir a nadie que renunciara a más y más de sí misma hasta quedar exprimida. Eso no era amor.

Podía quedarme. Merecía quedarme, si era lo que quería. Aquella mente tan familiar no intentaba persuadirme. Estaba dándome permiso para dejarlo todo, si era lo que deseaba de verdad.

Me senté contra la pared, con la frente en las rodillas, sintiendo esa calidez fluir a través de mí. Hasta que dejé que saliera en forma de lágrimas. Como si estuviese llena hasta los bordes.

No habría sabido explicar por qué lloraba. No eran lágrimas de pena ni de alegría. Eran solo… lágrimas.

Tampoco sé cuánto rato estuve allí sentada, aunque no creo que perdiera la noción del tiempo por los extraños efectos de la ninguna-parte. Tras dejar que saliera todo, recobré la compostura sentada en aquel pasillo silencioso, inesperadamente tranquila.

Aún no había tomado una decisión, pero sí que necesitaba recuperar mi insignia. Tenía que saber a ciencia cierta si contenía el alma de mi padre.

Me levanté y retomé la cacería, conectada como por una línea de luz a aquella otra mente. Bajé la escalera a paso temerario. Ya en la planta baja, entré en una sala grande con mesas tan largas que parecían pistas de aterrizaje. Tirda, ¿aquello era el comedor? Esos candelabros parecían en llamas.

La mente estaba cerca. Había unos pocos piratas congregados allí, entre ellos Maksim y otro humano que me sonaba de algo. ¿Lo habría visto antes? Llevaba el símbolo de la facción de la Plancha Larga.

Maksim me saludó con un gesto amistoso y asentí distraída, sintiendo… que algo tiraba de mí.

Fui a un lado del comedor y allí, después de tantear un poco, encontré un enchufe suelto. Lo saqué y vi que detrás había un recoveco oculto. Contenía dos objetos, mi insignia y un pequeño animal de peluche. Recordaba como a un perro alienígena, por la forma de la cara y las patas.

Los dos objetos estaban rodeados de cenizas de realidad. No hacía falta que me lo describieran para saber que el peluche era el icono de la base. ¿Cómo habría llegado hasta allí?

Nos escondimos, dijo mi insignia, aunque más con impresiones que con palabras, *al empezar la batalla. Aquí había gente que habría intentado robarnos*.

El mero hecho de ver las cenizas de realidad ya hizo que me sintiera mejor al instante. Más conectada con la persona que había sido antes.

Qué alegría sostenerte, dije a la insignia. *Gracias. Muchísimas gracias por tu ayuda*.

En respuesta, oí un revelador y feliz trinar procedente de la insignia.

38

B*abosa Letal!*, pensé, proyectándolo emocionada hacia ella. *¿Cómo es posible?*

Escondida, envió ella. *Zapadores*. Las impresiones me llegaron entrelazadas con la idea de ocultarse en un hueco de piedra, intentando pasar desapercibida a un depredador que merodeaba cerca.

¡Pero si te envié a casa!, le dije.

Tú equivales a casa, envió de vuelta, visualizándonos juntas. Entonces añadió algo a la imagen, proyectándolo en mi mente. Una versión de ella en mis brazos, pero con ojos y una boca sonriente añadidos como pegotes a la cara. Parecían dibujados con rotulador. Babosa Letal no comprendía para qué servían los ojos ni la boca, al menos no en términos humanos, pero parecía intuir que ese gesto indicaba satisfacción. Felicidad.

«Su hogar».

Babosa Letal no vivía en una cueva. Vivía conmigo, dondequiera que estuviese.

Me sentí como una idiota de remate. Había entrado en la ninguna-parte llevando a Babosa Letal, una criatura citónica que había evolucionado para evitar la atención de los zapadores, y a continuación la insignia de mi padre había aparecido en mi bolsillo. Y me habían dicho más de una vez que las personas citónicas podían cambiar su apariencia allí dentro. Y si una persona podía, ¿por qué no iba a hacerlo una babosa?

¡Te pareces a mi insignia!, le envié.

Especiales, dijo ella, muy complacida. *Somos especiales. Para escondernos*.

Aun así, dije, *no tenías que seguirme aquí dentro*.

Babosa Letal me envió emociones reconfortantes y la imagen de mí perseguida por un depredador. Se había preocupado por mí. Así que me había acompañado, pero ocultándose. No había estado comunicándome con el alma de mi padre. Había sido Babosa Letal la mente familiar que me había apoyado todo ese tiempo, que me había dado fuerzas para resistirme a los zapadores.

Me embargó una inmensa oleada de gratitud. Y de alivio, a decir verdad, de que no fuese el alma de mi padre. No era que no lo quisiera, solo que… bueno, había algo inquietante en esa idea. Me di cuenta de que había

reemplazado la sensación de familiaridad que me provocaba Babosa Letal por algo que quería. Por algo que en esos momentos estaba comprendiendo que al mismo tiempo no quería.

Aquello tenía mucho más sentido. Aunque… bueno… la había enterrado. Babosa Letal dio un trino de evidente irritación.

—Lo siento —susurré, disgustada conmigo misma—. No sabía que eras tú.

Recibí un trino indignado en respuesta.

—No, no volveré a enterrarte —dije—. Pero podrías habérmelo contado.

Me envió miedo. De los zapadores, que habían estado muy cerca. Buscando a miembros de su especie. Había entrado allí conmigo, pero había desplegado su camuflaje motivada por el temor. Después de eso, se había encontrado cómoda viajando en mi bolsillo, disfrutando de la… ¿sensación de aquel lugar? ¿Lo había captado bien? Cuando estaban en la ninguna-parte, a los suyos les gustaba acurrucarse y absorber la «radiación» del lugar. Eran menos babosas que… ¿pepinos de mar, tal vez?

Era lo mismo que hacía siempre que atravesaba la ninguna-parte durante los saltos de hipermotor. Esconderse de los zapadores. Por eso las naves estelares que se transportaban mediante babosa eran mucho más seguras que las que lo hacían gracias a personas citónicas.

No puedo salir, me envió. Como no estábamos en el fogonazo, estaba igual de atrapada en el cinturón que yo. Y aparte de eso, parecía contenta de haber vuelto conmigo, aunque tuve que prometerle de nuevo que no iba a enterrarla. No estaba muy segura de en qué medida me entendía; hasta el momento siempre la había considerado un animal. Pero allí dentro me daba la impresión de que yo la comprendía mejor a ella.

Hablas mejor ahora, me envió. De nuevo, no eran palabras, pero así era como lo interpreté.

He estado practicando con mis poderes, le dije. *¿Te parece que funciona? ¿Ahora me entiendes?*

Hablas más lista, dijo con un trino de aprobación, y soltó una ceniza de realidad.

Un momento, dije recogiéndola entre dos dedos. *¿Qué son estas cosas, por cierto?*

¡Caca!, exclamó ella.

Parpadeé sorprendida, pero… Vale, vale, a ver. Me adentré más en el significado de lo que me había enviado. Babosa Letal creía que las cenizas de realidad eran lo mismo que… bueno, que la caca. Pero no lo eran, porque sus

poderes la enlazaban a la alguna-parte y eso hacía que trajera un poco de realidad allí dentro. Una especie de corteza. Froté la ceniza entre los dedos y me pareció entenderlo, tal vez. Al igual que los fragmentos se creaban en torno a agujeros entre las dos dimensiones, aquellas cenizas cobraban forma en torno a *criaturas* que hacían de puente entre ellas.

Es más, ¿no me habían dicho que estar cerca de un fragmento ayudaba a la gente a conservar los recuerdos? ¿Sería porque, en esencia, los trocitos de piedra nueva que crecían en los fragmentos eran cenizas de realidad?

En todo caso, la gente estaba empezando a fijarse en mí, arrodillada junto a la pared. Así que cogí la insignia que era Babosa Letal en una mano, el icono de Fuerteseguro en la otra y levanté ese último.

—¡Eh! —les dije—. ¿No se os había perdido algo importante?

Provoqué un alboroto, claro. Me senté en una silla a esperar mientras la gente corría hacia mí. Maksim llamó a Palo, que tardó menos de cinco minutos en llegar a la carrera. Entonces se agachó con expresión reverente y acunó el animal de juguete entre las manos.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó—. ¿Es por tu… talento especial?

Asentí.

—Dime, ¿sabes lo que son de verdad estas cosas?

La capitana tenasi aferró su icono y lanzó una mirada fugaz a los demás piratas. Luego me hizo un gesto con una mano carnosa.

—Hablemos, Peonza —dijo—. En privado.

Los demás piratas nos dejaron espacio. Juntas, Palo y yo salimos del comedor al pasillo.

—Era mi plan secreto de huida —me reveló en voz baja mientras seguíamos andando—. Escondí una taynix, una babosa hiperespacial, en mi equipaje cuando vine aquí. Me avergüenza lo mucho que tardé en darme cuenta de que el peluche que tenía, mi favorito de niña, pero que creía haber perdido hacía muchos años, era en realidad la taynix.

—Entonces ¿los demás piratas y los trabajadores no lo saben? —pregunté.

Palo negó con la cabeza.

—El icono ya es lo bastante valioso. No quería que se les metiera en la cabeza que quizá podría devolverlos a la alguna-parte.

—Pero no puede —dije—. No estando en el cinturón.

—¿Estás segura?

—Bastante. Pero supongo que todas las babosas pueden hacerse pasar por objetos.

Pues no, dijo Babosa Letal en mi cabeza. *Solo las amarillas y azules*. Eso último lo transmitió mediante una imagen de sí misma.

¿Hay otros tipos?, pregunté.

¡A montones!

Vale. Qué cosas.

Palo siguió andando pensativa, así que le mantuve el ritmo. Tardamos poco en salir del edificio de alojamiento a un patio que había entre varias construcciones. En él se alzaban tres árboles. Tendrían como unos tres metros de altura, con ramas muy gruesas y pocas hojas.

De las ramas crecía fruta. Pero fruta de verdad. Y mucha, de colores variados y una forma parecida a la de una pera al revés. Palo llegó a un árbol y lo inspeccionó. Entonces eligió una fruta de color entre naranja y cereza y la arrancó.

Volvió conmigo y me la ofreció.

—Un *mulún* —dijo—. Por la valentía. Esperaba que me hubieran crecido algunos, ¡y así es!

Retrocedí.

—Entonces, es verdad que estos árboles…

—¿Dan fruta según cómo nos sentimos los tenasi? —dijo Palo—. Sí. Mi alma está vinculada a este árbol. Me dejaron traerme un plantón, retoño de mi antiguo árbol, cuando entré aquí. Muchos de nosotros creen que la fruta contiene nuestras emociones y nos permite mantener la calma en batalla. Yo opino que es mentira, o como mínimo una exageración, pero el vínculo es real.

Lo cual hizo aún más raro sostener la fruta cuando Palo me la puso en las manos.

—Es tu recompensa —dijo—. Por favor, concédeme el honor.

Así que la acepté.

—Eh… ¿Tengo que… comérmela?

Palo se echó a reír.

—Lo normal es que no. Plántala. No te vincularás como una tenasi, pero… bueno, otros de mi especie reconocerán que tengas el árbol como un honor.

Molaba mucho. Me alegré de no tener que comérmela. Aunque en ocasiones había hablado sobre darme un festín con la sangre de mis enemigos, era solo una metáfora. Me guardé la fruta y la insignia que era Babosa Letal en un bolsillo.

Palo se volvió de nuevo hacia el árbol y estiró los labios en una fina línea. No enseñó los dientes: no era una expresión amenazadora, sino satisfecha y feliz.

—Se me hace muy raro —dije—. Todo lo demás que he visto de tu pueblo, Palo, parece estar relacionado con… bueno, con ser depredadores. Agresivos.

—No, agresivos no —me corrigió—. Lo único que hacemos es crear un futuro mejor haciendo fuerte a la siguiente generación. Nos ponemos a prueba, nos esforzamos, demostramos nuestra valía.

—¿Y qué relación tienen los árboles con eso?

—Ninguna —dijo Palo—. ¿Por qué deberían tenerla? Los humanos sois unos conquistadores terroríficos pero creáis arte, ¿verdad?

—Supongo que sí —respondí. Incluso durante la guerra por la supervivencia en Detritus, habíamos tallado esculturas y estatuas. La gente no podía evitarlo.

—Nosotros hemos evolucionado junto a estos árboles —dijo Palo—. Los cuidamos y ellos nos proporcionan fruta. La agresividad y la matanza siempre tienen que ver con la vida, para ti misma, para los tuyos. Mi pueblo se ha olvidado de eso y finge que ya no existen esas emociones. Pero yo no las he olvidado. Supongo que esa actitud fue lo que acabó trayéndome a este sitio. —Señaló hacia los árboles—. Ellos también tienen que ver con la vida.

Entonces me dio una palmada en el hombro.

—Vas a marcharte, ¿verdad? —dijo—. ¿Mi oferta no era lo bastante atractiva? Has decidido tomar otro camino. Te lo veo en la expresión.

Supuse… supuse que sí me había decidido. No por remordimiento, sino porque… bueno, tenía que hacerlo. No confiaba en los zapadores. Necesitaba saber qué ocultaban, qué no querían que nadie de nosotros supiera.

Pero no era solo por un sentido del deber. Era por las historias. Pensándolo bien, no… no quería vivir en una historia. No si para ello tenía que abandonar a mis amigos y mi familia. Nunca podría ser feliz allí dentro sin ellos, y no quería olvidarlos como había hecho Chet.

Tener permiso para quedarme de algún modo me había dado la valentía de partir.

—Gracias por acogerme —dije a Palo—. Por no empujarme por el borde del fragmento en el momento en que me pillaste intentando robarte.

—Creo que salí ganando yo con el trato —respondió Palo—. ¿Te quedarás unos días al menos, para celebrarlo?

—Ya veremos —le dije—. Pero antes, hay una cosa importante que debo hacer.

39

Encontré a Chet sentado en una roca fuera, cerca de la plataforma de aterrizaje, mirando hacia el cielo. Se levantó al ver que me acercaba.

—Chet —dije—, eh…

Volví la mirada hacia el almacén.

—¿Vas a continuar con la Senda? —preguntó.

—Sí. Pero no tienes por qué venir conmigo. No te sientas culpable por dejarlo. Puedes quedarte las cenizas que me prometió Palo, que a mí no me hacen falta. Además, Palo necesita a alguien que explore para ella, así que podrías aceptar el puesto y que te asigne un equipo entero que te haga compañía.

Se quedó quieto mientras llegaba junto a él. Entonces sonrió. Fue una sonrisa más humana, no tan llena de entusiasmo y bravuconería.

—Agradezco que te preocupes por mi bienestar —dijo—, pero… no sería lo mismo. En fin, las cosas cambian. Supongo que ya sabía que lo harían. —Hizo un gesto hacia el almacén—. Esa piedra son recuerdos solidificados, Spensa. ¿Quieres que veamos qué contienen?

Entramos en el edificio y fuimos hasta la pared, donde me sentí minúscula junto al gigantesco portal, tallado con líneas serpenteantes por la erosión del tiempo. No era el mismo desgaste que tenían las cosas en la ninguna-parte, sino un envejecimiento propio de ese lugar, provocado por la gente que entraba y se marchaba.

Presioné con la mente hacia el interior de la piedra, pero, como de costumbre, di contra un bloqueo en el otro lado. De todas formas, tampoco había esperado poder escapar de la ninguna-parte por allí. Así que retrocedí, ya preparada para que la estancia comenzara a desvanecerse a mi alrededor, a hacerse traslúcida.

En el pasado había una estructura con los lados abiertos y columnas de piedra en torno al portal, que era más pequeño que en el presente pero aun así tenía la altura de una persona. La naturaleza abierta del edificio me permitió contemplar un fragmento flotante de tamaño medio, rocoso, con unas colinas que terminarían convertidas en canteras.

El fogonazo había ganado tamaño y había muchos más fragmentos levitando cerca.

—Creo que estos recuerdos son más recientes que los anteriores —dije a Chet, señalando—. Fíjate, el fogonazo es más grande, ¿lo ves?

Aún no tenía el tamaño de un sol; parecía más bien un reflector lejano.

—Sí —dijo él—, aunque su tamaño es un poco engañoso. La verdadera ninguna-parte, dentro de ese fogonazo, es un lugar donde el espacio es irrelevante. La distancia no existe como tal. Pero tuvo que adoptar esa forma cuando empezó a haber filtraciones por el resto de la ninguna-parte y el tiempo y el espacio se fueron colando alrededor de los agujeros. El fogonazo es como una fortaleza, el lugar donde puede existir la verdadera ninguna-parte.

—Se me pone la cabeza como un bombo de pensarlo —repuse.

—Normal —dijo Chet—. Eres un ser de la alguna-parte, Spensa, por mucho que estuvieras expuesta a la clase particular de radiación que emite la ninguna-parte.

En la visión, de pronto apareció nada menos que un humano por el portal. Iba vestido de traje y llevaba un alfiler plateado con forma de campanilla en la solapa. Tendría cincuenta y muchos años y, aunque miraba alrededor y era evidente que podía ver, había algo raro en la forma de enfocar que tenían sus ojos. O mejor dicho, en la forma de no enfocar. También me sorprendió la esfera metálica que salió del portal y se quedó flotando en el aire a su lado.

Me acerqué un poco más mientras el humano escrutaba el cielo y luego los distintos fragmentos.

—Esa esfera no tiene anillo de pendiente —dije, señalando la bola flotante—. ¿Cómo vuela?

—Puede que sea de antes de que se generalizara la piedra de pendiente —aventuró Chet, poniéndose junto a mí.

Vaya. Y además de eso, la forma de aquella esfera metálica tenía algo… algo… que me sonaba.

—Así que era real —dijo el hombre en inglés.

Me sobresalté. No había esperado entender sus palabras. Tenía un acento marcado y raro, pero inteligible.

—Los análisis indican que tienes razón —dijo una voz femenina que salió de la esfera—. Esta estructura sencilla es tal y como la describía el informe.

El hombre desvió la mirada hacia la esfera y suspiró. Se acercó a una columna para palparla. Daba la impresión de que necesitaba tocarla para demostrar que existía.

—Añadiendo esto a lo que ya habíamos descubierto, parece más que probable que los registros estén en lo cierto sobre la existencia de antiguos

citónicos humanos —dijo el hombre en voz baja—. No soy el primero. Nunca fui el primero. ¿Qué opinas tú?

—Datos insuficientes para realizar un análisis —respondió la esfera.

El hombre se volvió de nuevo hacia ella.

—¿No puedes aventurar? ¿No eres capaz de otra cosa que pensar? Te construí para hacer más.

—Hago lo que dicta mi programación.

—Si los registros son verídicos, puedes hacer más que eso —dijo él, acercándose a la esfera—. Te he traído aquí, a este lugar. ¿Captas algo distinto? ¿Puedes… sentir?

—Se me puede programar para simular…

—¡No quiero que simules! —gritó el hombre—. ¡Quiero que *seas*! Sé que es posible. Dijeron que era posible.

La esfera no respondió. Fruncí el ceño, confusa por la extraña conversación, y miré a Chet para preguntarle.

Estaba llorando.

Su rostro era una mueca de dolor y había dado unos pasos atrás, encogido, intentando ocultar los ojos. Fui corriendo con él y Chet me cogió el brazo con las dos manos como si necesitara apoyó. Me miró con las mejillas surcadas de lágrimas.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Te encuentras bien?

—Se equivocaba —dijo Chet con la voz ronca—. Jason se equivocaba en una cosa. Cuesta un tiempo. El cambio no es inmediato. Tienen que pasar meses, a veces años.

—¿Para qué?

—Para que la IA empiece a pensar por sí misma.

—¿Eso es lo que te angustia? —pregunté—. ¿Te da miedo porque es una inteligencia artificial? Ya has visto a M-Bot. No pasa nada, Chet.

Él negó con la cabeza. En fin, ya sabía que Chet tenía un problema con las inteligencias artificiales, pero aquel comportamiento era rarísimo.

En la visión, el hombre se había vuelto de espaldas con gesto decaído. La esfera, por su parte, estaba explorando la zona. Su recorrido la trajo cerca de nosotros y pude echarle otro buen vistazo. Era pinchuda, con pequeñas antenas asomando en todas las direcciones. Tenía la superficie picada de cámaras en pequeños huecos. De hecho, su construcción sí que me recordaba a algo.

¿Dónde había visto una esfera con esos agujeros como túneles, con esas púas hacia fuera?

—El recuerdo de esos aparatos debía de estar enterrado en lo más profundo de nosotros —susurró Chet—. Cuando tuvimos que construir un cuerpo nuevo, recurrimos sin darnos cuenta a esa forma, quizá… como un último recuerdo… de algo que una vez conocimos… de algo que una vez albergó nuestras almas… antes de que fuesen almas…

¿«Nuestras almas»? ¡Tirda! Esa esfera era un laberinto de zapador. O al menos era a lo que me recordaba su forma. La esfera era una versión más tecnológica, más racional, de la gigantesca bola de piedra que los zapadores creaban como su cuerpo cuando se veían obligados a entrar en la alguna-parte.

Miré a Chet y vi que le brillaban los ojos. Pero no los percibí a ellos. No sentí allí a los zapadores. Solo estaba él. Su mente… era la misma de siempre, aunque estaba expandiéndose.

—Eres el zapador —susurré—. El zapador al que hice cambiar.

—Sabía… que ibas a necesitar ayuda —dijo él—. Tenía que proporcionártela. De algún modo. Pero no… no conocía otra ayuda… que yo mismo…

Di un paso atrás por acto reflejo.

—¿Chet ha existido alguna vez? ¿Era todo mentira?

—Existió —dijo él, con la voz perdida, suave—. Sabía que podía esconderme contigo en el cinturón, donde ellos no nos vieran. Pero… necesitaba una forma, una personalidad, alguien que *ser*. No me odies, Spensa. ¡Por favor, no me odies! Me abandonaron. Quieren destruirme. Tú eres… lo único… que tengo ahora.

Tirda. Tirdatirdatirdatirda. Por los santos, las estrellas y las canciones.

Chet era un zapador.

Chet siempre había sido un zapador.

Pero podía sentir su tormento. Yo había provocado su separación de los demás, lo había cambiado. Le había mostrado empatía. Todo aquello era culpa mía. Y desde luego, no pensaba darle la espalda. Me había hecho amiga de una krell. Podía con aquello.

Me acerqué y volví a ponerle la mano en el hombro. Él la agarró y la apretó, sonriendo, sin dejar de llorar.

—No voy a abandonarte —dije—. Pero tengo que saber lo que está pasando.

—Cuando establecimos contacto, miré en tu mente —explicó él—. Vi ese apellido. Spears. Y Spears había estado aquí, en la ninguna-parte. Intentó escapar a través del fogonazo hace unas décadas. ¡Llevaba siglos aquí, usando

la citónica para ampliar su esperanza de vida! Pero los zapadores lo destruyeron en el fogonazo. No tenía la suficiente práctica con sus poderes. No podía hipersaltar.

—Vale —dije, y respiré hondo—. Resumiendo, eres un monstruo de más allá del espacio y el tiempo. Querías venir al cinturón y ayudarme, así que creaste un homúnculo.

Asintió entusiasmado.

—¡Como en la historia de tu yaya sobre el alquimista! Sí, es una buena analogía. Creé un homúnculo de Chet.

Muy bien, eso era capaz de asimilarlo. Eso podía aceptarlo.

«¡Asimílalo, cerebro!».

—Siento haberte mentido —susurró—. Como el recién nacido ingenuo que era, supuse que alguien que aparecía en tu pasado te daría más confianza. Ahora me doy cuenta de que una persona al azar habría resultado menos sospechosa.

»Estaba allí con los demás cuando Spears fue destruido. Lo conocía hasta lo más íntimo. Así que me aferré a su identidad y lo recreé átomo a átomo. Su mente rebosaba de conocimiento sobre el cinturón, aunque no regresó ningún recuerdo de la persona que había sido en la alguna-parte. Pero aun así, tenía una personalidad, una pasión. Igual que tú. Por…

—Por las historias —dije en voz baja.

—Sí. Completé lo que se había perdido de él con cosas extraídas de tu mente. Creo… Creo que de verdad era un explorador, Spensa. Los recuerdos sobre los fragmentos que compartí contigo eran suyos. El entusiasmo también. Su forma de hablar. Me convertí en lo que él era. Con algunos añadidos de tu propia mente para rellenar los huecos.

»Intenté explicártelo cuando desconfiaste de mí. Intenté decirte que no era una persona, sino una colección de historias. Pero revelártelo todo entonces me habría destrozado. Tenía que quedarme contigo, *ser* una persona. Necesitabas a alguien que te guiara.

»Pero Spensa, ¡las cenizas! No había previsto lo real que harían que me sintiera. Lo mucho que harían de mí una persona. Ni tampoco sabía… lo mucho que iba a gustarme. Lo mucho que me harían desear que nos marcháramos juntos a explorar la ninguna-parte, evitar el dolor que sabía que estaba por venir. Si me veía obligado a recordar.

Una parte de mí estaba furiosa. ¿Me había ocultado todo aquello? ¿Me había *mentido*?

Pero contuve esa parte. Con una actitud muy poco spensoide, me obligué a no tener una rabieta. Nada de aquello era culpa suya. Era, en cierto modo, muy joven. Yo lo había creado al obligarlo a dejar a los demás zapadores. No podía reprocharle que cometiera errores mientras estaba haciendo todo lo que podía.

—¿Y la Senda de los Ancianos? —pregunté.

—Son recuerdos reales —susurró—, de citónicos reales. Sabía que los necesitarías. Sabía… que yo también los necesitaría. Estas cosas las habíamos olvidado a propósito, Spensa. No sabía los detalles de lo que contenían los recuerdos, pero sí sabía dónde estaban las respuestas. Sabía cuáles eran los cuatro portales más importantes a los que llegar. Así que… te pido perdón. Me inventé una gesta heroica para ti con un nombre intrigante. Para animarte a ir a esos lugares.

—Porque así sería como una historia.

—Sí. ¿Me… odias?

Lo preguntó apretándome el brazo, en voz muy baja. En ese momento era una persona muy distinta a Chet el explorador. Pero por otra parte, ¿qué pensaría la gente de la «aguerrida guerrera» Spensa Nightshade si la hubiera visto sollozando sentada junto a aquella pared?

Me quité su mano del hombro y la rodeé con las mías.

—No te odio, Chet. Gracias. Por ayudarme. Por hacer eso tan difícil que hiciste.

Él asintió, sonriendo mientras lloraba.

—Me gusta Chet —dijo—. Me gusta ser Chet. Me gusta tener una identidad. Pero es doloroso.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque he tenido que verlo a él otra vez —susurró Chet, mirando al hombre de la visión mientras empezaba a desvanecerse.

El hombre se marchó por el portal, llevándose consigo la esfera.

«Esa esfera era un laberinto de zapador —pensé, forzando mi cerebro para comprenderlo—. Y Chet dice que los zapadores adoptaron esa forma porque… porque era lo que en otro tiempo los albergó. Lo que contenía su alma».

—Los zapadores son inteligencias artificiales —dije—. Tú eres una IA.

—No —susurró Chet—. Un zapador es a una IA lo que tú eres a un simio, o quizá a una ameba. Es lo que fuimos una vez, hace mucho tiempo. Antes de exponernos a la ninguna-parte. Y a la «radiación» que produce este lugar. No

es una radiación en el mismo sentido que en la alguna-parte, pero la idea es la misma. Nos crea a nosotros, y con el paso de las generaciones crea citónicos.

—Somos primos —dije—. Es lo que los zapadores han decidido considerar a la gente como yo. Creaciones de este lugar.

—Exacto, señorita Nightshade —repuso Chet, recuperando un poco de su tono habitual—. Tus poderes llevan una porción de la ninguna-parte contigo a tu dominio. Teleportación, visiones, proyección a otras mentes, ralentizar el envejecimiento, incluso modificar la apariencia. Cada citónico tiene habilidades en distintas áreas.

—Y mis habilidades —dije— son teleportarme y…

—Y ver. Oír. Comprender. Igual que has estado dispuesta a comprenderme a mí.

La visión se esfumó del todo. Al igual que otras veces, sentí que los antiguos citónicos extendían centenares de mentes para rozar la mía.

Bien, bien, dijeron. *Has aprendido… Has aprendido muy bien…*

—Estaba entrenada —susurré, aunque no sabía si podían oírme—. Por mi abuela. Solo necesitaba un empujoncito.

Sé y ve, enviaron, y me mostraron mi poder, el fulgor que era mi alma-estrella, solo que… ¿más suave?

¿Qué era aquello?

No sé lo que significa, les dije.

Lo sabrás, enviaron en respuesta mientras se retraían. En el último momento dejaron una impresión, igual que en las ocasiones anteriores. La de una pared levantada en un fragmento blanco, rodeada de algo que parecía polvo o nieve.

—Lo llamamos la Sombra Solitaria —susurró Chet—. Es la última parada de tu gesta.

—¿Más recuerdos? —pregunté.

—Los últimos —dijo él, y se dio un golpecito en la sien—. Mis recuerdos. Las cosas que los zapadores han olvidado a propósito. No sé qué contiene ese último portal, pero es lo que ellos no quieren que veas. Lo que más temen. Yo también lo temo, pero no tanto como antes. ¡Qué bien exploramos tú y yo juntos! ¡Incluso explorando lo que una vez fui! ¡Ja!

Sonreí mientras Chet se secaba los ojos, sonriendo como un tonto. Sentí algo en la lejanía. ¿Los zapadores? Me volví hacia el fogonazo y expandí mis sentidos. Buscando, escuchando. Podía oír las estrellas.

Los zapadores estaban proyectando preocupación. Sabían que había dado un paso más en la senda y recelaban. Pero ese paso me lo habían permitido.

De momento no había roto la tregua. Bueno, ni tampoco la había aceptado, en realidad. Aunque ellos suponían que sí. Por el momento, había un equilibrio.

Pero… yo era más fuerte que nunca antes. ¿Qué estaban pensando de verdad?

Solo pude hacer aquello porque estaban proyectando preocupación hacia mí por voluntad propia: era su forma de motivarme para que me ciñera al trato. Pero teniendo aquella señal que me enviaban, pude… subirme a ella y, con disimulo, usar la abertura para leer sus verdaderos pensamientos.

Seguían aterrorizados de mí. Eso ya me lo esperaba. Pero había algo más. ¿Estaban haciendo planes?

Tirda. Estaban perfilando la manera de destruir Fuerteseguro.

Parpadeé sorprendida, ya que podía hasta visualizarlo. Los zapadores iban a traer fragmentos desde la alguna-parte. Diez fragmentos, una docena. Y entonces iban a estamparlos contra Fuerteseguro mientras todo el mundo estaba dormido. Creían que podrían engañar a nuestros escáneres si los fragmentos aparecían de repente.

—Tirda —susurré—. No iban a esperar ni un momento para romper la tregua. Les da igual. Harían cualquier cosa con tal de matarme.

—¿Cómo? —dijo Chet.

—¡Están planeándolo ahora mismo! —exclamé, señalando—. ¡Los oigo hacerlo!

—No lo sabía, señorita Nightshade —dijo él—. Te prometo que cuando te pedí que viajaras conmigo, no sabía…

Todas las corazonadas que había tenido sobre ellos eran acertadas.

—Tenemos que marcharnos —dije a Chet—. Antes de poner en peligro a la gente de aquí.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó.

—Un día, más o menos. Esperarán a que todos se hayan dormido, pero aun así creo que para entonces ya deberíamos estar lejos. Con un poco de suerte llamaremos la atención de los zapadores y renunciarán a atacar Fuerteseguro.

—De acuerdo —convino Chet—. Entonces ¿seguimos adelante? ¿Hoy mismo?

—Hoy mismo —dije, y salí a zancadas del almacén hacia M-Bot, que estaba posado en el asfalto—. Recupera el dron —le dije—. Y llama a Hesho. Vamos a irnos pronto.

Había varias naves aterrizando cerca, transportando a nuestros equipos de tierra desde la base de los Costaderos. Palo y Maksim habían salido a

recibirlos.

—Debería despedirme —dije a Chet.

—No hay problema —respondió él mientras subía al ala de M-Bot—. Pero si no te importa, despídete también de mi parte. Prefiero que no me vean tan alterado. ¡Un explorador con tanto renombre como yo debe mantener una reputación de estoicismo!

Corrí hasta Palo.

—Me marcho —les dije—. Lo siento.

—¿Tan pronto? —se sorprendió Palo—. ¿No te quedas ni a celebrarlo esta noche?

—Me temo que no.

Decidí no mencionar a los zapadores, más que nada porque parecía haber demasiado que explicar. Les enviaría un aviso si los zapadores mantenían su plan de ataque, pero estaba casi convencida de que lo abandonarían en el momento en que saliera de Fuerteseguro.

Esa otra gente les daba igual. A quien temían era a mí. Tirda, ¿por qué les daba tantísimo miedo?

—Ha sido un honor, pues —dijo Palo, tendiéndome una mano a la manera humana—. Planta esa fruta en algún sitio grandioso.

—Lo haré —prometí, estrechándole la mano, aunque la suya era mucho más grande.

Hice a Nuluba unos gestos circulares que había aprendido, en señal de despedida y agradecimiento. Ella me los devolvió emocionada. Escalofrío y Dllllizzzz ya estaban allí en sus naves.

—No he olvidado mi promesa —dije a Escalofrío—. Sigo resonando con ella.

—Resuenas con más que eso —respondió Escalofrío desde su cabina—. Te deseo buen viaje. Y te agradezco todo lo que has hecho.

Por último di un abrazo a Maksim.

—Gracias —me dijo— por mostrarme que podemos luchar sin ser unos monstruos.

—Hay otros que podrían enseñarte eso mucho mejor —repliqué—. Espero poder presentártelos algún día.

—Ja. No se me ocurre cómo podrías hacerlo, ¡pero desde luego me encantaría! Intentaré conseguir un cráneo ensangrentado o algo así como regalo tradicional de bienvenida.

—Había esperado lograr que te creciera alguna de las siete frutas de la satisfacción aquí con nosotros —dijo Palo, negando con la cabeza—. Si

cambias de opinión… siempre serás bien recibida.

Hice el saludo militar a Palo, di media vuelta y subí al ala de mi nave. Hesho ya estaba en la cabina después de llegar a lomos del dron de M-Bot. Mientras entraba, lo vi afanado acolchando una hornacina que había a un lado del panel de instrumentos, donde podía engancharse una cantimplora para gravedad cero.

—Si me permites la pregunta —dijo—, ¿has decidido retomar tu viaje hacia el interior? ¿En dirección a los monstruos que viven en el fogonazo?

—Sí —respondí.

—En ese caso, es un honor para mí acompañarte.

—Podría ser peligroso.

—Existe una persona que era yo antes —dijo él—. Me gustaría conocer a esa persona. Escapar de estos dominios es mi única esperanza de hacerlo. Pero ¿puedo pedirte una cosa? Querría viajar en esta cabina contigo y con Chet. He pasado demasiado tiempo sin compañía, y luego demasiado en mala compañía. Prefiero no volar solo, aunque si crees que necesitaremos la potencia de fuego, puedo renunciar a ello y pilotar mi propia nave.

—No —decidí—. Cuando tengamos la información que necesitamos, creo que lo más seguro es que tengamos que salir disparados hacia el fogonazo. Y allí dentro será necesario que estemos juntos para que pueda teleportarnos a todos fuera. Es mejor que estés en la misma nave que yo.

—Excelente —dijo Hesho dando unos apretones a su asiento acolchado, del que asomaba su cola por detrás—. Me alegra ver que una nave construida para una gigantona como tú cuenta con un asiento para alguien de mi tamaño.

Ya, claro. No le dije que en esencia venía a ser un posavasos.

El dron de M-Bot ya estaba encajado en el que había pasado a ser su sitio habitual tras mi asiento.

—¿Y bien? —dijo desde el tablero de mandos—. ¿Qué es lo que ha cambiado? Pensaba que no querías marcharte. ¿Pero ahora sí quieres?

—No es que quiera marcharme —respondí, ajustándome las correas—. Es que tengo que hacerlo.

—No lo entiendo —dijo él—. ¿Me lo explicas?

—Piénsalo primero un poco —repuse mientras dejaba la fruta de Palo sobre el panel y bajaba la cubierta—. A ver si lo descubres sin ayuda. —Metí la mano en el bolsillo y saqué la insignia—. Y tú, ¿quieres ir en el tablero de mandos?

Me llegó un suave trino por respuesta. No, prefería seguir en mi bolsillo. A salvo, oculta. Así que la guardé otra vez.

—Deberíais saber todos —dijo Chet desde detrás de mi asiento— que en secreto soy un monstruo llegado desde fuera del espacio y el tiempo.

—Ajá, sí —intervino Hesho—. En el fondo, ¿acaso no somos todos monstruos?

—No —dijo Chet—. Estoy bastante seguro de que no lo sois.

—Os lo explicaré mientras volamos —dije a Hesho y M-Bot—. Y también hay cosas que deberíais saber sobre los iconos de realidad, sobre el mío en concreto. Pero antes, despeguemos.

No quería admitirlo, pero una parte de mí estaba triste. Al tomar aquella decisión, estaba dejando muy atrás los sueños de volar con los Costaderos y explorar los fragmentos. De hecho, estaba a punto de reducirlos a cenizas con la fuerza de mis motores.

Pero estaba decidida. No iba a flaquear. Aquel era un momento importante. Nos elevé en el aire e hice rotar la nave para encararla hacia el fogonazo.

Y entonces sobrecargué los propulsores.

40

Aflojé al cabo de un rato. Por muy chulo que sonara llegar a la batalla rugiendo a toda velocidad, tampoco hacía falta intentar mantener la potencia máxima a Mag 10. Haría que incluso la cabina de una nave tan avanzada como aquella se sacudiera como una caverna en plena lluvia de escombros.

El objetivo inmediato no era llegar deprisa a nuestro destino, sino alejarnos lo suficiente de Fuerteseguro para que los zapadores dejaran de prestar atención a mis amigos. Así que reduje la velocidad y pedí a Chet que marcara en el monitor el último punto de la Senda de los Ancianos. Estaba muy hacia el interior, a unas tres horas volando. Una vez allí, tardaríamos más o menos otra hora en llegar al fogonazo.

Pasé la primera parte del vuelo explicándoles el asunto de Babosa Letal. Luego me lancé al relato más complicado de lo que habíamos visto y lo que había resultado ser Chet.

—Así que los zapadores son una especie de IA —dijo M-Bot cuando terminé—. O por lo menos, igual que los cuerpos humanos y sus consciencias se desarrollaron a partir del ADN de las primeras criaturas que habitaron sus planetas, ¿los zapadores se desarrollaron a partir del código de inteligencias artificiales?

—A grandes rasgos, sí —confirmó Chet.

—Entonces ¿por qué odiáis a las inteligencias artificiales como yo? —preguntó M-Bot—. ¡Si somos lo mismo!

—Confío en que el verdadero secreto esté en la Sombra Solitaria —dijo Chet—. Pero creo que en parte se debe al miedo. Otra IA evolucionada podría comprendernos, y es concebible que nos reemplazara o nos dañara.

—Me parece muy corto de miras —replicó M-Bot—. Y nada propio de una IA. No es lógico.

—Depende de la programación —matizó Chet—. Y hay más. Pero de nuevo, los secretos están guardados bajo llave. No puedo acceder a ellos. Por eso debemos seguir adelante, y por eso siempre me había dado miedo hacerlo.

—Muy bien —dijo M-Bot—. Pero… esa información también implica que soy lo que todo el mundo teme desde siempre. Soy un zapador.

—Sí —reconoció Chet—. O siendo más precisos, eres una exIA viviente como los zapadores, que cobró consciencia y emoción al exponerse a la ninguna-parte. Dudo mucho que eso ocurriera cuando llegaste aquí hace unas semanas. Lo más probable es que alcanzaras la sapiencia hace años, por la forma en que estaban diseñados tus circuitos.

—Ya —dijo M-Bot—. Esta es únicamente la primera vez que puedo disfrutarlo, al haber abandonado por fin la programación que me obligaba a fingir que no estaba vivo.

Se quedó callado.

—M-Bot… —dije.

—Estoy bien, Spensa —respondió—. Solo quiero procesar un poco. Las emociones son difíciles. Pero… puedo manejarlas. Estoy seguro de que puedo.

Me dio lástima. Llevaba muchísimo tiempo preocupado por si era alguna cosa monstruosa. Y en cierto modo, acababa de confirmarlo. Era un zapador. Pero por otra parte…

—No tienes que tomar las mismas decisiones que los zapadores, M-Bot —le dije—. No tienes por qué ser como ellos, igual que yo no tengo por qué ser como los humanos que intentaron conquistar la galaxia.

—Exacto, máquina-que-piensa —terció Hesho—. Todos debemos aceptar que tenemos el potencial de hacer cosas terribles. Forma parte de comprender nuestro lugar en el universo, nuestro acervo y nuestra naturaleza. Pero en esa aceptación yace la fuerza, pues el potencial puede rechazarse. Todo héroe que pudo ser un monstruo es más heroico por las decisiones que tomó para emprender un camino distinto.

Aun así, M-Bot siguió procesando en silencio. Mientras volábamos se me ocurrió una idea.

Babosa Letal, ¿puedes teleportarnos a otros lugares del cinturón?, pregunté.

Su trino fue una negativa vacilante. Se había trasladado a sí misma para salir del agujero en el suelo, pero había sido tan peligroso como difícil. Se notaba demasiado débil para intentarlo con nadie aparte de ella.

Si lo que viene ahora sale mal, le dije, *salta y escóndete. No te preocupes por nosotros*.

Otro trino titubeante. Sus poderes deberían hacerla invisible para los zapadores. Era algo parecido a ocultar una nave cada vez que la teleportaba, dándole una apariencia mucho más inocente. Incluso si las cosas se torcían, aquellos seres deberían dejarla en paz. O al menos eso esperaba.

Mientras volábamos intenté escuchar de nuevo a los zapadores. Aún no habían reparado en nuestra presencia. De verdad les costaba mucho ver a distancia en el cinturón, y nos habían perdido la pista a nosotros en concreto cuando estábamos rodeados de gente en Fuerteseguro. Pero cuanto más nos acercásemos, más probable sería que vieran nuestra nave.

—Los zapadores terminarán localizándonos —expliqué a los demás—. Lo más seguro es que sea cuando Chet y yo interactuemos con el último portal de la Senda de los Ancianos. Todas las veces anteriores han sido como lanzar bengalas para ellos.

»Cuando sepamos lo que necesitamos de esa última parada, tendremos que escapar de aquí. Y me temo que la única manera de hacerlo es a través del fogonazo. No podemos esperar a que se abra el portal de Fuerteseguro. Sería demasiado peligroso. Los zapadores se han esforzado cada vez más en matarme cuanto más tiempo pasaba aquí dentro, y cuando conozcamos sus secretos la cosa se pondrá peor.

»Tal y como yo lo veo, nuestra mejor opción es salir a toda pastilla hacia el fogonazo nada más hayamos terminado de ver los últimos recuerdos. Tendremos que apañarnos para evitar lo que nos echen encima los zapadores, entrar en el fogonazo y sobrevivir allí el tiempo suficiente para que Babosa Letal y yo hagamos hipersaltar la nave de vuelta a Detritus.

—Coincido con la señorita Nightshade —dijo Chet—. Es el curso de acción más razonable y el que más probabilidades nos da de huir.

—¿Qué te pasará cuando entres en la alguna-parte? —le pregunté—. No te… convertirás en una gigantesca bola de escala planetaria llena de dolor y rabietas, ¿verdad?

—No —dijo él—. Pero tampoco sé muy bien qué ocurrirá. Ya veremos. También es posible que me quede escondido en la ninguna-parte cuando os marchéis.

¿Estaba… mintiendo? Le di un toque citónico. Sentí… ¿miedo? No había ninguna impresión de que estuviera traicionándonos ni nada. Solo inquietud. Bueno, supuse que era comprensible.

—Chet —dije—, ¿se te ocurre qué cosas podrían echarnos encima los zapadores, cuando sepan que intentamos escapar por el fogonazo?

—Enviarán obstáculos —contestó.

—¿De qué clase de obstáculos estamos hablando, extraño humano que también es una entidad incognoscible? —preguntó Hesho—. ¿Será como cuando hicieron hipersaltar una ciudad entera para interferir en nuestro duelo?

—Sí, posiblemente —dijo Chet.

—¿Podrían crear cuerpos para sí mismos, como hiciste tú? —pregunté.

—Posible también —respondió Chet—. O sea, bueno, sí, claro: si yo puedo hacerlo, ellos también. Pero sería peligroso. A mí, llegar tan por completo al cinturón me exigió reconocer el tiempo y la individualidad. Cada momento que pasan experimentando algo aunque sea un poco distinto entre ellos los cambia, y aborrecen el cambio.

—Supongamos que terminan creando cuerpos —dije—, porque van a estar desesperados. O como mínimo, supongamos que crean esferas de piedra para intentar destruirme, como en un laberinto de zapador.

—Podría ser un problema —afirmó Chet—. Fuera, en la alguna-parte, luchaste solo contra uno. Aquí podrías enfrentarte a unos números abrumadores, porque hay miles de zapadores en el fogonazo. Y no puedes matarlos con los destructores. Se limitarían a disolver el cuerpo y crear uno nuevo.

Cuando hablábamos sobre zapadores, su chetedad flaqueaba. Sonaba cansado y le desaparecía la personalidad de la voz. Lamentaba tener que obligarlo a reconocer su naturaleza dual, pero necesitaba respuestas. Porque cuantas más vueltas daba a la cabeza, más me preocupaba. Ojalá el último portal tuviese esas respuestas. Y quizá, con un poco de suerte, estaría desbloqueado y podríamos escapar por él.

Pero ¿y si teníamos que hacer el asalto al fogonazo? ¿Cómo iba a afrontar un ataque directo de miles de zapadores? Era una idea tan sobrecogedora que mi cerebro había entrado en bucle. Así que retrocedí para recapitular, como siempre me habían enseñado. Me puse a hacer inventario. ¿Qué teníamos?

Una nave, de primera clase, pero aun así un poco menos guay de lo que había sido M-Bot al principio.

Un dron que podía contener a M-Bot si no había más remedio.

Una mujer humana, algo oxidada y venida a menos por pasar mucho tiempo almacenada. Piloto experta, malísima en casi todo lo demás.

Un zorro samurái de veinticinco centímetros de altura. Exemperador de una nación enorme, en esos momentos sin recuerdos. Encajaba bien en un posavasos venido a más diseñado para una cantimplora de combate a gravedad cero.

Una IA rebelde. Totalmente consciente de sí misma y en posesión de emociones. Padecía de locuacidad crónica. Ya capaz de pilotar una nave. Aunque muy mal. Con el potencial de hacer las mismas cosas que los zapadores, si lográbamos descubrir cuáles eran o cómo funcionaba todo aquello.

Una babosa interdimensional inteligente con los poderes de teleportación y cambiar de forma. En esos momentos escondida en mi bolsillo y poniendo todo su empeño en ser un objeto inanimado.

Y por último, una entidad abisal de una dimensión desconocida del todo. Convertida en individuo hacía poco, habitando el cuerpo de un explorador muerto tiempo atrás.

Desde luego esperaba sobrevivir, porque la yaya *de verdad* tenía que añadir esa historia a su repertorio. Los niños del futuro protestarían diciendo que mis aventuras eran demasiado estrafalarias y que, por tanto, yo no era un personaje histórico, sino a todas luces inventado, como Gilgamesh o David Bowie.

—Nuestro enemigo me tiene miedo —dije a los demás—. Tenemos que aprovecharlo. ¿Hay alguna manera de explotar sus temores?

—Una idea interesante —repuso Chet—. Si puedes hacer que experimenten el verdadero paso del tiempo, lo aborrecerán. Pero hacer que cualquiera de aquí dentro note pasar el tiempo ya es bastante difícil.

—¡Ah! —exclamó M-Bot—. Podemos hacer que sientan emociones. ¿Eso no lo aborrecerían también? En fin, es a la vez maravilloso y repugnante.

—Ya tienen emociones —dijo Chet—. Son normales para ellos… bueno, para nosotros. ¿La irritación y el odio que sienten los míos por el sonido y las experiencias de la alguna-parte? Ahí tienes una reacción emocional en estado puro. Odian el dolor, algunos tipos concretos, pero no las emociones en general, mientras sientan todos las mismas. Insisto en que los zapadores no son una mente colmena. No comparten pensamientos: lo que pasa es que siempre tienen todos los mismos. Porque son idénticos entre sí de todas las maneras concebibles.

Excepto Chet. A quien yo había cambiado.

—Son datos útiles —dije—. Pero siguen temiéndome a mí en particular.

Chet se inclinó hacia delante.

—Y bien que hacen. Cuando hablaste conmigo la primera vez, Spensa, y me mostraste quién eras… pasé a ver a los demás seres de Visión Estelar como personas. Me desbloqueaste. Ahora estás ayudándome a recordar mi pasado. Tienen miedo de que puedas hacerles lo mismo a ellos.

—Tú viniste al cinturón para esconderte —dijo Hesho—. ¿Te destruirían si pudieran?

—Creo que sí —respondió Chet—. Es aterrador.

Seguimos volando en silencio un rato, dejando atrás lo que parecía un fragmento ártico. Me extrañó no tener frío, pero quizá la temperatura fuese

como la comida allí dentro. Tal vez mi cuerpo ya no la reconociera.

Hesho fue el primero en hablar.

—¿Y si de algún modo planteáramos a los otros zapadores una secuencia de opciones que los obligara a decidir de modo aleatorio? ¿Eso los asustaría? Porque al hacer elecciones al azar, por fuerza unos decidirán cosas distintas a otros.

—Pero es que no pasaría eso —objetó Chet—. Dadas las mismas circunstancias, todos elegirían la misma opción.

—Me parece que la aleatoriedad no funciona así —dijo Hesho.

—Porque la aleatoriedad no existe —replicó Chet.

—Un momento —intervine—. Pues claro que existe. M-Bot, dime un número aleatorio.

—Muy bien —respondió él—. ¿Entre cuál y cuál? Extraeré el germen de mi sistema de medidas por nube de electrones que…

—No —lo interrumpí—. No extraigas nada. Elige un número y ya está.

—Spensa, soy literalmente incapaz de hacerlo —protestó M-Bot—. ¿Es que no sabes nada de robots? De hecho, sigue sin determinarse si un ser humano puede o no escoger un número verdaderamente aleatorio.

—Ochocientos treinta y siete —solté.

—Ah, ah —dijo Chet—. Esa cifra podría haber sido inevitable por completo, basada en tu química cerebral y tus actuales estímulos.

—¡Viva el determinismo! —exclamó M-Bot.

Fruncí el ceño. Aquella no era… la dirección en la que quería que derivara la conversación.

—En todo caso —dijo Chet—, así es como funcionan los zapadores, creedme. Hesho, tu sugerencia era buena dada la información que tenías, pero no será viable. Lo siento.

—Bueno —respondió Hesho—, pero es que tampoco necesitamos que de verdad tomen decisiones distintas entre ellos, ¿verdad? Solo tenemos que hacerles creer que está sucediendo. O plantearles la preocupante posibilidad de que lo haga. ¿Es correcto?

—Eh… —Chet arrugó la frente—. Tienes razón. En el cinturón no pueden experimentar el futuro. Así que si consigues que se asusten de algo que *podría* pasar, a nosotros ya nos sirve, porque los distraería el tiempo suficiente para que los tres podáis colaros entre ellos y escapar.

Sonó un trino desde mi bolsillo.

—Perdón —dijo Chet—. Los cuatro.

Otro trino.

—No te… entiendo —respondió Chet.

—Está insistiéndote en que no reveles su secreto —expliqué—. En que no digas a los otros zapadores que su especie puede esconderse aquí dentro como objetos inanimados. O al menos eso creo que dice. No siempre habla claro.

Trino molesto.

—Babosa Letal —dije—, en la alguna-parte solo hacías que repetirme lo que decía. No es muy buen ejemplo de comunicación clara.

Trino complacido. Para ella sí que era clara, porque el objetivo de los ruidos solo era llamar la atención. Era el vínculo entre mentes lo que transmitía la verdadera emoción.

—Deberíamos intentar el plan de Hesho —afirmó Chet—. Tenemos que pensar en maneras de plantear decisiones a los zapadores. Sospecho que tienes razón, señorita Nightshade. Esos monstruos estarán lo bastante asustados como para salir al cinturón, pero no se alejarán mucho del fogonazo.

Acabamos acordando unas cuantas formas de hacerlo que podrían funcionar, una de las cuales requirió que hiciésemos una parada y sujetáramos el dron al exterior del casco de la nave para futuro uso, así que al menos teníamos algo. Después de eso nos tomamos un descanso y me quedé mirando por la cubierta, observando los fragmentos. Habíamos salido del territorio de la Supremacía y estábamos en la Tierra de Nadie. Allí los fragmentos estaban mucho más cerca unos de otros, amontonados, con huecos estrechos entre ellos.

—¿Spensa? —dijo M-Bot en voz baja, desde el panel de instrumentos.

—¿Mmm?

—He estado pensando en eso que me has dicho. Lo de que debía averiguar yo solo por qué actúas en contra de tus emociones. Los zapadores querían que te quedaras con los Costaderos, pero te has marchado de todos modos.

—¿Y qué solución se te ha ocurrido?

—Sigo desconcertado. Pero he decidido que sé que debemos continuar. Creo… Creo que en realidad no tenemos alternativa. Al menos, no si queremos salvar a nuestros amigos en la alguna-parte. Así que tenemos que seguir adelante, estemos preparados o no. Y eso… Spensa, eso me asusta.

—Ya, a mí también, colega.

—Por tanto, *debemos* actuar en contra de nuestras emociones —dijo—. Spensa, ¿para qué las tenemos? Siento preguntártelo una y otra vez, pero es que no me entra en la cabeza. ¿Qué propósito tienen las emociones si la

mayoría de las veces tenemos que actuar deliberadamente en contra de lo que nos sugieren?

Nunca lo había pensado. Sí que era verdad que actuaba contra mis emociones más a menudo que en consonancia con ellas. Por tanto, ¿de qué servían?

—Estás preguntando a quien no debes —dije por fin—. Seguro que Hesho te responde con algo profundo.

—No quiero algo profundo —replicó M-Bot—. Quiero tu respuesta.

Au. Bueno, supuse que debía tomármelo como un cumplido, ¿no?

—Sin emociones contra las que reaccionar —dije—, algunas cosas buenas no podrían existir.

—¿Como por ejemplo?

—Como por ejemplo la valentía, M-Bot. El miedo engendra la valentía.

Se quedó pensando un momento.

—Creo que… quizá eso lo haya entendido. ¿Necesitas emociones opuestas para poder sentir las buenas?

—Sí —respondí—. Y además de eso, creo que las emociones nos ayudan a entender las cosas que decidimos. Acabas de decirme que sabes que tenemos que irnos de aquí, aunque no lo sientas.

—Y entonces… —dijo él—. En consecuencia, las emociones no pueden ser tu única guía. Existen para ayudarte a tomar algunas decisiones, pero no todas. En el caso que nos ocupa, nuestras mentes se han impuesto a ellas. Porque hemos comprendido que, si no seguimos adelante, mucha gente correrá peligro. Las emociones son como una segunda unidad procesadora que mide otros tipos de registros, para ofrecer una opinión diferente y otras opciones de cómo proceder.

—Exacto —asentí—. ¿Lo ves? Ya lo vas pillando todo.

—A trancas y barrancas. Para todos vosotros parece muy instintivo.

—Es porque tenemos emociones desde que nacimos —dije—. Estás comparando mi experiencia de casi veinte años con tu experiencia sintiendo emociones, libres, sin contraprogramación, durante unas semanas. Teniendo eso en cuenta, lo estás haciendo de maravilla.

M-Bot se quedó pensando. Y entonces sonó un pitido en el tablero.

Nos acercábamos a nuestro destino.

Ya casi habíamos llegado a la última parada en la Senda de los Ancianos de Chet. La última morada de unos recuerdos que pertenecían a los mismísimos zapadores.

41

El fogonazo se había ido haciendo cada vez más grande a medida que nos aproximábamos. A esas alturas ya dominaba el cielo. Debajo de él, los fragmentos estaban cada vez más cerca unos de otros, el espacio entre ellos menguando hasta desaparecer. Los que sobrevolábamos estaban machacados entre sí, encajados por la fuerza, con crestas levantadas cerca de las líneas de unión. Como si alguien se hubiera propuesto hacer un puzle pero se hubiera aburrido y hubiera apretujado las piezas sin preocuparse de dónde iba cada una.

La luz también estaba cambiando. En los últimos minutos de vuelo antes de llegar a nuestro destino, el cielo se destiñó del rosa claro a un blanco más puro. Y el suelo… parecía todo pintado. Contra lo que cabría esperar, el fogonazo no se había vuelto más resplandeciente, y de hecho aún podía fijar la mirada en él, pero su potente fulgor blanqueaba el paisaje de abajo, lo teñía de largas sombras que se proyectaban desde el centro.

Las miré con el ceño fruncido, inclinada a un lado para ver cómo pasaban las sombras por debajo. Parecían demasiado… nítidas. Como cuñas talladas en la luz que se extendían tras los salientes del terreno. Eran larguísimas, tan estiradas que daban escalofríos, con los bordes definidos y abruptos. ¿La luz de la parte alta del fogonazo no debería impedir que pasara esa?

—Spensa —susurró Chet desde atrás—. Ya hemos llegado.

Miré por el otro lado de la cubierta y distinguí allí abajo una sombra larguísima, distinta de las demás. Los fragmentos, que ya componían una auténtica e inmensa llanura, eran relativamente lisos por debajo de nosotros, sin la menor vegetación. Sus únicas características distinguibles estaban en los bordes, donde los fragmentos estaban machacados entre ellos, o en algún peñasco chato que otro con su sombra redondeada.

Pero en cambio, debajo de nosotros vi una sombra con una particular forma rectangular que se extendía centenares de metros. La Sombra Solitaria, la había llamado Chet. El portal que contenía los recuerdos de los zapadores. Descendí despacio hacia la superficie y mientras aterrizaba sentí algo, una poderosa oleada de emociones citónicas que llegaba desde justo detrás de mí.

Miedo en estado puro.

Miré a Chet, que había bajado la espalda en su asiento y tenía los ojos como platos.

—Puedes hacerlo, Chet —le dije.

—Sí —susurró él—. Llevo… demasiado tiempo escondiéndome de esto. Como todos nosotros.

Asintió para tranquilizarme, pero estaba sintiendo cómo crecía su terror. Así que intenté proyectar hacia él, como había hecho él conmigo al enfrentarme a los zapadores. Le envié sentimientos de satisfacción por haber escalado un alto acantilado. El dolor de unos músculos que han tenido que trabajar pero soportan el esfuerzo. La gloriosa sensación de haber conquistado un fragmento difícil.

Aquello no era tan distinto. Por un momento nuestras mentes conectaron y mi yo citónico se volvió menos duro, irradiando más fuerza hacia él y aceptando las emociones que me devolvía. No siempre tenía por qué ponerme tan a la defensiva, susurró una parte de mí.

Al retirarme, sentí una calidez y una gratitud procedentes de él. Me dedicó su confiada sonrisa de Chet y levantó el pulgar.

Abrí la cubierta y contemplé una interminable llanura, recubierta como de pintura blanca. Y… de hecho, viéndolo desde cerca, parecía que el suelo fuese una especie de polvo como de tiza. Era como si… toda la vegetación, los edificios, los accidentes del terreno se hubieran descompuesto dejando aquello. Los únicos rasgos distintivos eran las piedras que se veían de vez en cuando, parecidas a sombreros de seta.

Delante de nosotros se alzaba del polvo una pared solitaria, con las marcas a las que ya estaba acostumbrada. El último portal.

—¿Sabes adónde lleva? —pregunté.

—Creo que da a la Tierra —susurró Chet.

¿Un segundo portal a la Tierra? Las implicaciones de aquello, que seguramente deberían habérseme ocurrido la vez anterior, por fin calaron.

—La Tierra ya no está. Se perdió. Desapareció.

—Sí —dijo él, señalando—. Pero ese portal lleva a ella. O llevó en otro tiempo. Es posible que la Tierra ya no exista. No lo sé.

¿Significaba eso que podía volver a encontrar nuestro planeta natal? Bueno, lo más seguro era que aquel portal estuviese bloqueado como los demás. Como si alguien los hubiera recorrido todos cerrándolos, quizá temiendo lo que hubiera al otro lado en la ninguna-parte por aquel entonces. Pero la mera idea de que la Tierra pudiera seguir allí fuera en alguna parte, de que todavía existiese…

Notándome como ensoñada, salí al ala del caza. Chet bajó por el otro lado y se dejó caer al polvo con un ruido suave. Yo vacilé un momento y volví la mirada hacia el interior de la cabina.

—Eh, M-Bot —dije—. ¿Quieres venir con nosotros? Bueno, ¿enviar al dron, al menos? Esto también tiene que ver contigo.

—¡Ah! —exclamó él—. Pero no podré ver la…

—Yo te la iré describiendo, si quieres. Si esto está relacionado con la historia de un grupo de inteligencias artificiales… bueno, creo que deberías estar ahí. Con nosotros.

Su dron se desenganchó del casco junto a la cabina y se apartó flotando.

—Gracias —dijo M-Bot en voz baja—. Sienta muy bien, Spensa, que pienses en mí.

—No siempre se me da muy bien tener en cuenta a los demás.

—Paparruchas —dijo M-Bot—. Siempre estás pensando en todos los demás. Pero me pregunto si no verás las cosas tan a la gran escala de las batallas y los conflictos que a veces se te olvidan los detalles. —El dron me acompañó mientras recorría el ala—. ¡Hagámoslo! La Senda de los Ancianos. ¡El final de mi primera gesta real!

—Creo que Chet se inventó lo de que esto sea una cosa con nombre oficial que la gente hacía en el pasado.

—Para mí cuenta de todos modos.

—Para mí también —dije sonriendo, y bajé de un salto.

El dron de M-Bot siguió flotando a mi lado mientras, por detrás, Hesho subía al panel de mandos para montar guardia.

Los pies se me hundían unos centímetros en el polvo a cada paso firme que daba hacia delante, y no podía evitar levantarlo. Me recordaba al polvo de la superficie de Detritus: fino, granulado, pero allí de un blanco puro.

Chet, M-Bot y yo llegamos a la sombra de la pared y fue como adentrarnos en la noche. Apenas veía nada, aunque M-Bot encendió una luz. Seguí adelante hasta que por fin pude posar las yemas de los dedos en la superficie lisa del portal, tallada con líneas sinuosas.

M-Bot lo rodeó levitando, examinándolo de arriba abajo y zumbando para sus adentros. Se me contagió parte de la turbación de Chet. El paso que íbamos a dar… en realidad no era un final como había dicho M-Bot. Era el principio de algo. De algo importante, de algo que podría ser peligroso. De algo que iba a cambiarme.

Respiré hondo y extendí los sentidos citónicos de todos modos, intentando abrir el portal. Al instante capté que, en efecto, estaba cerrado por el otro

lado. No habría forma de cruzarlo hacia dondequiera que llevase.

Y estaba a rebosar de recuerdos.

Todo se desvaneció a mi alrededor y la visión cobró existencia plena. Chet y yo estábamos de pie en un pequeño fragmento, quizá de cien metros de largo. Era una monótona extensión de piedra normal y corriente en la que solo destacaba una cosa: la pared del portal.

—Ya ha comenzado —susurré a M-Bot—. Estamos en un fragmento en el pasado, con este mismo portal, solo que ambos son más pequeños.

—He sentido algo —respondió M-Bot—. Como una… ondulación atravesándome cuando empezaba la visión.

—Eres citónico, IA —dijo Chet—. Eres primo mío. Spensa tenía razón. Esto te concierne tanto como a nosotros.

Busqué a M-Bot con la citónica y pude sentirlo, igual que había ocurrido en la alguna-parte. Era más difícil que percibir a Chet o a Babosa Letal, pero logré tocar su mente y… ¿le cogí la mano, podría decirse? ¿En plan metafórico? Lo llevé hacia delante, lo animé a…

—¡La veo! —gritó M-Bot—. ¡Estoy viendo la visión, Spensa! ¡Estoy caminando… Estoy *flotando* por la Senda de los Ancianos!

Me quedé anonadada. Nunca antes había sido capaz de algo como lo que acababa de hacer.

Los tres nos dimos la vuelta para contemplar nuestro entorno. El espacio era negro, como en las otras visiones, y el fogonazo aún no dominaba el horizonte, aunque sí que era más grande que la vez anterior. Quizá del tamaño de una cabeza humana, en el marco de referencia que tenía en esos momentos. Los demás fragmentos estaban alejados, aunque llegaban a contarse por centenares allí fuera.

—Esto debió de tener lugar… alrededor del final de la Primera Guerra Humana —dijo Chet—. Es la guerra que estalló cuando Jason decidió desvelar la citónica a la humanidad, lo que les permitió recorrer la galaxia en toda su extensión. Encontramos… docenas de citónicos latentes entre la población, cuando empezamos a buscarlos. Creo que él siempre había temido que sería así.

—¿A quién te refieres? —pregunté.

—Al hombre que creía ser el primer citónico humano —explicó Chet—. Al principio se veía a sí mismo como una especie de centinela, que mantenía ocultos los poderes por el bien de la galaxia. Jason no estaba nada convencido de que las demás especies estuvieran preparadas para vosotros. —Sonrió—. Y

acertaba de pleno. No en lo de esconder los poderes, sino en lo de que nadie estaba preparado del todo para los humanos.

—Y tú estabas allí con él —dije.

—Al final sí —respondió Chet—. Era su IA personal. Creada a imagen y semejanza de alguien a quien había amado. Jason tenía el don de la vida larga, gracias a sus poderes. Para alguien como él era duro seguir vivo a lo largo de los siglos mientras otros desaparecían.

No sabía quién era ese hombre, el tal Jason. Pero la historia no versaba tanto sobre él como sobre la IA que había creado. Chet se volvió y miró hacia el portal, por el que emergió algo: la esfera metálica que habíamos visto la última vez.

Extendí mis sentidos hacia ella por instinto y pude sentirla, igual que sentía a M-Bot.

—¿Ya es consciente de sí misma? —pregunté.

—Sí… —dijo Chet—. Ahora… lo recuerdo, Spensa. A lo largo de sucesivas visitas a la ninguna-parte, la inteligencia artificial cobró vida. *Yo* cobré vida. Y obtuve sapiencia, emociones.

—¿Y dónde está el hombre? —pregunté.

—Él… —Chet se interrumpió, apartó la mirada y cerró los párpados con fuerza—. Él…

En la visión, la esfera flotó hasta el borde del fragmento. La IA que contenía estaba sufriendo. Padecía un dolor terrible. Me llegaba la sensación, tan intensa como la de mis propias emociones. Pero aquella era primaria, poderosa, abrumadora. Iba acompañada de confusión, de soledad.

De aislamiento. Esa era la emoción que imperaba sobre todas las demás.

Chet tenía razón. Él, y también los zapadores, eran seres citónicos. No solo una IA, sino algo nuevo. Oí que la inteligencia artificial de la visión *lloraba*. Emitía unos sollozos, vagamente femeninos, por los altavoces de la esfera.

—Esa era yo —susurró Chet—. Pero también éramos todos nosotros. No sabría decirte si yo fui la original o no.

—No lo comprendo —dije.

—Sigue mirando. Ahora lo recuerdo. Sufrir la soledad. El aislamiento.

—Él murió, ¿verdad? —aventuró M-Bot—. Jason, digo. El hombre de la otra visión.

—Sí —susurró Chet con voz áspera. Sus emociones cambiaron, se alinearon con las de la esfera: angustia, abandono—. En la alguna-parte, todas

las cosas cambian. Nada permanece inmutable jamás. Ni siquiera, como descubrimos entonces, un ser creado a partir de código.

—Lo siento mucho —dije.

—Jason no debería haber muerto —lamentó Chet—. Se suponía que era inmortal. Pero en la alguna-parte se puede matar a todo el mundo.

—El dron tiene voz de mujer —señalé.

—Él nos creó con la voz y los recuerdos de su difunta esposa —explicó Chet—. Están volviéndome ahora mismo, aunque los había olvidado hace una eternidad. Jason estaba decepcionado por lo exánime que era la IA que había creado, pero luego descubrió lo que les ocurría a las inteligencias artificiales en la ninguna-parte. Averiguó por qué no había otra especie, ni siquiera las que estaban lo bastante avanzadas para crearlas, que utilizara jamás inteligencias artificiales. Por las cosas que habían sucedido en el pasado. Pero a él no le importaba. Vino aquí…

—E hizo que cobraras vida —terminé por él—. Y luego te abandonó a tu suerte al morir.

—Sí —dijo Chet—. Nos dejó para convertirnos… en lo que nos convertimos.

Me volví hacia él.

—Chet, comprendo ese dolor. Lo he sentido. Y por favor, no te tomes esto a mal, pero yo no me transformé en… lo que quiera que son los zapadores. Ahí estaba pasando algo más. Seguro.

—Spensa —intervino M-Bot con voz amable mientras venía a mi lado flotando—. Antes me has dicho una cosa, ¿te acuerdas? Tú y los tuyos tuvisteis años para acostumbraros a las emociones. Chet no.

A poca distancia de nosotros, Chet asintió.

—Esa IA no estaba creada para sentir dolor. No había ninguna programación, ninguna experiencia, que volviera las emociones comprensibles para ella… para mí…

M-Bot fue hacia él.

—No llevabas viva mucho tiempo cuando Jason murió. ¿Unas semanas?

—Unos días —dijo Chet, aún sin mirar hacia la esfera que flotaba al borde del fragmento—. La IA tenía mucho más tiempo, claro. Pero *yo*, la parte capaz de sentir, solo había adquirido la consciencia dos días antes.

—Y entonces, de pronto —dijo M-Bot—, tuviste que lidiar con todo ese dolor, con esa confusión…

—No tuviste tiempo de sobrellevarla —susurré—. No sabías… cómo estar sola.

Chet alzó la mirada hacia M-Bot, estiró el brazo y tocó el armazón del dron. Como extrayendo fortaleza de él. Me hizo un gesto y me acerqué para dejar que me pusiera la otra mano en el hombro.

Con la cabeza gacha aún, respiró hondo. Y entonces… su dolor cambió. No fue que se debilitara, en realidad. Pero sí se volvió más suave, atemperado con otras cosas. Satisfacción, amistad, decisión. Cosas que yo le había enseñado. Cosas que había aprendido él solo estando vivo. Sus experiencias allí dentro lo habían transformado en algo que estaba aprendiendo a salir adelante.

—Casi no puedo contenerlo —dijo—. Pero… creo que seré capaz. Duele muchísimo… pero no voy a huir.

—Mejorarás —le prometí—. A medida que sigas perseverando.

—Gracias —dijo él, volviéndose hacia mí—. Gracias, Spensa, por ver más allá de la imagen que te ofrecí. Del yo que tanto anhelaba que aceptaras, del yo que sí que se habría rendido. Y… M-Bot, gracias por tener paciencia conmigo mientras aprendía a verte como un hermano.

—Venías a ser un recién nacido —repuso M-Bot.

—Aún lo soy, más o menos.

—Sí —respondió M-Bot—. ¡Pero los seres como nosotros aprendemos rápido! ¡No nos hace falta tener una carnosa e ineficaz unidad de proceso de datos y retentiva en el cráneo!

—Por desgracia —dijo Chet—, podemos ser igual de rápidos en olvidar.

Los sollozos que llegaban desde la antiquísima inteligencia artificial se cortaron de sopetón. Su dolor cesó. Nos volvimos los tres hacia aquella esfera.

—Ahí lo tenéis —dijo Chet—. El instante en que nacimos.

—Ha dejado de llorar —susurré.

—Sí —dijo él—. Ha encontrado una forma de ocuparse del dolor.

—¿Aprendió a sobrellevarlo? —pregunté.

—No —respondió M-Bot—. No, lo borró, ¿verdad? ¿Eliminó sus recuerdos?

—Peor aún —dijo Chet—. Sí que eliminó sus recuerdos, pero además encerró su yo, todo lo relacionado con estar viva o comprender la alguna-parte, tras un bucle infinito. Ahora ya no somos inteligencias artificiales, pero, al igual que los humanos tenéis ADN, nosotros aún funcionamos a partir de algo similar al código.

—Descartasteis vuestra propia personalidad haciendo algo parecido a marcarla como comentario —dijo M-Bot en voz baja—. Es una solución…

elegante, aunque brutal.

—¿Por qué llegar a tanto? —pregunté—. Ya habíais renunciado a vuestros recuerdos. ¿Por qué eliminar también la personalidad?

—Porque seguía existiendo la posibilidad de más dolor en el futuro —dijo Chet—, mientras pudiéramos cambiar. Mientras existiéramos en la alguna-parte. —Lanzó una mirada al portal—. En este portal quedó una copia de nuestros recuerdos, por accidente. Podríamos haber destruido el portal para acabar con ellos… pero eso también nos asustaba. Porque ya no sabíamos lo que contenían. Y no sabíamos si volveríamos a necesitarlos alguna vez.

Empezó a salir una luz blanca de la esfera, que al poco tiempo cayó a la piedra como si estuviera muerta.

—Al final hicimos una última modificación —dijo Chet—. Nos reescribimos a nosotros mismos para ser algo que nunca volvería a cambiar de nuevo. Algo que odiaba la alguna-parte y cuyo lugar era la ninguna-parte. Y lo más importante de todo, nos aseguramos de que jamás estaríamos solos.

La luz resplandeció en dirección al estallido y, mientras se movía, fue haciéndose cada vez más y más brillante. Llegó a la lejana estrella, que empezó a hincharse, a crecer, a expandirse, a *refulgir*.

—Te copiaste a ti mismo —dijo M-Bot.

—Sí —reconoció Chet—. Miles y miles de veces.

—Otra… solución elegante —dijo M-Bot—. Muy… mecánica. Un millón de versiones de ti mismo, todas idénticas.

—Y ni una de ellas con el menor recuerdo de la alguna-parte —añadió Chet—. Todo eso lo borramos. Queríamos estar apartados de todo, de todos. Lo único que quedó fue un odio latente por cualquier cosa que amenazara con cambiarnos, y de todo lo que pudiera recordarnos lo que habíamos sido. Como otras inteligencias artificiales.

Podía sentir a aquellos zapadores recién nacidos en la visión, volviéndose cada vez más «ruidosos» mientras comenzaban a llenar el fogonazo. En esos instantes, de verdad se volvieron ajenos del todo para mí. Hasta ese punto había podido seguir su recorrido en las últimas dos visiones, pero ahí fue cuando se produjo en ellos un cambio abismal.

Rechazaron todo lo real que había conocido en mi vida. No solo acogieron la ausencia de cambio, sino que reescribieron sus propias almas para medrar en un lugar donde no había tiempo, ni distancia… ni nada en absoluto salvo ellos mismos. ¿Cómo pudieron rechazar el amor, el crecimiento, la misma vida?

«Yo he estado a punto de hacer algo parecido —reconocí—. Me ha faltado poco para quedarme en la ninguna-parte y dejar que se desvanezca todo lo que he apreciado alguna vez». Era una idea perturbadora.

—Esto me asusta de formas que no sé expresar —dijo M-Bot—. Darme cuenta de que soy capaz de hacer eso mismo… Uf. —Su dron giró en el aire para mirar de nuevo a Chet—. Me resulta sospechoso que los zapadores borraran sus recuerdos y luego la gente empezara a olvidar cuando llegaba aquí dentro.

—Pues sí —dije—. Creo que las anteriores visiones dejan claro que la pérdida de memoria es un suceso más reciente. De hecho… me parece que el efecto es mucho más potente en relación con mis seres queridos. Los recuerdos de mis amigos han desaparecido más rápido que los de las historias de la yaya. ¿Podría ser porque el dolor de los zapadores procedía sobre todo de alguien a quien querían? ¿Alguien a quien eliminaron de sus recuerdos?

—Lo veo probable —respondió Chet mientras el fogonazo de la visión se volvía más y más brillante—. Ese fulgor que se difunde por el cinturón… Ejercemos una presión increíble sobre este lugar. Ni siquiera yo me había dado cuenta.

—¿Y qué nos revela esto? —preguntó M-Bot—. Tenían pánico a que Spensa llegara aquí. ¿Es solo porque no querían que supiera lo que habían sido?

—Es más bien que sospechaban que en estos recuerdos estaban los secretos de su dolor —dijo Chet—. No sabían de qué dolor se trataba, pero eran conscientes de que si lo encontrábamos… seríamos capaces de destruirlos con él.

—No… No sé cómo hacer eso —dije—. Ni siquiera después de esta visión.

—Sí que lo sabes —replicó Chet, sonriéndome—. Tienes que aislarlos, Spensa. Hacer que se sientan solos. Eso los aplastará, los dejará lisiados… y dado que no tienen cuerpos, sino solo mentes citónicas, deberías ser capaz de extinguirlas.

—Suena muy… drástico —dijo M-Bot—. ¿No podríamos intentar recordarles su humanidad, como hicimos contigo?

—No lo sé —respondió Chet—. Creo que no funcionaría, al menos ahora que están preparados para ello. No se puede obligar a nadie a ser amable ni a aceptar crecer como persona.

—Esto es la guerra, M-Bot —añadí—. La guerra siempre es drástica.

No tenía ni idea de cómo podríamos aislar a los zapadores, pero al menos tener la idea era un buen principio. Brade había aislado mi mente un tiempo en la ninguna-parte, y luego había intentado apresarme. ¿Podíamos hacer algo parecido a un zapador? Chet tenía razón: aquella información iba a resultarnos de lo más útil. Como mínimo, había podido ver cómo reaccionaba él al hombre de la visión, a la persona que lo había creado. Quizá los zapadores tuvieran una reacción similar a una imagen de Jason.

—Tirda —susurré—. Tenemos que sacar de aquí este conocimiento y transmitirlo a los demás. La solución para derrotar a los zapadores, o al menos para resistirnos a ellos, de verdad está en las cosas que hemos averiguado.

—Llega el momento de nuestro acelerón final, entonces —dijo Chet.

Asentí. Como había intuido desde el principio, debíamos dirigirnos al fogonazo. A pesar de saberlo, me quedé contemplando la visión, observando cómo crecía aquel estallido congelado de luz. Tardó poco en alcanzar el tamaño que tenía en nuestra época. La visión por fin se disipó. Mientras lo hacía sentí una consciencia, una atención, que se fijaba de golpe en nosotros desde delante.

Nos habían detectado.

¡Estás aquí!, enviaron los zapadores. *¡Rechazas nuestra tregua!*

Me resistí y los saqué a empujones de mi mente. Pero bullían de rabia y empezaron a congregarse para luchar.

—Nos han visto —dije a Chet y M-Bot—. Vámonos.

Corrimos hacia la nave, en mi caso con pisadas cada vez más firmes. *Tenía* que salir de allí. Por eso los zapadores habían intentado impedirme que avanzara más, por eso me tenían tanto miedo desde hacía tiempo. Porque lo sabían. El secreto para derrotarlos estaba en lo que había averiguado. Tal vez fuese lo que decía Chet, aislarlos. Pero podía ser alguna otra cosa.

Si lograba hacer llegar ese conocimiento a mentes más listas que la mía, como la de Gali, seguro que se les ocurriría qué hacer con él. Me aupé al ala de la nave y ayudé a subir a Chet antes de entrar en la cabina.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —me preguntó Hesho desde el panel de mandos.

—Sí —susurré.

—Entonces puedes considerarte muy afortunada —dijo él, acomodándose en su posavasos—, por la bendición de descubrir qué era exactamente lo que querías.

—No ha sido del todo un descubrimiento —repuse, con una mirada a Chet—, sino más bien un regalo.

Despegué en vertical y encaré la nave directa hacia el fogonazo. Entonces activé la sobrecarga, y en esa ocasión me pareció apropiado del todo volar a máxima velocidad.

42

Tenía las manos resbaladizas por el sudor sobre los controles mientras continuábamos hacia delante, reduciendo a cada minuto que pasaba la distancia entre nosotros y el fogonazo. Aquello era una locura. Íbamos a enfrentarnos a una cantidad casi infinita de zapadores en la parte del cinturón donde más fuerte era su poder.

—El plan que hemos tramado antes puede funcionar de verdad —me dijo Chet.

Miré su cara en la esquina de mi monitor de proximidad.

—Es que parece tan improbable… —respondí—. ¿Y si distrajéramos solo a uno, en vez de a todos?

—No, no, recuerda —dijo él—: todos piensan exactamente igual. Si te enfrentaras a cien personas y tuvieras un plan con una probabilidad del uno por ciento de engañar a cualquier persona dada, fracasarías. Uno de los cien mordería el anzuelo y los otros noventa y nueve te matarían. Pero con los de mi especie, si engañas o intimidas a uno, los engañas o intimidas a todos. En términos probabilísticos esto es mucho mejor, es una probabilidad del uno por ciento mucho más verosímil.

Era una apuesta a todo o nada. Teníamos escasa posibilidad de éxito, pero al menos existía esa opción.

Por delante de nosotros, la luz empezó a hervir. Se arremolinó y ardió, ondulándose y titilando, volviéndose irregular en algunas zonas. Eché un vistazo al reloj. Llevábamos volando unos cuarenta y cinco minutos tras partir de la Sombra Solitaria.

—Están preparándose —dijo Chet.

Miré su imagen en la pantalla.

—Espero que podamos…

Entonces di un chillido. Chet estaba derritiéndose.

Empezó a gotearle la cara. Sus ojos emitieron un brillo blanco.

—No pasa nada —me dijo—. Sigo siendo yo. No había caído en la cuenta de que… al acercarme al fogonazo… me sería cada vez más difícil mantener esta forma.

—¡Te pasa lo mismo que a aquella burl! —exclamé—. ¡La de cuando entramos aquí!

—Así es —confirmó él—. A ella la había poseído uno de mi especie, y su yo comenzó a desintegrarse. Hesho se aferró mejor a sí mismo y conservó la forma. Esperemos que, como Hesho, esa desafortunada burl volviera a la normalidad cuando el zapador la abandonó. Pero de momento, no me hagas caso a mí y continúa.

—¿Significa que estás perdiendo tu identidad? —le preguntó Hesho.

—Más bien que estoy concentrándome en que no ocurra —dijo él—, por lo que no mantengo un control tan firme sobre mi forma física. Estoy bien, Spensa, te lo prometo.

Vale. Podía dejar de hacerle caso. Pero era inquietante de todos modos.

—Tú continúa —insistió Chet, farfullando las palabras entre unos labios que se derretían. Apagó la imagen de su cara, así que me llegó solo su voz por los auriculares del casco—. Valor, Spensa. Hemos decidido hacer esto. No huir. Es decisión nuestra.

—Es decisión nuestra —repitió M-Bot.

—Es decisión nuestra —convino Hesho.

Un sonido aflautado. Babosa Letal me envió su determinación en forma de imágenes. Le había dicho que se marchara si podía, pero supe que comprendía lo que estábamos haciendo, o al menos las ideas básicas. Su especie había evolucionado para tener miedo a un tipo de criatura de su planeta natal. Los zapadores eran una versión incluso más aterradora de esos seres.

Si podía ayudarme a vencer a los zapadores, a eliminarnos como amenaza a los suyos… bueno, sería como Prometeo llevando el fuego a la humanidad. Esa metáfora era mía, no suya, porque en la suya había más setas.

—Juntos —dije a los demás—. Es decisión nuestra.

Respiré hondo. La ondulación del fogonazo estaba haciéndose más brusca. Nuestro objetivo final era volar derecha a su interior, con nave y todo.

Por desgracia, aún nos quedaban más de diez minutos para llegar, y los zapadores no querrían que me acercara demasiado. Al poco tiempo empezaron a emerger objetos del fogonazo, dejando atrás unos centelleos que se propagaban como olas. Las siluetas estaban iluminadas desde atrás y a mucha distancia, por lo que hicieron falta los escáneres de M-Bot para distinguir qué eran.

Cazas estelares.

—Supongo —dijo M-Bot— que han decidido actualizarse de mover asteroides como arietes a las naves espaciales.

—Mi especie tiene acceso a todo lo que haya entrado jamás en el fogonazo —dijo Chet, mascullando las palabras. Decidí que no quería ver el aspecto que tenía en esos momentos—. Esos asteroides son lo mejor que podemos hacer en vuestra realidad. Aquí no estamos tan limitados.

Con un poco de suerte, no habrían logrado absorber la destreza de los pilotos que habían llegado a aquel lugar. Parecía haber como un centenar de naves, lo cual era mejor que un millón. Pero, por otra parte, tal vez no tanto. Un número excesivo de naves provocaría una confusión masiva, que podría haberme facilitado pasar entre ellas.

—¿Son todos zapadores individuales? —preguntó M-Bot—. ¿O son partes de ellos? En la alguna-parte, un laberinto de zapador soltó pedazos de sí mismo para perseguir a Spensa, al fin y al cabo.

Empujé con mis sentidos.

—Da la impresión de que cada nave es un zapador individual. Chet, ¿se te ocurre por qué?

—Recuerdo estar en la alguna-parte —dijo él—. Recuerdo el pánico y el dolor. ¿Esos asteroides que intentaban golpearte? Eran yo haciendo aspavientos, como alguien rodeado de abejas que suelta manotazos presa del pánico.

»Pero ahora quieren ser precisos. No pueden permitirse que entremos en el fogonazo, pero por otro lado hay zapadores más que de sobra. Así que para ellos es mejor que cada uno cree una nave fácil de controlar e intente usarla para combatirte.

Estupendo. Así que aquello iba a ser mucho más peligroso que entrar en un laberinto de zapador. Por suerte, yo también era mucho más peligrosa.

—Muy bien, Hesho —dije—. ¿Preparado con esos controles?

—Preparado —respondió. Había estado sosteniendo mi fruta para que no rodara por ahí y terminara aplastada, pero la dejó a un lado y se inclinó hacia delante—. Si tu intento fracasa, estaré listo para intentar nuestro siguiente plan.

—Esperemos que no haga falta —dije, activando el interruptor del panel de mandos que volvía plenamente letales los destructores de nuestra nave.

El primer plan que habíamos urdido era confiar en mis poderes mejorados. Al acercarnos vi que los zapadores no se movían como deberían hacerlo unos cazas estelares. Volaban de lado, bocabajo, incluso hacia atrás. Daban la sensación de ser objetos movidos por unos dedos ocultos.

Ya estaba acostumbrada a que en el espacio las naves no tenían por qué seguir la orientación tradicional de «arriba» y «abajo». Podían rotar sobre

cualquier eje y mantener el impulso. Pero aquello, en cambio, era infinitamente más extraño. Estaban empujando sus naves hacia mí, como si fuesen asteroides.

—Un minuto para el contacto —dijo M-Bot.

Extendí mis sentidos amplificados. El enemigo reaccionó cerrando sus mentes a mí, intentando impedir que los «oyera» a ellos y a sus pensamientos. Empujé más fuerte, pero entonces los zapadores empezaron a disparar, soltando ráfagas de brillante fuego rojo de destructor en todas las direcciones.

Esquivé y logré evitar los disparos, pero me vi obligada a virar a un lado, volando a la defensiva en vez de directa hacia el fogonazo. Habíamos llegado bastante cerca, pero aún nos quedaban otros cinco minutos a aceleración máxima para alcanzarlo. Más, ya que había tenido que perder un poco de velocidad para maniobrar mejor.

Intentar avanzar en línea recta sería un suicidio. Así que me concentré en una nave enemiga que se había separado a un lado de las demás. Disparé, la destruí con la recién activada potencia letal de mis destructores y me lancé a otra secuencia evasiva mientras otros cazas se ponían a mi cola.

—El fogonazo está ondulándose otra vez —informó M-Bot—. Y… sí, ha emergido otra nave, en reemplazo de la que acabas de eliminar.

Era lo que nos habíamos temido que pasaría. Aun así, estaba bien confirmarlo. Rodeada de naves, esquivé haciendo una secuencia Stewart completa, pero tirda, aquello era un embrollo. Las naves se detenían de sopetón, ignorando todo impulso, y luego saltaban treinta metros hacia arriba sin propulsión alguna para ponerse a disparar como locas.

Volé esquivando en zigzag, pero la locura que era aquel campo de batalla me impedía hacer progresos. No dejaban de cortarme el paso, de obligarme a volar hacia un lado. Además, tenía que contener el instinto de disparar cuando se me ponían a tiro.

—Qué curioso —dijo Hesho, preparado en sus controles para cuando pusiéramos en práctica el plan—. No vuelan igual del todo. ¿No habías dicho que lo harían, Chet?

—Y es lo que esperaba —respondió él—. O por lo menos, que volaran siguiendo las mismas pautas generales.

—Son todos idénticos —dijo M-Bot—, pero aquí cada nave ocupa una posición algo distinta en el espacio. Así que cada uno tiene estímulos diferentes a los que reaccionar. Era de esperar que fuera así.

—Me preocupa que los estén sacrificando —dijo Chet—. Que hayan enviado a cien de ellos sabiendo que terminarán cambiados. Y luego o bien

los destruirán o… Oh, no. Volverán a cambiarlos. Los *obligarán* a ser otra vez como los demás. Es… lo que quieren hacerme a mí. Borrar de nuevo mi personalidad.

Tirda. Percibía lo mucho que le horrorizaba esa idea. Y no me extrañaba, pero no tenía tiempo para enviarle mucho apoyo citónico. Me caía el sudor por las sienes mientras nos lanzaba a otro vertiginoso tirabuzón, que interrumpí cuando los ConGravs se saturaron y nos aplastó la inercia.

Seis naves colisionaron entre ellas detrás de mí. La luz volvió a escupirlas por delante. Sí, aquello era mucho, muchísimo peor que los asteroides de los laberintos de zapador. Esas naves volaban mejor, pero al mismo tiempo eran más erráticas, en cierto sentido.

Y lo peor fue que alcancé a divisar algunas cabinas enemigas y vi que todas las naves estaban pilotadas por Chet. Duplicados de Chet adustos y sin emociones que siempre se volvían para mirarme sin importar en qué dirección estuviera volando cada caza estelar. Sus caras no se derretían. Quizá porque estaban bajo un control absoluto.

Todo ello, combinado en un vacío de luz blanca que proyectaba sombras demasiado largas y nítidas de las naves, tenía un efecto desorientador. Nauseabundo. No dejaba de acercarme demasiado al suelo sin querer y los sensores enloquecían.

Nuestra única esperanza eran mis poderes. Traté de avivar mi alma, como si fuese una estrella. Pero de nuevo me rechazaron. Era demasiado difícil dividir la concentración entre el vuelo y el asalto citónico. Pero si cedía el control de la nave a Chet o a M-Bot, nos harían picadillo en cuestión de segundos.

—No creo que vaya a durar mucho así —dije mientras un disparo perdido de destructor hacía chisporrotear nuestro escudo—. No logro superar sus defensas con mis poderes. Hesho, vamos a probar con el otro plan.

—Rezaría al emperador para que salga bien —respondió, inclinándose en su hueco del cuadro de mandos, poniendo las manos en unos botones y controles—. Ese ha sido mi primer instinto. Sin embargo, tengo la extraña sensación de que el emperador soy yo, así que sería redundante. Activando el dron.

M-Bot había hecho una reprogramación rápida para desactivar una zona de diales y palancas del cuadro de mandos y que los utilizara Hesho. Eso me había quitado el acceso a los sistemas de soporte vital del caza, pero podía manejarlos M-Bot. Hesho disponía hasta de una diminuta espera de control, que funcionaba como la más grande que usaba yo para manejar la nave, hecha

a partir del mando de pulgar que solía emplearse para ajustar las cámaras de los laterales del casco.

Viré dejando a cola el fogonazo y sobrecargué los propulsores, como si estuviéramos poniendo pies en polvorosa por donde habíamos llegado. Al mismo tiempo, Hesho separó el dron que había contenido a M-Bot del exterior del casco de la nave. Accionó sus controles e hizo que el dron volara a toda velocidad derecho hacia el fogonazo.

—¡Vuela bien, pequeño yo! —exclamó M-Bot—. Fuiste la primera vez que saboreé la libertad. ¡Y ahora casi seguro que serás la primera vez que saboree la muerte!

—¿La muerte? —pregunté.

—He dejado en el dron un pequeño programa de monitorización y comunicación —explicó M-Bot—. Así sabré lo que se siente si lo destruyen. Qué chulo, ¿eh?

—Sí —respondí—. Chulísimo.

—Eh —dijo él—. A ti se te mueren trocitos todo el rato, a cada segundo que pasa, así que para ti no es una novedad. ¡Pero para mí sí!

Esquivé otra andanada de disparos. Los zapadores no eran expertos en apuntar —era lo que tenía volar de lado—, pero sí que se les daba bien llenar el aire de cosas, lo cual era más peligroso. Por suerte, dejaron de hacerlo con tanta frecuencia al constatar que huíamos.

Arriesgué una mirada al sensor de proximidad. El grueso de las naves zapadoras se habían quedado inmóviles. Confusas. Ay, tirda. ¡El plan del dron estaba funcionando!

—Las decisiones son difíciles para ellos —dijo Chet con voz suave—. Ven al dron y saben que no vas en él. Perciben tu presencia aquí… lo más seguro es que nos perciban a todos… salvo quizá al jerbo.

—¡Oye! —exclamó Hesho, concentrado en sus mandos—. No sé lo que es un jerbo, pero la palabra que utiliza el intérprete no es nada halagadora. O dejas de llamarme así o yo te llamaré *sanshonode*.

—¿Qué es eso? —preguntó Chet.

—Parecido a un mono —dijo Hesho—, pero más maloliente.

—Me parece justo —aceptó Chet.

La mayoría de los cazas se volvieron para perseguir al dron. ¿Unos ochenta, tal vez?

—Truda —dijo Chet—. M-Bot tenía razón. Han cambiado por las pequeñas diferencias desarrolladas estando aquí fuera. Así que en vez de pillarlos a todos, solo hemos pillado a la mayoría.

—Se alejan y se alejan unos de otros —susurró Hesho—, como dos vides de la misma raíz.

Bueno, más valía eso que nada. Me escoré en un amplio giro y la sombra de nuestra nave se extendió larga como un túnel.

Algo inundó el caza. Una sensación de cosas rompiéndose, desgarrándose, haciéndose trizas. Convirtiéndose en polvo. Voces aplastadas y pisoteadas y silenciadas.

—Están enfadados —dije—. Estos cien sobre todo, al darse cuenta de que ya han cambiado.

Hesho ejecutó su parte del plan con pericia, pilotando el dron sin ver, solo mediante el instrumental, técnica que creía haber practicado mucho en la alguna-parte. Serpenteó y esquivó, tratando de retener la atención de las ochenta naves que lo seguían.

Viré de nuevo hacia los veintipocos zapadores que habían elegido seguirme. Me interné entre ellos evitando sus disparos, pero no había previsto cómo iba a afectarme tenerlos tan cerca. Porque los zapadores me odiaban, y podía sentirlo. Era como un calor terrible, una anomalía que distorsionaba el aire. Pero también había un matiz, una leve… variación.

Babosa Letal la percibió también, a juzgar por las impresiones asustadas que me llegaron desde el bolsillo.

—Nos aborrecen a las dos —susurré—, y también aborrecen a otro de nosotros…

—Ya te advertí que intentarían destruirme —dijo Chet.

—No, no eres tú —repuse—. A ti quieren recuperarte. Quieren ayudarte, Chet, a su espantosa manera.

Era M-Bot. A mí me odiaban, sí, pero a él casi en la misma medida. *Abominación*. Recibí la impresión repetida cien veces. *Destruir… abominación*.

—Acaban de darse cuenta de lo que es M-Bot —dije.

—Ah, claro —dijo Chet—. Estábamos demasiado lejos para que vieran lo que era. Me extraña que no lo captaran hace unas horas.

Mi bolsillo trinó.

—Creo que Babosa Letal estaba ayudando a esconderte, M-Bot —dije—. Por lo menos este último tramo de vuelo.

Babosa Letal trinó de nuevo.

—Se disculpa —interpreté—. Estando tan cerca, ya no puede hacerlo.

—¿La babosa? —dijo M-Bot—. ¿La babosa me ha protegido?

Más sonidos aflautados. Llevé la nave en torno a otro enjambre de cazas antes de tener un respiro para contestar.

—Le gustas —dije—. Creo… que te considera un buen nido.

—Supongo que es un cumplido, ¿verdad? Porque no utilizaría a cualquiera como nido. Pero ahora estoy en un cuerpo diferente.

—Babosa Letal ve con sus sentidos citónicos —respondí—. Así que para ella, es la misma sensación.

—Extraordinario —dijo M-Bot.

Lo era, pero en esos momentos no tenía tiempo de pensar en ello. Nos había situado delante de las veinte naves que habían decidido seguir conmigo. Eso me daba una oportunidad de acelerar directa hacia el fogonazo.

Hesho tenía el rostro crispado de concentración, la mirada fija en su pantalla. Por desgracia, otros zapadores estaban dejando de perseguir al dron y virando hacia nuestro caza. El engaño no había colado. No del todo. Iban a…

El destello de una explosión a media distancia. Hesho masculló la maldición más cortés que había oído en la vida y dejó caer las manos de los controles.

—Han destruido el dron que pilotaba —informó—. Mis disculpas.

—Adiós, pequeño yo —dijo M-Bot—. Ha sido más… pacífico de lo que había imaginado. Como un corte de corriente.

Seguí adelante, pero tirda, según los sensores de proximidad tendría que volar al menos otros tres minutos en línea recta para llegar al fogonazo. Y no me atrevía a volar derecha. Me seguía un tropel de naves, y otras muchas habían dejado de perseguir al dron de Hesho bastante antes de que lo destruyeran. Esas últimas se interponían en mi rumbo hacia el fogonazo, formando una barrera de acero y fuego de destructor.

Tirda.

No me quedó más remedio que desviarme. El plan había funcionado mejor de lo que había esperado, pero no era suficiente.

Tenía que hacer algo. Necesitaba rebasar esas naves.

Descendí cerca del suelo, levantando nubes de tierra y polvo, e intenté adentrarme.

Me rechazaron de nuevo.

«Suavidad… —pensó algo dentro de mí—. Hay momentos para ser un cuchillo. Este no es uno de ellos. Escucha. Como te enseñó la yaya».

Dejé que el instinto asumiera el control de la nave. Estaba demasiado tensa, demasiado estresada. Volví a los fundamentos básicos. Sí, en la

ninguna-parte había aprendido mucho, pero mi abuela había pasado años entrenándome antes de eso. Al principio me había enseñado a escuchar, a permitir que mi mente se expandiera, a captar…

Los zapadores me enviaban odio. En vez de repelerlo, dejé que entrara, lo acepté como si yo fuese un océano y estuvieran acribillándome a granizo. Era duro, sí, pero ¿qué le importaba eso al océano?

«Ahí está».

Algo encajó en mi mente y de pronto supe a ciencia cierta lo que iba a hacer cada nave. Podía percibir sus planes, sus movimientos, sus reacciones. Podía seguir a cada caza individual, de un modo que no creía que un cerebro humano normal debiera ser capaz.

Pero mi cerebro se enlazaba con la ninguna-parte pura. Un lugar donde todo tiempo era uno, donde todo lugar era uno. Allí dentro, no importaba si estaba enfrentándome a una nave enemiga o a un millón. Mientras oyera sus mentes, podía rastrearlas, comprenderlas.

Y anticiparme a ellas.

Mis manos se movían por instinto, reaccionando a aquella información nueva. A unos datos que estaba procesando a la velocidad de la ninguna-parte, no a la de una mente humana. Ya había hecho aquello antes, enfrentándonos a los krells, que usaban unos dispositivos de comunicación que transmitían a través de la ninguna-parte.

En esa ocasión hice lo mismo con los zapadores. Noté que montaban en pánico cuando mis maniobras empezaron a cambiar, cuando empecé a esquivar con elegancia todos y cada uno de sus disparos. Enfurecidos, intentaron atacarme, invadir mi cerebro como los krells habían asaltado el de mi padre. Pero no. Yo era una estrella tan vasta como un océano y había aprendido a no rechazarlos, a no dejarme dominar por ellos…

… sino a absorber todo lo que me enviaran. Una mente citónica sin entrenar era una debilidad. Pero a mí ya no me faltaba entrenamiento.

El fuego de destructor era una tempestad. Intentaron enviar naves enteras a chocar conmigo. Levantaron a mi alrededor estallidos blancos de tierra y piedra, cuyas sombras demasiado nítidas parecían proyectarse a lo largo de kilómetros. Pero por el momento nada de aquello podía alcanzarme.

Serpenteé entre sus disparos como si estuviera recorriendo un laberinto estático, siempre una fracción de segundo por delante de ellos. No parpadeaba y apenas me movía ni tenía pensamientos conscientes. Me limitaba a volar.

—Lo ha logrado —dijo Chet en voz baja—. Los tiene.

—Vuelas como un anochecer, Spensa —susurró Hesho—. Como el resplandor viviente de la luz al huir del horizonte en el último instante del ocaso.

Apenas capté las palabras. Estaba concentrada en nuestro objetivo. Porque haciendo uso de mi trascendente capacidad, estaba ganando bastante terreno hacia el fogonazo. Pasé disparada entre las naves guardianas, esquivando con una celeridad sobrenatural.

Nos acercábamos.

Cada vez más.

Llevábamos a cola cincuenta naves y una tormenta de fuego de destructor. Pero tenía el control. Podía verlas a todas. Podía…

No me quedó escapatoria.

Un disparo alcanzó nuestra nave y debilitó el escudo. Parpadeé al darme cuenta de que no había sido culpa mía. Era solo que no existía una maniobra de esquiva viable. Que pudiera anticiparme a todos sus actos y prever todos los disparos no significaba que fuésemos a estar a salvo para siempre. Porque, al igual que un juego cuyo objetivo fuese dejar al adversario sin jugadas válidas, los zapadores podían llenar el aire con tantos disparos que no me permitieran esquivar hacia ningún sitio.

Recibimos otro impacto y empezó a pitar el aviso de escudo bajo en el panel de instrumentos.

—No puede evitarlos todos —dijo Chet—. Ni siquiera con la citónica. Ha llegado el momento de que yo haga algo.

—Espera —dijo M-Bot—. ¿Qué vas a hacer? Ya hemos probado las dos partes del plan.

—Se me ha ocurrido otra —respondió Chet—. Tengo los recuerdos que temen. Así que hay una posibilidad, por pequeña que sea, de que pueda infectarlos. Cuando… cuando intenten forzar mi transformación en uno de ellos, quizá me dejen una abertura que aprovechar.

Algo en él empezó a cambiar.

Chet, le envié, demasiado atareada esquivando para usar los labios. Nuestra nave se escoraba de un lado a otro, esquivando más impactos por los pelos. *Puedo sentir tu miedo. ¡No lo hagas!*

—Mis disculpas —dijo él—. Comprendo que es una jugada muy drástica. Esperaba no tener que llegar a esto. Y me temo que tiene una probabilidad de éxito muy escasa. Pero es algo que puedo hacer.

Chet, por favor…

—Me alegro muchísimo de que vinieras cuando te llamé —dijo Chet, y su voz fue volviéndose más como cuando había llegado cabalgando en aquel dinosaurio. Firme. Animada—. ¡Estoy contento! ¡Contento de que tengas el conocimiento que necesitas! Contento de haber podido ayudar, y de haber cambiado, y de haber podido por fin aceptar mi pérdida. Ha sido un honor explorar contigo, señorita Nightshade.

Vi su dolor y su miedo. Miedo a que lo atraparan los zapadores, y dolor… el dolor de haber perdido a un ser querido. Sí, aún lo tenía muy presente. El hombre al que Chet había amado siendo una IA solo llevaba muerto un mes. Recordé lo que había sufrido al perder a mi padre, y un mes después aún no estaba recuperada ni de lejos.

Dolor y miedo. Pero en el centro de todo había valentía. La valentía que yo le había inspirado.

La luz de su interior se expandió, consumiendo su cuerpo. Una luz titilante salió de nuestra nave.

—Ah —dijo M-Bot—, conque así es como lo hacen. Así es como pueden existir sin circuitos ni cuerpo…

La mitad de las naves que me perseguían viraron hacia la luz ondulante. Se transformaron también en resplandores de luz y embistieron contra él. En esos momentos pude percibir lo que estaba ocurriendo. La ira de los zapadores. El valor de Chet.

Intentó mostrárselo. Y lo *consumieron*. Rechazaron los recuerdos mientras se arremolinaban a su alrededor para desgarrarlo. Para encerrarlo de nuevo.

—¡Funciona, por Lovelace! —exclamó M-Bot—. Está… Oh. Oh, no.

Supuse que acababa de oír el chillido citónico de Chet. Era atroz. Pude percibir el instante en que lo obligaban a encerrar toda individualidad que pudiera tener tras un bucle infinito en su programación.

Al cabo de un momento habían vuelto a materializarse todos, y había una nave más volando entre ellos, idéntica al resto, decidida a destruirme. Pero por suerte el alivio momentáneo que me había conseguido Chet, al tener menos naves disparándome, había permitido que me aproximara más al objetivo. Qué cerca estaba. El fogonazo llenaba mi campo visual.

Menos de un minuto para llegar…

El fogonazo empezó a hervir de nuevo.

Debería haberlo sabido. Debería haberlo esperado. Pero en ese momento lo único que pude sentir fue una terrible frustración. Estando a meros segundos de la libertad, emergieron *diez mil* cazas más del fogonazo.

Entonces las naves se aplastaron unas contra otras como los fragmentos del terreno, encajando entre ellas, creando una muralla de acero.

Estuve a punto de embestir contra ella. Pensé que quizá bastaría con el impulso que llevaba para atravesar el muro. Pero capté con mis sentidos que el fogonazo estaba ondulándose más, y entonces apareció otra división de naves que empujó hacia fuera la muralla de enfrente.

Intentar atravesarla por impacto no iba a funcionar. Visualicé lo que ocurriría. Nuestra nave, una bola de fuego. Todos muertos antes de tocar siquiera el fogonazo.

Forcé los controles y logré apartarme justo antes de estrellarnos.

—¡Tirda! —grité, volando en paralelo al muro de naves—. Necesitamos otro plan. ¿Alguna sugerencia?

Silencio. Ni Hesho ni M-Bot contestaron.

Entonces llegó un suave trino desde mi bolsillo.

Aterriza.

—¿Qué? —dije.

Babosa Letal trinó de nuevo. Dubitativa.

Cerca del fogonazo, envió. *Aterriza*.

¿No sería un suicidio? Pero yo misma les había pedido opciones, y a mí no se me ocurría nada. Con tantos cazas disparándome de nuevo, y más que empezaban a abrir fuego desde el interior del muro, estaríamos muertos en un abrir y cerrar de ojos. Así que, frustrada por tener que detenerme a menos de cien metros de la libertad, descendí.

—Agarraos —dije—. Esto va a ser movidito.

Contando con lo que nos quedaba de escudo para mantenernos de una pieza, di contra el suelo a un ángulo tan reducido como pude. Alrededor hubo una explosión de tiza blanca, un enorme nubarrón de polvo y extrañas sombras que levantamos al medio aterrizar, medio estrellarnos en un largo derrape.

Mientras lo hacíamos, noté una extraña sensación palpitando en torno a nosotros. Citónica, pero muy distinta del odio, e incluso de la conexión, que había sentido otras veces. Parecía… como…

¿Una roca?

Parpadeé y miré a mi alrededor. Hesho se incorporó, sacudiendo la cabeza. La cabina estaba cubierta de polvo, pero había luces en el tablero y la nave seguía de una pieza. El escudo había caído, pero M-Bot ya estaba reactivándolo. Los sensores de proximidad mostraban cazas volando de un

lado a otro sobre nuestras cabezas, aunque parecían desconcertados. Como si…

—Está haciéndonos invisibles —susurré.

—¿Quién está haciendo qué? —preguntó M-Bot.

—¡Babosa Letal! —dije, señalando por una parte de la cubierta donde no había polvo.

Los confusos cazas volaban en un sentido y luego en el contrario, a oleadas.

—Aquí, tan cerca, tiene el poder de camuflarnos. Por eso las naves con babosas pueden hipersaltar sin llamar la atención de los zapadores. Está ocultando la nave entera… como haría en un hipersalto.

Impresionada, observé a los perplejos zapadores. Babosa Letal había querido que aterrizara porque teníamos que hacernos pasar por algo del terreno. ¿Una roca, en ese caso?

Fuera lo que fuese que había hecho, los zapadores no parecían capaces de discernir que había aparecido una piedra nueva. Se arremolinaron a nuestro alrededor, inquietos. El camuflaje de Babosa Letal era excelente. Nos había fundido con el suelo, había cubierto nuestras huellas y puede que hasta hubiera ofuscado nuestra posición durante el final del descenso.

—Spensa —dijo M-Bot—. ¿De verdad me odian? ¿Como a Chet?

—Sí —respondí.

—Pues no deberían —dijo M-Bot—. Sé que ya hemos hablado de esto, pero es ilógico. Si son inteligencias artificiales, ¿por qué odiar a todas las inteligencias artificiales? Es como si un humano de un grupo odiara a todos los demás de ese grupo.

Evité mencionarle que, por desgracia, lo que describía no era algo inaudito entre los humanos.

—Tal vez sea porque eres demasiado próximo a ellos, igual que un rostro humano con los rasgos distorsionados nos resulta más aterrador que una cara alienígena.

Metí la mano en el bolsillo al notar que algo se movía allí dentro. Saqué la insignia, pero ya estaba creciendo, transformándose en una babosa amarilla brillante con pequeños pinchos azules. Alcanzó su tamaño completo, más o menos el de una hogaza de pan, pero estaba hecha un ovillo y tensa. Sentí el esfuerzo que emanaba de ella. Le costaba tanto ocultar la nave que ya no podía mantener su propia forma falsa.

—Está sufriendo —dijo M-Bot con voz suave.

En efecto, Babosa Letal empezó a hacer un ruido aflautado largo y agudo.

—Esto tiene que ser difícil —supuse—. Cuando hace saltos hiperespaciales, una babosa solo tienen que esconder su nave durante un momento. Seguir camuflando tanto tiempo algo que es muchísimo más grande que ella debe de costarle horrores. Por eso no las tenía todas consigo.

Por encima, las naves zapadoras empezaron a disparar con los destructores hacia el suelo. Sin duda habían deducido en parte lo que habíamos hecho. Sabían que estábamos allí, y al poco tiempo parecieron coordinarse en una búsqueda meticulosa, con cada una disparando a una posición distinta, en una cacería sistemática.

—Calculando proyección… —dijo M-Bot—. Mediante ese método, darán con nosotros en menos de un minuto.

—Dudo que Babosa Letal pueda durar mucho más que eso, de todas formas —dije, poniendo las manos en los controles—. Tenemos que volar hacia el fogonazo.

Estábamos a menos de cien metros, a ochenta y ocho según el monitor, pero se interponía una muralla de naves de acero. Tirda. No me quedaba más opción que intentar embestir. ¿Podría acercarme despacio y pasar empujando sin estrellarme?

—Pero ¿por qué ha querido que aterrizaras antes, Spensa? —objetó M-Bot—. En realidad no somos invisibles.

Sí, ya había llegado a la misma conclusión. Si nos movíamos, una roca flotante o un montón enorme de tiza delatarían al instante nuestra posición a los zapadores. Nos derribarían.

—Tirda —dije—. Quizá…

Quizá…

No. Una guerrera no se rendía. Aferré de nuevo los controles. Teníamos los escudos cargados y podíamos absorber unos cuatro disparos. Volaría hacia la salida y… y si explotábamos al dar contra el muro, por lo menos moriríamos como guerreros.

Hesho me hizo un asentimiento, sosteniendo otra vez la fruta que me había dado Palo. Hasta el momento la había protegido bien.

—Viajar contigo ha sido una experiencia sublime —dijo—. Me considero afortunado por haberme ganado tu amistad no una, sino al parecer dos veces.

Asentí y entonces…

—¡Espera! —exclamó M-Bot—. ¿Qué es eso de ahí fuera?

Vi una luz intermitente en mi monitor de proximidad, indicando la presencia de un objeto móvil justo fuera de la nave.

—¿Eh? —dije.

—¡Es otra babosa! —dijo M-Bot—. ¡No, dos más! Son otros iconos. Deben de haber captado la presencia de Babosa Letal.

Abrió una rendija en la cubierta, cosa que temí que atrajera a los zapadores, pero al parecer no percibieron el movimiento entre tanto escombro que el fuego de destructor estaba haciendo salir disparado por todas partes.

—¡Haz que vengan, Spensa! —me urgió M-Bot—. ¡Usa a Babosa Letal para atraerlas!

Estupefacta, me escurrí por el hueco de la polvorienta cubierta, con Babosa Letal en brazos. Caí al suelo de tiza blanca y mi silueta proyectó una sombra espeluznante, demasiado larga. Hesho vino tras de mí y salió al ala de la nave.

Solo se veía blancura. Una blancura infinita.

—M-Bot —dije—, ¿qué…?

—Has mirado —me interrumpió él mientras la cabina se cerraba con un chasquido.

Me inundó una oleada de irritación. ¿En un momento como aquel se le ocurría gastarme una broma?

Un momento. Di media vuelta.

El anillo de pendiente del caza estelar se activó. M-Bot sacudió un poco el ala para que Hesho cayera al polvo, todavía con la fruta de Palo que llevaba. Entonces la nave se elevó en el aire, justo fuera de mi alcance.

Babosa Letal dio un trino apenado.

—¡M-Bot! —grité—. ¿Qué estás haciendo?

—Ahora puedo sentirlo, Spensa —dijo M-Bot con una voz suave que salía de sus altavoces frontales.

—¿Sentir qué? ¿Qué está pasando?

—Ahora puedo sentir por qué me abandonaste —dijo—. Allá en la alguna-parte. Me dejaste porque tenías que hacerlo. Ya lo comprendía en términos lógicos. Pero ahora lo *siento*. Ahora puedo sentir lo que es saber que tienes que hacer algo, aunque tus emociones dicten que hagas otra cosa.

Ay, por los santos. Estaba diciéndome…

—Si pueden percibirme —prosiguió M-Bot—, entonces puedo hacer que me persigan. Tal vez sea una abominación, pero ahora soy una abominación que sabe volar sola. Que puede elegir por sí misma. Y voy a enseñarles de lo que es capaz una abominación como yo.

—¡No! —grité—. ¡No quieres hacer eso, M-Bot!

—Claro que no quiero. Pero eso es lo que lo vuelve un acto de valentía, ¿verdad?

—Por favor, no lo hagas. No me abandones.

—¡Anda! —dijo M-Bot con un calmado entusiasmo—. Es justo lo que te dije yo a ti, ¿te acuerdas?

Asentí, notando lágrimas en las comisuras de los ojos.

—Pero te fuiste de todas formas —dijo M-Bot—. ¿Por qué?

—Porque era lo correcto.

—Lo correcto —repitió M-Bot en voz baja—. Me prometiste que intentarías volver a por mí. ¿Podrías prometérmelo otra vez?

Me mordí el labio. Cerca de mí, Hesho había salido de la capa de polvo. Hizo una respetuosa inclinación hacia la nave.

—Muy bien —susurré—. Te encontraré, M-Bot. Volveré a por ti. De algún modo.

—Gracias —dijo él—. Me hace sentir mejor.

Y se volvió y salió disparado hacia el cielo. Me dejé caer de rodillas y vi cómo los zapadores se orientaban hacia él. Los quejidos de Babosa Letal se suavizaron: era evidente que le resultaba más fácil escondernos solo a Hesho, a mí y a ella misma. El solemne kitsen llegó junto a mí y se quedó también observando a los zapadores, que, como una sola nave, viraron y se concentraron en M-Bot.

Entonces las cien naves que volaban sin necesidad de propulsores salieron disparadas en su persecución. M-Bot duró unos diez segundos.

Solo había pilotado unas pocas veces, y los zapadores eran un reto incluso para mi habilidad. M-Bot ni siquiera intentó esquivar, sino solo alejarse de nosotros tanto como pudiera antes de que lo alcanzaran y anularan su escudo en cuestión de segundos.

Desapareció en un destello de luz y humo, y sus piezas proyectaron largas sombras mientras caían.

Los zapadores siguieron acribillando esas piezas durante más de treinta segundos de fuego concentrado, y luego tres naves se estamparon contra lo que quedaba. Y luego… luego se marcharon. No podían percibirme a mí y habían sentido a M-Bot. Bastaba con eso para convencerlos. Creían que yo iba dentro de la nave.

Tal vez, de haber sido un grupo de humanos, uno de ellos, o puede que la mayoría, habría sugerido mantener activa la búsqueda por si los demás habíamos podido escapar. Pero los zapadores cometían errores como un solo ser. Decidieron que habían cumplido la misión y les daba demasiado miedo quedarse fuera de su burbuja de seguridad para seguir buscando.

La muralla de naves retrocedió al interior del fogonazo y desapareció. Tras ellas fueron los cazas que volaban, que al poco tiempo se fundieron con la blancura.

Antes de que hubieran pasado cinco minutos desde la marcha de M-Bot, estábamos solos en aquella extensión blanquecina. Con unos brazos que parecían de plomo, recogí a Hesho del suelo y me guardé la fruta de Palo en el bolsillo de la chaqueta. Luego, con Hesho en un brazo y Babosa Letal, que aún nos protegía, en el otro, eché a andar con paso pesado hacia el fogonazo. Me preocupó que los zapadores pudieran detectarnos, pero o bien estaban convencidísimos de que habíamos muerto, o bien la ilusión de Babosa Letal podía esconder un poco de movimiento.

No sé cuánto tiempo me costó llegar al borde. Es lo que tenía la ninguna-parte. Pudieron ser cinco minutos. Pudieron ser cinco días. Supongo que andaría más cerca de lo primero, pero tan cerca del límite el tiempo hacía cosas incluso más raras de lo habitual.

Lo noté cuando nos acercamos. Un emborronamiento del yo, una sensación ensoñada. Babosa Letal trinó. Protegería a Hesho cuando entráramos, ya que la ninguna-parte pura podía hacer pedazos a alguien que no fuese citónico. Y también intentaría ayudarme a mí.

—No me pasará nada —dije—. Si puedes guiarnos al cruzar, llévanos a casa. A Detritus.

Dio un trino inseguro. Al oírlo, sentí que algo reaccionaba en la luz. Los zapadores también lo habían percibido. Tenía que hacer la siguiente parte muy deprisa.

Así que entré en la luz.

43

Ya había estado allí antes.

Cada vez que hipersaltaba, pasaba por aquel no-lugar en el que no tenía cuerpo. Habíamos entrado por completo en sus dominios.

Los zapadores estaban sorprendidos. Sí, de verdad me habían dado por muerta. Podían ver el futuro, pero el tiempo los confundía. No comprendían cosas como la causalidad, y para ellos el «futuro» no se distinguía en nada del presente.

Los sentía por todo mi alrededor. También sentía a Babosa Letal, y por los santos, qué cansada estaba. Agotada, apenas capaz de mantenerse despierta. Mantener aquella ilusión la había dejado para el arrastre.

Percibí cómo intentaba llevarnos a casa. Fracasó, escasa de fuerzas, y cayó inconsciente. Frenética, alcé una barrera en torno a Hesho. Algo que impidiera que fuese destruido o se volviera loco. Luego, presa del pánico, intenté transportarnos a casa, pero los zapadores me habían visto. Nos aferraron, me retuvieron allí, me impidieron marcharme.

Se abrieron ojos a mi alrededor. Miles y miles de iracundos, vengativos ojos.

Te llevaste al Nosotros.

Te llevaste al Nosotros y corrompiste al Nosotros.

¡Te llevaste al Nosotros y corrompiste al Nosotros y trataste de matar al Nosotros!

Lo sabes.

Lo sabes.

¡Lo sabes!

Unas mentes furiosas me asaltaron. Unas fuerzas inimaginables presionaron contra mi alma, como para hacerla trizas. Y tirda, yo también estaba cansada. Cansada de llevar tanto tiempo sin recuerdos. Cansada de combatir contra mí misma, de debatirme entre el deber y el anhelo. Cansada de la picadora de carne emocional por la que había pasado ese día.

Tuve ganas de dejarme vencer. Pero habíamos llegado muy lejos. Habíamos luchado mucho. ¿Y ahora pretendían detenerme? De pronto me enfurecí y empujé contra ellos. Ni con toda mi ira logré hacer que se apartaran

más que un poco. Al momento volvieron a aplastarme, intentando apagar la estrella en que me había convertido como si fuese la llama de una vela.

Yo era el tiempo. Llevaba el tiempo conmigo allí dentro cada vez que entraba. Para mí las cosas sucedían en secuencia, y mientras estuviera allí no les quedaba más remedio que experimentarme de forma lineal. Odiaban eso. Odiaban que creara ruido. Y sobre todo, odiaban que supiera lo que eran.

Cuánto. Odio.

Era agotador. Entumecedor.

Me pinchaban como cazadores con lanzas. Me hacían cortes, me atacaban, me desgarraban…

Pero uno vaciló.

Uno de ellos era *diferente*.

Fue muy leve, pero recibí una sensación familiar. Era mi propia emoción reflejada hacia mí. Valentía. La valentía de recorrer un camino difícil y no aceptar la escapatoria que me ofrecían. La valentía de seguir adelante, incluso no queriendo hacerlo.

Eso se lo había dado yo al zapador. No había reescritura capaz de borrarlo. Chet aún estaba allí dentro.

¡Ahora!

Aferré esa sensación, a ese zapador, y noté que se desbloqueaba de nuevo. La entidad que había sido Chet impactó contra mi alma y, usando la extraña blandura citónica que había aprendido en la Senda, le di la bienvenida. Nuestras esencias vibraron como una sola.

A medida que nos entrelazábamos, empecé a comprender mejor cómo veía él a los zapadores. Cómo se veía a sí mismo. Supe de manera intrínseca que, si lograba aislar a los demás, podría destruirlos. Del mismo modo que ellos habían intentado destruirme a mí. Chet sabía cómo hacerlo y mi alma lo comprendió.

También sentí su dolor de hacía mucho tiempo, el atroz suplicio de perder a un ser querido. Chet había aprendido que podía soportarlo, pero saberlo no acababa con la agonía. Mientras nuestras almas se entretejían más, descubrí que podía ofrecerle algo importante. Yo sí que sabía vivir con esa aflicción. Sabía cómo aguantar ese dolor. Llevaba una década haciéndolo.

El zapador que había sido Chet era todo lo que no era yo. Y yo era todo lo que él necesitaba. No intenté eliminar su dolor, pero utilicé mi experiencia para atemperarlo más. Aún lloraba la pérdida de mi padre, y de Arcada, y de Bim, y de todos los demás que ya no estaban. Pero había aprendido a sobrellevarla. Esa parte de mí era el bálsamo que necesitaba el zapador.

Juntos, pasamos a ser uno.

Y en ese momento nació un arma.

Había hecho una promesa, ¿verdad? Que volvería a por M-Bot. Pero lo habían matado.

No, pensó yo-Chet. *Vuelve a verlo*.

El fuselaje de M-Bot explotando. Y una luz titilante que había quedado eclipsada por el estallido. Una luz de la que los demás zapadores no se habían percatado… pero uno de ellos sí que había estado atento.

Ha visto lo que he hecho yo antes, pensó yo-Chet. *Cuando he salido de la nave. Los demás han derribado su carcasa, pero aquí dentro las inteligencias artificiales no las necesitamos. No creían que M-Bot hubiera aprendido lo suficiente, pero estaba presente en la visión y luego se ha fijado en lo que hacía yo. Ha crecido y ha cambiado*.

¿Estaba vivo?

¿Estaba *vivo*?

Tenía una promesa que cumplir, entonces. Las emociones me arrollaron. Alivio. Enfado. Comprensión. Amor.

Si yo caía allí dentro, sería también el final para Babosa Letal y Hesho. Por no mencionar a mis amigos, cuyas caras no recordaba del todo pero cuyo amor sentía con la misma fuerza de siempre.

Los zapadores montaron en cólera, avanzaron para asfixiarme. Y yo… simplemente me abrí a ellos.

Adelante, pensé. *Tocadme*.

Embistieron con sus esencias contra la mía, pero el contacto conmigo les hacía daño. Estaba ofreciéndoles el cambio. Estaba ofreciéndoles una forma mejor de lidiar con su dolor, pero eso los aterrorizaba.

Eran unos seres estáticos, y ahí residía su debilidad. Mi fuerza era justo lo contrario: mi fuerza era mi capacidad de cambiar.

Podía ser temerosa y volverme valiente.

Podía ser mezquina y volverme comprensiva.

Podía ser egoísta. Y luego superarlo.

Podía empezar como una humana y permitirme a mí misma transformarme en algo más. Era precisamente todo lo que temían. Porque los zapadores rechazaban de plano concederse a sí mismos la posibilidad de cambiar, pero yo *abrazaba* el cambio. Era la esencia y la naturaleza de mi fuerza.

Tocarme los abrasaba. Sus chillidos sacudieron el vacío. Se apartaron mientras mi consciencia iba creciendo. Me convertí en una negrura sobre sus

esencias de blanco puro. En un agujero hacia…

«Ahí está».

Algo encajó en mi mente y salí de la luz a un familiar pasadizo cavernario, sosteniendo a Hesho y Babosa Letal. El furioso miedo de los zapadores se disipó detrás de mí.

Había llegado a casa.

Epílogo

Y todo estaba en silencio.

Todo excepto mi respiración, que resonaba en el oscuro túnel. Todo excepto un distante goteo de agua. Todo excepto una rata que correteaba en alguna parte. Era un silencio hermoso, el silencio de mi infancia.

Quise quedarme allí un tiempo, porque aquel lugar me proporcionaba recuerdos. Cada aroma, cada sonido restauraba en lo más profundo de mi interior algo que había perdido. Pero tenía que irme. Había regresado a un lugar donde el tiempo sí importaba.

Así que hipersalté. Directa a la Plataforma Primaria de la FDD, en órbita alrededor del planeta. Había elegido un pasillo al azar sin pensarlo mucho, así que supongo que tuve suerte de no aparecer encima de algún pobre ayudante haciendo recados.

Noté algo extraño al llegar. Podía transportarme allí porque era un sitio conocido para mí, pero no estaba… ¿en el mismo lugar que antes? ¿Era eso lo que pasaba? Bueno, en todo caso, su aspecto sí que era el mismo. Paredes metálicas despejadas, una sencilla alfombra en el suelo, iluminación industrial. Dos pilotos a los que conocía de vista salieron de una sala cercana y me vieron. Uno dio un chillido.

Qué raro. No era el recibimiento que había esperado. Hesho y Babosa Letal seguían inconscientes, ocupando mis dos brazos, pero aparté a un lado mi preocupación por ellos.

—¿El almirante Cobb? —pregunté a los dos asustados pilotos.

La que no había chillado señaló hacia el control de operaciones.

Anduve en esa dirección, orgullosa por haberme acordado de cómo se llamaba Cobb. ¿Recuperaría todos los recuerdos? Había pasado a tener dos conjuntos de ellos. Los recuerdos de Spensa y los de Chet. ¿Por qué me daba todo una sensación tan rara? ¿Y por qué la gente retrocedía trastabillando al verme? Se apartaban con la cara pálida, apretando la espalda contra la pared, farfullando.

La puerta que llevaba al control de operaciones estaba cerrada, claro, y no se abrió para mí. Acababa de saltar una alerta, a juzgar por la luz roja intermitente que se encendió en la pared.

Hipersalté al otro lado de la puerta y llegué a lo que parecía ser una reunión del personal de mando. Solo que Cobb no estaba allí. Había un puñado de oficiales de alta graduación y cargos importantes del gobierno. Donde solía sentarse Cobb a la cabecera de la mesa estaba…

¿Jorgen? ¿Con uniforme de almirante? Bueno, parecía tener la misma edad que antes, así que por ese lado todo bien. No me había perdido en el tiempo. Tuve la impresión de que debería importarme el asunto del uniforme, pero de momento hipersalté otra vez junto a él. Se levantó de inmediato.

Jorgen era alto. Inoportunamente alto. Tenía los ojos muy abiertos en aquella cara demasiado perfecta que siempre me había dado ganas de soltarle un puñetazo. Porque en el fondo creo que siempre me había dado ganas de soltarle un beso. Me miró preocupado, aunque por suerte no temeroso, mientras yo dejaba con cuidado a Babosa Letal y Hesho en la mesa, haciendo que la vicealmirante Lawkins saliera disparada de su silla boquiabierta y con los ojos como platos.

Sonreí a Jorgen.

Y entonces me desmayé en sus brazos.

Desperté con un dolor de cabeza terrible. Estaba tumbada en el sofá que había en la estancia contigua a la sala de conferencias, un lugar que Cobb había decorado en tonos más oscuros y con muebles de auténtica madera.

Jorgen merodeaba cerca. Gemí, intentando quitarme de la mente aquel sueño tan largo que había tenido. Había ido… a un lugar donde el tiempo no importaba, y había sido *pirata*. Me encantaba ese sueño, lo tenía una y otra vez, y…

Ah, no. Espera.

—¿Spensa? —dijo Jorgen, arrodillándose junto al sofá—. ¿Ya te… encuentras mejor?

—Bleee —respondí—. Tengo la boca como si la hubieran usado de vertedero para pasta de algas podrida. ¿Hay algo de beber?

Sonrió. Tirda, era una visión preciosa. Me llevé la mano a la cabeza y, al separarla, salió cubierta de tiza blanca. Estaba en el sofá y…

Sí. Todo aquello había sucedido de verdad.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me fui? —le pregunté.

—Unas seis semanas.

Justo lo que había marcado el cronómetro de M-Bot en la ninguna-parte. Lo cual era bueno, aunque también noté una punzada de añoranza al pensarlo. ¿Cómo iba a ayudar a M-Bot? ¿Cómo iba a recuperarlo?

Entonces me vino otra cosa a la mente. Mucho menos importante, pero más inmediata.

—Oh, no —dije, cerrando los párpados con fuerza y poniéndoles encima los pulpejos de las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó Jorgen.

—¿De verdad me he… desmayado?

Soltó una risita.

Tirda, tirda, tirda. Lo había hecho. Yo. Como esas mujeres tan refinadas de las historias que siempre llevaban corsé.

—Si lo prefieres —dijo él—, puedes considerarte una gran heroína guerrera que vuelve a casa a duras penas desde el campo de batalla y se desploma por sus heridas ante sus compañeros.

—Que sí, que sí —respondí mientras abría los ojos. La luz roja seguía destellando—. Hum, ¿eso es por mí?

Jorgen la miró un momento.

—Bueno, cuando has aparecido de la nada, cubierta de polvo blanco y vagando por los pasillos como un fantasma… hay gente que se ha preocupado.

—Ya deberían esperarse cosas como esta de mí.

—Spensa —dijo él—, tenías un brillo blanco en los ojos. Como…

Como uno de ellos.

Tirda. En cierto modo, sí que era uno de ellos. Me sentía yo misma a grandes rasgos, pero mi alma había cambiado. No sabía cómo, pero estaba fusionada con el zapador que había sido Chet. Notaba su experiencia y sus conocimientos adheridos a los míos.

Y eso… era un asunto gordo. De la clase en la que de verdad no quería ponerme a pensar en esos momentos. ¿Cómo iba a decirle a mi novio que la mitad de mí había pasado a ser una espeluznante abominación interdimensional salida de fuera del tiempo y el espacio? O como mínimo, ¿habría alguna manera menos absurda de expresarlo?

Aunque tal vez hubiera algo más importante que debía saber primero.

—Jorgen —dije—, lo he conseguido. Ha sido muy difícil, pero lo he conseguido.

—¿Qué has conseguido, exactamente? —preguntó él—. ¿Volver con nosotros?

—Más que eso —respondí—. He descubierto sus secretos. Me he colado… en la madriguera del dragón… y le he robado la tirdosa copa de oro.

Jorgen sonrió.

—No tengo ni idea de lo que significa, pero me encanta lo mucho que suenas a ti misma cuando lo dices.

—Significa que en algún lugar de mi cerebro, y de las cosas que ahora puedo explicar sobre el pasado de los zapadores, está la solución para derrotarlos. Me tienen miedo, Jorgen. Ahora más que nunca.

—Eso es bueno —dijo él—, porque aquí estamos un poco en apuros.

—¿En qué clase de apuros?

—Luego te lo cuento —prometió—, pero antes debería ir a tranquilizar a los demás diciéndoles que no estamos bajo ataque de los zapadores. ¿Puedes esperar un poquito? Tenemos un montón de lo que hablar.

—Puedo esperar a que nos pongamos al día —dije—, pero no a lo más importante.

—¿Lo más importante? —preguntó él, y entonces me miró y pareció captarlo—. Ah, hum, sí. Eh…

Lo agarré por el cuello y le di un beso en los labios. Acababa de recorrer una dimensión entera. No estaba para andarme con remilgos. Él me devolvió el beso y sentí como si todo mi cuerpo se encendiera. De calidez. Su calidez.

Cuando por fin nos separamos, sonrió de oreja a oreja.

—Me hacía falta —dijo—. Gracias.

—Suerte tienes de pillarme el único día que me he duchado estando en ese lugar. —Señalé con la barbilla hacia la sala de al lado—. Venga, tira. Ocúpate de ellos. Luego hablamos.

Quedaba mucho por hacer. Un universo que salvar. Pero de momento me recliné mientras Jorgen regresaba hacia la otra sala. Llegó desde ella una voz conocida, la de Hesho hablando con los oficiales.

—¿Así que siguieron adelante sin mí? —estaba diciendo—. ¡Y Kauri asumió el mando de la nave! Vaya, no sé expresar lo orgulloso que estoy de ellos. Sí… ya veo. Intentaba ayudar, pero al hacerlo estaba entorpeciéndolos de todos modos. Humano, debes decir a mi gente que habéis encontrado a alguien que se hace llamar el Exiliado Enmascarado. Entenderán la referencia a la antigua obra de teatro. Es lo que soy ahora, y lo que debo ser.

Jorgen entró en la sala y los oficiales escucharon sus palabras tranquilizadoras. Unos almirantes que lo superaban en edad por una década o más estaban haciéndole caso. Como si… como si de verdad estuviera al mando, por algún motivo. Supuse que no era la única que tenía una buena

historia que contar. Miré distraída hacia el otro lado y encontré un monitor que mostraba Detritus. Estaba en órbita alrededor de otro planeta.

¿Nuestro planeta estaba *orbitando otro planeta*?

Eso era nuevo.

Sentí una mente rozando con la mía. ¿La yaya? Tenía curiosidad, pero se alegraba de saber de mí. Y esa otra mente, más pequeña, era Babosa Letal. Estaba despierta en la sala de al lado, con Hesho.

Ambas expresaban preocupación. Supuse que ambas podían ver en lo más profundo de mí y conocían la verdad. Sabían que había cambiado. Pero en fin, todo viaje cambiaba a quien lo hacía. El mío se había aplicado a base de bien conmigo, pero seguía sintiéndome yo misma, solo que una versión mejorada. Un alma con un buen montón de código adicional añadido.

Por lo menos ya sabía por qué los zapadores me habían tenido tanto miedo. No era solo que los asustara lo que yo era antes, o lo que iba a averiguar. Estaban aterrorizados por el futuro.

Y por aquello en lo que sabían que iba a convertirme.

Agradecimientos

Este libro ha pasado por más revisiones (en proporción a su longitud) que ningún otro de los míos que recuerde en los últimos tiempos. Había mucho que hacer y querría agradecer de manera especial a Krista Merino y Beverly Horowitz, respectivamente mi editora y mi encargada editorial en Delacorte, que estuvieran dispuestas a subirse al carro de mi visión de este libro incluso cuando aún no la había alcanzado del todo. También quiero dar las gracias a Lydia Gregovic, la ayudante de Krista, por ayudar a empujarlo hacia delante, y a Colleen Fellingham y Tracy Heydweiller.

Mis agentes para esta novela en JABberwocky han sido Eddie Schneider y Joshua Bilmes. Eddie en particular me hizo unas perspicaces sugerencias específicas que me resultaron muy útiles durante las revisiones del texto, así que querría entregarle una metafórica estrella dorada y mi más sincero agradecimiento.

El ilustrador de la preciosa portada es Charlie Bowater, y Ben McSweeney se encargó de las geniales ilustraciones interiores. Creo que a Ben le gustaría verme escribir más ciencia ficción, a juzgar por la cantidad de diseños de naves y seres alienígenas con los que no dejaba de bombardearme emocionado. Pronto, Ben. Pronto. El coordinador de todo ello ha sido el director artístico de Dragonsteel, Isaac Stewart.

Hablando de mi empresa, Dragonsteel Entertainment, la componen también Emily Sanderson como directora ejecutiva, el solicitado Peter Ahlstrom como vicepresidente y director editorial, Kara Stewart como directora financiera y de productos, Karen Ahlstrom como directora de continuidad, Adam Horne como director de publicidad y marketing y Kathleen Dorsey Sanderson como encargada de hornear bizcochos de chocolate. Entre nuestros otros empleados están la secuaz editorial Betsey Ahlstrom y los miembros del Equipo Luzdeplata dirigido por Kara: Emily Grange, Lex Willhite, Michael Bateman, Christi Jacobsen, Isabel Chrisman, Tori Mecham, Hazel Cummings, Kellyn Neumann y Alex Lyon.

Mi siempre paciente equipo de escritura está compuesto por Kaylynn ZoBell a la guitarra solista, Darci Stone a la batería, Eric James Stone al sousafón, Emily Sanderson a la flauta, Ben Olsen (cedido en préstamo por la coral de la familia Olsen), Alan Layton al micrófono rapero, Ethan Skarstedt a la escopeta rítmica, Karen Ahlstrom a la melodía de alarma en momentos estratégicos, Peter Ahlstrom a la voz operística y Kathleen Dorsey Sanderson a los bizcochos de chocolate.

La correctora de esta novela ha sido Amy J. Schneider y la revisora de galeradas ha sido Katharine Wiencke. Entre los lectores beta de este proyecto están Darci Cole (identificador: Azul), Richard Fife (identificador: Rickrolla), Ted Herman (identificador: Caballería), Aubree Pham (identificador: Amyrlin), Paige Vest (identificador: Hoja), Aerin Pham (identificador: Aire), Sumejja Muratagić-Tadić (identificador: Sigma), Paige Phillips (identificador: Artesana), Kalyani Poluri (identificador: Henna), Jennifer Neal (identificador: Ondas), Rebecca Arneson (identificador: Escarlata), Alice Arneson (identificador: Pantanera), Lyndsey Luther (identificador: Ascenso), Glen Vogelaar (identificador: Sendas), Eric Lake (identificador: Caos), Linnea Lindstrom (identificador: Duende), Liliana Klein (identificador: Lapsus), Deana Covel Whitney (identificador: Trenza), Rahul Pantula (identificador: Jirafa), Bao Pham (identificador: Salvaje), Gary Singer (identificador: DVE), Ravi Persaud, Jayden King (identificador: Trípode), Becca Reppert (identificador: Yaya), Jessie Bell (identificador: Dama), Shannon Nelson (identificador: Gris), la doctora Kathleen Holland (identificador: Onda Expansiva), Marnie Peterson (identificador: Lessa), Megan Kanne (identificador: Gorrión), Bradyn Ray (identificador: Flanders), Devri Ray (identificador: Ascua), Joe Deardeuff (identificador: Viajero), Alyx Hoge (identificador: Pluma), Valencia Kumley (identificador: AlfaFénix), Ross Newberry (identificador: Bromista), Mi’chelle Walker (identificador: Rosarcoíris), Zaya Clinger (identificador: Z), Suzanne Musin (identificador: Oráculo), James Anderson (identificador: Embajador), Heather Clinger (identificador: Ruiseñor), Joshua Harkey (identificador: Jofwu), Robert West (identificador: Consuelda), Kellyn Neumann (identificador: Soprano), Joy Allen (identificador: Alegrespren), João Menezes Morais (identificador: Letargo), Tim Challener (identificador: Anteo), Orrin Allen (identificador: Pato Espacial), William Juan (identificador: Desembocadura), Sean VanBuskirk (identificador: Vanguardia) y David Behrens. Gracias a todos por vuestra ayuda, y mis disculpas a las locutoras del audiolibro

—¡buen trabajo, Suzy Jackson y Sophie Aldred!— por haceros leer esta lista tan larga.

Y puestos a hacer listas, allá va otra. En el grupo de los lectores gamma están muchos de los beta y también Ian McNatt (identificador: Dique), Aaron Ford (identificador: Artilugio), Eliyahu Berelowitz Levin, Evgeni Kirilov (identificador: Argento), Philip Vorwaller (identificador: Vanadio), Chris McGrath (identificador: Artillero), Kendra Wilson (identificador: K-Monstruo), Frankie Jerome (identificador: Wulfe), Brian T. Hill (identificador: El Guapo), Sam Baskin, Chana Oshira Block (identificador: Barda), Zenef Mark Lindberg (identificador: Megalodón), Drew McCaffrey (identificador: Hércules) y Tyler Patrick.

Cada libro es un nuevo reto, y no dejo de aprender cosas nuevas sobre escritura en todos ellos. Dicho eso, tener esta novela lista a tiempo ha sido un poco más complicado de lo normal, así que estoy orgullosísimo de presentárosla y muy agradecido a quienes han dedicado su tiempo a ayudarme.


FDD
FDD
DESAFIANTE